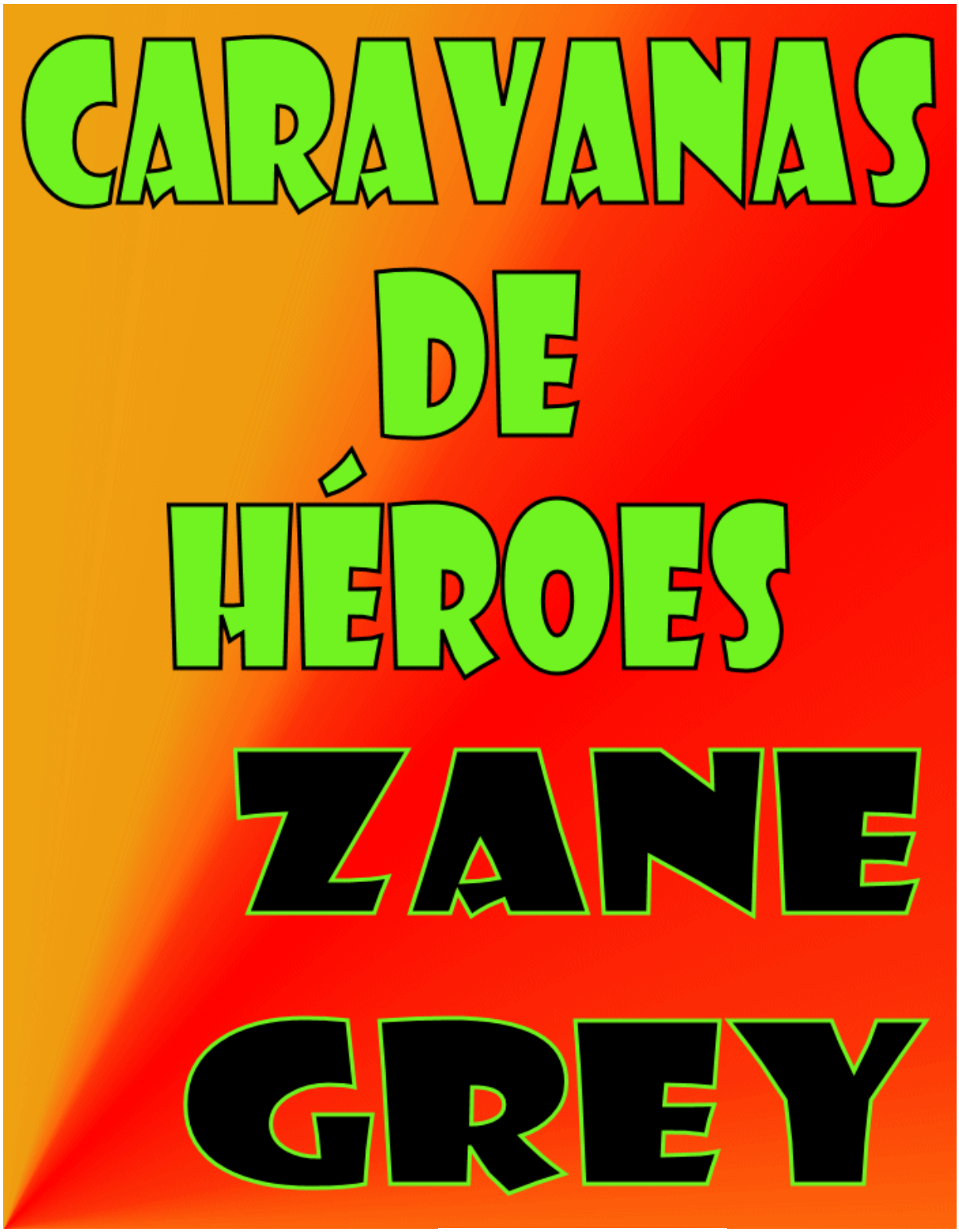
LIBRO dot.com

CARAVANAS DE HÉROES
ZANE GREY



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

U n brillante día de junio de 1856, el conductor de un carromato cubierto se detuvo en LAS afueras de Independence, Missouri. Había viajado durante toda la primavera con su mujer y su hijo para alcanzar aquel puesto fronterizo. Estaban cansados y necesitaban reposo antes de emprender el largo viaje hacia el Oeste. Escogió para acampar un lugar sombreado en un bosquecillo por el que corría un arroyo profundo y tranquilo entre bancales de hierba.

Este recio y maduro carrero respondía al nombre de Jim Belmet. Procedía de Illinois y, como muchos de su clase, era de cepa aventurera. El Oeste le atraía, irresistible.

A lo largo de la corriente había otros campamentos. Rizadas columnas de humo azul ascendían hacia el cielo. El golpear del hacha sobre la dura madera retumbaba por el bosque. Carros cubiertos avanzaban por el polvorienta camino hacia el puesto.

-Mary, ¿qué necesitas de la ciudad? - preguntó Jim al acabar las necesarias labores del campamento.

Su esposa, una mujer robusta y de agradable presencia, trabajaba en aquel momento cerca del fuego.

-Jamón o tocino. Pan o harina. Café y azúcar -respondió.

-¡Eh! ¡Clint! -llamó a su hijo-. ¿Quieres venir a la ciudad conmigo?

-No -rehusó el muchacho, un rubio rapaz de doce años. Tenía una cara pecosa, ojos grises, claros y serenos y unas maneras atentas y tranquilas, impropias de su edad. Estaba descalzo y en aquel momento pulía una delgada vara de sauce.

-¿Prefieres pescar? -preguntó el padre.

-Claro.

Jira se volvió a su mujer con su cara curtida iluminada por una chispa de buen humor.

-¿Qué te parece este chico? Hemos estado meses viajando; por fin llegamos a Independence, que debiera ser para él como un circo, y prefiere irse a pescar.

-Clint se parece a mi padre, que era un gran pescador y cazador -dijo la madre-. Considerando el sitio adonde vamos, no deja de ser conveniente.

Y dejaron a Clint entregado a su propia inventiva. Evidentemente sabía lo que traía entre manos, pues pronto tuvo lista su caña de pescar. A continuación escarbó en la húmeda tierra cerca del agua, donde halló lombrices para cebo.

-¿Te gustaría tener pescado para cenar, madre?

-Sí, hijo mío, pero no creo que haya peces en ese arroyo.

-Ya lo verás. -Y Clint se aleló bajo los umbrosos árboles por la orilla del silencioso cauce. No anduvo desacertado en su cálculo. Pocos habían sido los viajeros que no fueran de la misma opinión que su madre, pues Clint halló pocas señales de que nadie hubiera pescado en aquel riachuelo. De cada agujero sacó un grueso y dorado pez rueda o un rebelde barbo.

Al aproximarse al cercano campamento vio a una niña sentada en la ribera. Tenía un bonito y rizado cabello castaño. La cabeza se inclinaba sobre su regazo, lleno de trébol. Clint era tímido con las muchachas. Su primer impulso fue volverse por donde había venido, pero el deseo de pescar fue más fuerte y siguió adelante.

Ocurrió que el agujero que la niña tenía bajo sus pies era el mejor que Clint hallara. Allí cogió el más grande de los peces rueda. Luego, uno después de otro, capturó siete más. Y ya el cebo empezó a escasear. Más allá vio que los caballos habían entrado en el agua, estropeando la pesca. Ensartó el pescado en una vara de fresno ahorquillada.

-¡Qué bien va eso! -dijo la niña con timidez. Clint respondió cortésmente. Parecía más joven que él y esto mitigaba su embarazo.

-No he visto nunca a nadie que cogiese tantos peces como tú -exclamó con admiración.

Clint no se dio cuenta de ello, pero éstas eran probablemente las únicas palabras que podían haberle detenido. Más aún, le hicieron mirarla. Sus ojos eran oscuros y brillantes. Desconcertaba mirar en ellos; pero también tenían algo que le obligaba a hacerlo.

-¿Yo? No será tanto -replicó, y con la súbita conciencia de que estaba contorciendo desgarbadamente su cuerpo, se sentó en la hierba. Extraordinario era también su poco deseo de marcharse.

-Sí, sí-continuó ella, asombrada y seria-. He oído decir a mi padre que no había ningún pez en este río.

-Pues los hay, pero no es un río... ¿Te gusta el pescado?

-¿Comerlo? Sí, mucho. Ya estoy cansada de tanto tocino.

-Muy bien. Te limpiaré un par de estos peces rueda -ofreció Clint, y bajando al lado del agua sacó su cuchillo y limpió lo mejor que supo los dos más grandes de sus peces. Los ensartó en una horquilla de sauce y volvió a subir a la orilla. Ella se había puesto a gatas para observarle y su mirada despertaba en él algo extraño.

-Ahí va. Dile a tu madre, o a quien sea vuestra cocinera, que los sale y los fría en seguida sin harina. Clint no oyó las gracias que ella murmuraba, dividido entre la esperanza de que se fuera y el temor de que no se quedase. Pero ella se sentó en la hierba y le miró amistosamente.

-¿Cómo te llamas? - preguntó.

-Clint Belmet.

Ella lo repitió riendo.

-¡Qué nombre tan gracioso! Es más bonito que el mío.

-¿Cómo es el tuyo?

-May Bell.

-Pues es muy bonito.

-¿Tienes hermanos o hermanas?

-No. No somos más que mi padre, mi madre y yo.

-Igual que yo... ¡Qué aburrido! Mi madre dice que estoy echada a perder. ¿Y tú?

Creo que mi padre piensa lo mismo. ¿De dónde eres?

-De Ohío. Vivíamos en una granja.

-Nosotros también, en Illinois. A mí no me gustaba, pero este viajar al Oeste sí que me gusta; ¿y a ti?

May meditó sobre esto muy seria. -Algunas veces me acuerdo de nuestra casa.

-¡Bah! ¿Qué hacías en casa?

-Iba a la escuela. Desde los cinco años. ¿Ibas tú a la escuela?

-Cuatro años he ido. Mi padre dice que probablemente no iré más. Me alegraré mucho.

-¿Adónde te lleva tu padre?

-Al Oeste. No sabe adónde.

-Mi padre dice lo mismo. ¿No crees que están un poco locos?

-Mi madre dice que mi padre está completamente mal de la cabeza.

-Me gustaría que viajásemos juntos hacia el Oeste -dijo valientemente May.

-Sería muy... divertido- replicó Clint, ante la circunstancia más asombrosa de su vida.

En aquel momento Clint oyó que le llamaba su madre, y cuando se levantaba, otra llamada, sin duda para May, llegó del campamento vecino. Ella se levantó con ligereza y cogió la rama de sauce con sus peces. Clint quiso decir algo, pero no supo qué.

-Se lo diré a mi padre si tú se lo dices al tuyo -dijo May con ansiedad.

-¿E1 qué?

-Que tú y yo, los dos, queremos ir juntos al Oeste. Iremos sentados juntos en el pescante algunas veces. ¿No te parece divertido? ¿Se lo dirás a tu padre?

-Desde luego -murmuró Clint, asombrado ante lo extraño de la verdad que aquella niña pusiera ante sus ojos. Clint halló que su padre había llegado al campamento de vuelta de la ciudad, tan excitado por alguna cosa que apenas se dio cuenta del pescado que su hijo exhibía

orgullosamente. Su madre escuchaba muy seria mientras preparaba la cena. Clint se llevó sus peces al arroyo y allí los limpió, preguntándose lo que habría ocurrido. Supuso que sería algo relacionado con la continuación del viaje hacia el Oeste. Y volviendo a la hoguera del campamento, donde se puso a ayudar a su madre, Clint se enteró pronto de que iban a reunirse a una de las grandes caravanas transportadoras, por las que Independence era famosa en la frontera.

-Supongo que iremos más seguros con una caravana grande que con una pequeña - fue el único comentario de la madre de Clint.

Después de cenar, Clint se sintió a la vez avergonzado y alegre al ver a la niña May llegar al campamento acompañada de un hombre alto. Clint estaba ayudando a su madre a fregar los utensilios de cocina; no suspendió, sin embargo, la tarea por la visita.

-Me llamo Bell. Sam Bell, de Ohío -anunció.

-Yo soy Jim Belmet, de Illinois.

-Ésta es mi hija May, que se ha encontrado con su hijo hoy a la orilla del arroyo. Y vengo a celebrar una conferencia con usted.

-Tanto gusto en conocerlos a usted y a la pequeña - respondió con calor Jim -. Aquí está mi mujer y mi hijo Clint.

Después de cambiar algunos cumplidos más Bell expresó francamente el objeto de su visita.

-Independence era lo más lejos que yo calculaba al salir -dijo-. Desde luego, sabía que iría más lejos hacia el Oeste; cuándo y cómo, es cosa que no pensé. Pero ahora estoy aquí y tengo que decidir.

-En el mismo caso estaba yo cuando llegué-repuso Belmet -. Pero no he tenido que meditar mucho. Voy a transportar mercancías por el camino de Santa Fe.

-¿Mercancías? ¿Se refiere usted a las provisiones de todas clases que necesitan en los puestos y los fuertes?

-Eso es. Yo voy a acarrear por la Compañía Tillt. Tienen aquí grandes almacenes en que se pueden comprar caballos, bueyes, carromatos, armas, tabaco, cueros y toda clase de comestibles, todo en realidad, desde un papel de alfileres a una caja de bombones. Tillt tiene depósitos y agentes a todo lo largo del camino desde Independence a Santa Fe.

-¿Qué tal negocio es?

-Bueno. Yo pienso dedicarme a él mientras encuentro un lugar donde instalarme en el Oeste.

-La idea me parece bien -contestó Bell, pensativo-. ¿Cuánto capital se precisa?

-No mucho. Mañana compraré un carromato grande de carga y dos parejas de caballos. Los bueyes se pueden comprar aún más baratos.

-¿Qué hará usted con el equipo en que ha venido? -preguntó Bell señalando el carro cubierto.

-Creo que me lo llevaré también. Mary puede guiarlo y Clint ya sabe arreglárselas con los caballos.

-Me parece, Belmet, que yo haré lo mismo - exclamó Bell con entusiasmo-. ¿Cuántos vamos?

-Setenta y cinco hasta ahora, según me ha dicho el agente de Tillt. Cuantos más seamos, más alegre será el camino, o más seguro. Hay indios por todo él, ¿comprende usted? Nuestra caravana estará bajo el mando del capitán Couch, que es explorador y guía. Se me antoja que saldremos con ciento cincuenta carros... Bell, no cruce usted las llanuras solo. Venga con nosotros.

-¡Vamos con ellos, papá! - imploró la pequeña May.

-Bueno, hija mía; si tanto te gusta, ¿por qué no lo pides tú? - preguntó bondadosamente Bell.

-¿Podremos ir con ustedes? - preguntó con timidez la niña.

-Desde luego. Nosotros también nos alegraríamos mucho. Clint, dile a esta niña que te gustaría muchísimo. Pero la lengua de Clint no podía articular palabra.

-Está decidido, pues - dijo Bell como aliviado de una carga -. Vamos ahora todos a mi campamento para que conozcan a mi mujer.

Por el camino a través de 1a arboleda, Clint y May se quedaron rezagados, y se acercaron el uno al otro. -Me gustan tu papá y tu mamá, y espero que a ti te gustarán los míos - dijo ella.

-Claro que sí..., ya me gustan.

-Se me olvidaba... ¿Cuántos años tienes tú?

-Voy a cumplir trece.

-¿Ya eres tan mayor? Yo sólo tengo diez. Pero a ti no te importa, ¿verdad?

-¿Importarme? ¿El qué?

-Que sea tan niña, tan pequeña.

-No; ya estás bien así.

-¿Y me dejarás sentarme en el pescante contigo algunas veces, cuando vayas guiando?

-Claro que sí.

-¡Oh! -palmoteó con deleite-. Y marcharemos siempre juntos. Ya no volveré a estar más sola y aburrida. Miraremos lejos, por encima de la hierba, ¿verdad?

-Supongo que no tendremos otra cosa que hacer más que mirar-repitió Clint con aire superior.

-Pero ¡oh! ¿Y cuando vengan los indios? ¿Vendrán?

-Mi padre se ríe y dice que no. Pero mi madre menea la cabeza... Sí, los indios vendrán.

-¡Oooh!... Pero yo no tendré miedo si voy contigo -dijo la niña, y deslizó entre las suyas una manecita pequeña y fresca.

II

La larga caravana de carros serpenteaba como una inmensa culebra de blancos anillos a través de la ondulada llanura.

Las parejas de bueyes, con las macizas cabezas inclinadas, arrastraban con movimiento oscilante las galeras cubiertas de lona blanca; los pesados carros de carga, arrastrados por cuatro caballos, amoldaban su paso al lento caminar de los bueyes. Esta caravana tenía dos millas de larga y constaba de ciento treinta y cuatro carros. El camino de Santa Fe era amarillo, serpenteante y lleno de polvo; a cada lado, hasta tan lejos como el ojo podía alcanzar se extendía la pradera sin fin, verde y gris, ondulante como un mar.

El lento y paciente movimiento de esta caravana sugería la idea de una irresistible marejada hacia el Oeste. Contenía una épica significación. Nada podría detenerla del todo. Más allá del purpúreo e ilimitado horizonte los llamaba la edificación de un imperio. Debajo del práctico pensar de aquellos carreros, en su coraje, la jocundidad, la resistencia, la temeraria indiferencia hacia la tormenta, la sed, el fuego de las praderas y los salvajes hostiles, se escondía el sueño del aventurero, del colonizador.

Estaban en su tercer día de viaje y ya la pradera se los había tragado. Por todos lados la monótona llanura. Halcones de cola roja volaban sobre la hierba mirando hacia abajo; en algunas lomas sonaba el agudo relincho de los caballos salvajes; en los puntos desnudos se veían algunos pequeños perros de las praderas, sentados, inmóviles, cerca de sus cuevas, viendo pasar la caravana; los lobos corrían a ocultarse en la hierba; los conejos parecían tan numerosos como las matas.

Hacia el centro de aquella caravana, Clint Belmet se sentaba orgulloso en el pescante del carro cubierto de su padre, con las riendas y el látigo en la mano. Su madre le había cedido a él' la conducción. Ella no se encontraba bien y descansaba al abrigo del toldo. A los doce años de edad se le daba a Clint el trabajo de un hombre. El primer día su padre le había vigilado estrechamente desde detrás, lo mismo que Sam Bell desde delante. Pero su preocupación disminuyó poco a poco.

En este tercer día, Clint conoció la felicidad como nunca hasta entonces. Habían confiado en él y él había justificado la confianza de sus mayores; era ya parte de alguna cosa que él presentía como tremenda. Un pesado rifle se apoyaba a su lado contra el asiento. La primera vez que practicando lo disparó en el campamento, cayó de espaldas cuan largo era; la segunda vez permaneció firme, con gran satisfacción de Jim Belmet. Clint no temería volver a dispararlo. Joven como era, adivinaba el significado de un rifle en aquellos viajes. Las noches en derredor de las hogueras del campamento, escuchando a los carreros, los guías y los cazadores, le habían empujado más allá de sus años.

Maravillosos habían sido los últimos días, pero aquél los ganaba a todos: el sol era de oro; la brisa, caliente, seca y fragante; la hierba de la pradera ondulaba y se ensombrecía; una rica luz ambarina se extendía como un manto sobre la llanura, convirtiéndose en la distancia en una púrpura oscura y profunda; el cielo era del azul del mar, surcado por blancas nubes. El rodar de las pesadas ruedas, el golpear constante de los cascos, era una música para los oídos de Clint. Pero seguramente la más dulce de todas sus impresiones procedía de su compañera, la pequeña May Bell, que se sentaba a su lado en el pescante.

Dos veces antes había compartida con ella este prominente lugar, pero esta vez ella y Clint estaban solos. Estaba bajo su protección. Jack, su perro, yacía enroscado a los pies de May.

-Mira - dijo May por milésima vez -. ¡Qué bonito! -Y señalaba delante de la larga curva de la caravana, cuya cabeza llegaba ya más allá de la ondulación.

-Sí, muy bonito- contestó Clint con indiferencia.

-Papá me ha dicha que podría estar todo el día contigo si tú querías... ¿Quieres?

-¿Cómo no? -repuso él ocultando su propia satisfacción.

-Ya eres un buen conductor - siguió diciendo May mirando con admiración por debajo del ala de su sombrero.

-¡Hep!... ¡Arre! ...

-Me alegro. Eres tan fuerte y tan diestro y tan... tan... todo... ¿Hasta dónde vamos hoy?

-He oído que uno le decía a mi padre que a cerca de veinte millas de Fish

-Creek haríamos nuestro próximo campamento. Es una buena jornada. Ayer sólo hicimos dieciocho millas.

-¡Parecía que habíamos andado tanto! Pero me gusta el camino. Podrías guiar más despacio si quisieras... ¿Quieres que se acabe, Clint?

-¿El qué?

-Este viaje.

-No tengo ninguna prisa especial.

-Mi madre dice que estoy demasiado excitada. No como todo lo que ella quisiera y sueño mucho. Doy gritos por la noche.

Clint se echó a reír, haciendo restallar su látigo.

-¡Ah! Ya gritarás por algo antes de que lleguemos. Aquello la calmó, pero no por mucho tiempo. Estaba ansiosa, llena de curiosidad y de gozo y no sabía por qué. Su mente infantil estaba cautivada por la aventura y la belleza mientras avanzaba hacia el sueño de sus mayores, hacia el futuro desconocido.

-¿Está muy lejos Fort Union?

-Creo que sí. A unas mil millas.

-¡Oh!, ¿entonces estaremos semanas por el camino?

-Claro.

Mi padre me dejará con mi madre en el fuerte. ¿Vendrás allí muchas veces?

-En cada viaje, a la ida y a la vuelta.

-Me alegro. Así no estaré tan... ¿Qué va a ser de nosotros, Clint?

-¿Ser de nosotros? ¿Qué quieres decir, May?

-No me refiero ahora, ni a este viaje, sino a después... ¡Fíjate! Es tan terriblemente grande esta pradera... ¿Qué habrá al otro lado?

-¿No has estudiado geografía?

-No.

-Llegaremos a las Montañas Rocosas y las cruzaremos también.

-¡Oooh! ¡Que bonito! ¿Pero podremos subir a las montañas?

-Hay un paso, un desfiladero para pasar.

-Me alegro por los pobres bueyes. He visto uno que sangraba por las paletillas... Pero, Clint, ¿qué haremos todos en el Oeste?

-Trabajar.

-¿Cómo?

-He oído al capitán Couch que se lo decía a mi padre. ¡Es todo un hombre! Tendremos todos que luchar con los indios primero; luego, matar a los búfalos antes de empezar a labrar la tierra.

-Pero, Clint, ¡la mujeres como yo no pueden luchar con los indios ni matar búfalos! - exclamó May con asombro.

-¿Por qué no cuando seas mayor?

-Porque no es propio de señoras.

-Pues no tendrás más remedio. Las mujeres tienen que ayudar. Mi madre es muy valiente y ayudará. Y las niñitas como tú...

-Yo no soy una niñita- interrumpió ella con indignación.

-Perdona. De todas maneras, tú vas al Oeste, ¿no?' Pues allí no estarás como en casa. Tendrás que ayudar a - tu madre, aprender lo que puedas, trabajar, crecer y casarte. Todas las muchachas tienen que hacer lo mismo en el Oeste...

Y aquí Clint tartamudeó, mientras que May le miraba. espantada.

-¡Casarme! ¡Yo!

-¡Pues claro! No eres distinta de las demás.

-No he querido decir que lo fuese.

-Supongo que algún día querrás ser la mujer de un colonizador.

-¿Qué es un colonizador? - preguntó May, fascinada.

-Un colonizador es lo que será mi padre. Seguirá adelante hasta donde no haya nadie; vendrán otros como él,, y lucharán con los indios, y con los osos, y con los búfalos, cortarán árboles, harán casas de madera, plantarán y recogerán las cosechas. Labrarán la tierra para que venga más gente. Eso es un colonizador.

-Clint, yo creceré para ser la mujer de un colonizador.

-Si vales el pan que te comes, así será.

May pasó una mano no muy tímida por entre el brazo de Clint, y le miró con picardía por debajo del ala de su sombrero.

-¿Me querrás, tú, Clint?

-¿Para qué?

-Para tu mujer de cojonizador. Cuando crezca, desde luego. No tardaré mucho; ya tengo diez años... ¿Querrás?

-No estaría mal, ahora que pienso en ello.

-¿Pera te alegrarías?

-Claro - respondió Clint apresuradamente.

-Tendríamos que enamorarnos primero - murmuró May con una sonrisa soñadora.

-Sería lo más propio, pero los colonizadores no tienen tiempo para todo.

-Entonces, Clint, lo prometo - dijo May con mucha solemnidad.

-Muy bien, May. Yo también.

Y así estos niños, sentados en el pescante de la galera, cruzaban la llanura, contemplando con los ojos de esperanza de la juventud el horizonte purpúreo, fieles en su inocencia y fantasía al gran movimiento en el que tomaban parte.

La puesta del sol, una inmensa llamarada de oro, detuvo a la caravana al lado de un arroyo sombreado por espesa arboleda. Era Fish Creek un lugar ideal para acampar. La hierba y la leña abundaban. Se desengancharon los caballos y los bueyes para que pastasen bajo la custodia de veinte guardias. Una escena animada de vida de campamento en gran escala. A todo lo largo de la línea de carros sonaban voces alegres; las hachas retumbaban sobre la madera; las hogueras despedían columnas de humo azul y pronto cincuenta grupos de hambrientos viajeros se sentaban en tierra con las piernas cruzadas.

Clint estaba tan hambriento como los demás, pero se acordó de guardar algunos bocados escogidos para la pequeña May. Después de cenar, él y May, con Jack a sus talones, se pasearon por entre los carros y el arroyo. Según lo que ellos pudieran ver, no había más que dos niños en la caravana. Y las mujeres no abundaban mucho más. Los curtidos carreros, los exploradores de largos cabellos y los robustos colonizadores, todos miraban con afecto y bondad a los pequeños y algunos meneaban la cabeza gravemente.

La oscuridad llegó a toda prisa. Las hogueras se amortiguaron. Los guardias patrullaban. Los coyotes comenzaban su fúnebre coro. Clint entró en la tienda que compartía con su madre y se acostó sin despertarla. Su padre dormía bajo el toldo del carro. Pronto entró el perro a enroscarse a los pies de su cama. Los ruidos cesaron en el exterior y las sombras vacilantes de la tienda se desvanecieron. Clint se levantó al romper el día. Había aprendido a gustar del alba. Con gran desencanto descubrió que Fish Creek no tenía un nombre muy apropiado[1]. Cuando volvió al campamento con las manos vacías, su padre y Bell se rieron de él. Pero la pequeña May le dedicó una sonrisa que fue una recompensa.

La caravana siguió temprano su camino hacia el Oeste. Hicieron aquel día veinte millas, y casi otras tantas al siguiente. Al sexto día se vieron búfalos a lo lejos, hacia el Sur. Todo lo que los ojos ávidos de Clint pudieron distinguir fue una larga y oscura línea. Aquella noche el campamento se formó sobre el llano, a poca distancia de un riachuelo. Clint se dio rápida cuenta de que los carros se colocaron en un círculo con aberturas en dos extremos, formando un enorme corral. Los caballos y los bueyes salieron bien guardados y poco después de oscurecer fueron metidos en el interior del corral. Los hombres levantaron las tiendas.

-¿Para qué se hace esa, padre? - preguntó Clint señalando la masa del ganado en el centro del círculo. -Indios, hijo mío, según dicen los exploradores - replicó su padre -. De ahora en adelante estaremos siempre sobre aviso.

Clint se acostó tranquilamente, pero no se durmió en seguida. Se le antojaba que Jack procedía de una manera extraña al acercarse tanto a él. Clint pensó en su madre y en la pequeña May. Pero nada ocurrió y al fin se quedó dormido.

A la mañana siguiente, el capitán Couch dio orden a los conductores de que avanzasen muy juntos y, sin detenerse, vigilasen siempre la cabeza y la cola de la caravana.

Clint sabía que algo malo se preparaba. Al subir al pescante y coger las riendas tenía el corazón en la garganta. La caravana emprendió rápida marcha, cada carro pegado al que tenía delante. Los exploradores montados se adelantaron mucho y la retaguardia se distanció de la caravana. La conducción no le pareció a Clint Belmet divertida aquella mañana. Una vez May le saludó con la mano. ¡Qué blanca tenía la cara! Las riendas le impidieron contestar al saludo, pero comprendió que ella se daba cuenta.

Sin embargo, las horas pasaban, las millas crecían en número y nada ocurría. Clint sentía que la tensión se aflojaba. Conducía tan bien como cualquiera de los carreteros, pero los brazos le dolían. Otra vez vio Clint la tenue línea oscura y no necesitó que '.e dijeran que

[1] Fish Creek: Arroyo de los peces.

era un gran rebaño de búfalos. Se movía y, por consiguiente, no estaba lejos. Otra vez le invadió la emoción y el temor, y miró hasta dolerle los ojos.

El alto se dispuso mucho antes de la puesta del sol, con gran satisfacción para Clint. Sus ojos inquietos registraban la pradera. Una verde línea de árboles mostraba el lugar donde hallaría agua y leña para uso del campamento, pero la caravana agrupóse sobre el llano en un círculo compacto. La lanza de cada carro tocaba la trasera del carro anterior.

Este campamento no era una divertida reunión campestre, sino un asunto serio. Los caballos y los bueyes fueron desenganchados y conducidos con una fuerte guardia al abrevadero, dejándolos pacer hasta la puesta del sol. Clint veía en el horizonte la negra silueta de los exploradores montados. Durante la cena, su padre, Bell y los demás hombres tenían un aire preocupado que no invitaba a hacerles preguntas. Clint tuvo oportunidad, de hablar con May.

La oscuridad cerró rápidamente aquella noche. No hubo crepúsculo. Las nubes ocultaban las pálidas estrellas. Las hogueras se extinguieron y la escasa conversación que sostenían los hombres era en voz baja. Los caballos no llevaban campanillas aquella noche.

Los finos oídos de Clint cogieron la charla de un viejo conductor.

-Couch cree que hay pieles rojas por los alrededores. Probablemente Pawnees o Arapahoes. Bien, mientras no sean Comanches, los podremos resistir.

En la .mente atenta del muchacho se grabó aquel nombre, Comanches. Se sentó al lado de las rojas ascuas de la hoguera y escuchó. Los hombres se sentaban a su alrededor fumando a cuchicheando. Por fin guardaron silencio. Se oía a los caballos pacer la hierba.

-Mejor es que te vayas a acostar, hijo mío -le aconsejó su padre-. Habrá cincuenta hombres de guardia. Pero Clint se quedó aún fuera. Se le antojaba que su perro Jack se conducía de manera aún más extraña que la noche anterior. Jack era un perro de pastor y a Clint le parecía que lo que él no supiera no era digno de aprenderse. Los coyotes podían hacer que a Jack se le erizasen los pelos. Pero no ladraba. De súbito llegó a los oídos de Clint, a través de la oscuridad, una nota más aguda y más bravía. Era el grito de un animal. Otra vez... Parecía el aullido largo y profundo de un perro sobrenatural. Cesaron los ladridos de los coyotes.

-¿Qué es eso? - preguntó a un hombre que estaba sentado junto a él.

-El lobo de las praderas. Es un animalito que sabe cantar -fue la respuesta- Estamos llegando ya adonde empieza lo salvaje.

En Clint perduraban sus primeros temores a la noche, la oscuridad, la soledad y lo desconocido. Con Jack pegado a sus talones, entró en la tienda de su madre. Se había levantado entre dos carros, protegida por la galera de carga. Su madre no dio señales de estar despierta, si lo estaba. Dentro de la tienda, la oscuridad era aún más densa. Clint sintió una extraña sensación, como si se hubiera despertado con el frío de una pesadilla. Se quitó las botas y la chaqueta y se envolvió en sus mantas, cubriéndose con ellas la cabeza. Sintió a Jack acostarse a sus pies. Luego quedó todo en silencio, salvo el latir de su pecho.

Al cabo de un momento se descubrió la cabeza para respirar mejor. Todo estaba silencioso como una tumba. Clint trató de dormir, pero en vano. Aquella noche contenía cierta extraña opresión. Jack la sentía también, pues estaba inquieto. Se acercó a Clint y le lamió una mano. Los caballos no se movían.

Clint se durmió por fin. El perro le despertó. Jack estaba de pie y gruñía sordamente. Clint le oyó ventear. Luego salió de la tienda. Clint permaneció despierto. Lejano y débil sonó el ulular de una lechuza. Jack volvió a entrar corriendo en la tienda y saltó sobre el lecho de Clint, gruñendo más fuerte.

Unos pasos en el exterior precedieron a la voz de su padre.

-¿Qué le pasa a ese condenado perro? Jack, ven aquí.

-Jack ventea algo, padre - dijo Clint.

-¡Ah, estás despierto! Este perro se porta de una manera extraña. Se ha subido a mi carro y a mi cama - replicó Belmet.

Clint se incorporó en el lecho. Había ahora mucha más luz. Evidentemente, la luna se había levantado. Vio a su padre que mantenía abierta la puerta de la tienda. El reflejo del cañón de un rifle hirió sus ojos.

-Ven, Jack. Búscalos -dijo Belmet alejándose. Inmediatamente después sonó un disparo en el campamento, no lejos de donde estaba Clint. Su madre despertó gritando alarmada.

-Creo que son indios, madre, pero no lo sé -replicó Clint saliendo del lecho-. Padre estaba aquí ahora mismo. Se ha llevado a Jack.

De súbito estalló en el campamento el tableteo de la fusilería. Parecía recorrer la mitad del círculo. Clint se acostó descompuesto de temor. Luego sonaron tiros menos fuertes y un aullido salvaje como jamás oyera Clint. La sangre se le heló en las venas. ¡Un repicar como de granizo sobre la lona de la tienda¡ ¿Qué podría ser? Más tiros y roncos gritos de los hombres.

-¡Dios mío! ¡Me han herido! -exclamó la madre con voz ahogada.

-¡Mamá! ¡Mamm! -llamó Clint levantándose lleno de pánico.

Vio a su madre de rodillas, doblarse y caer.

-Corre por tu padre... ¡corre! - murmuró.

Clint corrió despavorido. La luna alumbraba con su luz pálida. Algunos hombres rodeaban a los asustados caballos. Clint vio salir relámpagos de fuego de debajo de los carros y sintió sus oídos desgarrados por fuertes detonaciones. Corrió de aquí para allá llamando a su padre. En su espanto salió por una de las aberturas y se encontró en medio de un grupo de hombres.

- ¡Padre! ¡Padre! ¡Han herido a madre! - gritó con frenesí.

-¿Quién eres tú, muchacho, y quién es tu padre? -preguntó un pesado carretero deteniéndole.

-Creo que es el hijo de Belmet -dijo otro.

-Sí, ése es mi padre. Le necesito. Han herido a mi madre.

-Aquí vuelven. Jim ha salido con ellos a perseguir a esos demonios.

Clint vio formas oscuras que se acercaban. De repente apareció Jack y se acercó a él de un salto.

-¿A cuántos habéis matado? - preguntó el hombre de la voz ronca cuando el grupo se acercó.

De dos estamos seguros. Han corrido como gamos a cruzar el arroyo donde tenían los caballos.

Clint reconoció la voz de su padre.

-¡Padre! ¡Madre está herida! ¡Corre!

Belmet exhaló un grito de alarma y entró rápidamente en el círculo de los carros. Jack le siguió. Clint corrió detrás de ellos. Cuando se acercaron a su tienda, vio entrar, en ella a un hombre con una linterna. Sin aliento y bañada de sudor frío, Clint separó la lona de la abertura de entrada. Su padre estaba arrodillado al lado de una forma oscura e inmóvil. El otro hombre lo alumbró con la linterna. Clint vio la cara de su madre extrañamente plácida y serena.

-¡Buen Dios! - exclamó Belmet con voz ronca.

El hombre dejó su linterna y posó una mano ruda y cariñosa sobre los hombros de Clint. Al mismo tiempo, Jack le lamió, gimiendo, los pies desnudos.

-Hay que soportarlo, muchacho -dijo con voz opaca el hombre-. Estamos en las praderas y los malditos Comanches han matado a tu madre.

III

Clint permaneció en la tienda envuelto en sus tiendas: Pero no le calentaban. Parecía estar helado por dentro. El perro se quedó junto a él, tratando de decirle que algo malo ocurría.

Imposible dormir. Clint se incorporaba de cuando en cuando para mirar la forma inmóvil y cubierta que yacía al otro lado de la tienda. ¡Su madre! No podía darse cuenta de que estaba muerta. Cuando una vez más llegase la luz del día, despertaría de aquella horrible pesadilla. Su padre entraba con frecuencia.

Ninguno de los hombres se volvió a acostar aquella noche. Clint oía sus pisadas y sus voces contenidas. Los indios no volverían a sorprenderlos.

Se desvaneció el' resplandor plateado sobre la lona de la tienda. Reinó por algún tiempo la oscuridad y luego llegó la lenta y blanquecina luz del alba. Al romper el día empezó a agitarse el campamento. Clint se puso las botas y salió. La mañana era tan hermosa como las demás, pero para Clint estaba ensombrecida por una especie de horror. Parecía aturdido. Anduvo un poco por el campamento. Fuera del círculo de carros vio a dos indios que yacían en el suelo con la cara negra y terrible. Sus cuerpos casi desnudos estaban ensangrentados. Uno tenía un puñado de hierba apretado en una mano.

Clint volvió corriendo. Las hogueras ardían, se estaba haciendo el almuerzo. Los hombres aparejaban. A pesar de la actividad, el campamento estaba silencioso. Por todas partes se veía la evidencia de la prisa.

Cuando Clint regresó a su campo, vio que su padre y otros dos hombres sacaban un bulto pesado y envuelto en una manta fuera de la Venda. Jack se le acercó meneando la cola, pero aquella mañana no jugaba.

Luego vio un montón de tierra amarilla al lado de una fosa recién cavada. ¡Una sepultura! Los hombres dejaron en ella la forma envuelta en la manta. Dos de ellos empezaron a echar tierra sobre ella. Su padre se arrodilló con las manos cruzadas y los ojos cerrados. Clint comprendió de súbito que habían enterrado a su madre. No la volvería a ver más. Aquellos diablos de la noche se la habían arrebatado para siempre. Se metió en la tienda y se cubrió con las mantas como aplastado.

Su padre le llamó en seguida.

-Ven, hijo. Tenemos que comer y seguir adelante. Hemos de tratar de soportarlo... Los demás me dicen que hay sepulturas casi en cada campamento a todo lo largo del camino.

Clint se levantó, se secó los ojos y dejando la tienda se lavó la cara y se peinó. Descubrió a su madre en el rancho de Bell. Se acercó y se sentó al lado de May. Estaba pálida y asustada. La señora de Bell tenía señales de lágrimas en la cara. Ninguno de ellos, sin embargo, mencionó la tragedia. Parecían expresar así la aceptación de algo inevitable. La pequeña May, viendo que Clint podía comer, comió algo también. La comida fue breve.

Uno de los viejos exploradores entró gritando.

-¡Arriba pronto! Tenemos una larga jornada hoy, y quizá nos entretengan.

-Clint, puedes venir conmigo -dijo su padre-. Yo encontraré otro conductor para tu carro.

-Padre, si a ti te es lo mismo, prefiero guiar yo - respondió Clint tragando fuerte.

-Está bien. No olvides algo de comer y agua para beber. - Sus palabras eran sentidlas e inexpresivas, pero en su mirada se leía todo lo que no decía. Cuando se alejaba con sus compañeros, uno de ellos le dijo

-Belmet, ese muchacho será un hombre.

Mientras Clint trabajaba en el aparejo de su carro, el hombre que le ayudaba estuvo muy locuaz.

-Este es mi tercer viaje -le dijo a Clint-. Hemos salido bien librados de la escaramuza de anoche con los pieles rojas. Eran Comanches.

-¿Mataron a muchos nuestros hombres? - preguntó Clint mordiéndose los labios.

-A diecinueve. No hubiéramos salido tan bien librados si no hubiese sido por un perro...

-¡Un perro! - interrumpió Clint-. Mi Jack.

-Puedes apostar que es un buen perro. Estábamos todos en línea y con las armas preparadas cuando los indios atacaron. Los recibimos con una buena descarga. Tendrías que haberlos visto correr. Esta mañana hemos encontrado diecinueve cuerpos. Yo he hallado seis. Uno de ellos estaba vivo y le he roto la cabeza con el rifle. Los hemos arrastrado hasta el río y los hemos enterrado a todos en un hoyo grande. El capitán Couch y dos de sus exploradores les han arrancado el cuero cabelludo a todos. Es curioso esto. Los que han envejecido en las praderas odian a los indios y les arrancan el cabello a todos los que caen en sus manos. Después los hemos echado a todos en el hoyo y tapado con tierra. El capitán Couch ha ensartado todas las cabelleras en una correa y las ha colgado de su carro.

-¿Hemos perdido algunos hombres? - preguntó Clint, curiosamente excitado a pesar de su estado de aturdimiento.

-No. Sólo dos heridos. Jim Thorn tiene una herida en la pierna y Tom Allen una cuchillada en el brazo, pero nada más.

Clint se subió a su Descante y esperó a que el carro que tenía delante emprendiese la marcha. Los caballos estaban intranquilos. Clint tenía que emplear todas sus fuerzas para dominarlos. Pronto estuvo en movimiento la caravana. Sintió que algo se desgarraba en su pecho. Se alejaba dejando a su querida madre en aquella solitaria pradera.

Sollozó fuerte. Cuando pasaba por el lado de su sepultura, señalada por una tosca cruz, se le nublaron los ojos. Tuvo que luchar con la debilidad que amenazaba postrarle. Le habían confiado toda la hacienda de su padre y sus mejores caballos. El serpenteante camino brillaba con el sol como uña cinta amarilla extendida a través de la pradera.

Fue un bien para Clint que tuviera aquel día un tronco difícil de manejar. El esfuerzo le sostenía. Tenía que atender a un trabajo que era fuerte hasta para un hombre. El camino tenía trechos malos. Los que rompían la marcha habían recibido orden de caminar tan de prisa como les fuese posible. El carro de su padre venía detrás y algunas veces, en las cuestas abajo, el enorme carromato de carga se venía peligrosamente encima. Cuando la caravana se detuvo, Clint se enteró asombrado de que habían llegado a Council Grove, la primera estación de diligencias de la línea. Los heridos se quedaron allí para ser conducidos de vuelta a Independence.

A la mañana siguiente, Clint supo con sorpresa que los Bell habían decidido, por el momento, quedarse en Council Grove. Estaba demasiado lleno de pena para sentir la pérdida de la pequeña May; sin embargo, su manera de llorar al despedirse le conmovió.

-No olvides mi promesa - murmuró ella, y Clint le aseguró que no la olvidaría, y creyó en realidad que siempre recordaría sus ojos llenos de lágrimas.

La caravana de Couch siguió su camino reforzada por más carros que se 1e unieron en Council Grove. Pasó aquel día y Clint volvió a dormir con el sopor profundo del agotamiento. Luego, los días y las noches se sucedieron tan rápidamente como el rodar de los carros. Tenía su trabajo, que era casi demasiado para él. Pero continuó con firmeza, y a medida que adquiría fuerzas y costumbre de su ardua tarea, la espantosa desolación de su pecho se convertía en simple dolor.

El 29 de junio, la caravana llegó a Fort Lamed, donde haría un alto de una semana. Clint y su padre acamparon, con la mayor parte de los carreros, fuera del fuerte. Era un lugar maravilloso, muy diferente de Independence. A pesar de su tristeza, Clint no pudo escapar a la natural curiosidad e interés de la juventud.

Fort Larned se agitaba lleno de actividad. Había un gran almacén donde ocho dependientes hacían todo cuanto podían para atender a sus muchos clientes. A Clint le dijo su padre que había allí más de cien cazadores blancos que iban a vender las pieles que habían recogido durante el invierno, y más de mil indios, pero tardó algo en distinguir a una tribu de otra. Los cazadores se parecían mucho entre sí. Todos vestían de piel de gamo y a Clint le

gustaba su aspecto fuerte, ágil y flexible; algunos, jóvenes, pero en su mayor parte maduros y curtidos y nunca sin sus armas.

Las tabernas hacían también un magnífico negocio, y cada una era además casa de juego. Su padre le llevó a ellas. Desde entonces databa la aversión de Clint hacia los jugadores. Prefería pasear por las calles. o ir al fuerte, donde había destacados cuatro regimientos de dragones y dos compañías de infantería a las órdenes del coronel Clark. A Clint le gustaba mezclarse con ellos, y especialmente con los cazadores. Todo el tiempo estuvo en contacto con los indios. Los evitaba tanto como le era posible y los odiaba, pero admiraba su pintoresco aspecto, sus ceñidas vestiduras de piel y sus mocasines adornados de cuentas. Algunos usaban sombreros, otros plumas de águila en sus cabellos negros, muchos llevaban la cabeza desnuda y todos usaban vestidos de piel de bisonte.

Varios días después de la llegada de Clint al' fuerte fue interpelado por dos de los cazadores, dos hombres a quienes ya había observado antes.

-¿Cómo estás, muchacho? ¿Cómo te llamas? - preguntó el más notable de los dos. Tenía ojos de maravillosa penetración, que parecían mirar a través de Clint, y cabello largo que se ensortijaba sobre sus anchos hombros, cubiertos por una blusa de piel.

-Clint Belmet - respondió el muchacho.

-¿Eres tú ese mozo que dicen ha traída un carro desde Independence?

-Si, señor.

-Choca... Yo soy Carson - dijo el explorador y estrechó la mano de: Clint, que estaba dolorida de las riendas, con tanta fuerza que éste tuvo que reprimir un grito.

-Yo soy Dick Curtis - dijo el otro y repitió la ceremonia del apretón de manos.

-¿Has perdido a tu madre por el camino? - preguntó Carson, y su mano se posó en el hombro de Clint.

-Sí... señor - dijo Clint temblándole los labios.

-Comprendo lo que sientes, Clint -continuó diciendo el explorador. Había en su persona algo muy atrayente-. Es duro... Pero el Oeste necesita muchachos como tú. Sigue como has comenzado. Tienes inteligencia y nunca te darás a las cartas ni a la bebida. Y aprende que el único indio bueno es el que está muerto.

El otro explorador, Curtis, acarició la cabeza de Clint y los dos siguieron adelante.

Belmet, que estaba de pie en la puerta del almacén con otros, fue espectador interesado de este pequeño incidente. Puso las dos manos en los hombros de Clint y le miró.

-¿Qué te han dicho esos dos exploradores, hijo mío? Clint se lo dijo.

-¿Tienes alguna idea de quiénes son?

-Me lo han dicho. El más bajo es Curtis, Dick Curtis. Y el más alto, el de los ojos vivos, me ha dicho que se llama Carson.

-Carson... ¡Kit Carson! Es el mayor enemigo de los indios del Oeste.

-¡Kit Carson! -exclamó Clint con incredulidad-. He leído cosas de él... Y me ha estrechado la mano. A poco más me rompe los dedos... Padre, estoy orgulloso de lo que me ha dicho.

-Debes estarlo. Ya ves cómo es esta vida de la frontera. Un joven que se entrega al juego y a la bebida no dura mucho, de suerte que espero que tendrás en cuenta el consejo de Kit Carson. Ha sido para ti un gran cumplido.

-Seguiré su consejo, padre. Nunca beberé ni jugaré.

-Dame tu mano para sellarlo - dijo Belmet con emoción.

No dejaron el fuerte hasta el 8 de julio, cuando los carreteros que habían descargado, entre los cuales estaba Belmet, se unieron a una caravana que regresaba de los llanos de Missouri. Era una caravana mayor, escoltada por soldados. Clint condujo su carro todos los días y llegaron a Westport, llamado después Kansas City, el 10 de agosto.

Los almacenes más grandes estaban situados en Westport, y todas las mercancías tenían que ser descargadas allí. Belmet obtuvo un contrato del Gobierno que le satisfizo en extremo. El 20 de agosto, él v Clint, con otros setenta carros, emprendieron el largo viaje de mil

ochocientas millas a Santa Fe. Se les dio una escolta de noventa soldados bajo el mando del capitán Payne. Esta caravana del Gobierno tenía que acarrear suministros a todos los fuertes del camino.

Belmet vendió la galera, conservando los caballos, y compró otro carro de carga, nuevo, pintado de verde y rojo, que Clint guiaba. A los pocos días de camino, todos los miembros de la caravana tenían una palabra cariñosa para el muchacho y su perro. Hasta el capitán Payne se fijó en él.

-Veo que llevas ahí un fusil de búfalo, muchacho - le dijo.

-Sí, señor; pero no es para los búfalos - le contestó con intención Clint.

En la tarde del sexto día, los viajeros se detuvieron en Crow Creek, un magnífico punto en la gran curva del río de Arkansas. La verde espesura de las árboles y el brilla de las tranquilas aguas atraían a Clint, pero no tuvo tiempo para entregarse a su pasatiempo favorito. Los carros, como de costumbre, se formaron en un círculo, la lanza de uno bajo la trasera del que tenía delante, con una abertura para la entrada y la salida del ganado.

Los caballos y los bueyes quedaron fuera pastando, bien guardados, en la abundante hierba. Pronto se observó que volvían apresuradamente. Un jinete venía delante gritando: -¡Indios! ¡Indios!

El capitán Payne ordenó a sus soldados que montasen y a los carreteros que se aprestasen a rechazar el ataque. Luego, él se subió a un carro con su anteojo de campaña. Miró durante un largo rato.

-Nada que nos tenga que preocupar - anunció al fin -. Son Pawnees y Comanches luchando unos con otros.

-¡Ojalá se matasen todos! -dijo un viejo soldado. -Sube a echar una ojeada - le dijo el capitán a Clint-. Es una cosa que merece verse y que no se ofrece con frecuencia.

Clint subió al carro con alegría y aceptó con ansia el anteojo que le ofrecía. A simple vista podía ver los caballos corriendo, las melenas flotantes, los relámpagos de color, de fuego y de humo. Pero la distancia era demasiado grande para oír los disparos. Cuando tomó el anteojo, quedó transfigurado, con los nervios v las venas en tensión.

Sobre la ladera de una colina a una milla de distancia, poco más o menos, varios centenares de indios estaban empeñados en una terrorífica contienda. Se veía con claridad que una partida grande perseguía a otra más pequeña en dirección opuesta al campamento. Rojos cuerpos desnudos, plumas y lanzas, llamas rojas y blancas nubecillas de humo, la carrera de caballos salvajes chocando, unos con otros, la lucha encarnizada de sus jinetes, la caída de sus cuerpos sobre la hierba, toda esto trajo el anteojo a la vista de Clint y le mantuvo temblando de emoción hasta que los guerreros se perdieron de vista al otro lado de la colina.

Clint devolvió el anteojo al sonriente capitán.

-¿Luchan así unos con otros? - dijo en voz baja y sintiendo un poco de repugnancia.

-Por suerte para nosotros. Esto nos ha ahorrado un combate.

-Espero que los Pawnees maten a todos los Comanches -dijo Clint con voz sombría, respondiendo a lo que el Oeste había despertado ya en él.

A la mañana siguiente, temprano, la caravana volvió a emprender su camino, con orden de mantenerse juntos y vigilantes. Algunas veces, hábiles indios esperaban emboscados a una caravana y atacaban por el centro causando pérdidas de vidas y mercancías, antes de que la escolta montada, que por lo general cabalgaba delante y detrás, pudiera llegar al lugar de la lucha. Especialmente los Comanches, maravillosos jinetes, atacaban con la rapidez de un ciclón y desaparecían. Ninguna señal de indios, sin embargo, entorpeció el viaje.

Con disgusto de Clint, la caravana pasó por en media de Council Grove, y sólo algunos de los carros, los últimos de la línea, se detuvieron unos pocos momentos. Siguieron hasta el Fuerte Zarah, al lado del río Walnut, donde fueron necesarios dos días para descargar las mercancías destinadas a aquel lugar.

-¿Viste a los Bell cuando pasamos por en medio de Council Grave, padre? - preguntó Clint en la primera oportunidad que se le ofreció.

-No, hijo mío, no los vi - contestó su padre alejándose.

Clint estaba muy ocupado en aquel momento, pero cuando más tarde pensó en ello se le antojó que su padre había estado extraordinariamente brusco y conciso, y aprovechó el primer momento que se le ofreció para acercarse a él

-¿Hablaste con alguien en Council Grove?

-Sí; me detuve algunos momentos, los suficientes para que me dieran noticias de las peores... He querido decírtelo antes pero no he podido, mas, aunque es duro, debes saberlo.

-¿Les ha ocurrido algo a nuestros amigos los Bella.

-Sí - replicó Belmet sombríamente, y dejó la tarea en que estaba ocupado.

-¿Algo malo, padre? - preguntó Clint con la voz enronquecida.

-No podía ser peor. Una semana después de salir nosotros de Council Grove, parece que Sam Bell se aburrió de la frontera y quiso volver a casa. Hubo el rumor de que un tahúr le había despojado de todo el dinero y nadie le pudo disuadir de la idea; tomó la primera diligencia para Independence. Según algunos, la diligencia tuvo una avería por el camino y una docena o más de los viajeros, hubo de acampar mientras el conductor volvía en busca de auxilio. Varios hombres montados, buenos combatientes de indios, escoltaban la diligencia, pero durante la noche fueron atacados por un grupo de pieles rojas. Mataron a todas las personas mayores, les arrancaron la cabellera y los dejaron desnudos en medio del campo. Quemaron la diligencia y robaron todo lo que había en ella de valor. No se encontró rastro de la pequeña May Bell. Es de suponer que se la llevaron en cautiverio. Fueron unos cazadores de búfalos los que llevaron la noticia a Council Grove.

Clint soportó el golpe con firmeza y, sin una palabra, se internó en la espesura de un bosquecillo. No lo había mostrado, pero su corazón estaba estallando. Oculto en un lugar retirado, dejó libre curso a su dolor. ¡Su madre y ahora la pequeña May! Era demasiado para poderle soportar, y lloró como nunca había llorado en su vida. Aquella tormenta arrancó de él alguna cosa. Cuando pasé la niñez le había dejado y había nacido en él el odio sombrío e implacable hacia los pieles rojas de las praderas. Clint siempre había creído que los blancos eran quienes no tenían razón. No tenían derecho a arrebatarles sus territorios de caza a las tribus salvajes del Oeste, que algún día, a pesar de todo lo que se dijera en contrario, serían empujadas a morirse de hambre a las tierras esté-riles. Pero la pérdida de su madre y ahora la de la pequeña May, petrificaron todo sentido de justicia en el pecho de Clint.

-Seré un matador de indios como Kit Carson - juró.

IV

Dos días después, la caravana de Clint entraba en Fort Lamed, y Clint se-encontró con cazadores y exploradores que le conocían, uno de los cuales era Dick Curtis.

-Muy bien, muchacho, parece que te estás haciendo un hombre, a menos que yo ande mal de la vista -le dijo, complacido.

-Mi padre dice que estoy creciendo como una mala hierba.

-¿Cuántos años tienes? -Cerca de trece.

-¿De verdad?

-De verdad, señor Curtis. Pregúntele usted a mi padre. -Aceptaré tu palabra, pero pareces mayor... y no me llames señor.

Curtis estaba muy amable y le llevó consigo a hacer algunas compras. Le informó de que acompañaría a la caravana hasta Fort Union, desde donde se dirigían a las montañas de Nuevo Méjico.

-¿Va el señor Carson con usted? - le preguntó Clint.

-No. Kit se marchó hace algún tiempo. Vive en Taos, Nuevo Méjico; se ha casado con una mejicana y tiene una buena hacienda. Ve a ver a Kit. Es el hombre más grande de las praderas y te tomó afecto.

Curtis le presentó a Jim Baker y a John Smith, dos tipos famosos de la frontera. Habían llegado a ella hacía veinticinco años, lo cual quería decir que aquellos aventureros fueron de los primeros en cruzar las praderas. Clint no había visto nunca dos hombres tan rudos, sucios, grasientos y de aspecto tan poco recomendable como aquéllos. A no haber sido por sus barbas y su alegre y profana conversación, no los hubiera podido distinguir de los indios. Baker estaba casado a la usanza india con una mujer Cheyenne, según dijo Curtis, y Smith tenía por esposa a una muchacha Comanche, bien parecida y que hablaba un poco el inglés. La repulsión que Clint sentía hacia todo lo que se relacionaba con la tribu Comanche no se extendía, al parecer, a ella. Le pareció agradable y más interesante que su renombrado marido. Smith había hecho mucho dinero comprándoles pieles a los indios y vendiéndolas a los blancos.

-Oye, Clint, hay algunas jornadas cortas cuando el camino empieza a subir por las colinas -dijo Curtis -; lo cual quiere decir que acamparemos temprano. ¿Te gusta la caza?

-Sí, pero la pesca me gusta más.

-A mí también, pero alguna vez hace falta carne fresca. ¿Tienes un rifle?

-Sí, un rifle viejo de búfalo.

-Ése estará bien para los búfalos, pero necesitas un arma más ligera para los venados y los pavos silvestres. Encontraremos muchos, cuando empecemos a subir el desfiladero. Bueno, venados empezaremos a ver desde ahora y muchos búfalos. ¿Qué te parece comprar un rifle? Y seguramente necesitarás un cuchillo. ¿Con qué le vas a arrancar el cabello a tu primer indio?

-No se lo arrancaré.

-Pues entonces ¿con qué desollarás a tu primer búfalo o venado?

-Tengo un cortaplumas.

-Ahora estás en la frontera, Clint. Necesitas una hoja que pueda atravesar de parte a parte a un piel roja y que sobresalga luego lo bastante para poder colgar de ella el sombrero. Ven, vamos al almacén de Tillt, que yo te elegiré un rifle, un cuchillo y quizás una blusa de piel de gamo.

Pero, señor Curtis, yo no tengo dinero. Mi padre me lo guarda.

-Puedes tomar el que yo tengo y devolvérmelo luego. Y a tu padre le voy a decir una cosita.

Cuando Clint salió de aquel concurrido almacén, estaba tan hinchado que la menor ráfaga de viento le hubiera subido a las nubes. No podía caminar con naturalidad. Y cuando llegó con Curtis al campamento de su padre, no fue maravilla que éste exclamase, después de un momento de contemplación

-¡Pero chico! ¿Qué te ha pasado?

-Éste es mi amigo Dick Curtis, padre - dijo Clint con altivez.

-¿Qué tal, Belmet? - dijo el cazador extendiendo una nervuda mano-. Me parece que ha estado usted descuidando a este muchacho. Es de la madera de Kit Carson y no hay por qué tirarle de las bridas.

La caravana, aún escoltada por el capitán Payne, tomó lo que se llamaba el Camino Seco. Acortaba el trayecto en unas doscientas cincuenta millas, pero no era prudente para una caravana sin escolta y sin exploradores que supieran dónde encontrar agua.

Varios días después de la salida de Fort Lamed, la perceptible elevación de la pradera empezó formalmente. ¡Qué inmensa la ilimitada extensión de hierba! Ya no era verde, sino gris, y en los lugares menos espesos, blanca. Era, sin embargo, el mejor pasto. Clint no se acostumbraba a aquella inmensidad. Cada vez le fascinaba más. Mientras conducía observaba la llanura y sus penetrantes ojos rara vez se paseaban por ella sin percibir algún animal, pájaro o bestia. El viaje era lento a causa de la subida, pero la conducción cuesta arriba era

más cómoda, por lo menos para los carreros. El camino era más serpenteante a causa de los frecuentes accidentes que tenían que evitar. A Clint le pareció que pasaban días sin ver ni un árbol ni un matorral. Al acampar, sólo estiércol seco de búfalo se encontró para combustible, pero con esto se hacían muy buenas hogueras. Clint estaba siempre dispuesto a acarrear combustible, pues todo lo que le alejaba del campamento tenía para él atractivos. Vieron con frecuencia búfalos, pero tan lejos, que Clint apenas se atrevía á dar crédito a sus ojos.

Perdió la cuenta de los días. La pradera infinita se había tragado a Clint. Ya le parecía haber recorrido dos veces las mil ochocientas millas que, según los guías, había de Missouri a Santa Fe.

Un día llegaron al Paso del Cimarrón, dos horas largas antes de la puesta del sol. Curtis se presentó de pronto ante Clint, rifle en mano, y con una sonrisa le electrizó.

-Deja el trabajo, coge el arma y ven - dijo el explorador.

-¿Qué hay? - preguntó Clint.

-Búfalos, y si nos apresuramos podremos disparar unos tiros antes que ninguno de los demás. No, no cojas ese rifle. Coge el de búfalo..., ése. Está cargado. Ahora, sígueme.

Seguir a Dick Curtis era cosa mucho más fácil de decir que de hacer, y Clint pronto lo descubrió. Salió corriendo a grandes zancadas, le dio, la vuelta a una colina y pronto dejó el campamento fuera del alcance de la voz y de la vista. Acortó el paso cuando ya el jadeante Clint empezaba a no poder más. El pecho le palpitaba, húmedo y caliente. El viejo fusil de búfalo le pesaba cien libras. Curtis echó por una ladera arriba. Espantaron varios conejos y coyotes y, una vez, una bestia más pesada, que causó gran conmoción en la hierba.

Por fin Curtis empezó a avanzar arrastrándose y le hizo señas a Clint de que hiciese lo mismo. El cazador no era muy comunicativo mientras cazaba. Clint tuvo que morderse la lengua para no preguntarle qué era lo que estaba haciendo. Hubiera preferido un poco de preparación. Curtis se mostraba demasiado precipitado. Clint tenía poca confianza en su puntería y parecía que no tardaría mucho en decirle que disparase sobre alguna cosa.

Curtis cesó de arrastrarse y mostró una cara brillante de sudor.

-No respires tan fuerte - murmuró -. Haces más ruido al moverte que una vaca. Estamos cazando y tenemos búfalos a menos de cien pies de distancia.

-¡No! - exclamó Clint con desmayo.

-¡Seguro! ¿No los oyes pacer la hierba? Toma aliento ahora. Aún no nos han venteado.

Clint tenía que tomar más que aliento. ¿No estaba aquel genial cazador arriesgándose un poco más de lo prudente? Clint hizo profundas inspiraciones, distendiendo sus pulmones hasta que creyó estar a punto de estallar; luchó con todas sus fuerzas con el desmayo que le amenazaba.

Curtis le tocó y siguió arrastrándose. Muy suavemente le siguió Clint, manteniendo el rifle despegado del suelo y la cabeza por debajo de las puntas de las altas hierbas, tareas nada fáciles. Pero ya había recobrado el aliento. El cazador se deslizaba como una anguila y no hacía más ruido que hubiera hecho una serpiente. Cuando Clint creyó que lo empezaba a hacer mejor, se encontró de repente; al lado de Curtis.

Mira - le dijo su guía separando la hierba. Habían llegado a la cima de la colina. Ante la mirada sobresaltada de Clint apareció una montaña de piel negra y lanosa, precisamente frente a él. Tembló como la hoja de un árbol. El corazón le dio un salto y luego se detuvo en sus latidos. Aquella cosa negra era un enorme búfalo macho, de pie, con su gran cabeza levantada y mostrándoles casi todo el costado. Los había venteado o les había oído...

-Apúntale detrás de la paletilla -murmuró Curtis-. Bajo, más bajo. ¡Ahí! Duro... ¡Ahora!

Clint sabía que acertaría a dar a la bestia, pero, ¿qué ocurriría después? Como quien sueña, levantó el pesado rifle, descansó sobre una rodilla y, llamando al último resto de su voluntad', dominó el temblor, apuntó al peludo espacio que le indicaban y apretó el gatillo. ¡Bum! El tremendo culatazo dejó a Clint tendido en el suelo con el arma a sus pies. Oyó un tumulto. Se levantó dispuesto a echar a correr... El explorador se estaba riendo a carcajadas.

-¡No le he dado! - gritó con desaliento Clint.

-Nada de eso - replicó Curtis golpeando amistosamente a Clint en un hombro-. Has acertado en el mismo centro. Ha andado algunos pasos, luego ha dado un gruñido y ha caído. El' resto del rebaño huyó hacia el otro lado, lo cual ha sido la gran suerte para nosotros... ¡Pero yo creía que ya habías disparado con ese rifle de búfalo!

-Y ya había disparado; pero ahora se me olvidó sujetarle con fuerza. Apuesto a que no se me vuelve a olvidar.

-Muy bien, muchacho, no me has decepcionado - contestó Curtis con satisfacción -. Kit Carson se alegrará cuando se lo diga. Vamos ahora a que le eches un vistazo a tu primer búfalo.

Al levantarse, Clint vio que el toro yacía a menos de cien pies de distancia. Sólo se había alejado unos cuantos pasos. A un cuarto de milla se veían más búfalos huyendo. Clint sonrió con una sensación mezcla de miedo, deleite y sentimiento. Los ojos del búfalo se vidriaban, tenía la lengua fuera y la sangre empapaba la tierra seca. Clint daba vueltas y vueltas en torno de la bestia, mirando una y otra vez su enorme cabeza con sus cuernos cortos negros y brillantes, el pecho y la cruz lanosos y los mechones de pelo de las patas delanteras. Era mucho mayor que el más grande de los bueyes de la caravana. Exhalaba un olor desagradable algo áspero y bravío, completamente distinto del olor de los animales domésticos. Clint estuvo mirando con la boca abierta, hasta que el práctico Curtis le invitó a la acción.

-Bueno; me parece que puedes estrenar tu cuchillo nuevo. Vamos a desollarlo. Yo llevaré la piel hasta el campamento y tú puedes llevar un solomillo. Hoy cenaremos carne de búfalo. Ya se me está haciendo la boca agua.

Clint tenía aún que aprender las dificultades de la ardua tarea de desollar un viejo búfalo macho. Pero entre los dos la concluyeron antes de la puesta del sol y pesadamente cargados volvieron al campamento por un atajo.

Las dos pesadas armas y el trozo de carne de búfalo era todo lo que Clint podía llevar, y Curtis hizo el camino de vuelta agobiado bajo el peso del rollo de la piel. A1 llegar al campamento fueron ruidosamente recibidos. A poco, una línea de hambrientos viajeros se dirigían al búfalo muerto. Clint recibió una fuerte impresión de la sabrosa naturaleza del solomillo de búfalo.

Cuando llegaron al rancho de Clint, Curtis arrojó la piel al suelo.

-¡Ahí va! Es una buena carga.

Belmet y sus hombres se agruparon alrededor para mirar a Clint y al explorador y hacer preguntas a coro.

-No. Ha sido Clint quien lo ha matado. Yo no he hecha más que traer la piel - replicó Curtis.

-No pretenderás hacernos creer que el muchacho ha matado este búfalo -dijo Belmet con incredulidad. -Pues él ha sido; y lo ha hecho a las mil maravillas.

-¡Quita de ahí! - dijo un carrero irlandés.

-Ya sabemos todos que te gusta contar cuentos - exclamó otro hombre.

-Este muchacho podría levantar el rifle hasta el hombro, pero si lo dispara, vuela.

-Así ha pasado -dijo Curtis riendo-. Compañeros, ha hecho un blanco magnífico; ha acertado al toro en el mismo centro, pero se le olvidó apretar bien el arma, y, bueno, creí que le perdía de vista.

Todos se echaron a reír a carcajadas.

-¿De verdad lo has matado tú, Clint? - preguntó

Belmet de una manera que indicaba que creería lo que el muchacho le dijera.

-Sí, de verdad, padre.

-Belmet, estoy pensando que le llamemos Búfalo -dijo Curtis con una ancha sonrisa, tomando su rifle de manos de Clint.

Y así recibió Clint Belmet aquel apodo que le habría de hacer famoso en las praderas.

-Y esta noche me invito a vuestro campo para cenar - continuó Curtis-. Ya no deben de haber dejado de nuestro toro ni una onza de grasa, y no puedo perdonar mi parte de solomillo.

-Eres siempre bien venido - contestó cordialmente Belmet.

Bueno, Búfalo - dijo uno de los espectadores dirigiéndose a Clint-. En el próximo campamento te pediré que me lleves de caza.

A medida que la caravana subía la pendiente hacia las montañas, que empezaban a mostrarse como vagas y tenues nubes por encima del horizonte, los venados empezaron a abundar. Se mostraban casi siempre en pequeños rebaños y eran muy mansos. Se alejaban un poco y luego se detenían y se volvían a contemplar los carros. Clint observó cómo enderezaban las largas orejas. Se vieron algunos grupos grandes y una vez, cuando la caravana bordeaba un río en el confín de Colorado, un rebaño de lo menos doscientas cabezas salió de una hondonada. Constituían un espectáculo que Clint no olvidaría nunca.

-Es una lástima matarlos - observó un viejo carrero -. Yo nunca lo hago como no tenga mucha hambre. La opinión de Clint coincidía con ésta. Reflexionó, sin embargo, que nunca había oído expresar semejante sentimiento, ni aun aproximado, en beneficio del búfalo. Clint consideró esto extraño, y después de meditar sobre ello dedujo que el enorme e incontable número de los búfalos disminuía el valor que pudieran tener. Se preguntaba si siempre ocurriría lo mismo.

Día tras día avanzaba la caravana. ¡Cuán cortos eran los días y qué poco terreno ganaban los carros l Pero las millas pasaban. Los campamentos, en su mayor parte, no se diferenciaban unos de otros, y su número parecía interminable. Todos tenían sus nombres, pero Clint sólo recordó aquellos que en su memoria se asociaban con un inci- dente o aspecto especial.

La pradera era infinita. Clint creía estar cruzando el mundo entero. Pero ni la pradera llana, ni la pradera ondulada, ni la pendiente, todo eternamente gris y solitario, saciaron nunca sus sentidos. Era la morada de millones de búfalos, venados, lobos, antílopes, miríadas de animales más pequeños y de tribus de salvajes nómadas que vivían a las cincuenta millas entre una niebla purpúrea, se oprimía el corazón de Clint; pues allá, muy lejos, estaba la tumba de su madre. Nunca lo olvidó, aunque el evento de su muerte estaba tan lejano en el tiempo y en el espacio.

Una noche que acamparon tarde, Dick Curtis le dijo: a Clint

-Búfalo, si el día está claro, mañana, hacia mediodía, veremos las Montañas Rocosas.

Toda la mañana, que fue clara y brillante, los ojos penetrantes de Clint trataban de atravesar la pared azul que se elevaba por encima del horizonte. Vagas siluetas empezaron a surgir hacia mediodía. Gradualmente empezaron a adquirir forma, oscureciéndose y elevándose, montañas coronadas de blancas nubes. En Clint produje-; ron una indefinible emoción. Al cabo de un rato hizo el, asombroso descubrimiento de que la nube blanca era nieve. Los elevados picos estaban cubiertos de nieve. ¡Con qué lentitud se movían los bueyes y los caballos l Clint deseaba volver adonde pudiera ver con claridad las montañas.

Se aproximaban con tanta calma que los cambios eran casi imperceptibles a la vista. Clint se aburría mirando y deseando. ¡La pradera era maravillosa, pero las montañas 1... ¿Cómo podría llamarlas?

Al tercer día, cuando la caravana coronó una loma que había estado subiendo toda la mañana. Clint vio la enorme masa de la montaña. Era la primera vez que veía la verdadera grandeza de las Montañas Rocosas. Un macizo negro con picos blancos que perforaban el cielo azul. Montaña tras montaña, pico tras pico que se perdían en la purpúrea oscuridad del Norte. Hacia el Sur, un elevado y solitario monte ocultaba la cordillera. Entre aquel' monte y la cadena de montañas debía de estar el paso por donde tenía que seguir la caravana. Parecía imposible. Clint siguió con la vista el amarillo camino por entre las colinas. ¿Quién había sido el primero en recorrerlo? Clint sabía que primero fue un sendero de búfalos, luego de indios, después camino de exploradores, más tarde de cazadores y buscadores de oro y ahora

de caravanas, en las que estaba él. Pero el primer hombre blanco que pisó aquel sendero, ¡qué intrépido y qué magnífico l Clint tuvo una vaga concepción de su espíritu y de su grandeza.

Con gran descontento de Clint, las montañas pronto se perdieron de vista. Aquella noche acamparon al pie de las colinas. Eran eminencias rocosas, desnudas y amarillas, con pocos árboles y éstos raquíticos. El aire era frío y la brisa de la noche azotaba con severidad. Clint disfrutó del fuego de la leña.

Al siguiente día continuó la subida. Era una jornada aburrida, entre colinas amarillas, con mucho calor cuando el sol' caía de lleno.

Cuatro días como éste hicieron falta para cruzar el paso a Nuevo Méjico, y el único momento interesante de toda la subida fue la llegada al punto más alto.

Pero al salir otra vez al campo abierto, que prometía una accidentada y salvaje belleza, Clint volvió a sentir las delicias del viaje. Por fin entró la caravana en Fort Union. Éste era un puesto pequeño pero importante, mandado por el comandante Creer, con cuatro compañías de dragones. Era el principal punto de distribución para todo Nuevo Méjico.

Dick Curtis se despidió aquí de Clint.

-Bueno, Búfalo, me voy a las montañas a cazar todo el invierno. Espero que te volveré a ver en alguna parte esta primavera.

-Adiós y buena suerte -dijo Clint -. Me gustaría ir con usted.

-Alguna vez, cuando seas mayor, me gustará que vengas conmigo. Los amigos que se separan aquí, no siempre se vuelven a encontrar... Cuando te llegue la vez de meterle una píldora a un piel roja, acuérdate de Dick Curtis.

La mitad de la carga de la caravana se quedó en Fort Unión y cuando continuaron el viaje, los carros iban más ligeros Esto hacía la marcha más cómoda para hombres y animales. El camino desde el fuerte seguía a lo largo del río Colinas, el primer río de montaña que veía Clint.

Era poco profundo y transparente, y en algunos sitios formaba bellos remansos donde, según uno de los carreros, abundaba la trucha de montaña. Clint anhelaba hacer una prueba con ellas, pero no se le presentó oportunidad. Viajaban de prisa y los soldados estaban siempre alerta. Pronto llegarían al Paso del Apache, uno de los puntos más peligrosos de todo el viaje. Más de una matanza se había perpetrado allí.

Clint no sentía curiosidad por verlo. La sola idea de un ataque de los indios le causaba una doble sensación erizamiento de la piel y formación de un nudo ardiente en la garganta. Las sensaciones eran antagónicas y diversas.

Pero no podía dejar de ver lo que estaba a la vista. La caravana se detuvo a poca distancia del Paso del Apache, mientras se adelantaban exploradores a reconocer el terreno. Clint vio un estrecho desfiladero entre dos altos acantilados de roca amarilla. El río y el camino se internaban por él. No hacía falta mucha perspicacia para darse cuenta de que era un paso peligroso para los carros y un lugar perfecto para una emboscada. Las colinas a cada lado eran ásperas y cubiertas de matorrales. Una gran partida de indios con sus caballos podían esconderse a cada lado del Paso.

Uno de los conductores hablaba con un grupo de compañeros. Señalaba el Paso y sus alrededores de una manera que indicaba familiaridad. Clint se acercó al círculo.

-Yo estuve aquí en un combate hace un año - decía -. Mirad aquí y aquí - y mostró dos cicatrices en la cabeza y en el brazo, Llevábamos una caravana de unos cien carros y algunos viejos exploradores. Nos dividimos por equivocación y algunos de nosotros entramos en el Paso antes de que los otros llegasen aquí. Yo estaba entre los que entramos primero. Pronto creímos que nos habían soltado encima el infierno. Nos dejaron entrar bien adentro antes de empezar el baile. El resto de nuestros hombres oyó los tiros y vinieron corriendo. Los indios eran Apaches, los peores pieles rojas que hay en el mundo, estaban todos en el lado derecho y tenían sus caballos en aquella hondonada. Cuando los gritos y los tiros estaban en su apogeo, los indios no vieron ni oyeron, naturalmente, a nuestros otros setenta hombres que venían. Es decir, no los vieron al principio. Lucharon para llegar a sus caballos y dejaron veintisiete

muertos y heridos detrás. Los heridos no quedaron heridos mucho tiempo... Nosotros tuvimos nueve muertos y muchos lisiados, algunos de ellos graves; yo fui uno. Hubiéramos salido peor librados si a los primeros tiros no nos hubiésemos metido debajo de los carros. Habríamos podido rechazarlos también... Desde entonces, no ha vuelto a pasar por aquí una caravana sin una compañía de soldados.

Y está así muy bien hecho -dijo uno de los que escuchaban -. Pero no tardarán en arriesgarse otra vez. El Paso del Apache no ha visto aún la última matanza. El mismo Kit Carson me lo ha dicho.

A su debido tiempo volvieron los exploradores con el informe de que el camino estaba libre y que podía cruzarse el Paso sin peligro, y la caravana continuó su marcha. Clint abrió bien los ojos. El Paso del Apache era una tortuosa cortadura entre las montañas negras y amarillas, casi misteriosas. El arroyo se desbordaba por encima del camino. Clint se imaginó la escena de la matanza, y cuando salió del desfiladero estaba bañado en frío sudor.

Más allá del Paso, el camino ascendía por bellas laderas de hierba gris, casi plateada, por entre los grupos aislados de cedros y espesos y oscuros pinares. Venados y antílopes trotaban a la vista. Rocas gigantescas se alzaban aquí y allá; una bandada de pavos silvestres, indiferentes al paso de la caravana, moteaba la llanura gris. De las alturas soplaba la brisa y los cuervos volaban contra ella como si jugasen.

Los días se multiplicaban y pasaban rápidamente como por arte de magia. Un país tan maravilloso inspiraba a Clint más que las purpúreas praderas. Nuevo Méjico era blanco y negro, aunque la hierba, que parecía blanca desde lejos, era en realidad gris y el negro de los bosques era verde oscuro. Era un país bravío y fragante. El olor de los cedros, los pinos y la salvia era nuevo para Clint y le emborrachaba.

El Pico del Hambre, cerca de Las Vegas, impresionó a Clint aún más que la primera vista de las Montañas Rocosas. Era un pico aislado y escarpado, escasamente moteado por algunos cedros y de cúspide plana.

Clint preguntó a un viejo carrero la razón de su nombre. -Es una historia interesante y verdadera. En los primeros tiempos, no sé cuánto hace, pero casi doscientos años, unos españoles tuvieron un combate con los indios. Apaches supongo que serían, aunque no estoy seguro de ello. Los españoles se guarecieron en este pico y lucharon desde arriba. Tenían comida y agua para algún tiempo, y sin duda estaban esperando auxilio de alguna parte. Pero el auxilio no llegó. Los indios rodearon el pico y lo vigilaron como sólo los indios saben vigilar, y los españoles se murieron de hambre. Por eso le llaman el Pico del, Hambre.

-¿Españoles? Son blancos, por supuesto - replicó Clint, pensativo-. Me parece que los blancos están pagando un precio terrible por el Oeste.

-Tienes razón, Búfalo. Pero cualquier viejo llanero como yo te dirá que aún no hemos empezado a pagar lo que nos costará.

Las Vegas era una ciudad tan agitada, que el padre de Clint no le dejó mucha libertad, especialmente por la noche. Entre Las Vegas y Santa Fe había dos estaciones San José y Barrell Springs. La atmósfera española y el colorido de Santa Fe fueron maravillosos para Clint, que apreció la relativa quietud de esta vieja ciudad.

La caravana descargó aquí y luego se alejó varias millas para establecer campamento de invierno al lado del río, donde tenían agua, pastos y madera.

-Tenemos para más de seis meses, hijo -anunció Belmet-. Tendremos que trabajar, desde luego, pero estoy preocupado por tu escuela.

-Tengo algunos libros; estudiaré en ellos y si tropiezo con alguna dificultad, tú me podrás ayudar.

-Yo no soy ninguna lumbrera tampoco. Pero quizás haya en el campamento alguno que lo sea.

-¿Y qué hay de caza?-preguntó Clint con ansiedad.

-Mucho y bueno. Le he preguntado a un cazador de la ciudad. Tenemos búfalos y pavos aquí, al lado mismo del no. Y en las montañas, osos, pumas y, venados. No nos faltara la carne fresca.

-He visto muchos indios en la ciudad - dijo Clint considerando el hecho con desconfianza.

-Sí, pero también hay seis compañías de dragones en el, fuerte. Dicen que salen mucho por aquí y los indios no nos molestarán.

-Yo nunca me fiaría de un indio.

-Muy bien hecho - dijo Belmet con satisfacción. Aquel mismo día, numerosos indios visitaron el campamento. Estaban amables. Couch, el jefe de la caravana, dio orden de que les diesen de comer y se les agasajase. Clint se sintió a la vez repelido y atraído hacia los Apaches. Con los Comanches, aunque se portasen muy bien, nunca podría convivir.

V

El acomodamiento del campo era una cuestión de preferencia. Algunos de los acarreadores vivían en sus carros, otros levantaron tiendas, y algunos, aprovechando la abundancia de madera, se construyeron cabañas. Clint y su padre estaban con este último v más pequeño grupo.

Eran nuevos en el oficio, según y les hicieron saber jocosamente sus vecinos.

-¿Qué es eso que estás haciendo, Búfalo? -preguntó un viejo llanera que tenía cariño a Clint.

-Una cabaña de madera-replicó Clint.

-¿Pero no será para vivir en ella?

-¿Eres carpintero, Belmet? -preguntó otro amigo.

-Los leños gastan bromas pesadas-observó un tercero.

Belmet lo tomó todo de buen humor v se volvió a Clint.

-Diles algo a éstos.

Clint tenía una réplica preparada.

-¿Es que van a ser ustedes acarreadores toda la vida? ¿No piensan nunca en ser colonos?

-Creo que ésa es nuestra idea-dijo uno.

-Pues por eso estamos aprendiendo nosotros a hacer cabañas de madera.

Hacía un tiempo espléndido de primeros de octubre. Un poco de hielo al amanecer. Mañanas soleadas, tardes calurosas y noches frías. Las hojas de los árboles estaban empezando a convertirse de verde en oro. En las laderas altas de las montañas, manchas amarillas anunciaban -el efecto del hielo sobre los álamos. En los valles y las cañadas se veían reflejos de rojo y bronce.

Clint deseaba salir de caza, pero continuaba trabajando fielmente.

Una tarde, alrededor de las tres y media, un extraño apareció en la cabaña de Belmet. No tenía un aspecto muy recomendable y parecía apresurado y sudoroso.

-Puedo comprar un caballo? -preguntó.

-Creo que sí, y barato. Vamos a invernar ahora -replicó Belmet dejando su trabajo.

Couch llegó en aquel momento, acompañado por otro a quien Clint conocía sólo de vista. Quizá vinieran siguiendo al forastero; de todas maneras, mostraron curiosidad.

-¿Qué quiere este hombre? – preguntó Couch a Belmet.

-Dice que quiere comprar un caballo. Couch fijó su aguda mirada en el forastero. -¿Cómo se llama usted?

-Miller. Hank Miller. -¿De dónde es usted?

-De Santa Fe.

-¿Por qué no ha comprado usted el caballo allí? -preguntó Couch con desconfianza.

-No he tenido tiempo - contestó el otro nerviosamente.

-¿Algún tropiezo?

-¡Ya lo creo!

-¿Por qué?

-Estaba jugando y me han acusado de hacer trampas.

-¿Y eso es verdad?

-No; les he llamado embusteros.

-¿Sí? ¿Y qué ha ocurrido?

-Que vinieron por mí los tres con quienes estaba jugando y algunos otros. Tuve que sacar el revólver.

-¿Ha hecho usted daño a alguien?

-No lo sé. He salido de la ciudad con mucha prisa... Pero me está usted haciendo perder el tiempo. Quiero un caballo y una silla. Pagaré. ¿Quién diablos es usted?

-¡Manos arriba, pronto! - dijo Couch empuñando el revólver.

Miller se puso pálido y obedeció sin hacerse repetir la orden.

-Belmet, aligera al señor Miller de sus revólveres; observo que lleva dos - continuó diciendo Couch.

El padre de Clint le quitó los revólveres y también el cuchillo.

-Sanderson, quédese usted aquí con Belmet vigilando a este hombre mientras yo voy a Santa Fe. No le dejéis solo.

Couch montó a caballo y se marchó. Tan pronto como se perdió de vista, Miller se arrancó de un tirón de manos de Sanderson, derribó a Belmet y salió corriendo. Rápidamente, Clint extendió un pie. El hombre tropezó y cayó v los dos carreras cayeron sobre él, le maniataron con rudeza y le ataron a la rueda de un carro.

-Vaya una manera de tratar a la gente -jadeó Miller malignamente-. Os aseguro que digo la verdad... Pero tengo miedo de los jugadores... Os doy cien dólares si me dejáis marchar.

-Calla a te rompo la cabeza -dijo Belmet con rabia tocándose el golpe de la barbilla-Oye, Sanderson, ¿qué ha pasado cuando yo caía?

-Búfalo le puso un pie y le hizo caer de cabeza -replicó Sanderson con una apreciativa mirada al muchacho.

-¡Clint! -exclamó Belmet con una mezcla de asombro, orgullo y preocupación -. No sé lo que voy a hacer contigo. Siempre estás haciendo cosas.

-Pero, Belmet, si Búfalo no le hubiese hecho caer, yo le hubiera matado - interrumpió Sanderson tomando en serio lo que decía Belmet.

Clint volvió a su trabajo, dejando a los dos hombres guardar al prisionero. Couch llegó rápidamente con el jefe de policía y dos guardias de Santa Fe.

-Me parece que te necesitamos-dijo el jefe a Miller -. Hay en la ciudad un 'hombre muerto del que alguien tiene que responder, y un herido que quizá te pueda identificar. Vamos. Soltadle.

Se llevaron a Miller como a una bestia cogida del ronzal, y Belmet y Sanderson montaron a caballo para acompañarlos, lo mismo que hicieron otros curiosos. Clint no sintió deseos de ir. Pensó que el hombre podría ser un criminal, pero sentía lástima de él. Reanudó su trabajo, en el que siguió hasta la puesta de sol, en que dio por concluida su jornada. Nunca dejaba de observar la puesta de sol. Nunca era la misma. Hoy se ocultaba entre gruesas nubes, con mucho oro y grana y maravillosos rayos de luz que llegaban hasta el valle.

Antes del oscurecer volvió Belmet, y después de acomodar su caballo, se reunió con Clint, pero faltaba su acostumbrada sonrisa.

Ya tengo la cena preparada, padre -dijo Clint. -Siento que sea tarde. Tú debes de tener hambre. Yo no; estoy completamente removido.

-¿Qué ha pasado, padre?

-Que la gente de la ciudad ha colgado a ese hombre que hemos cogido aquí y yo lo he visto. Me alegro de que no hayas venido.

-¿Le han colgado? ¿Por qué?

Era un jugador y un ladrón; un mal bicho. Ha matado a un hombre y herido a otro.

-Le identificaron. Luego, un grupo de hombres, unos veinte, se lo quitaron al jefe de policía de las manos y le colgaron en un momento, antes de que me diera cuenta de lo que pasaba. En medio de la plaza; allí está colgando ahora.

Clint consideró las palabras de su padre y estuvo a punto de decir que hubiera preferido no venir al Oeste, pero se contuvo. No habría esto sido del todo verdad. A pesar de las penalidades, del golpe por la muerte de su madre, no podía decir que odiase aquella salvaje y terrible frontera. Algo fuerte y extraño se estaba formando en lo profundo de su ser.

A los pocos días, la cabaña era ya habitable y Clint y su padre trasladaron a ella sus efectos. Luego, la envidia de sus vecinos les produjo mucha satisfacción. Si el tiempo continuaba normal, pasaría un mes o más antes de que llegasen las nevadas y los fríos.

En el valle y las montañas retumbaban desde hacía días los estampidos del rifle de los acarreadores. Cazaban para hacer acopio de carne para el invierno, de modo que cuando Clint y su padre empezaron a cazar, tuvieron que alejarse más del campamento. Los búfalos y los venados habían sido ahuyentados. Sobre todo, los búfalos habían buscado una altura menor y los cazadores tenían orden de no alejarse demasiado.

Clint disparó sobre muchos gamos antes de acertarle a uno. La vista de un venado azul, con sus largas orejas y blanca cola, ejercía tal influencia sobre Clint que le temblaba el arma, se le nublaban los ojos y no podía disparar derecho. Pero perseveró en la prueba. Los demás ' cazadores se reían de él y le aconsejaban que sacase la pesada arma para los búfalos. Llegó, sin embargo, el día en que su bala dio en. el blanco y vio a un hermoso gamo saltar en el aire y clavar sus cuernos en la tierra. Pero la caza del pavo silvestre le gustaba más a Clint. No podía decir por qué, pero suponía que era a causa de que el trabajo era más fuerte, más divertido, y porque la carne de pavo era la de mejor sabor. El padre de Clint, tirando con perdigones, había derribado a varios. Tenían pavo asado para comer y esto solucionaba el asunto para Clint. Un «palillo de tambor», como él llamaba a una pata de pavo, era un bocado del que sin rubor se atracaba y del que nunca se veía harto.

Pero acertar a un pavo silvestre en la carrera, con un rifle, era una hazaña que requería considerable maestría. Clint aspiraba a ser un verdadero cazador y permaneció fiel a la más ligera de sus armas, gastándose no poco de su dinero en municiones.

A bastante altura en la ladera de la montaña que abrigaba el campamento, Clint halló pavos. Los venados no parecían frecuentar mucho aquel lugar. Era una subida difícil, pero no estaba lejos del campamento, y su padre y el capitán Couch le permitieron que fuera con tal que no traspusiera la cisma de la montaña.

Las primeras horas de la mañana, antes de la salida del sol, hallaron a Clint pisando la hierba escarchada y respirando una nube de vapor, en dirección a su puesto favorito. Éste era una ancha loma cubierta de hierba y de grupos de pinos. Ocurrió que aquélla fue una buena temporada para los piñones, suceso que ocurría pocas veces, y que las piñas empezaban a caer de los árboles, lo cual atraía a los pavos. Dos o tres grandes bandadas frecuentaban el lugar. Cualquier mañana temprano, Clint podía estar seguro de encontrarlos. A pesar de todas las veces que disparaba (que fueron en número verdaderamente deshonroso, sin arrancarles ni una pluma), los pavos volvían. Esto atestiguaba la dulzura de los piñones.

En la mente de Clint empezó a germinar la idea de que entendía muy poco o nada de la caza del pavo. Uno de sus consejeros en, el campamento le dijo: «Busca donde duermen.

Otro-. Cógelos donde beben.» Un tercero «Tienes que aprender a llamarlos. Hazte un pito de un hueso de ala de uno y practica, hasta que sepas, los mismos ruidos que ellos hacen. Entonces te escondes y los llamas; vendrán derechos a ti y podrás elegir» El padre de Clint se reía de todo esto y le decía: «Coge la escopeta y cárgala con perdigones.»

Clint siguió todos los consejos menos el último, y empezó a sentir admiración por los pavos, que hasta entonces siempre le habían visto, venteado u oído antes de que llegase el tiro. La más pequeña de las tres bandadas se componía de unos quince machos; aves enormes y desconfiadas, los más bellos animales silvestres que él había visto. La mayor parte eran oscuros con el pelo rojizo, una larga barba y una pequeña y astuta cabeza, negra por detrás, con un collar castaño; tenían una cola roja y blanca que fascinaba a Clint. Algunos eran bronceados y uno, notable por su enorme tamaño, más blanco que bronceado. Muchas veces había llegado a tiro de esta bandada, pero cuando los veía, siempre estaban corriendo, ¡ y cómo corrían! Tiraba y corría y volvía a tirar, sin ningún resultado.

La segunda bandada era mayor en número y constaba de las hembras, de un colorido menos brillante, y los pollos, y la tercera, que debía llegar a un centenar de animales, se componía, al parecer, de pavos jóvenes.

Un día Clint consiguió un tiro afortunado en esta tercera bandada y cobró un pavo de unas quince libras de peso. Con alegría y orgullo llevó Clint su primera víctima al campamento.

Se la mostró con satisfacción a su padre y a sus vecinos inmediatos, la aderezó y la colgó del alero de la cabaña para que se enfriase del todo. A la mañana siguiente había desaparecido.

-Algún gato-dijo su padre-. O tal vez un coyote.

-Ningún animal de cuatro patas se ha llevado mi pavo -rugió Clint, colérico-. Mira- Y mostró las huellas de un hombre sobre la blanda tierra -. Estas pisadas no son las mías.

-Es verdad -dijo su padre rascándose la cabeza. Evidentemente, tenía ganas de reír, pero no se atrevió.

-Yo encontraré a este gato -declaró Clint, y desde entonces empezó su educación como rastreador. Le sirvió de poco, sin embargo, pues aunque siguió las huellas hasta una tienda vecina y se aseguró de quién era el culpable, se quedó sin pavo.

Al día siguiente cobró otra pieza de la misma bandada y él y su padre la pusieron, al cenar aquella noche, en un sitio de donde no era posible que la robasen. Clint comió hasta compensar la pérdida del otro pavo.

Habiendo adquirido la habilidad de sorprender a los pavos jóvenes, cobraba alguno de cuando en cuando. Al tiro siguiente abatió una hembra de la segunda bandada. Ambicioso y determinado, dedicó entonces toda su energía y astucia a los viejos machos.

Durante varios días pareció destinado a la derrota y no menor humillación. Por fin consiguió asegurarse un tiro fácil, que erró. Era un caso de ansia de pavo. Luego, lo primero que hizo a la siguiente mañana fue derribar a uno de los grandes en un tiro casual. Los demás se escaparon volando: un espectáculo digno de verse. El que había abatido empezó a aletear y a saltar a gran velocidad. Hacía un ruido tremendo. Clint dejó su arma y se dirigió al monstruo. Cuando llegó, recibió un aletazo que casi le hizo perder el equilibrio.

Con espanto vio al pavo, levantarse y salir corriendo. Clint siguió detrás. Era rápido de piernas, pero el pavo lo era aún más. Con un desesperado esfuerzo, Clint se inclinó y agarró algo, retirando la mano llena de plumas de la cola. Esto añadió deseo y empeño. Persiguió a aquel pavo hasta caer sin fuerzas.

Al descender al campamento, Clint era un cazador más sabio, pero más triste. Decidió recurrir a la estrategia. Se levantó muy temprano y subió a su loma antes de romper el día, y cuando vino la luz y el Este se tiñó de rojo, él estaba bien escondido en lo más espeso de los pinos. Aquella mañana había llegado primero. Desde lejos, entre los pinos, oyó el ruido de los pavos que venían. Se enderezó alerta y vigilante. La mañana era tranquila. Oyó el batir de grandes alas y luego el ruido de un ave posándose en tierra. Estos ruidos se repitieron. Los

pavos bajaban de los árboles en que dormían. ¿Qué harían primero: comer o beber? La curiosidad dominaba a Clint, pero creía que comerían antes de acercarse al agua.

Esperó, escuchando y observando con toda su atención. Tanto tiempo pasó que temió que su plan no diera resultado. Se le entumecieron las piernas y tuvo que moverse. De súbito, oyó escarbar. No podía confundirse aquel ruido. Estirando el cuello miró a través del follaje y vio a menos de cincuenta metros a toda la banda de pavos. Estuvo a punto de caerse del árbol, de la emoción. Luego trató enérgicamente de calmar su nerviosismo. ¡Qué espectáculo tan magnífico! Escarbaban y picoteaban el suelo dirigiéndose hacia él. No pasaba un momento sin que alguno de los pájaros tuviera la cabeza levantada, mirando a su alrededor. Parecían tan grandes como avestruces y tan silvestres como los más silvestres que Clint se pudiera imaginar. Pero no tenían ni la más ligera sospecha de que su almuerzo estuviera amenazado.

Clint no tuvo que volverse para colocar su arma en posición. Lentamente la levantó hasta el hombro. Con el corazón golpeándole tan fuerte las costillas que se podían oír sus latidos, apuntó a la pieza que mejor veía. A tan corta distancia era tan grande como un barril. Clint juró que no erraría el tiro; pero el animal no se estaba quieto. Cuando Clint le tenía otra vez encañonado con su arma, otro pavo se puso delante. Un momento tardó Clint en darse cuenta de que éste era todavía mayor. Cuando le vio bien, se le encandilaron los ojos.

Este pavo era el majestuoso jefe de la bandada, el blanco y bronceado. Clint sintió la violenta necesidad de gritar de entusiasmo, pero le quedó bastante conocimiento para comprender que debía disparar primero y gritar después. Al bajar el cañón del rifle rompió una ramita. El enorme pavo levantó la cabeza. Clint percibió su ojo negro, pequeño y penetrante. Comprendió que le habían descubierto, pero ya era tarde, pues afinando aquella puntería apretaba el gatillo.

Al estampido siguió un tremendo aleteo. El humo no dejaba ver a Clint. Escuchó. Cesó el rumor de alas y el crujir de ramas y hojas. El entusiasmo de Clint sufrió un golpe violento. Luego bajó del árbol. El enorme pavo blanco y bronce yacía con las plumas de la cola extendidas.

Por una vez la sangre y la muerte no le causaron angustia a Clint. Recreó sus ojos con el espectáculo de su presa.

-¿Qué dirá mi padre ahora?

Y cuando trató de levantar el inmenso pavo, experimentó la más profunda sorpresa. Tuvo que emplear las dos manos y aun así no le fue fácil.

Ató las patas grises y pasó por en medio un palo grueso. Se cargó así el ave á la espalda, pero halló que no la podía sostener con una mano. Metió también el rifle entre las patas y así consiguió levantarlo hasta su espalda, pero la roja cabeza arrastraba sobre la hierba. Aunque todo el camino de vuelta era cuesta abajo, la carga era tan grande que al llegar al campo agotó todas sus fuerzas. Y cuando dejó aquella magnífica pieza frente a su padre y sus compañeros, se desquitó de las muchas veces que se habían burlado de él.

-Ahora tendremos que llamarle Pavo - observó uno. El informe de que tribus hostiles de indios Kiowa recorrían la frontera oriental de Nuevo Méjico acabó con las excursiones de caza de Clint, aunque la llegada del invierno habría producido el mismo efecto a no tardar. Además, Clint tuvo que abandonar la acariciada esperanza de ir a Taos a visitar a Kit Carson y ver el famoso rancho Maxwell, que según se decía era el lugar más interesante y digno de verse de la frontera.

Clint se dedicó a sus libros y trabajó durante horas sobre ellos. La mayoría de las pequeñas labores del campamento vinieron a parar a él, pues poco a poco su padre y muchos otros compañeros hallaron distracción en los garitos de Santa Fe. Belmet no era bebedor ni jugador empedernido, pero la pérdida de su mujer le había afectado profundamente y la monotonía de la vida del campo le hastiaba, todo lo cual preocupaba mucho a Clint, el cual daba de comer al ganado, acarreaba leña, encendía las hogueras, y con estos trabajos y sus estudios los días y las semanas volaban.

Cuando llegó la primavera y los caminos se secaron, el capitán Couch y su gente aceptaron un contrato de acarreo de pieles, cueros de búfalo y de oveja con la Compañía Aull. Mientras la gente estaba ocupada en los preparativos, tarea nada fácil, una caravana de setenta hombres llegó de Taos. Éstos eran casi todos veteranos de la frontera. Las das caravanas se reunieron para el largo y peligroso viaje hacia el Este, siendo en total ciento cuarenta y cuatro hombres. Este número era prácticamente inmune contra los ataques.

Esta larga caravana dejó Santa Fe el último día de mayo. Avanzaron con lentitud al principio, reservando los bueyes para la parte dura del camino.

Cruzaron el río Pecos y acamparon en Mora, el rancho del coronel St. Vrain, uno de los veteranos más viejos que entonces vivían. Había llegado al Oeste en 1819, cazando durante años, luchando en la guerra con los Navajos en 1823; llegó a comandante en la invasión tejana de 1842, y a coronel en la invasión americana de 1846, retirándose del ejército en 1849, para residir en su rancho. Clint conoció al viejo veterano, que parecía un plantador meridional. Tenía un evidente interés por los muchachos, según Clint pudo comprobar.

El viaje hasta Fort Union fue continuo y tranquilo. Algunos días fueron crudos y fríos. A Clint no le gustaron nada las tormentas de arena. En Fort Union, una caravana del Gobierno estaba dispuesta para el viaje a Fort Leavenworth. El capitán Couch decidió esperarla. Clint tuvo cuatro días mas para observar, desocupado, la vida de la frontera en el fuerte. Y en un caso vio más de lo que le convendría haber visto, pues tuvo la mala suerte de ser testigo de una riña a puñaladas entre dos hombres.

Una compañía entera de dragones estaba dispuesta en el fuerte para acompañar a esta extraordinaria caravana. Los carneros estaban contentos. No había que temer a los indios en este viaje. Los carros rodaron otra vez por la pradera y de nuevo por días sin fin estuvo Clint contemplando el inmenso círculo del horizonte, sobre la llanura. Recordaba los campamentos; se había familiarizado en su primer viaje con muchos de los lugares.

Cuando llegaron a Council Grove, la caravana del Gobierno tomó el camino de Fort Leavenworth, mientras que el resto continuaba hacia Westport Landing. Clint no pasó esta vez por el lugar en que su madre había muerto y sido enterrada. Pero no estaban tan lejos, según cuentan las distancias en la pradera, y durante varios días estuvo melancólico.

La caravana del capitán Couch descargó en Westport y siguió por la ribera del río Missouri para acampar, descansar y reponer el ganado. Ésta era siempre una medida de importancia. Las semanas de trabajo continuo agotaban a los animales.

Mientras pescaba un día en un arroyo que desembocaba en el Missouri, se acercó a Clint un muchacho de su misma edad aproximadamente, quien le anunció que su tío se había adherido a la caravana y le llevaría a el también. Clint miró al pelirrojo, pecoso y zanquilargo muchacho con considerable disfavor, sólo porque tenía, al parecer, la más absurda opinión de aquellos viajes a través de las llanuras. No tenían nada de divertidos.

-Me llamo Tom Sidel - le dijo amablemente -. Ya sé cómo te llamas tú. Eres Clint Belmet.

-¿Quién te lo ha dicho? - preguntó Clint retirando el anzuelo. No se puede pescar y hablar al mismo tiempo.

-Tu padre. Conoce a mi tío y ha dicho que se alegra de que yo venga también, porque así podré hacerte compañía.

Toro hizo esta declaración con una humildad y una esperanza que no se perdieron para Clint. Se dispuso a ser amable, aunque tenía sus dudas sobre aquel muchacho.

-Supongo que me gustará, si eres capaz de hacer lo que un hombre-replicó con aire maduro.

-Soy fuerte; pero, desde luego, no puedo conducir todavía - dijo Tom -. No hay muchos chicos de trece años que puedan.

El mozo se había conducido en esto a satisfacción de Clint.

-¿Sabes tirar?

Librodot

-No; nada de que pueda presumir. Pero tú me podrías enseñar. Me han contado tus cacerías y los nombres que te han puesto. Búfalo y Pavo. Me gusta más Búfalo.

-¿Cómo manejas el hacha?

-Mi tío dice que muy mal - confesó con franqueza Tom.

-¿Qué vas a hacer cuando nos ataquen los indios?

-¿Atacan? ¿Es... seguro... que ataquen?

-Seguro. En el próximo viaje tendremos un combate. Todas las noches tenemos que hacer un círculo con los carros con sólo una abertura para que entre el ganado, que no se puede dejar fuera, y tener veinte guardias toda la noche. Y aun algunas veces, a pesar de eso, los indios nos caen encima. Una, si no hubiese sido por mi perro Jack, nos hubieran matado a todos y arrancado el cabello... Yo... perdí a mi madre.

-¡Oh! ¿La mataron? -exclamó Tom, asustado.

-Sí. De un tiro. Me mandó a buscar a mi padre, que estaba fuera luchando, y murió cuando volvimos.

-Lo siento mucho. Yo he perdido a mi madre también, pero no la mataron los indios. Tampoco tengo padre. Clint ya estaba ganado. Este Tom Sidel parecía buen muchacho y no tenía la soberbia que Clint se imaginara.

-¿Qué vas a hacer cuando nos ataquen los Comanches y los Kiowas? -siguió preguntándole.

-¿Hacer? Meterme debajo de un carro.

Con lo cual Tom quedó admitido en el santuario de la amistad de Clint.

-He vivido en Chicago hasta el año pasado en que fui a vivir con mi tío en Iowa.

-¿Chico de ciudad?

-Sí, pero yo no tengo la culpa.

-¿Y qué hay del Instituto?

-Ya he pasado el cuarto año.

-Estás dos años por delante de mí... Tengo una idea, Tom. Yo te enseñaré a guiar, a tirar, a luchar can los indios y trabajar en el campamento, y tú me echarás una mano en los estudios. Estoy bien de Historia, Geografía y Gramática, pero tengo la Aritmética atragantada y creo que debo aprender un poco de ésta.

-Trato hecho - dijo alegremente Tom -. Pero yo seré el que esté en deuda.

Al' volver los dos muchachos al campamento, asistieron a una importante reunión celebrada entre el capitán Couch y el comandante MacLaughlin. La conversación se realizaba en la tienda de Belmet y lo que pretendía el comandante era disponer los acarreos del Gobierno a Fort Wise, Colorado.

-Con gusto acepto el encargo, comandante. Pero sólo saldré con escolta -decía Couch.

-No puedo disponer de soldados ahora.

-Pues lo siento, pero en estos días no tomo ese trabajo sin escolta. Los Comanches y los Kiowas están en pie de guerra.

-Podría enviar un destacamento para que alcanzase a la caravana por el camino -sugirió MacLaughlin.

-No firmaré el contrato hasta que no haya una compañía entera que salga conmigo.

-Está bien, Couch. Tendré que encontrar soldados. Cuando lo tengáis todo dispuesto para salir, yo tendré dispuestos los soldados.

Pero no los tuvo, y Couch se negó por tres días a salir sin escolta. Los veteranos le apoyaban, pero los bisoños, faltos de experiencia y ansiosos de ganar los elevados jornales, querían arriesgarse. Pero Couch no cedió y, por fin, un destacamento de soldados salió de Fort Leavenworth y al día siguiente partió la caravana.

Clint había ascendido ya a un carro grande de carga; la galera era sólo un recuerdo del pasado. Descubrió que ya no pensaba tanto en su madre. La galera del toldo de lona se la traía a la memoria. En el elevado asiento del conductor, Clint tenía por compañero al otro único muchacho que venía en la caravana, Tom Sidel, y era imposible que Clint dejase de compartir

algo de su excitación. El primer día pasó como pasaba una hora cuando él conducía solo. Tora estaba lleno de posibilidades; su aspecto era engañador y a medida que los días se multiplicaban crecía el cariño de Clint hacia él.

La caravana, compuesta de ochenta carros, cruzó el río Pequeño de Arkansas y luego el Wainut, hizo una parada en Fort Zarah y luego otra en el viejo fuerte de Bent. Durante este período, dos bandas de indios pasaron a la vista, salvajes, rápidos, vivos y siniestros, y después de ver la larga línea de soldados montados, se alejaron.

Cuando Tom vio los primeros indios hostiles, se agarró a Clint con las dos manos y las pecas se le pusieron negras sobre una cara muy blanca. Saludó la aparición de la segunda partida con más coraje y después escuchó de Clint una conferencia sobre los indios. Pero a éste se le ocurrió que en el caso de que fueran atacados por los indios, él mismo tendría bastante miedo, y cuando este pensamiento se destacó con claridad en su mente, cesó en su severa arenga.

Seis semanas necesitó la caravana para llegar a Fort Wise. Allí los soldados partieron inmediatamente en viaje de vuelta para Fort Leavenworth. Esto dejó a Couch en una situación comprometida. Una caravana de suministros estaba dispuesta para la partida, pero no había escolta. Se detuvo allí esperando y tratando de decidir lo que debía hacer.

Fort Wise le pareció a Clint idéntico a todos los demás fuertes de las praderas, excepto Fort Larned. Mas para Tom era el' paraíso de los sueños de aventura de un muchacho. Clint llevó valientemente a Tom a todas partes y se rió más de una vez a sus expensas.

Aquella noche, Couch celebró consejo con sus hombres sobre la desagradable situación en que se hallaban. Los pastos alrededor de Fort Wise eran escasos y malos; el ganado adelgazaba. Era necesario ir a alguna parte y Couch estaba por cargar el pesado envío de mercancías, gran parte de él valiosas pieles, y emprender el viaje de regreso a Westport.

-Tenemos las mismas probabilidades en pro que en contra-dijo el más experimentado de los llaneros -. Podemos encontrar y podemos no encontrar a los pieles rojas.

-MacLaughlin me hizo una mala jugada - rezongó Couch-. Debió de ordenar a los soldados que se volvieran en seguida... Si nos quedamos aquí más tiempo perderemos la mitad del ganado.

-Usted es el jefe-fue la fría respuesta de todos. Ninguno quería tomar la responsabilidad de aconsejar la partida sin soldados.

Couch extendió las manos, lanzó un rotundo juramento y dijo:

-Cargaremos y partiremos.

VI

La llanura gris, el camino amarillo, pesados bueyes e inquietos caballos, exploradores cabalgando delante: así vio Clint pasar cuatro largos y ansiosos días.

En la tarde del quinto, dos puntos aparecieron en el horizonte Clint fue el primero que los vio a lo lejos por el Sur. Se movían. ¡Demasiado altos para ser búfalos! Eran caballos con sus jinetes acercándose a toda prisa. Clint gritó al conductor de delante de él, éste al inmediato y así el aviso llegó hasta Couch y los exploradores. No se dispuso hacer alto, pero los carros se acercaron más unos a otros.

Los jinetes eran dos blancos cabalgando sobre caballos sudorosos y jadeantes.

-¿Quién es vuestro jefe? -preguntó uno de ellos.

-Yo soy, Couch - contestó el jefe -. ¿Quienes sois vosotros y qué queréis?

-Yo soy Powell - contestó el otro apresuradamente -, encargado de una caravana de emigrantes a Texas. Éramos, cincuenta y seis: treinta y cuatro hombres, catorce mujeres y

Librodot

ocho niños. Al amanecer nos ha atacado un puñado de indios, pero estábamos preparados. Habíamos descubierto que los indios nos seguían desde hacía días. Estábamos dispuestos y los hemos recibido tan bien que han tenido que dejarnos. Os hemos visto y hemos empezado a cruzar para alcanzaros. Nos hemos adelantado para ver si queréis esperar a que lleguemos.

Desde luego. Supongo que habréis tenido bajas...

-Cinco muertos y algunos heridos. No sé cuántos.

-Lástima; pero habéis tenido suerte. Mejor es que os juntéis a nosotros.

-Muy agradecidos. Con mucho gusto lo haremos.

-¡Círculo! -gritó Couch a los conductores, y pronto los carros rodaban para formar el círculo defensivo. Mientras Clint estaba ayudando a levantar su campamento particular, Tom llegó corriendo con los ojos dilatados y el rojo cabello de punta.

-¿Es verdad, Clint -preguntó lleno de excitación-, que va a llegar una caravana que ha sido atacada por los indios?

-Sí, Tom. Nuestro jefe no acamparía para que nos divirtiésemos, y esos dos que han venido me parece que hablaban en serio. Pero, de todas maneras, los exploradores van delante y no nos pueden sorprender.

Clint no estaba tan excitado como Tom, pero sentía la misma curiosidad. Fue de los primeros que vio la caravana de emigrantes de Texas aparecer en la llanura. Después necesitaron aún dos horas para llegar al campamento.

La caravana se componía de veintiocho carros, todos nuevos, buenos caballos, algunas yuntas de bueyes y varios tejanos de formidable aspecto. No era de extrañar, pensó Clint, que hubieran rechazado a los indios. Cuanto más veía a los tejanos, más le gustaban. Había oído decir que era una raza de pocas palabras, largas piernas y pelo color de arena, muy sueltos con el revólver, que solían ser los mejores amigos y los peores enemigos.

Couch estaba preparado para recibir a los heridos con su botiquín, sus vendas, agua caliente y los pocos instrumentos que usaba. Tenía considerable habilidad para ser un lego en la materia, y, como en otras ocasiones, llamó a Clint para que le ayudase.

-Lávate bien las manos y no abras tanto los ojos, cazador de búfalos - le dijo cuando estaba mirando cómo ayudaban a los heridos a bajar de los carros.

Tom Sidel conservó su puesto, aunque las caras pálidas y las vendas ensangrentadas le afectaban visiblemente, pero cuando levantaron a una niña con los ojos cerrados, huyó.

La niña tenía una herida de flecha en la pierna, por encima de la rodilla. Otros dos hombres, uno de ellos joven, también sufría flechazos, uno en el brazo y otro en el hombro. No eran graves y los dos hombres gastaban bromas. Otro tenía una herida de bala en medio del cuerpo, por encima del estómago. Estaba sin conocimiento. Couch le volvió para ver por dónde había salido la bala y meneó la cabeza como si no pudiera hacer nada.

La muchachita abrió los ojos y sonrió débilmente. No estaba asustada.

-¿Te duele mucho, nena? - preguntó Couch mientras con sus grandes y hábiles manos quitaba los sangrientos vendajes.

-No... ahora no... ¿Me voy a morir?

-¡Morirl ¡Si no tienes nada! Sólo una heridita.

-¿De verdad?

-De verdad. Cierra los ojos mientras te lavo y te curo la herida.

-No podíamos contener la sangre - dijo el hombre que había sacado a la niña del carro. Evidentemente era su padre. La mirada de sus ojos hizo daño a Clint. ¡Cuántas torturas sufrían estos colonizadores! Clint se preguntaba si alguno de ellos, antes de salir a las llanuras, se daba cuenta de lo que hallaría en ellas. Pero nada podía detenerlos.

-Sólo es una herida superficial -dijo Couch con satisfacción -. Ninguna arteria cortada. Está débil y agitada, pero no hay peligro.

El padre dijo algunas incoherentes palabras de gratitud. Después de curarla la dejaron a un lado en unas mantas. Abrió los ojos, sonrió a Clint y le dijo que no le dolía mucho. A él le

recordó la pequeña May Bell y el antiguo dolor hirió su pecho. ¿Dónde estaba May y qué le estaría ocurriendo?

Cuando Couch hubo atendido a los flechazos de los dos hombres, cl tercero, el de la herida de bala en el tórax, había expirado.

Clint vio a los tejanos enterrar sus seis muertos y cortar dos árboles para allanar la sepultura.

. Al día siguiente se unieron a la caravana de Couch y viajaron juntos hasta el Paso del Cimarrón. Luego pidieron un mapa del camino seco para saber dónde podrían encontrar agua en su viaje de noventa millas, y a pesar de los consejos de Couch continuaron su camino hacia Texas. Clint saludaba con la mano a los niños, de quienes se había hecho amigo, hasta que la caravana desapareció detrás de una loma.

-¡Quién sabe si volveremos a ver a ninguno de ellos! -soliloquiaba Clint. Los encuentros y las separaciones en las praderas eran súbitos, extraños y violentos, mas conmovedores por esto mismo.

Tom Sidel había conversado con Clint, afectado de una manera semejante.

-Búfalo -dijo con sentimiento -, no me gusta la idea de que tú te fueras por un lado y yo por otro.

La caravana de Couch tuvo aún más suerte en aquel viaje hacia el Este. En Fort Larned se unieron a otra de sesenta y cinco carros que se dirigían de Fort Union a Westport. Siguieron juntas y cumplieron el largo viaje a fines de verano. Los acarreadores de Couch habían ganado mucha y estaban satisfechos. Acamparon para el invierno al lado del río Missouri, no lejos de Westport.

Belmet y el tío de Tom Sidel se asociaron en un negocio de compra de pastos para el ganado. Adquirieron doscientos acres de forraje de maíz de un hombre llamado Judson, y soltaron allí sus animales. Se hizo necesario, sin embargo, guardarlos y volverlos a conducir al campamento. Levantaron un gran cercado a la orilla del río y con esto y una cuidadosa vigilancia no perdieron ningún caballo, pues los ladrones de ganado abundaban por allí. Este trabajo, la reparación de los carros y un poco de caza para provisiones de invierno tuvo a los hombres ocupados durante éste.

Clint y Tom fueron a la escuela cinco meses. Fue un intervalo feliz para los dos muchachos. Tenían comida abundante, trajes de abrigo, y fuera de las horas de escuela se divertían cazando conejos con Jack. Pero Clint sentía más

la falta de su madre cuando no estaba de camino. Quizás la comodidad, el descanso y el trabajo de la escuela se la recordaban.

Creció y se desarrolló en aquel invierno. Couch le dijo a Belmet

-Búfalo es un chico que promete.

Los jugadores y fulleros visitaban el campamento con frecuencia, pero no eran bien recibidos, al menos por la mayoría de los que vivían en él. Clint pintó en un cartel: No se admiten jugadores, y lo fijó en un lugar visible; de allí en adelante los indeseables no volvieron a acercarse.

El plato favorito de Clint era conejo asado con patatas y cebollas. Acostumbraba levantar la tapa de hierro para mirar y oler el guisado, lo cual irritaba siempre a su padre, que era un cocinero de primera y no quería que hurgasen en la olla.

Los meses rodaban como rodaban en verano las ruedas de los carros sobre la pradera. A mediados de mayo, el capitán Couch había cargado mercancías de la Compañía Aull para todos los centros comerciales de las llanuras. Era un cargamento importante. Llegaron informes de que los Comanches y los Kiowas estaban más revueltos que nunca.

Couch se aseguró un destacamento de noventa y cinco soldados bajo el mando del capitán Stevenson y el largo viaje comenzó. Corrientes como eran aquellas partidas de las caravanas, siempre había una multitud de parientes y amigos congregados para verlas salir.

Librodot

A primeros de junio llegaron al viejo camino de Santa Fe. En Big Timbers hallaron señales evidentes de que un gran campamento de Kiowas había pasado allí el invierno. Esto no era causa de alegría. Aquellos salvajes estarían ahora haciendo fechorías por alguna parte.

Las mañanas eran soleadas y agradables, la pradera sin límites ondulaba a lo lejos, las largas leguas pasaban bajo las ruedas, las puestas de sol teñían de oro la pradera y pasaban las noches claras, frescas y estrelladas. Ni un solo indio fue visto en el largo viaje hasta Fort Larned.

Desde aquí los soldados se volvieron a Fort Leavenworth, mientras Couch esperaba una caravana que venía de Fuerte Aubry a Santa Fe. Debido a la escasez de soldados y al aumento de las caravanas, era necesario que éstas se juntasen en los viajes lo más pronto posible. Couch esperó a los de Aubry, que tardaron tanto en llegar que empezaron a correr siniestros rumores. Llegó, por fin, el regimiento de carreros más grande y más curtido que Clint había visto en su vida ciento cinco hombres, todos veteranos en la lucha con los indios. Su jefe había sido sargento de artillería en la invasión de Texas en 1842. Se llamaba Jim Waters, y su aspecto curtido y sus largos cabellos fueron una delicia para Clint.

Waters tenía un cañón en su caravana. Lo había empleado en muchos combates con los indios, y la fama de sus rugidos corría de Missouri hasta Pecos. Lo primero que Clint y Tom hicieron fue echarle una ojeada a aquel cañón. Estaba tan brillante como la caja de un reloj de bolsillo. Los muchachos deseaban y temían oír sus estampidos.

Couch se adhirió a Waters, formando así una caravana de ciento setenta y nueve hombres armados, con el cañón un cuerpo de ejército formidable.

Las palabras de Jim Waters a Couch corrieron de boca en boca: «Satock está preparado para nosotros: ya sabéis lo que podemos esperar.»

Satock era un notable jefe de los Kiowas, que asoló la frontera Oeste desde 1855 a 1863. Aquel año, 1856, había visto aumentar su actividad. El país, desde Fort Union a Santa Fe y más allá del río Vermigo, estaba surcado por los rastros de las sangrientas correrías de Satock. Había noticias de ataques a grandes caravanas y a caravanas escoltadas, pero muchas pequeñas bandas de temerarios colonizadores se habían desvanecido para no volver a aparecer. Durante este período, los Kiowas de Satock y los Apaches exterminaron sin duda a muchos de estos aventureros. Afortunada era la caravana que cruzaba los dominios de Satock sin un combate.

Al tercer día de la salida de Fort Union, una gran partida de Kiowas montados apareció sobre una loma a menos de una milla de distancia.

-¡Medio círculo! -gritó Waters, y la imperiosa orden fue prontamente obedecida. Clint estaba al lado de su padre, hacia el centro de la curva. Tom estaba con él en el pescante. Los caballos y los bueyes se colocaron con la cabeza hacia dentro. El cañón fue colocado al frente cargado con metralla y pronto a disparar. El artillero, Bill Hoyle, un ex soldado, estaba a su lado con fa mecha en la mano, y Waters, Couch y otros, detrás. Ciento setenta y nueve rifles, sin contar los que empuñaban Clint y Tom, estaban preparados.

-Bueno, muchachos, es Satock -anunció Waters con voz sombría- Ya conozco al muy...

Clint estimó que habría más de cien indios, quizás muchos más, pues cabalgaban en una masa compacta, desnudos y rojos, con las plumas flotando, las armas brillantes y sus salvajes caras reflejando la luz del sol.

-Quieren parlamentar -dijo Waters-. Supongo que es una treta para ver cómo vamos cargados. Por ahora no hay que temer ataque.

Clint oyó esto con inmensa satisfacción y el suspiro que se le escapó a Tom fue muy elocuente. Clint le dirigió una rápida mirada y no estaba tan asustado él mismo que dejase de reírse de la cara del otro.

La banda de Kiowas se detuvo a unos cincuenta metros, precisamente en el límite que Waters había dicho que les permitiría. Luego se destacaron cuatro jinetes. El jefe era un indio delgado y nervudo, que iba desnudo, salvo los mocasines y un taparrabos. Llevaba un rifle

Librodot

cruzado sobre la silla. Su caballo era un indómito potro tan salvaje como a tal amo le correspondía.

Los cuatro se acercaron hasta unos treinta pasos y se detuvieron. Clint vio las duras facciones del jefe salvaje, una cara oscura, astuta y siniestra, reflejos de terribles hazañas. Si alguna vez había sido un noble piel roja, este tiempo hacía mucho que había pasado. El odio a los blancos respiraba por todas sus líneas. Levantó la mano con un soberbio gesto.

-Mí, Satock - anunció.

-Seguro. Ya te hemos visto antes - replicó Waters, de malísimo humor.

-Nosotros amigos hombres blancos.

-Bueno, si sois amigos dejadnos marchar.

-Comida queremos.

-Satock, no nos podemos parar a dar de comer a los indios. Tenemos que seguir adelante-replicó Waters con impaciencia.

Satock saltó de la silla de su caballo. Era tan flexible y escurridizo como una anguila. Otra vez levantó la mano y dio el rifle a uno de sus compañeros. Se adelantó sin la la menor vacilación; sus ojos ardientes y sombríos percibieron el cañón y la vigilancia de los carreros.

-Mí Satock. Mí, gran jefe. Mí, buen amigo. Mí, quiere azúcar.

-Que le dé alguno un poco de azúcar.

Couch se acercó al carro de provisiones más próximo, buscó un poco y extrajo un pequeño saco de azúcar que colocó en la mano extendida del jefe. Satock ni sonrió ni dio las gracias al recibirlo, sino que lo cogió bruscamente.

-Mí, quiere café-dijo Satock en el mismo tono. Couch trajo otro saco de café que fue igualmente entregado al salvaje.

-Mí, quiere tabaco - dijo Satock en el mismo tono. También esto fue dado al jefe, que lo tomó como si se le debiera.

Y ya no más, Satock -dijo Waters sin más contemplaciones- Monta en tu caballo y vete.

Satock volvió a su caballo. Pudo observarse que montó de una sola y ágil acción, sin soltar ninguno de los tres sacos. Recibió su rifle de su compañero y siguió conservando en las manos el azúcar, el café y el tabaco, sin que este detalle disminuyese su salvaje dignidad.

Volvieron a reunirse con su banda y luego, conservando siempre la misma distancia, describieron un círculo completo en derredor de la caravana.

No faltaron las maldiciones del colérico Couch y otros llaneros, pero Waters guardó silencio hasta que Satock y sus guerreros desaparecieron detrás de una loma de ondulante hierba.

-Ese bandido trama algo -declaró Waters-. Vamos a Pecos y abrid todos los ajos.

A las cuatro de aquella tarde, la caravana acampaba en el río Pecos. En el llano se formó un círculo con los carros, tan pequeño y compacto como fue posible. Se dejó pastar al ganado, bien guardado, y después de oscurecer fue encerrado dentro del círculo. El cañón se colocó apuntando por un hueco. Se encendieron varias hogueras paró hacer la cena y, después de comer, una grande en el centro del campamento, a cuyo alrededor se sentaron y se tendieron la mayor parte de los hombres.

Clint oyó decir a Waters

-Aún no hemos visto a Satock por última vez. Podría apostarlo y ganaría. Hace veinte años que estoy en la frontera. Cada una de esas tribus tiene su diablo, pero Satock les da ciento y raya a todos. Es más malo que... Tendremos que poner doble guardia. ¿Qué hay de sus hombres, Couch?

-Usted es el jefe, Jim -contestó Couch -. Ya respondo de que mis hombres obedecerán y cumplirán con su deber.

-Está bien, capitán -respondió Waters consultando su reloj-. Tome usted cuarenta hombres para la primera guardia. Bill Hoyle le relevará dentro de tres horas. Yo relevaré a Bil a las dos y así llegaremos al amanecer... No quiero ser profeta de desdichas, pero conozco a

estos Kiowas y tenemos que vigilar bien cada minuto de la noche si queremos llegar a Santa Fe con pelos en la cabeza.

Belmet fue uno de los elegidos para la primera guardia. Clint permaneció con el junto al fuego, observando, escuchando y teniendo a su perro al lado.

Hoyle y sus hombres vinieron a medianoche. Clint se fue a acostar con su padre y pronto se durmieron los dos. Poco después, Clint se despertó con una sensación curiosa. Extendió una mano para colocarla sobre Jack; pero Jack se había ido. Clint se sentó en la cama. Como se había acostado al aire libre y la noche estaba clara, pudo mirar a su alrededor. Jack no estaba a la vista.

Clint sacudió a su padre.

-Padre, me temo que pasa algo malo -murmuró.

-¿Qué te hace pensar eso, Clint? -preguntó Belmet con ansiedad.

-Jack se ha ido. Le buscaré.

-No salgas del corral.

Y Clint se puso a buscar a su perro entre las tinieblas y las camas y alrededor de la hoguera. Ninguno de los hombres de guardia había visto a Jack.

-Señor Waters, mi perro nunca me deja-le dijo al jefe con mucha gravedad -. Algo pasa. Jack ventea a un indio desde una legua.

-Muy bien. Así vigilaremos mejor - replicó Waters -. Ahora vete a la cama y duérmete.

Pero Clint no siguió este bondadoso consejo. Quería a su perro. Sabía que Jack nunca le dejaba a menos que pasase algo malo, y estaba seguro de que este era el caso ahora. Buscó entre el ganado. No hallándole allí, volvió a su carro y se deslizó por debajo de él a la hierba de la pradera. Brillaba la luna llena. Clint llamó a su perro y silbó. Algo se movió entre la hierba. Clint se dejó caer, lleno de súbito terror. Oyó luego un gruñido y Jack se acercó a él. Clint se sentó y acarició al perro. Tenía el pelo erizado y gruñía.

Cuando Clint volvió a deslizarse por debajo de su carro, alguien le clavó en la espalda el cañón de un arma. -Es el muchacho y su perro -dijo un hombre. Waters echó a Clint una buena reprimenda por el riesgo a que se había expuesto.

-Pero si estaba buscando a Jack -replicó Clint -. Estaba fuera gruñendo. Le digo a usted, señor Waters, que huele a un indio desde una legua.

-Couch, me parece que este muchacho tiene razón. ¡Escuche a ese perro l Hagámosle caso de todas maneras. Waters llamó a todos los hombres. Se extinguió la hoguera y cada miembro de la caravana se convirtió en un centinela. La mayor parte iban armados con rifles de repetición que podían disparar siete tiros en dos minutos.

-Muchachos - dijo Waters - si hay que tirar no gastéis inútilmente las municiones. Haced blanco en cada tiro. Si es Satock y sus pieles rojas tenemos que quedar ellos o nosotros. Me alegraría mucho que fuéramos nosotros. Ahora, a desplegarse y a vigilar.

Clint se fue con su padre y se tendieron al lado de su carro. Ató a Jack con una cuerda. Pronto dio éste muestras de excitación, tirando de la cuerda y gruñendo. -Padre, ya vienen, seguro. Jack lo conoce. Belmet se levantó a decírselo a Waters.

Éste se puso de pie sobre el cubo de la rueda de un carro y registró la pradera con su anteojo. La luna hacía la noche casi tan clara como el día.

-Los indios vienen -anunció Waters-. Bien por el perro. Suba, Couch, a echar ana ojeada.

Couch substituyó a Waters sobre la rueda y miró con el anteojo durante algunos momentos.

-Unos doscientos, poco más o menos - dijo dirigiéndose a Waters -. Vienen despacio y tranquilos, suponiendo que nos sorprenden.

-Ellos se llevarán la sorpresa. Couch, mande usted a un hombre a todo lo largo de la línea de carros por este lado y usted vaya por el otro. Díganle a la gente que esté dispuesta para un ataque de un momento a otro, pero que permanezcan escondidos y no tiren hasta que no me oigan a mí gritar.

Librodot

¿Qué hacemos con el cañón?

-Hoyle está encargado de eso. No disparará amenos que los pieles rojas entren en el círculo:.. Voy a echar otra ojeada con el anteojo. Suerte que hay duna.

Clint levantó la cabeza y ya no vio más hombre que su padre, tendido a su lado. Todos estaban debajo de sus Barros, acechando.

No mucho tiempo después aparecieron algunos indios acercándose cautelosos al campamento. Evidentemente, practicaban un reconocimiento para ver si tenían oportunidad de atacar. Pronto se desvanecieron tan en silencio como habían llegado.

Después de aquello, cada momento estuvo lleno de una mayor tensión. A Clint le costaba trabajo mantener quieto a Jack.

Siguió una larga espera. Los Kiowas no tenían prisa. Se oyó el ulular de una lechuza en la orilla del río. Quizá fuese una señal. A continuación se ovó el silbido de un halcón nocturno. Sin duda todos habían oído aquel grito: Inmediatamente, Clint vio una línea de indios surgir de la hierba y aproximarse despacio y agachados.

Clint se quedó tieso y frío contra la rueda del carro y su arma quedó apoyada contra uno de los rayos. Las palmas de las manos se le pusieron pegajosas con el' sudor. Oyó cuchichear a su padre, pero no pudo distinguir lo que decía. Los Kiowa se acercaron más. Brillaban a la luz de la luna. A cada momento esperaba Clint oír su infernal aullido.

Pero sólo rompió el silencio el rugido estentóreo de Waters

-¡Fuego!

Los ciento setenta y nueve rifles estallaron en una sola detonación. Pero a Clint se le había olvidado apuntar y disparar con el suyo.

VII

Los blancos prepararon sus armas para una segunda descarga.

¡Ningún terrorífico aullido! ¡Ningún movimiento de ágiles salvajes! Cuando el humo se disipó de ante los ojos de los defensores del campamento, podían distinguirse algunas formas vagas moviéndose a la luz de la luna. Desaparecieron sin haber disparado ni un tiro ni una flecha.

Waters y sus compañeros salieron de debajo de los carros y un gran grupo de ellos se congregó alrededor de él y de Couch.

Clint Belmet, mareado y con el corazón palpitante, siguió a su padre.

-¡Ja! ¡Ja! No hemos necesitado el cañón -gritaba Waters.

-¿Qué le parece a usted, Jim?-preguntaba Couch, más preocupado que contento.

-Se han llevado la sorpresa mayor de su vida. Han huido como coyotes.

-Pueden estar escondidos en la hierba-sugirió un veterano.

-No. Los que están ahora ahí son buenos indios... Muchachos, salid a buscar entre la hierba, pero no os alejéis mucho.

Una búsqueda cuidadosa en un círculo de hierba de cien pasos de diámetro a todo lo largo de la línea no dio por resultado el hallazgo de un solo indio muerto.

-Se han llevado sus muertos y sus heridos. Los indios siempre lo hacen - dijo Couch.

-Hubiera apostado a que hallaríamos ciento setenta tendidos.

-Hubiera usted perdido, jefe - interrumpió el viejo veterano- La luz de la luna es muy engañosa. Las cosas parecen que están cerca y claras y no lo están.

-Sí. Pero de todas maneras debemos de haber matado unos cuantos - insistió el testarudo Waters -. Vigilaremos y esperaremos a la luz del día. Encended algunas hogueras.

Clint Belmet, temblando alrededor de la hoguera de su padre, se había convertido en un muchacho en extremo morigerado. Comprendía que se estaba empezando a reponer de un pánico tremendo. Pronto siguió la vergüenza a sus otros sentimientos.

Hasta Jack parecía mirarle de reojo. Clint estaba desmedidamente orgulloso de su perro. ¿No había venido Waters a decirle pocos momentos antes:

«Clint, este perro ha salvado las cabelleras de todos.»

Mientras Clint estaba allí sentado tostándose las piernas, se le acercó Tom, arma al brazo y contoneándose cómo Clint no le había visto nunca.

-Hola, Búfalo. Te he estado buscando por todas partes. ¿No te ha parecido magnífico? - Y se apoyó sobre el rifle a manera de los cazadores.

-¿El qué ha sido magnífico? - preguntó Clint, asombrado.

-El asalto de los indios.

-No me he enterado de que lo fuera.

-¡Cómo los hemos ahuyentado! Le he oído decir al jefe que ha sido la mejor defensa en que él se ha encontrado en su vida.

-Sólo hemos tenido suerte -dijo Clint, pesimista.

-No todo ha sido suerte, Búfalo.

-Tom, si no hubiera sido por mi perro Jack, tu cabellera estaría ahora colgada de la silla de un Kiowa.

-No estoy tan seguro de eso. - Tom no comprendía la irritación del muchacho a quien admiraba.

-Yo sí.

Pero a Tom no era fácil hacerle callar en aquel momento.

-Apuesto a que tú te has cargado a uno -dijo con emocionado cuchicheo inclinándose hacia él.

-¿Un qué?

-Un Kiowa. Quizás al viejo Satock en persona. Eso sí que hubiera sido suerte; y luego serías más famoso que nunca.

-¡Yo! ¿Famoso? - Clint estalló, pero la fe indestructible de Tom en su ídolo empezaba a modificar su humor.

-Y lo serás, si no mañana, el día menos pensado. Seguro que has matado a un Kiowa.

-Seguro que no.

-¡Cómo no! El tío John dice que yo he matado a uno, y Jackson, el carrero que estaba a mi lado, también lo dice.

-¿Qué?

-Que creo que he derribado a mi primer piel roja -replicó Toro solemnemente -. Ha sido así. Al lado de nuestro carro hay una hierba muy alta y un pequeño desnivel en la llanura. Yo tenía el rifle apoyado en la rueda y el dedo en el gatillo, cuando de repente aparecieron los indios muy cerca, como espectros. Uno se puso precisamente delante del cañón de mi rifle y cuando oí gritar al señor Waters apreté el gatillo antes que nadie en nuestro lado. Yo no pude ver lo que ocurría, pero el tío y Jackson están seguros de haber visto caer redondo a mi indio.

-Choca esa mano -dijo Clint con emoción- ¿Y no te asustaste?

-¿Quién lo ha dicho? Estaba tan asustado que me castañeteaban los dientes, y tenía la boca llena de agua y la garganta tan apretada que no podía tragar. Estaba frío como el hielo y sentía la cosa más horrible que he sentido en mi vida.

Aquella honrada confesión de Tom hizo de Clint un hombre. Se sintió de súbito libre de una sensación angustiosa.

-Tú lo has dicho, Tom. Eso mismo es lo que yo he sentido, pero mucho peor... y no pude tirar y se me olvidó que tenía un rifle.

-¡Bah! Dices eso para consolarme - respondió el leal Tom.

Al romper el día, Waters pidió voluntarios para seguir el rastro de los indios. Como todos querían ir, eligió cincuenta hombres.

-Déjame tu perro - le dijo Clint.

-Jack no rastreará nada si no va conmigo.

-Bueno. Pues ven tú también y tráelo atado con una cuerda.

Siguieron el rastro de los indios hasta el río y hallaron muchas huellas por donde lo habían cruzado. Couch señaló en la arena la señal de algo pesado que había sido arrastrado. Luego Waters descubrió sangre en las hojas. Cruzaron el río, que era poco profundo, y siguieron la pista hasta un bosquecillo. Aquí Jack empezó a seguir el rastro tan de prisa que arrastró a Clint lejos, por delante de los demás, y Waters tuvo que ir a cogerle la cuerda de las manos.

Llegaron a un claro donde los indios habían dejado sus caballos mientras atacaban la caravana. Había pisadas de caballos en todo el claro, y en los retoños tiernos, la señal de haber sido recientemente mordida la corteza. El rastro de los caballos se alejaba del río por la pradera y se dirigía hacia el Norte.

-Al Paso del Ratón - declaró Waters -. Podemos estar seguros de tener el placer de encontrarnos otra vez con el viejo Satock.

Los carreras se apresuraron a volver al campamento, donde el almuerzo estaba ya listo, y después la caravana se puso pronto en marcha. Caminaron hasta la primera hora de la tarde. Waters escogió el lugar que le pareció mejor para rechazar otro ataque que claramente esperaba.

Cuarenta hombres sacaron a pastar el ganado y diez exploradores escogidos salieron a vigilar. A la puesta del sol, varios de los exploradores que se habían dirigido hacia el Norte volvieron a galope con la noticia que todo el mundo esperaba.

-Vienen los indios - anunciaron.

-La vida de un carrero es de lo más alegre - dijo uno.

-Tolerablemente ocupada - comentó otro.

-¡Fuera el cañón, muchacho -gritó Waters-, y cada uno a su puesto! Hoyle, prepara pólvora y metralla. Si son Kiowas, tiraremos primero y les daremos tabaco después.

Pero la banda que se aproximaba resultó ser de los soldados de caballería al mando del capitán Graham, de camino para Fort Wise, Colorado y Santa Fe.

Clint, que estaba cerca, oyó a Couch y a Waters saludar al jefe de los soldados.

-¿Qué tal, Jim? - dijo el capitán, un soldado de rudo aspecto y largos años de servicio -. Os 'hemos tomado por una partida de indios.

-Podemos devolverte el cumplido, capitán - contestó Waters riendo y señalando el cañón preparado.

-Anoche, a la luz de la luna, nos atacaron los Kiowas, capitán - dijo Couch -. Los rechazamos sin que disparasen un tiro. Pero hemos estado esperando otro ataque hoy todo el día y lo esperamos con seguridad esta noche.

-Así, ¿fue a vosotros a quienes atacó Satock? Habéis tenido suerte. Nos hemos cruzado hoy con él y unos ciento veinte indios. Tenían muchos heridos y estaban bastante mohínos. Iban hacia el Norte, al Ratón. Comprendimos que volvían de alguna fechoría y seguimos su rastro hacia atrás. Hallamos tierra recién removida con piedras encima. Han debido de enterrar a muchos muertos. Le habéis debido dar a Satock una buena paliza y no es fácil que os vuelva a atacar pronto.

-Eso es bueno, capitán. Venga usted con sus soldados a cenar con nosotros.

-Acamparemos aquí y seguiremos con ustedes hasta Santa Fe-contestó Graham.

Esta buena noticia, añadida a la buena suerte que últimamente disfrutaba la caravana, puso a los viajeros de excelente humor. Prepararon para los hombres de Graham una cena suntuosa y, después de cenar, soldados y Barreros se agruparon alrededor de las hogueras para disfrutar de aquella extraordinaria circunstancia: una noche agradable estando de viaje.

El capitán Graham hacía mucho que habitaba las llanuras, primero en campañas contra los indios, luego escoltando a las caravanas de buscadores de oro que fueron a California el 49, y después haciendo el mismo servicio con los transportadores de mercancías.

-La vida en las praderas no es ahora mejor que hace algunos años - observó -. En estos tiempos se ha puesto peor. Las tribus indias se están excitando. Arapahoes, Pawnees, Comanches, Kiowas y Apaches aumentan constantemente su hostilidad hacia los blancos. Y cuando se piensa en ello no se les puede vituperar: la invasión del Oeste por los blancos es un robo deliberado. Llegará el' día no muy lejano, según mis cálculos, en que los Sioux serán tan malos como los Apaches. Los viejos jefes indios como Lobo Blanco son sabios y ven escrita en la pared la profecía fatal. Han confiado en el blanco y han sufrido un desengaño, y como consigan aliar a todas sus tribus, lo cual ya tratan de hacer, se precisará un ejército entero para garantizar la seguridad del Oeste. Pero algunas de esas tribus se han odiado durante cientos de años y no serán fáciles de reconciliar; es una esperanza para los blancos.

-En todo estoy de acuerdo con usted, capitán, menos en no vituperar a los indios-replicó Witers fumando su pipa-. Tengo un pedazo de plomo en una cadera, que me dejó ahí un piel roja, lo cual no me predispone en su favor. Los indios son para mí sabandijas.

-No es esa una actitud muy comprensiva, Waters - contesó el oficial-. Si se hubiera usted quedado en su casa labrando sus tierras, en lugar de venir con armas a meterse en el país de los rojos, no llevaría usted ahora una bala en la cadera ni tendría tan mal carácter. La mayor hombres son así. Pero tome usted ejemplo al Maxwell; no tiene un solo enemigo indio en las llanuras; trata a un piel roja lo mismo que a un blanco. Uno de esos jefes le había dicho que era el porvenir lo que los indios temían. Ven estas grandes caravanas llevándose las pieles y los cueros de búfalo hacia el Este, y para ellos el espectáculo es profético. Algún día el blanco vendrá a matar el búfalo en gran escala. El indio vive del búfalo y lo sabe. Este conflicto llegará pero aún tardará veinte años o más.

-Y mientras tanto, nosotros, todo lo que podemos hacer es seguir acarreando y matando indios - replicó Waters.

-Es el pan nuestro de cada día -añadió Couoh. -No pueden decir que sea monótono, aunque sea repetir siempre la misma cosa-dijo el capitán Graham con una carcajada- Viajar y luchar, esto es todo lo que por ahora hay que hacer en las llanuras durante bastantes años más.

-Algún día, capitán, estas grandes llanuras serán grandes haciendas-dijo Couoh, pensativo-. El suelo es rico en todas ellas. Agua en abundancia y maravillosos pastos para el ganado. Millones de hombres pueden prosperar en ellas.

-Sí, pero sólo cuando los indios y los búfalos hayan desaparecido -concluyó Graham -. Yo, personalmente, sentiré verlos desvanecerse ante la marejada del progreso. Pero mucho tiempo antes de esto habrá guerra entre el Norte y el Sur.

-No quiero discutir sobre eso -replicó Waters-. Usted es del Norte y yo del Sur, y no estaríamos más de acuerdo que los Pawnees y los Comanches.

-Jim, mejor será que usted y el capitán no hablen de los indios, por lo menos hasta que lleguemos a Santa Fe - interrumpió Couoh, y cuando cesaron las risas añadió-: Es ya tarde; vámonos a dormir.

Clint Belmet, que había estado junto al fuego con los ojos y los oídos bien abiertos, se fue pensativo a acostar, deduciendo que admiraba al capitán Graham más que a ningún otro de los que había conocido en la frontera, excepto Kit Carson.

-Padre, ¿te has fijado en lo que decía ese capitán Graham? -preguntó Clint.

-Desde luego. Me alegro que tú le hayas oído; trata de recordar siempre lo que ha dicho.

-No hay miedo a que se me olvide. Hablaba como un libro. Siempre oigo hablar de ese coronel Maxwell y su rancho. ¿Me dejarás ir a él alguna vez? Dicen que todo el mundo es allí bien recibido e invitado a quedarse todo el tiempo que quiera.

-Sí, te dejaré; quizá puedas ir este viaje. - Belmet bostezó -. Duérmete ya, preguntón.

La caballería escoltó a Waters hasta Santa Fe, y sin un día de descanso partió en busca de una caravana de emigrantes que venía de Texas.

Librodot

La compañía de pieles de Santa Fe y Westport, para la que trabajaban Waters y Couoh, tenía dispuesto un gran cargamento para Missouri. Por consiguiente, la esperanza que Clint acariciaba de visitar el rancho de Maxwell no pudo realizarse. Tuvo que trabajar como un negro los pocos días que permanecieron en Santa Fe, sin el descanso v las diversiones de otros viajes.

Waters, debido a la suerte que la caravana tuviera con Satock, decidió arriesgarse por un atajo a los fuertes de Santa Clara, viaje que realizó en doce días. El siguiente fue por un camino que rara vez se usaba a causa de la dificultad para hallar agua, y que conducía al Valle del Purgatorio y a Fort Bent. La caravana lo hizo en veinticinco días. Sólo tres de estos días hubo necesidad de una jornada larga para llegar de una aguada a otra; la primera, de veintiuna millas; la segunda, de veinticuatro, y la tercera, la más larga que Clint había hecho en su vida, de veintisiete. En todo este viaje no tuvieron más combustible que estiércol de búfalo. Ni vieron ningún indio.

En Fort Bent, los jefes de la caravana recibieron el consejo de descansar algunos días, porque Lobo Blanco, el jefe guerrero de los Apaches, estaba por la vecindad en pie de guerra. Dos regimientos de dragones estaban fuera tratando de localizarlos y reducirlos. Pero Waters y Couoh, confiados en su numerosa caravana de experimentados conductores y luchadores continuaron hacia Council Grove.

Mientras estaban acampados al lado del río Cottonwood, veinte Pawnees aparecieron de súbito, como si hubieran llovido del cielo, y se acercaron al campamento.

-¡Más indios! -rezongó Waters.

-¡Tienen audacia! -añadió Couoh-. Debe de ser una partida de exploradores.

El jefe Pawnee, que estaba tan delgado y seco que parecía de cuero, pasó un ojo apreciativo sobre los carros.

-Tren muy grande. ¿Montón de hombres? ¡Montón! -dijo.

-Sí, tengo trescientos hombres y cinco cañones -contestó Waters con un tono alegre que hizo sonreír a su gente-. Aquí hay uno que puede matar doscientos indios de cada tiro... Mira. Voy a cortar de un tiro aquel árbol.

Los Pawnees quizá no entendieron a Waters palabra por palabra, pero ciertamente comprendieron lo que éstas significaban en conjunto, y adoptaron un aire escéptico, por no decir, desdeñoso. Por fin el jefe dijo:

-Hombre blanco, grandísimo embustero. Waters simuló una gran cólera.

-¡Qué! ¿Me llamas a mi embustero? - rugió con ultrajada dignidad-. Ya te enseñaré yo. ¿Ves aquel árbol? Lo cortaré de un tiro. Luego, si no me pides perdón, volveré el cañón contra vosotros.

Señalaba un árbol de unas dieciocho pulgadas de diámetro. Hizo que acercasen el cañón. Hoyle trajo mecha y más municiones. Los conductores, sin descuidar sus rifles, se agruparon con contenida alegría. Algunos de ellos se retiraron un poco.

Waters apuntó con sumo cuidado el cañón, y lo disparó. ¡Bum! El estampido fue tremendo. La concusión sacudió todo lo que se hallaba cerca, especialmente a los Pawnees.

El árbol cayó, si no cortado del todo, lo suficiente para que el bueno de Waters pudiera jactarse. Tuvo la habilidad de colocar el cañón todo lo cerca posible de los indios, de modo que sintieran bien la formidable conmoción. La sintieron y sin duda influyó eso en su desconcierto tanto como la caída del árbol. Se marcharon mucho más ligeros que habían venido. La ruidosa alegría de los acarreadores fue un espectáculo digno de verse. La caravana continuó su viaje hasta Missouri sin encontrarse con más indios, y se pudo añadir otra hazaña a la lista del viejo cañón.

Aull y Compañía poseían una gran extensión de pastos y campos de trigo en la ribera del río, parte de la cual estaba cercada. Los carreros hicieron un trato, pagando por ella quinientos dólares, en- ^' convenio de que si acarreaban para la Compañía aquella primavera, les de volvería la mitad de esta suma, y si volvían a Santa Fe con el cargamento intacto recibirían la otra mitad. Todos los miembros de la caravana lo consideraron un trato muy

Librodot

ventajoso, acarreasen o no para la Compañía Aull. Los piensos estaban muy caros en Missouri. Todos los hombres disponibles se pusieron a trabajar en la reparación de la cerca y en doce días la dejaron en condiciones de no tenerse que preocupar más por los caballos y los bueyes.

Belmet compró leña y una estufa. Con la ayuda de Clint hizo un armazón de tablas sobre el cual extendió la tienda. Cubrieron el suelo de pieles de búfalo y se prepararon con otras comodidades a pasar los largos meses de invierno. Belmet empleó también dinero en libros y revistas y pasó leyendo la mayor parte de tiempo. Clint y Tom se dedicaron a estudiar juntos, enseñándose mutuamente las materias en que cada uno estaba más fuerte. En días buenos salían con sus armas detrás de Jack por los cañaverales de la orilla del río, divirtiéndose y añadiendo provisiones a la despensa.

Así pasó el invierno, y cuando llegó la primavera, Waters cargó para Santa Fe, y Couch para Fort Wise, Colorado. Pero las dos caravanas partieron juntas; pasaron el río Wasarus, siguieron hasta las fuentes del Diamond, cruzaron el Arkansas y luego emprendieron la larga caminata a Río Cove, donde se encontraron con una gran partida de indios que evidentemente estaba emboscada en la orilla del río. Pero veteranos como Waters y Couch rara vez eran sorprendidos.

Los salvajes, en número de unos trescientos, estaban pintados y llevaban su tocado de guerra. Viéndose descubiertos, saltaron sobre sus caballos y cargaron como un huracán, aullando como una horda de demonios.

La caravana tuvo tiempo para prepararse a medias; y Jim Waters estaba al lado de su cañón, preparado a sembrar la muerte en sus filas si atacaban. Era indudable que los indios no se decidían a atacar, y en lugar de ello adoptaron una de sus viejas tretas, consistente en galopar cerca, dando terribles gritos y agitando sus pieles de búfalo y mantas rojas para espantar el ganado. Casi lo consiguieron con los caballos.

Pero a su segunda vuelta alrededor de la caravana; Waters eligió un compacto grupo de indios y disparó contra él el cañón. El trueno de la detonación y el ancho surco de destrucción volvió las tornas y fueron ellos los que sufrieron la espantada de sus caballos.

Clint se aterró ante el barullo y el salvaje coro de aullidos y relinchos. Caballos con sus jinetes cayeron por docenas; otros se desbocaron sin sus jinetes; muchos pateaban con frenético terror arrastrando a los indios heridos, que aún se agarraban a ellos. Pero tan maravillosos y leales eran aquellos salvajes, que los que podían trataban de salvar a los heridos y de llevarse sus muertos, sin intimidarse ante el fuego de rifle que se les hacía.

¡Bum! De nuevo retumbó el cañón de Waters, esta vez con mayor carga.

El disparo causó un implacable destrozo en aquella masa de hombres y caballos. Los carreros bajaron sus armas inclinados a la piedad. El mismo Waters no se movió para volver a cargar el cañón, y los indios que quedaban sanos aprovecharon la tregua para recoger sus caballos y sus heridos y marcharse precipitadamente.

Se hallaron muertos sesenta indios y ochenta caballos muertos o heridos. Fue la defensa más perfecta que Waters había dirigido en su vida. Ordenó que se acabase de matar a los caballos heridos, pero los dejó con los indios allí mismo en la llanura.

Reanudaron el viaje y, con una apresurada marcha, llegaron a Fort Zarah a las tres de aquella tarde. Waters informó al capitán Selkirk de la conducta de los indios y se envió sobre su rastro un destacamento de cincuenta dragones.

Luego la doble caravana continuó hasta Pawnee Rock, Ash Creek y Pawnee Forks, y al cabo de seis días acampaban juntas, por última vez, en el Paso del Cimarrón. Fue un campamento triste. Ciento setenta hombres que habían trabajado, acampado y luchado juntos durante meses, que habían hecho un éxito de cada viaje, encontraban que la separación era algo deplorable. Se acostaron tarde aquella noche. A la mañana siguiente se levantaron con el día, pero debido a las repetidas despedidas y apretones de manos, el sol salió y aun estaban juntas las caravanas.

Waters apretó la mano de Clint y le dijo

Librodot

-Búfalo, no me parece bien que nos dejes marchar a arreglarnos como podamos sin ti y sin Jack.

-Pero, señor Waters, ustedes tienen el cañón - replicó Clint significativamente.

-Buena suerte, muchacho. Tienes una cabeza sobre los hombros y algún día serás un gran hombre.

Y así se separaron las caravanas, tomando Waters el camino seco hacia Santa Fe, y Couch el de Fort Wise. Por muchas millas y muchas horas, el ojo agudo de Clint distinguió el largo tren de carros moviéndose por la llanura. Pensó que el mayor inconveniente de aquella vida era el constante adiós a bellos e interesantes lugares, a amigos, camaradas y personas queridas.

Fort Wise estaba en esta estación lleno de indios y cazadores vendiendo su caza del invierno por provisiones, ropas, municiones y tabaco. Ésta era una época poco a propósito para visitar a Fort Colorado. El capitán Couch siguió adelante tan pronto como descargó, y cuando llegó a un territorio de buenos pastos plantó el campamento para descansar, reponer el ganado y cazar búfalos.

Aquella tarde, Belmet y John Sidel volvieron al campo en un carro con tres buenas pieles y cerca de media tonelada de carne. Clint tenía buena mano para preparar las pieles. Las extendía en el suelo clavadas por las cuatro esquinas y las rascaba hasta dejarlas limpias de carne y de grasa Usaban los sesos del búfalo para ayudar al proceso del curtido, y si esto se hacía como es debido durante un espacio de cuatro días, la piel nunca se ponía rígida ni dura.

En el río Timpas, el campamento siguiente, un enorme rebaño de búfalos estorbó y finalmente detuvo la marcha de la caravana. Era imposible continuar, y Couch dispuso detenerse allí unos días. Los carreros mataron muchos búfalos desde los carros. Belmet y Sidel cobraron cinco. Todo el día estuvo pasando el rebaño, como un mar poderoso de peludas bestias, que se extendía hasta donde la vista podía alcanzar. A la puesta del sol pasaron los últimos seguidos por los lobos y coyotes que siempre escoltaban a los rebaños de búfalos.

VIII

Al acampar una noche al cabo de ocho días de marcha sin haber visto indios, sólo cuatro hombres quedaron de centinela.

-Todo está tranquilo - anunció Couch -. Podemos dormir confiados.

A altas horas de aquella noche, Clint se despertó al sentir que le tiraban de las mantas. Se incorporó. Era Jack el que lo hacía, gruñendo además. Al moverse Clint, se despertó su padre.

-¿Qué pasa, Clint?

-Jack vuelve a dar señales de alarma. Mírale y escucha - murmuró Clint.

Observaron al perro. Cesó de gruñir y de tirar de las mantas, pero el más lerdo hubiera visto que deseaba que salieran con él de la tienda.

-Indios, apostaría - murmuró Belmet -. Nunca se puede vivir confiado en esta pradera. Coge el arma, Clint. Salieron descalzos y con las armas en la mano. La noche era clara y estrellada, muy tranquila, y hasta el aire parecía estar cargado de misterio. Siguieron al perro.

Los cuatro centinelas estaban dormidos al lado de la extinguida hoguera.

-No los despiertes - murmuró Belmet con tono dolido-. Deja que lo haga Couch.

Jack los condujo al extremo más le ano del corral formado por los carros, a un cuarto de milla largo de la hoguera. Allí meneó la cola como diciendo: aquí es.

Belmet indicó a su hijo que se estuviese quieto y se arrodilló para contener al perro. Clint oyó un ligero ruido en la parte de fuera del carro. Parecía como si rasgasen la lona. Miró el blanco toldo, que apenas se distinguía en la oscuridad, y le pareció ver que se levantaba un poco. Belmet, evidentemente, vio y oyó lo mismo, pues hizo retroceder con cautela cien pasos a Clint y al perro. Luego aplicó los labios al oído de su hijo:

Ve, despierta a Couch y dile lo que pasa. Despierta a la gente y diles que vengan aquí, pero sin ruido. No le cuentes a Couch que se han dormido los guardias porque los fusilaría. Corre. Yo vigilaré.

Clint corrió a despachar su misión. El formidable Couch, despertó en seguida. Clint le dijo dónde tenía que ir a encontrar a su padre y luego despertó a los guardias. En menos de diez minutos, Clint había reunido a todo el mundo alrededor de su padre. Celebraron una conferencia en voz baja. Couch no creía que hubiera indios por los alrededores, pero dijo que procederían como si los hubiese. Envió en diferentes direcciones tres partidas de exploradores de diez hombres cada una. Couch, Belmet, Clint y los demás se tendieron a esperar en la hierba.

Un siglo le pareció a Clint que pasaba. Luego se estremeció al oír el ulular de una lechuza, precisamente en el carro adonde los condujera Jack. Desde el río llegó otro grito de contestación.

Couch tocó a Belmet en la espalda y maldijo en voz baja.

-¿Habéis oído eso?

--Sí-replicó Belmet -. ¿Qué hacemos? Quisiera que tuviéramos un cañón.

Otra vez pieles rojas-comentó otro con resignación.

-Nada de eso - contestó un veterano -. No hay indio que sea tan tonto.

Couch aconsejó a sus hombres que se metieran debajo de los carros para dominar la pradera. Clint vio una pequeña llamarada, como el encenderse de un fósforo, al lado del río. Otros la vieron también.

-¿Dónde diablos estarán los exploradores? -gruñía Couch-. No nos podemos mover.

-¡Escuche! - exclamó Clint temblando-. Oigo acercarse caballos... Deben de ser indios. Jack ventea algo.

-Ya veo los caballos... y los hombres también... No me parecen indios.

Clint oyó a continuación pesados golpes en el carro adonde Jack los había llevado a investigar.

-¡Escuchad! -dijo Couch con voz ronca-. Que me aspen si no están robando aquel carro.

Un coyote lanzó un grito solitario, de cuya autenticidad hubiera -respondido Clint. Las oscuras sombras de la pradera se acercaron hacia la derecha de los que vigilaban. Se detuvieron a unos cincuenta pasos del carro en cuestión. Varios hombres, moviéndose como sombras, dejaron los caballos y se acercaron hacia el círculo.

Jack se arrancó de las manos de Clint y se metió por debajo de los carros dentro del campamento. Clint se metió detrás de él. En aquel momento alguien gritó fuera: ¡Manos arriba! »

Inmediatamente sonaron voces coléricas y el ruido de una violenta lucha. Luego, una carrera. Clint se levantó y corrió detrás de Jack, apenas visible a la luz de las estrellas. Antes de que Clint le alcanzase, un hombre saltó del carro. Jack saltó sobre el hombre y los dos cayeron juntos al suelo. Clint dos vio revolcarse por él ,y vio también el relámpago de la hoja de un cuchillo. Sin esperar más le dio al hombre en la cabeza con la culata del rifle. Quedó atontado del golpe y el perro le soltó. Belmet llegó corriendo y jadeante, y haciéndose cargo de la situación, se sentó a horcajadas sobre el hombre y le ató de pies y manos

-Vigílale, Clint, que yo voy a ver lo que pasa fuera. El ladrón no volvió en sí, o fingió que no volvía, pues no se movió.

Pronto se supo que una de las tres partidas de exploradores se había escondido entre la hierba, cerca del carro que estaba sufriendo el robo, y cuando los otros tres ladrones vinieron con sus caballos, los capturaron a todos, no sin lucha, pero sin disparar un tiro.

Ya no faltaba mucho para llegar el día. El oriente se esclarecía y la pálida luz gris aumentaba. Se encendieron las hogueras y se empezaron los preparativos para el almuerzo.

Tan pronto como se hizo día claro, Couch, de mal talante, llamó

-¡Veinte voluntarios para colgar a estos ladrones! Clint se sintió irresistiblemente impulsado a seguirlos hasta el arroyo, donde se detuvieron bajo un corpulento y copudo castaño.

-¿Tenéis algo que decir? -preguntó Couch contemplando a los cuatro ladrones.

-Nada. Nos habéis cogido -respondió lacónicamente uno de ellos.

-De buena gana fumaría un cigarro-dijo otro. Alguien le dio un cigarro, que encendió y empezó a fumar con satisfacción.

Clint, lleno de horror, quedó como encadenado a aquel lugar. Aquella sumarísima justicia no era sólo la ley de los cargadores; era la ley de la frontera, contra la cual no había apelación. Los cuatro ladrones lo sabían y la aceptaban, y, por lo que Clint podía ver, no se sentían inquietos. ¡Si valor tan maravilloso se dedicase a una buena causa! Clint no había visto nunca caras tan rudas y enérgicas en ninguna parte de la frontera. Tenían la cara que les correspondía.

Los ejecutores habían pasado cuerdas por encima de una gruesa rama del castaño, y permanecían esperando en silencio, sin mirarse unos a otros ni a los ladrones.

Uno de los cuatro empezó a renegar del que estaba fumando.

-¡ ...! ¡Estás entreteniendo esto

El fumador arrojó el cigarrillo a medio fumar.

-Bueno, Pickens, puesto que tienes tanta prisa, vamos. En aquellas palabras y, en la ruda carcajada que las siguió hablaba el espíritu terrible, salvaje y sin ley de la frontera en 1857.

Los ladrones fueron puestos en línea y los lazos ajustados a sus cuellos.

-¡Cinco hombres a cada cuerda! - ordenó severamente Couch-. ¡Arriba

Y arriba fueron los cuatro hombres, el más bajo, a seis pies de altura, y los demás, a la mitad de esta distancia. Tenían las manos atadas a las espaldas, pero las piernas libres. En el momento en que estuvieron en el aire se manifestó un horrible cambio en sus cuerpos y en sus caras. El instinto de da carne fue al final el más fuerte. Sus bocas se abrieron, la lengua les salió de ella, sus ojos se revolvieron y sus caras se tornaron lívidas. Empezaron a agitar las piernas y a retorcerse. Encogían las piernas hasta tocarse el cuerpo con las rodillas y luego las estiraban violentamente en terribles convulsiones. Su expresión y sus contorsiones aumentaban a cada segundo.

Clint exhaló un grito y se cubrió la cara con las manos para huir del espantoso espectáculo. Se sentó en el suelo con la cabeza inclinada y una sensación angustiosa en el estómago. Cuando levantó la cabeza, los ladrones colgaban Inertes y nunca hubiera reconocido sus negras caras.

-Los dejaremos colgadas para bien de la frontera - dijo Couch, y sacó del bolsillo un trozo de papel que prendió en la pierna del llamado Pickens. En él había escrito:

LOS HEMOS COLGADO POR LADRONES

- Caravana de Jim Couch

-Cuando, después de la ejecución, volvían al campamento, Clint oyó decir a Couch

-Ha sido una buena tarea. Pickens era un asesino. Ya he tenido que ver con él antes.

La caravana siguió su viaje hasta Fort Bent, adonde llegó al caer aquel mismo día. Couch dio cuenta de la ejecución. Veinte soldados al mando de un sargento fueron enviados para enterrar a los ladrones.

Antes de que acabase aquel día memorable, Couch mandó llamar a Clint.

-Tú y Jack nos habéis salvado otra vez - dijo dándole unos golpecitos en el hombro -. Por lo menas nos habéis salvado de que nos roben... Aquí está el equipo de los ladrones. Tú tienes derecho a elegir primero.

-¡Oh, capitán, yo... yo no quiero nada! -replicó Clint.

-Claro que quieres. Tienes derecho. Pregúntale a cualquiera de los demás. Kit Carson te lo diría. Nos repartiremos el equipo y tú tienes derecho preferente.

Así apremiado, Clint fijó su atención sobre los efectos de Pickens y sus cómplices. Había ocho caballos, la mayor parte de ellos animales extraordinarios, igual número de sillas, maletas, camas de campaña, mantas, cantimploras, sacos y bridas; ocho pistolas, cuatro rifles, varios cuchillos, lazos y otros artículos útiles para la vida que se hacía en el país.

-¿Cuánto puedo elegir?-preguntó Clint, vacilante.

-¡Ja! ¡Ja! -rompió un viejo veterano -. Tómale la palabra al jefe y cógelo todo, Búfalo.

-Escoge lo que quieras, pero no seas ansioso -contestó Couch.

Como Clint no acababa de llegar a una decisión rápida, Tom se adelantó y dijo

-Yo sé lo que quiere Búfalo. -¿Qué?

-Un caballo. Siempre lo ha deseado.

-Muy bien. Venga, Búfalo. Elige un caballo, una silla, una manta, bridas y, de propina, una de las pistolas.

Clint salió de su éxtasis y señaló el caballo que era la verdadera causa de él:, una yegua baya oscura, de pura sangre, limpia de remos y de bellas formas.

-¡Ésa!

¡Bandido! -exclamó Couch -. Cómo sabes elegir caballos. Yo quería esa yegua para mí.

Una carcajada dio la vuelta al círculo y Couch continuo

-Muy bien; tuya es. ¿Cómo la vas a llamar?

Clint estudió este problema un minuto y, por fin, con voz algo cortada dijo

-Maybell.

-Muy bonito y distinguido. Ahora, Búfalo, la cuestión es: ¿podios montar en ella? Me parece demasiado caballo. Recuerda que los ladrones no pueden montar más que animales rápidos. ¿No sería mejor que me la cambiases por alguno de los otros?

-La montaré... o me estrellará -replicó Clint.

-Jim -Couch se dirigía ahora al padre de Clint -elija usted su silla y su equipo, y me parece que es mejor que monte usted primero 1'a yegua.

Los caballos de silla no le eran, extraños a Clint, pero nunca había visto un animal tan veloz y nervioso como Maybell, ni siquiera en las ferias campestres de Illinois. Cuando la silla, las bridas y la manta fueron puestas sobre el caballo para que Clint las viera, su alegría no tuvo límites. Por fin, Couch eligió una pistola con incrustaciones de plata, una bolsa de municiones y las metió en la bolsa de la silla.

-Y que sigáis tan valientes tú y Jack -dijo cordialmente -. Espero que os tendré conmigo mucho tiempo. Para el campamento siguiente fue elegida la ribera del río opuesta a Chateaud Island, un lugar favorito de los viajeros.

A la puesta del sol pasó un regimiento de dragones por el camino seco de Santa Fe y dieron la noticia de un combate entre la caravana de Waters y una banda de Comanches bajo el mando del jefe Oso Blanco. Los soldados habían llegado en el momento crítico. Los Comanches habían sorprendido a la caravana en pleno día y atacado antes

de que Waters pudiera hacer entrar en acción el cañón. La emboscada había sido en el Cañón del Apache, cuyo recuerdo había estremecido con frecuencia a Clint.

Cuando los dragones, que estaban sobre la pista de los indios, llegaron al lugar de la batalla, Waters tenía cinco hombres muertos y ocho gravemente heridos. La caravana se había detenido en Fort Aubry para reponerse. Clint no pudo dejar de preguntarse cuándo le llegaría por fin la vez a Waters. Era el más valiente de los acarreadores y se exponía con temeridad.

Couch se alegró de tener una escolta para el resto del camino hasta Westport. Esperaba hacer allí un largo descanso, pero no lo consiguió. El coronel Danbury firmó con él un contrato de acarreo de suministros del Gobierno a todos los fuertes del Oeste hasta Taos. Si se veían detenidos en un puesto más de dos días para la descarga, el Gobierno pagaría los piensos de los caballos.

La caravana de Couch llegó hasta el límite en lo que se refería a carga, tomando todo lo que los caballos pudieran resistir. Les pagaban por peso. Era el cargamento más pesado y más valioso con que Couch saliera nunca, y el regimiento de soldados que el Gobierno le dio de escolta fue muy bien recibido.

Cerca de Wagon Mound, una partida de Comanches cayó sobre el ganado como una bandada de halcones y espantó a los animales, alejándolos tres millas antes de que los soldados pudieran alcanzarlos. No hubo combate.

En el Cañón del Apache estaba emboscada una banda de indios, pero fue descubierta por los exploradores y huyeron como una manada de coyotes.

La caravana pasó por Lamy, Santa Fe, acabando felizmente el viaje en Taos. Ésta era la ocasión con que Clint soñara, y con gran satisfacción encontró a Kit Carson en casa. El explorador le dio la bienvenida sorprendido y con los brazos abiertos.

-¡Búfalo Belmet! -exclamó-. ¡Hecho un llanero grande y fornido! ¡Has crecido como una mala hierba! Me alegro de verte.

Carson insistió en que Clint se quedase en su casa, donde fue presentado a otros dos famosos tipos de la frontera, Jim Baker y John Hobbs. Estos dos hombres tenían gran riqueza de experiencias de que echar mano y les gustaba charlar.

-Eso me recuerda... -decía Jim Baker moviendo su lanuda cabeza-. Creo que era el cincuenta y dos... ¿no era entonces, Kit, cuando Hatcher estaba aquí de agente? Taos era en aquella época el mejor fuerte de la frontera. Cinco compañías de soldados mandadas por el comandante Greer. Allí estaba también mi antiguo socio Denver. Hatcher vino un día al fuerte y le dijo a Creer que había visto a quince jóvenes guerreros con las pinturas y las plumas de guerra y que estaba seguro de que preparaban alguna fechoría. Creer nos envió a Denver y a mí para que nos informásemos.

»Tomamos comida para cinco días, bastantes municiones y nos pusimos en marcha. Se dirigían hacia el Sur a buena marcha, a la hacienda del único granjero blanco que había cerca y que vivía a cincuenta millas o más, en la ribera del río Rojo. Se llamaba Lya Bank. ¿Recuerdas, Kit? Le llamábamos el viejo Lya, aquí en Taos. Estaba casado al estilo indio con una Kiowa, pero era un buen amigo de todos los blancos del valle. Seguimos el rastro de aquella cuadrilla y cuando llegábamos cerca de casa de Lya vimos humo. Pensamos que era el campamento de los indios, pero cuando llegamos cerca vimos que era demasiado humo. Los indios no queman nunca mucha madera.

»El fuego era en la casa del viejo Lya. Escondimos nuestros caballos y seguimos acercándonos. La casa y el cobertizo estaban ardiendo. No había indios' a la vista y nos acercamos. Encontramos los restos quemados de dos personas, pero no pudimos identificarlas. Supusimos que una de ellas era el pobre Lya.

» Tomamos otra vez el rastro de los indios y a última hora de aquel día vimos humo que salía de un bosquecillo. Nos aproximamos arrastrándonos y pronto vimos a los diablos rojos que estaban cenando. Los observamos un rato y luego volvimos a nuestros caballos.

»-Denver, esos indios están en pie de guerra-dije -. Ahora bajarán por el río a asesinar a otros colonos. ¿Qué vamos a hacer?

»-Bien -dijo Denver -. No asesinarán a nadie más. »-Ya dije que estaba de acuerdo con él, pero que ¿cómo obraríamos nosotros para que no asesinaran a nadie más?

-Los mataremos a todos -dijo Denver -. Podemos hacerlo.

Segura - asentí -. Pero ¿cómo?

Librodot

-Esperaremos hasta medianoche y luego iremos a su campo arrastrándonos. Tenemos cada uno dos revólveres, que son veinte tiros. Los dos podemos tirar con las dos manos y podemos irlos matando a medida que se levanten.

»Yo dije que estaba conforme y Denver repuso que entonces echaría un sueñecito. Yo me senté contra un árbol y me entretuve en mirar el camino. A medianoche desperté a Denver. Examinamos el campo de los Kiowas y nos metimos en él sin hacer más ruido que un par de ratones. Yo toqué a Denver y nos pusimos de pie con un arma en cada mano. Era noche de duna llena y podíamos ver a los indios acostados en fila.

»Denver levantó un brazo, la señal en que habíamos convenido, dimos el grito de guerra de dos Comanches y empezamos a disparar. Estábamos espalda contra espalda y dábamos vueltas a medida que los Kiowas se levantaban. No les dejamos tiempo de cogernos.

»Pero un piel roja que estaba -en el suelo me dio una patada en los pies, que se me subieron adonde debía tener la cabeza, y di una costalada tan grande que los dos revólveres se me cayeron de las manos. De todas maneras, ya había disparado ocho o nueve veces... Aquel piel roja era como un gato y saltó sobre mí con un cuchillo en la mano. Yo evité el golpe y empecé a llamar a Denver. Le oía disparar y luchar. Luego se quedó de repente quieto y callado. El indio volvió a atacar con el cuchillo y me dio un golpe en el cuello, pero demasiado alto para matarme. Le cogí el brazo, se lo retorcí y le rompí el hueso. Cuando cedió lo arrojé al suelo y le corté el pescuezo con su propio cuchillo.

»Me levanté de un salto, buscando a Denver. Había desaparecido. Todos los indios me pareció que estaban bastante muertos. Recogí uno de mis revólveres; estaba vacío; en el otro quedaba un tiro. Lo disparé, esperando obtener contestación de Denver, que contestó, en efecto, desde el río.

»Aquel indio me, había hecho una mala herida. La sangre me corría por dentro de la blusa de piel. Me vendé y bajé al río a buscar a Denver. Al poco rato le volví a llamar y él me contestó. Le encontré tendido sobre un leño en la orilla del río y comprendí que estaba herido. Supuse que se habría caído desde lo alto del terraplén sobre el leño.

»-¿Por dónde se han ido? -le pregunté.

»-Por aquí - contestó- Sólo quedaban dos y me parece que uno aún está vivo... - Oí un ruido y en un par de saltos descubrí a éste que se arrastraba sobre las manos y las rodillas con un cuchillo preparado. Le pegué un golpe en la cabeza con el revólver y empleé en él su propio cuchillo.

-Bueno -dije-. Me parece que esto se ha acabado. Levántate, Denver.

»-No puedo -dijo él- Tengo una pierna rota. »-¿Y cómo te la has roto? - le pregunté.

Había luchado con los dos Kiowas en la orilla del río y habían caído todos por el terraplén.

,,Yo me encontré en un apuro. Primero les arranqué la cabellera a aquellos dos indios y luego recogí a Denver y le llevé al campamento. Hallé a cuatro indios todavía vivos y los envié en seguida al País de las Cazas Eternas, y luego conté trece. Con los dos que quedaban en el río hacían quince. Los teníamos a todos.

»Denver tenía algunas heridas, una en da cara, muy profunda. Encendí fuego para calentar agua y lavé y vendé las heridas de Denver. Los indios tenían café y comida, y después de consumir alguna, los dos nos encontramos' mejor. Volví por nuestros caballos y luego busqué el ganado de los indios. Lo encontré reunido en el mismo sitio y lo conduje al lado del río, cerca del campamento. Después monté a Denver en su caballo y le hice un estribo para que pudiera apoyar la pierna rota en él. Tomé las otras trece cabelleras y me las colgué del cinturón, con lo cual y con la herida que yo tenía en el cuello estaba completamente lleno de sangre.

»Llevé el ganado y los caballos a la hacienda de Bank. Denver llegó bien hasta allí, donde lo dejé en un escondite con agua y carne. Luego puse el ganado en los pastos de Bank.

Algunas cabezas se me Habían escapado, pero reuní cuarenta y siete caballos y noventa y tres vacas, terneros y novillos.

¿Lo que quedaba por hacer era la parte peor; es decir, llegar al fuerte a tiempo para salvar la vida de

Denver. Lo hice en catorce horas. El comandante envió soldados y un carro con seis caballos a la hacienda de Bank.

»Luego me preguntó

¿Qué has estado haciendo, Jim? Yo te he dado orden de que trajeras informes de quince indios. »Le conté lo que había pasado.

»-Mira, tú estás loco o borracho. Esa herida te ha puesto mal de la cabeza. Ni tú ni Denver habéis podido matar a quince Kiowas los dos solos.

»Yo me desaté de la cintura la correa con las quince cabelleras y le dije:

»-Cuéntelas usted mismo, comandante.

»Greer echó una mirada y con la cara larga me dijo:

»-Basta tu palabra, Jim. Sólo quería enviar un informe a Washington.

»-A mí no me importa nada de lo que piensen en Washington - dije -. Lo que ahora necesito es un médico.

»Par la noche, los soldados trajeron a Denver y nos pusieron en dos camas, urna al lado de la otra, en el hospital. Yo me levanté a las pocas semanas, pero aquel Kiowa me dejó un recuerdo para toda la vida. - Y aquí Baker se apartó las barbas grises y enseñó en el cuello una cicatriz roja de cinco pulgadas de larga-. Denver estuvo en la cama cinco meses fastidiado y tardó mucho más en poder montar a caballo. En el fuerte nos compraron el ganado que habíamos rescatado y nos tocaron a Denver y a mí mil cuatrocientos ochenta dólares a cada uno.

-¿Qué te ha parecido la historia de Jim Baker? - preguntó Kit Carson con una sonrisa, viendo a Clint con la boca abierta, embelesado.

-No... no sé - replicó Clint, respirando fuerte.

-Tan verdad como el Evangelio, Búfalo. Yo lo sé. La verdad es a veces más extraña que la ficción en esta frontera.

En esta época tenía Kit Carson cuarenta y siete o cuarenta y ocho años de edad, de complexión ligera comparada con Baker y Curtis, pero musculoso. Tenía la cara afeitada y limpia, ojos claros de maravillosa penetración, y ofrecía en general el aspecto de lo que en realidad era, el veterano más grande del Oeste.

Clint permaneció varios días en casa de Carson, un edificio de adobe, blanco y de anchos porches. La mujer de Carson era una española de ojos oscuros y voz dulce, que se aficionó a Clint, a quien llamaba señor Búfalo, con gran satisfacción de él.

A Kit Carson le gustaba hablar, por lo menos con Clint, de sus maravillosos viajes de exploración con Frémont, el Explorador, cuyo nombre estaba inseparablemente unido al del Oeste. Mencionó el primer viaje que hizo con Frémont, en el año 1842, cuando escalaron la cordillera del río Wind. Recordó con gráfica viveza el vuelco del bote de goma de Frémont en los rápidos del río Plate.

Sobre la segunda de las exploraciones de Frémont, Carson tenía mucho que contar. El propósito del Gobierno era explorar el país del otro lado de las Montañas Rocosas, al sur del río Columbia.

En 1843, Kit Carson se unió a esta expedición, con su amigo Maxwell, en el río Arkansas, y guiados por Carson realizaron felizmente los catorce meses de exploración, que hicieron variar por completo la actitud del Gobierno hacia el Oeste y abrió el camino a los colonizadores. La ambición de Frémont era mostrar al Este y a todo el mundo las maravillas de California.

-¿Qué te parece, Búfalo? - preguntó Carson -. Frémont me dijo que Daniel Webster no aprobaba la entrada de Texas en la Unión, pero se sentía muy inclinado hacia la Bahía de San Francisco y California. Decía que Inglaterra no estaría conforme con que Méjico cediese

Librodot

California a los Estados Unidos. Te podría contar mucha historia, muchacho... Fue en agosto de 1845 cuando me reuní con la tercera expedición de Frémont, uno de cuyos propósitos era explorar California y estorbar a que Inglaterra se la arrebatase a Méjico. Éramos sesenta hombres. Tenía otra vez a mis amigos. Tú sabes, desde luego, cómo hizo Frémont la conquista de California, y cómo envidiosos oficiales del ejército lo expulsaron de él, degradado. Esto es historia. Ellos eran hombres pequeños v Frémont era grande. De todos los hombres a quienes he conocido y con quienes he luchado, él era el de espíritu más indomable.

IX

Clint, de vuelta de Santa Fe, oyó hablar varias veces de pumas y jaguares que rondaban el ganado que estaba pastando. Éstas eran emociones nuevas para él y Tom Sidel, pero no se les permitió que fueran solos de caza.

Habían caído unas cuatro pulgadas de nieve, que hacían fáciles de seguir los rastros de caza. Belmet reunió una partida de compañeros para salir á la caza de pumas y llevó también a Clint y a Tom.

La partida de caza cruzó el Pecos, y antes de ver ninguna señal de leones tropezaron con una manada de grandes lobos azules. Había unos quince, cada uno de ellos tan grande como un ternero de un año, con gruesas pieles 'y espesas colas enroscadas sobre el lomo. Miraron un momento a los cazadores y luego se alejaron al trote. Estaban comiéndose una vaca que habían matado.

Después de seguir las huellas de lobos durante cinco minutos, uno de los cazadores aconsejó un ataja para rodearlos, y Belmet tomó media docena de hombres, junto can Clint y Tom. A la vuelta de un espeso bosquecillo de cedros cayeron sobre la manada. i Qué de aullidos y de tiros! Clint, como de costumbre, iba alerta delante de todos y disparó una fracción de segundo antes que los de, más. Derribó a uno de' los más grandes y aún disparó otro tiro. Siete lobos, en total, cayeron en manos de los 'acarreadores. Los desollaron en el mismo sitio. En Kansas City, una piel de loba valía catorce dólares.

Quizá la vuelta de los cazadores con las siete pieles estimuló una idea en la mente del capitán Couch. De cualquier manera que fuese, vino a ver a Belmet y le dijo:

-Jim, ¿qué os parecería a ti y a Clint arriesgar algún dinero?

-¿En qué? - preguntó Belmet.

-He estado hoy en el fuerte y me he enterado de que un regimiento de dragones saldrá para el Paso del Ratón, donde hay algunos poblados de Comanches y Utes. Podíamos ir también a visitar amistosamente a los indios. Todos los cazadores de pieles vienen en mayo. Si les ofrecemos ahora dinero por las peles, creo que les gustaría más que cambiarlas en el, almacén por mercancías. Podíamos quedarnos con todo su comercio.

-Buena idea, capitán. Pero, ¿tenemos bastante dinero? Yo sólo tengo dos mil quinientos dólares y pica. ¿Cuántos tienes tú, Clint?

-Unos mil dólares ahorrados.

-Ya hay bastante. Con el vuestro y el mío y el de algunos otros que dejaremos entrar en el negocio, podemos hacer un buen trato.

Dos días después, Couch, Belmet y algunos más partieron con los soldados. Clint rogó mucho que le dejasen ir, pero inútilmente. Un par de semanas más tarde volvieron satisfechos con las promesas de los jefes Lobo Solitario y Caldera Negra de bajarles todas sus pieles en los últimos días de abril.

Los indios, como de costumbre, cumplieron su palabra, y en pequeños grupos fueron vendiéndole a Couch su provisión del invierno. Pronto los comerciantes del almacén descubrieron lo que pasaba y muy ofendidos acudieron al coronel, quien contestó a su queja con estas sucintas palabras

-No puedo impedírselo. No es cosa mía. Si tienen dinero para comprar las pieles, nadie puede oponerse. Y sobre esto, una gran cantidad de dinero vino a parar a manos de Couch. De dónde venía el dinero era un secreto. A los oficiales de los puestos les estaba prohibido comerciar con los indios. Pero fue significativo que cuando salió la caravana cargada con una grande y magnífica provisión de pieles, se le concedió una escolta de noventa y, ocho soldadas al mando del capitán Howland y del teniente Wilcox hasta Westport.

La Compañía peletera se quejó muchas veces y llevó el asunto al fuerte Leavenworth, jefatura de todos los puestos militares del Sudoeste. El general envió oficiales para investigar, pero no pudieron saber nada por Couch ni por su gente.

-¿Cómo ha podido usted conseguir una escolta tan numerosa? - le preguntaron a Couch.

-Yo nunca muevo una rueda sin escolta.

-¿A quién se la pidió usted?

-No se la pedí a nadie.

-¿Viajaba usted por su propio riesgo?

-Sí, señor. Pero la mitad de nuestra carga estaba protegida por Aull y Compañía.

Y los oficiales tuvieron que volver sin darle ninguna satisfacción a la Compañía peletera. El capitán Couch, Belmet y los demás consideraban el negocio perfectamente honrado y mucho más leal para con los indios.

Clint se halló en posesión de diez mil dólares cuando antes sólo tenía mil. Se sintió rico. Por lo menos tenía bastante dinero para dedicarse a la agricultura o para poner un almacén. Esto trajo a su memoria el recuerdo de May Bell, su pequeña amiga robada por los indios. Clint pensaba pocas veces en ella ahora, pero recordaba sus ojos oscuros y brillantes que le seguían, y suspiraba con el dolor del recuerdo. ¡Qué lejano parecía ya todo l

El capitán Couch, Belmet y otros que se habían beneficiado en el negocio de las pieles fueron a San Luis embarcados por el río para invertir todo su dinero en mercancías y comerciar con los indios y los cazadores blancos. Clint tenía también dinero que invertir y fue con ellos. San Luis era una ciudad grande. Hacía tanto tiempo que Clint estaba acostumbrado a los grandes y tranquilos horizontes, que se alegró al emprender el regreso en el barco fluvial. Disfrutó del viaje por la rápida y turbia corriente.

En el buque, el capitán Couch se encontró con Maxwell, el conocido veterano, y Clint le conoció por esta cricunstancia.

-Es usted el Maxwell que fue con Kit Carson en los viajes de exploración de Frémont? - le preguntó Clint.

-El mismo, joven. ¿Cómo lo sabe usted? -replicó Maxwell, un espléndido tipo de occidental, erguido y viril a pesar de sus cincuenta años y pico, que llevaba en la cara la expresión de su vida aventurera.

-Me lo ha dicho el mismo Kit Carson - contestó Clint con orgullo.

-¿Conoce usted a Kit Carson?

-Soy amigo de él.

-Entonces lo eres mío. Serás bien venido a mi rancho a pasar un día o un invierno. Tengo diez mil caballos entre los cuales puedes escoger.

Cuando llegaron a Kansas City, Maxwell, que había hecho grandes compras, contrató a Couch para que se las transportase. A primeros de agosto, la caravana estaba cargada y dispuesta, pero no se pudo conseguir escolta. Couch, confiando en sus noventa y tres hombres, curtidos y probados, decidió emprender la marcha sin ella.

Couch tenía ochenta y siete carros cargados con sus propias mercancías; Maxwell, cuarenta v cuatro. La caravana consistía, pues, en ciento treinta y un carros, cuatrocientos sesenta y cuatro bueyes, cuarenta caballos y seis mulas.

Librodot

Al cruzar el río Kansas, cerca del monte Smoky, vieron los primeros búfalos, y acamparon mientras veinte cazadores, seguidos por un carro, salían en busca de su provisión de carne. Mataron cinco y dejaron la caza porque uno de los exploradores descubrió indios cerca de la cabeza del rebaño.

Se mantuvo el ganado encerrado, pero como la hierba era abundante, pudo pastar bien. A la mañana siguiente dejó la caravana aquel campamento sin haber vuelto a ver a los indios.

Desde entonces caminaron por el viejo y familiar camino, día por día, rodeados por la vasta y sublime monotonía de las praderas, desde la aurora a la dorada puesta de sol, adelante, adelante sobre la ondulada pradera verde y gris salpicada de flores. Llegaron por fin al terreno elevado del Paso del Cimarrón, y continuaron por el camino seco hasta Sand Creek, Wilow Bar, MaeNess Spring, Round Mount, Rock Creek y, finalmente, Pont of Rocks.

El día 19 de noviembre asentaron el campamento en un lugar privilegiado. Grandes locas de veinte pies o más de altura los rodeaban, de en medio de ellas brotaba un manantial. La madera era abundante, pero la hierba había sido ya consumida en un radio de una milla o más alrededor del campo. No les parecía bien a los viajeros llevar su ganado a pastar tan lejos, pero como no tenían alternativa, hubieron de enviar a los animales guardados por veinte hombres, para volverlos a encerrar antes del anochecer:

Las nubes oscurecían en occidente la puesta del sol, pero de entre ellas salía una luz dorada que pintaba la pradera. El aire era tranquilo y cálido. La paz y la quietud parecían reinar sobre las llanuras. Aquí y allá, alrededor de las humeantes hogueras, los cerreros cantaban y silbaban durante sus tareas.

Clint pelaba patatas, un trabajo que parecía tener asignado a perpetuidad y que él odiaba.

-Creo que- he pelado ya nueve millones de patatas para esta maldita caravana - protestaba.

De pronto Jack se acercó a él corriendo, con el pelo erizado y los ojos brillantes. Ladró y se alejó para volver en seguida.

-¿Qué te pasa? - le dijo Clint, y el perro repitió la operación. Clint se inquietó al momento. Había una cosa que odiaba aún más que pelar patatas.

-Acuéstate - le ordenó, tratando de tranquilizarse contra toda esperanza. Pero Jack no le hizo caso. Clint se enderezó temblando. Oyó a lo lejos un tiro de rifle. Se levantó y corrió como un gamo al campamento de Couch.

-Capitán, mi perro huele indios y he oído un disparo gritó

-¡Eh! ¡Todo el mundo alerta!

Se subió al pescante de un carro y enfocó su anteojo. Casi al instante lanzó una maldición, dejó caer el anteojo sobre el pescante y bajó de un salto al suelo.

-¡Comanches! -gritó con toda la fuerza de sus pulmones-. ¡Han cortado a nuestros guardias el camino del campamento! ¡A las armas!

El interior del círculo de carros se convirtió en un pandemonium. Cincuenta hombres o más corrían de aquí para allá como hormigas enfadadas alrededor de su hormiguero. Corrieron a los caballos para descubrir que apenas quedaban quince en el corral. Los: guardias se habían llevado a pastar a casi todo el ganado. Una formidable imprecación de Couch se perdió en la pradera.

-¡Nos han cogido, muchachos! - gritó rechinando los dientes -. Ensillad. Iremos los que podamos y los demás se quedarán aquí.

Clint se había quedado clavado en el sitio. Vio correr a los hombres, oyó roncos gritos y órdenes. Vio como dos carreros trataban de montar sobre el mismo caballo. A los pocos momentos quince jinetes salían del campamento al mando de Couch y se perdían de vista.

El temor de Clint por su padre le había paralizado. Se rehízo y subió al pescante del carro para otear la llanura. A una milla de distancia o más, sobre la hierba dorada de la pradera, se veía una mancha oscura de caballos y jinetes y bueyes en una masa confusa y agitada que se movía hacia el Norte. Los Comanches debían de estar escondidos en la orilla

del río, y en el momento oportuno habían cortado la retirada a los guardias de Couch, rodeándolos y empujándolos más lejos. A Clint se le heló la sangre. Los Comanches disponían de una numerosa fuerza El desastre de Belmet, Sidel y sus camaradas era inminente e inevitable. Couch y sus catorce jinetes corrían hacia la escena de la batalla, pero a Clint le parecía que no sólo llegaban tarde, sino que estaban en riesgo de perder sus propias vidas.

Pisó el anteojo que Couch dejara sobre el asiento. Al inclinarse a recogerlo, vio la cara blanca de- Tom junto a la rueda.

-¿Ves algo, Búfalo? - tartamudeó.

-¡Veo! ¡Sube aquí, Tom! - replicó Clint. Tom subió a su lado.

-¡Ya veo! ¡Ya veo! -gritó-. ¡Ya podemos decir adiós a mi tío a a tu padre!

Clint enfocó el anteojo y entonces le pareció que la escena del combate estaba a pocos metros de los carros. Oía a Tom gritar a su lado, pero sin distinguir lo que decía. Sonaban gritos y clamores dentro del círculo; los carreros corrían excitados, moviendo los carros, haciendo barricadas con cajas de mercancías y saliendo a echar una ojeada a la llanura.

Couch y sus jinetes entraron en el radio visual del anteojo de Clint. Pronto llegaron a tiro de rifle del vertiginoso círculo de los Comanches y, desplegándose, se detuvieron para hacer fuego. El helado horror de Clint se fue convirtiendo en excitación al ver las rápidas nubecillas de blanco humo.

Los Comanches tenían rodeados a los guardias, pero no al ganado. Los bueyes se escapaban en todas direcciones. Caballos sin silla corrían desbocados.

Clint fue bruscamente sacado de su fascinada contemplación. Un carrero había hecho bajar a Tom y trataba de alcanzarle a él.

-Baja. Vuelve a tu carro y carga tus armas. Prepárate - ordenó con voz áspera.

Clint bajó del pescante con el anteojo en la mano y corrió a su carro. Rápidamente preparó sus dos rifles, su pistola y saco de municiones. Pero, ¿dónde se colocaría? Las ruedas del carro ofrecían poca protección, aunque era mejor que nada. Si tuviera tiempo levantaría una barricada de cajas bastante alta. Decidió que estaría mejor en el interior del carro. Debajo del asiento tenía bastante sitio para esconderse. Así lo hizo, dejando las armas a su lado. Tenía aún en la mano el anteojo del capitán Couch.

Jadeante y sudoroso, se asomó por encima del lado del carro. El ancho y movible círculo parecía haberse condensado o alejado. Le temblaba la mano y tuvo que apoyar el anteojo sobre la tabla para mirar. Una emoción enturbió sus ojos. Parecía que algo le apretaba y golpeaba al mismo tiempo dentro del pecho.

De repente, el poderoso anteojo trajo la batalla pegada a los ojos de Clint. Y era terrible. El rápido círculo de los Comanches parecía de caballos sin jinete, pero algunas nubecillas de humo blanco y un examen más detenido descubría que aquellos incomparables caballistas estaban colgados del lomo de sus potros y disparaban por debajo del cuello de los mismos. ¡Un remolino humeante y continuo! Todo dentro de él era borroso, pero estaba claro que el círculo se estrechaba.

Un poco a la derecha, el grupo de los hombres de Couch sobre sus caballos disparaban y se movían, al parecer, retrocediendo. ¿Dónde estaban los quince carreros que habían salido a rescatar a los guardias? Clint contó sólo nueve.

La rueda de Comanches se movía cada vez más aprisa y más pequeña. ¡Humo, polvo y acción! El oro de la puesta de sol se reflejaba sobre las cosas. Los caballos saltaban y caían. El fuego de rifle disminuía. De súbito aparecieron sobre todos aquellos caballos los indios, con los brazos levantados y las plumas flotando sobre sus cabezas. Cesó el movimiento circular. El grupo de los indios se cerró del todo. Luego atravesó el espacio un ruido bajo, salvaje y terrible. El grito de guerra de los Comanches que anunciaba la victoria, y la intrincada masa se convirtió en un bosque de cabezas, melenas y brazos levantados con espantosa significación.

-¡Listos! Ya vienen -gritó la voz estentórea de uno de los carreras.

Librodot

Clint vio a Couch y a su gente, sólo siete hombres ahora, corriendo locamente hacia la caravana. Otra mirada le mostró el grupo de, los Comanches desplegándose en una línea en rápida persecución.

Clint se dejó caer temblando en el interior del carro El anteojo se le escapó de su mano. Su padre había muerto; quedó abatido por el golpe. Sintió el impulso de esconder la cabeza entre las manos para no ver el final. La convulsión del horror le dejó inerte, frío como carne húmeda y muerta.

Pero el instinto le hizo escuchar. Silencio. Los carreros estaban debajo de sus carros, sombríos y silenciosos. Un ruido lejano de cascos de caballos llegó a los oídos de Clint. Aumentó. Crujieron los rifles al prepararse. Otro sonido inyectó fuego en la sangre de Clint. ¡El aullido de los Comanches! Clint había oído hablar a viejos veteranos del más horrible de los gritos, el grito de guerra de los indios Comanches. Aumentaba de intensidad. Aumentaba también el retumbar de los cascos de los caballos.

Se erizaron los cabellos de Clint: al mismo tiempo, una cálida explosión de su sangre galvanizó todo su ser. Empuñando el', fusil con dura mano, apuntó fuera del carro y miró por encima del cañón.

Couch y sus jinetes estaban cerca, corriendo desesperadamente, separados, inclinados sobre sus caballos, en loca carrera hacia la caravana. Y detrás, los Comanches, como un solo hombre, a menos de cien yardas de distancia. Clint veía el humo, pero no oía el ruido de los disparos. Si los carreros disparaban se perdían los estampidos en el fragor de la carrera. Clint no se atrevía a disparar, porque Couch y los suyos estaban aún entre él y los indios. Pero avanzaban por la derecha hacia la entrada.

El último de ellos abrió de pronto los brazos; su caballo dio un salto violento. Clint vio la cara pálida y espantosa del hombre y al caer de la silla mostró clavada entre los dos hombros una flecha emplumada. Su caballo continuó corriendo.

La descarga de los rifles se mezcló entonces con el grito de los pieles rojas. Eran doscientos o más que se dividieron en dos líneas rodeando la caravana. Clint vio esta maniobra familiar de todos los salvajes de las llanuras. Él estaba ahora dentro de aquel círculo, y seguramente la suerte de muchas caravanas estaba próxima para Couch y sus hombres.

Trató de disparar sobre un indio, pero no pudo ver ninguno. Cabalgaban colgados del lado opuesto de sus caballos. Luego vio algunas caras delgadas y rojas, armas y arcos asomando por debajo de los cuellos estirados de los potros. También vio explosiones y el relámpago de las flechas.

Clint disparó sobre un caballo blanco y erró. ¡Cómo corrían aquellos animales! Disparó otra vez, apuntando un poco adelante del blanco, y volvió a errar. Estaban todavía demasiado lejos, quizá de ochenta a cien yardas. Pero Clint veía caer a algunos caballos y a otros alejarse. Los de la caravana causaban bajas, pero Clint no veía caer a ningún indio. Sólo desaparecían entre la hierba.

Disparó su rifle siete veces; luego se retiró para volver a cargar. Tenía allí también su escopeta para búfalos y su pistola. El tumulto se hacía ensordecedor a medida que se acercaban los salvajes.

Clint volvió a sacar el cañón de su rifle. Ya estaba cerca; una fila de caballos con una pierna roja sobre cada espalda. Un caballo blanco pasó por delante de Clint. Le siguió con el rifle, disparó. Con un salto convulsivo, el bello animal cayó agitando los cascos en el aire. Clint vio a su jinete caer como un saco.

-Ya he cogido la manera - murmuró cargando otra vez con manos húmedas y calientes. Apuntando, esperó a que otro caballo apareciese en la mira de su arma. Disparo. Abajo fue también aquel animal. Uno después de otro, derribó cinco caballos mas, seguro de haber inutilizado también a algunos de sus jinetes. Estaba cargando otra vez, cuando sintió que el carro se movía bajo sus pies.

Una cara horriblemente pintada, con unos ojos como fuego negro, apareció por el borde del carro; un cuerpo delgado y desnudo, pintado de blanco y negro. Rápido como la luz, un brazo levantó un tomahawk[2]. Clint no tuvo tiempo para levantar el rifle. Un pánico terrible se apoderó de él.

En el punto más alto se detuvo el tomahawk temblando. Detrás de Clint retumbó el estampido de la escopeta de búfalo. Luego el: tomahawk se escapó de la mano que lo sostenía. Clint volvió a la vida. La cara del Comanche había sufrido un cambio impresionante. ¡Los ojos fijos y sin expresión! Se llevó la mano al pecho. Al caer vio Clint un agujero redondo con bordes azules en medio de su cuerpo.

Uno de los carreros de pie detrás de él, había salvado su vida. Clint miró hacia aquel lado. Allí estaba Tom Sidel con el rifle en la mano, los cabellos de punta y la cara negra de la pólvora. Sus ojos percibieron a Clint.

-¡Le he matado, Búfalo! -gritó dominando el estruendo. Si algo podía sacar a Clint de su pánico en aquel terrible momento era la vista de Tom y el hecho de que hubiera matado al indio del tomahawk. Clint se volvió hacia el otro lado del carro y acabó de cargar.

El humo y el polvo nublaron la pradera. Clint no podía ver bien el espacia de enfrente. Los disparos se hacían más claros, lo cual probaba que había cesado el grito de los pieles rojas. Los caballos no pasaban corriendo como antes. Cuando se aclaró el humo vio a los Comanches alejarse por cada lado, hacia donde otros, a pie, trataban de colocar a sus heridos y a sus muertos sobre los caballos. Habían sido rechazados, al parecer, con grandes perdidas, y el rescate de sus bajas era un juego perdido, pues donde un indio era levantado hasta el lomo de su caballo, caían dos bajo el fuego mortífero de los carreras. Renunciaron a ello y se alejaron futra del alcance de las balas; celebraron un consejo que les pareció a los acarreadores claro como el agua y desaparecieron tras una loma.

Clint apoyó sus armas contra el asiento del carro y se levantó. Fuera del corral de la caravana se veían por todas partes indios y caballos muertos. Dentro, los grupos de hombres alrededor de cosas que yacían en tierra llamaron la atención de Clint sobre otro aspecto de la situación. Al lado de su carro había uno de estos grupos, tres hombres arrodillados alrededor de algo. Luego vio la cara pálida de Tom Sidel.

Con un agudo grito, Clint cayó de rodillas al lado de Tom. Tenía los ojos cerrados; su pecho, ennegrecido y sudoroso, se movía con lenta respiración; un hilo de sangre salía de su boca.

- ¡Tom! ¡Tom! - gritó Clint con frenesí. Luego pasó la vista sobre las sombrías caras de los hombres que le rodeaban -. Decid que no está gravemente herido. Me ha salvado la vida... Uno de los Comanches se subió a mi carro con el tomahawk..., no me podía mover... Tom le mató. -

-Es muy duro, Búfalo. Tom se está muriendo-replicó con voz sorda uno de los hombres.

-¡Dios! ¡Qué horrible¡ ... ¡Tom!

El grito llegó a la débil conciencia de Tom. Abrió los ojos, extraños, profundos, insondables. Sonrió. -Adiós..., Búfalo - murmuró.

Luego la luz y la vida se extinguieron. Le dejaron en el suelo, le cubrieron la cara y dejaron a Clint arrodillado a su lado y con una mano inerte entre las suyas. Con este último golpe, Clint quedó anodadado por algún tiempo. Vagamente oía v veía a la gente moverse a su alrededor. Fue Maxwell quien le sacó de este estado.

-Ánimo, muchacho. Ha sido un infierno, pero podía haber sido peor-dijo levantándole-. Debemos apresurarnos a llegar a Fort Union antes de que vuelvan los Comancbes. Volverán y si nos cogen no quedará nadie.

Clint se dejó llevar y pronto pudo obedecer órdenes. Durante la hora siguiente se enteró de toda la extensión de 1« catástrofe.

[2] Hacha de guerra de los indios.

Los veinticinco guardias, entre los que se hallaban Belmet y Sidel, habían sido asesinados y mutilados. De los demás quedaban vivos menos de cincuenta y de éstos muchos heridos.

En la pradera se hallaron sesenta y nueve Comanches, de los cuales veintitrés aún vivían, aunque no vivieron mucho tiempo después de ser descubierto. Los caballos muertos yacían por todas partes.

Los acarreadores que quedaban, bajo el mando de Couch y Maxwell, cargaron siete carros con las mercancías más valiosas y efectos personales y abandonaron el resto. Fort Union estaba a menos de dos días de viaje. Tenían poca esperanza de llegar allí y enviar soldados a tiempo de salvar los ciento veinticuatro carros de mercancías.

El último acto de Couch fue clavar su cañón de bronce, que no había tenido tiempo de hacer entrar en acción, y lo hizo con rabia, como si clavase sobre la cabeza de un Comanche.

El carro de Clint, que era grande y nuevo, fue uno de los siete escogidos. El conductor que le asignaron, un tal Saunders, conocía a Clint y le profesaba cariño; cuando restalló su látigo preparándose para salir, le llamó

-Corre, Búfalo, sube.

-¿Dejando aquí a Tom para que lo mutilen y se lo coman los coyotes?... No, me quedaré para morir con él -replicó Clint con un sollozo.

Saunders bajó del pescante, cogió una manta, envolvió en ella el cadáver y lo colocó en el carro.

-Nos lo llevaremos y le daremos una sepultura detente. Ven ahora, que ya salen los demás.

Una de los carros conducía doscientos cincuenta rifles de repetición y diez mil cartuchos. No podía dejarse que este cargamento cayese en manos de los salvajes.

La reducida caravana se detuvo sólo dos veces en treinta horas y esto para dejar beber a los bueyes y a los caballos. En el río Mora, la condición de los heridos exigía atenciones y se arriesgó allí un campamento.

Clint ayudó a enterrar a su amigo Tom en el bosque, bajo un árbol gigante. Luego ocultó la sepultura con rocas y malezas. Él sabría dónde encontrarla si alguna vez volvía a pasar por ahí.

Clint ni comió ni durmió, pasando una noche de horror. Al siguiente día, a las doce, la diezmada caravana llegó a Fort Union, donde fue objeto de gran interés y simpatía. Se despacharon dragones para el lugar de la carnicería.

-Bien, Búfalo, ¿qué vas a hacer tú? -preguntó el capitán Couch en la primera oportunidad que tuvo de acercarse a Clint.

-Nada me importa ya -contestó éste con desaliento.

-Ni tú misma lo sabes. Pero por duro que te parezca, tasará. Esta frontera es un infierno; tú lo sabes y tenemos que ser hombres. Aquí está la maleta de tu padre. Debemos abrirla.

Contenía los papeles de Belmet, dos mil dólares, algunos recuerdos y una carta escrita algunos años antes. Couch leyó la carta.

-Tu padre te deja a mi cargo hasta que tengas veintiún años -le explicó Couch con mucha seriedad- Haré por ti todo lo que pueda. Tú has nacido llanero y puedes quedarte conmigo. Yo te guardaré estos papeles y el dinero.

Maxwell también se acercó a Clint v fue con él tan bondadoso que sintió mitigarse su soledad y desesperación.

-Búfalo, eres de la misma madera que ha hecha de Kit Carson, de, mí y del' mismo Frémont lo que somos.

Todos perdemos en este juego; unos más y otros menos. Es un infierno para un muchacho perder a su madre, a su padre y luego a su compañero.

-Perdí a mi novia también - contestó Clint sucumbiendo ante esta amabilidad.

-¡Bien! ¡Bien! - Maxwell estaba claramente anonadado por las desgracias del muchacho y no hallaba palabras de consuelo -. No sé qué decir, Búfalo... Pero yo vivo desde hace treinta

años en esta frontera, y he aprendido mucho. Soy amigo de indios de todas las tribus y algunos de ellos son buenos, aunque muchos de mis amigos me censuran por decir esto. No puedo aconsejarte que seas un perseguidor de indios... Súfrelo con paciencia Por el Oeste y por aquellos que nos, han de seguir.

-Muy bien, señor Maxwell. Lo sufriré con Paciencia.

-Ése es el espíritu, muchacho. No me había equivocado al juzgarte-dijo Maxwell con calor-. Cuando lleguemos a Santa Fe me gustaría que pasases el invierno en mi rancho. ¿Vendrás?

-Sí, señor, gracias.

Al volver los dragones a Point of Rocks, el sargento informó de que todos los carros de Couch habían sido quemados, y que montones de mercancías estaban aún ardiendo; más de cien caballos yacían muertos en la llanura, Pero ni un buey ni un indio muerto se veían en muchas millas a la redonda.

X

Clint Belmet se fue con Maxwell a su rancho y pasó el invierno allí. Fue en extremo beneficiosa para Belmet esta influencia en aquel período crítico de su vida. Cuando volvió la primavera, Clint no salió con Couch y su caravana. Maxwell aconsejó en contra de ello y pasó en el rancho todo el verano y el invierno siguiente.

En 1861 alcanzó el rancho de Maxwell el cenit de su fama y prosperidad. Ni había entonces ni hubo nunca nada igual en el Oeste, ni nada se le ha aproximado en épocas posteriores.

Maxwell salió de Illinois Para el Oeste en 1822, llegando a ser casi tan famoso como Kit Carson. Estuvo en la guerra con los indios Navajos y la acabó con el grado de capitán. Luchó en la guerra de Méjico de 1842, y en la invasión de Texas en 1846. Luego fue, durante cuatro años, capitán de la Guardia Montada de Texas y después se retiró a vivir al gran rancho que había adquirido.

En esta época era el mayor de los terratenientes de América. Su hacienda lindaba, por el Norte, con el Paso del Ratón en una distancia de sesenta y cinco millas; por el Oeste, con veinticinco millas ¡el río Rojo; por el Este, con el río Cimarrón, y por el Sur, con la pradera abierta. Fort Union, a veintidós millas de distancia, era el poblado más próximo.

Por lo general, empleaba Maxwell de cuatrocientos a quinientos mejicanos. Sembraba maíz, avena, trigo y toda clase de verduras en enormes cantidades. Tenía un molino, movido por fuerza animal.

En 1861 no tenía una idea exacta del ganado que poseía, pero calculaba unas cuatrocientas mil ovejas, cincuenta m1 vacas y diez mil caballos. Nunca intentó contar las mulas' y los burros.

Por uno de sus contratos con el Gobierno, suministraba carne a los campamentos indios de Nuevo Méjico, y por . otro, hacía el mismo servicio en los fuertes. Poseía el almacén más importante del Oeste. Era amigo por igual de blancos, indios y mejicanos y no se sabía que tuviera entre ellos un solo enemigo. Los indios le llamaban el padre Maxwell. En todas las estaciones, cientos de pieles rojas acampaban en su rancho. Y en la primavera, durante la época del comercio de pieles, llegaban a miles. Y los cazadores blancos, acarreadores y llaneros eran tan numerosos como los soldados del fuerte.

El coronel Maxwell era un tipo magnífico, de seis pies y una pulgada de estatura. Nunca se afeitó Tenía la costumbre de mirar recto a los ojos con los suyos, que eran notablemente penetrantes. Su rara sonrisa mitigaba la severidad de su cara.

Nunca hubo un hombre blanco empleado en el rancho de Maxwell. Cuando alguna caravana acampaba allí, lo cual era frecuente, era muy cortés con las mujeres que hubiera en ella. El vago rumor de unos amores desgraciados nunca tuvo confirmación, pero la tristeza de su expresión y la sombra de sus ojos de águila parecían justificar esta sospecha.

La casa principal parecía más un fuerte de blancas paredes que el hogar de un hombre. Era de construcción española, larga, baja y pintoresca, con un ancho porche al frente, desde el cual se dominaba el panorama más magnífico del Oeste, fascinador para sus visitantes. Maxwell y sus huéspedes, que siempre eran numerosos, reposaban allí a la sombra, mirando como si nunca se hubieran de cansar de ello.

En su comedor cabían cien comensales y con frecuencia los había. La casa y la cocina estaban administradas por viejas y experimentadas mujeres mejicanas, cuyas habitaciones estaban completamente aisladas de las de los hombres. Ningún huésped de Maxwell vio nunca una mujer. La mesa era servida por muchachos mejicanos limpios y listos, que hablaban bien el inglés.

Detrás de la casa principal, un espléndido bosque daba sombra a edificios de infinita variedad. Una carpintería, una herrería, telares, zapatería .y talabartería atestiguaban la suficiencia de Maxwell. Más allá estaban los establos, los corrales, los cobertizos, muchos en número, todos blancos y limpios. Y detrás de ellos, los pastos se extendían por muchas millas, hasta las montañas.

Como muchos otros hombres de su tipo, Maxwell, a quien sus amigos llamaban Coronel, era un jugador empedernido. No le importaba ganar o perder, pero si ganaba era inexorable en cobrar sus ganancias, aunque se llevase hasta el último céntimo de su contrario. Pero si el que perdía, o cualquiera, le pedía dinero, Maxwell contestaba: «¿Cuándo me lo, pagará?» Y al recibir la respuesta, entregaba invariablemente la suma solicitada. Y nadie engañó nunca a Maxwell.

Clint estaba presente una noche en que Kit Carson perdió jugando con Maxwell todo lo que tenía, lo- cual causó al último gran satisfacción.

-Oye, Lew, me has ganado hasta el último peso - protestó Carson -, y no puedo volver arruinado a mi casa y a mi mujer.

-Lo siento, Kit, pero has querido jugar conmigo, sabiendo, que tú no puedes tocar las cartas - replicó el coronel.

-Desde luego, no debía haberlas tocado esta noche, y me tienes que prestar quinientos dólares.

Maxwell sacó la cantidad y se la entregó a Carson, preguntando:

-¿Cuándo me los pagarás, Kit?

-¡No lo sé! -contestó Carson un poco azorado, pues estaban presentes varios oficiales del fuerte. Carson y Maxwell habían sido íntimos amigos durante treinta años; estuvieron juntos en las guerras de Méjico y de Texas. Los dos habían pertenecido a la Guardia Montada de Texas y habían acompañado a Frémont en sus maravillosos viajes a través de las Montañas Rocosas. Carson, según contaba la historia, había salvado la vida a Maxwell varias veces y Maxwell le había correspondido en la misma forma por lo menos en una vez. Y, sin embargo, el coronel insistía en que Carson le dijera cuándo le iba a pagar los quinientos dólares.

-¡Que el diablo te lleve! La primera vez que te los gane.

-Que no será nunca - contestó Maxwell con una de sus raras sonrisas, pero, al parecer, quedó completamente satisfecho por la promesa de Kit.

La primavera de aquel año estaba el coronel Maxwell muy atareado con las plantaciones, trabajo que él mismo tenía que dirigir, puesto que los trabajadores mejicanos

sólo eran buenos bien dirigidos. La tierra era toda alta y sin agua, de modo que era importante plantar pronto para aprovechar las lluvias de primavera.

Había dos mil indios acampados juntos en el valle, a pesar de que no todos eran amigos y de que otras estaciones las pasarían guerreando entre sí. El comercio de pieles había comenzado. El gran patio de delante del almacén fue para Clint un circo continuo y fascinador. Trabajaba algunas veces en el almacén, pero como sólo empezaba a aprender las lenguas indias y era la época de más trabajo, no se puso nunca detrás de los mostradores.

En la mesa de Maxwell se sentaban una veintena de cazadores, cuarenta jefes de las tribus indias y una docena o más de oficiales de la guarnición. Nube Volante, un jefe de los Utes, ocupaba el puesto de honor en la mesa, a la derecha de Maxwell. Clint se sentaba a la izquierda, y era sabido de todos que el coronel le trataba como a un hijo. Mirar a través de la suntuosa mesa a aquel gran jefe era para Clint un placer un poco incierto.

Nube Volante tenía una magnífica presencia, pero no era hermoso. Su cabeza tenía la forma de la de un halcón. Ninguna prueba se había podido acumular sobre este jefe, mas corrían rumore de que había exterminado a más de una caravana. Pero se sabía que nunca atacaría a ninguna de las caravanas de Maxwell. Clint, mirando la línea de caras delgadas y feroces, pensaba que valía la pena sentarse a aquella mesa.

Durante esta época de activo comercio, tres Compañías de soldados patrullaban el valle de San Fernando, entre Taos y el rancho Maxwell. Allí vivían, por lo menos en esta estación, diez conocidos individuos que habían tomado mujeres indias por esposa, a la manera india. Estos blancos renegados hacían aguardiente y se lo vendían a los indios. Los soldados venían para impedir este comercio ilícito, pero no tuvieron mucho éxito.

Otra de las muchas virtudes del coronel Maxwell era que nunca le vendía ni una gota de licor a un indio ni invitaba jamás a beber, y si un blanco, bajo la influencia del alcohol, aparecía por alguna parte del rancho, era prontamente expulsado.

Fue precisamente después de la comida del día 16 de mayo cuando llegó la primera caravana del Este. Clint estaba delante cuando el jefe, Dagget, vino a presentarse a Maxwell. Tenía el' aspecto típico de un llanero, macizo, barbado, bronceado y curtido, polvoriento y oliendo a caballos.

Naturalmente, la llegada de la primera carga de aquella primavera despertó extraordinario interés. La gente se agrupó alrededor de Dagget, que hablaba solo mientras los demás escuchaban con creciente atención.

El Norte y el Sur estaban en guerra. Lo que había parecido certeza era ya realidad. La Unión luchaba por su existencia. los soldado eran escasísimos y no podía destinarse ninguno a escolta de las caravanas que cruzaban las llanuras. Los acarreadores serían difíciles de contratar a Kansas y Nebraska para reforzar los fuertes. El comandante de la Unión en el fuerte Leavenworth, general Hunter, había pedido voluntarios a todos los Estados y territorios leales.

-¡Bien, por Dios! - exclamó Maxwell con los ojos como dos relámpagos-. ¿Sumter ha disparado y ya tenemos la guerra? i Nuevo Méjico se separara de la Unión 1... Ocurrirán muchas cosas aquí en esta frontera. Tengo que ver a Kit Carson.

-Creo que los mejicanos que hay no serán convenientes en esta situación - dijo Dagget.

-No, en efecto-contestó Maxwell con decisión-. Yo puedo responder de los míos, pero hay mejicanos en Taos y en Fort Union que suministrarán armas y municiones a los indios, prometiéndoles cabelleras y pillaje.

-Así los acarreos serán más lentos, y ya el año pasado hubo más carga de la que pudimos transportar.

-Pues este año será peor, Dagget. Yo tendré carga para más de cien carros. ¿Qué es lo que has traído? -El tren más grande me he conducido nunca. Ciento cuarenta y dos carros.

-¿Has perdido alguno?

-No. Hemos pasado muy bien. En el río Cow fuimos asaltados por los Pawnees, que no resistieron nuestro cañón. En Phantom Island tuvimos una escaramuza con los Comanches.

Librodot

No querían nada con nosotros. Cazaban búfalos y se alejaron. Al día siguiente nos detuvo una manada de búfalos que tardó todo un día en pasar. Emigran pronto al Norte este año.

-Sí; la primavera se ha adelantado. ¿Vienen otros carros además de los de carga?

-Sí. Nos encontramos con una caravana de emigrantes de Texas, que se nos, ha reunido en Timpas. Traen mujeres y niños, lo cual ha sido muy molesto.

-No me extraña. Me alegro de que los hayas traído sin novedad. ¿Adónde van?

-A Santa Fe y a California. Creo que nos quedaremos aquí a descansar y a reponer el ganado una semana o dos. Tengo cincuenta carros de géneros para usted.

-Que me hacen mucha falta. ¿Cuándo podrás empezar a descargar?

-Mañana. ¿Cómo están los pastos?

-Mejor que nunca.

-Necesito también avena y algunas provisiones. Carne fresca tenemos bastante.

-Ven a cenar esta noche y trae a quien quieras. Quiero saber más cosas de la guerra - concluyó Maxwell.

Todo el mundo en casa de Maxwell quería oír cosas de la guerra.

Era el tópico absorbente, pues suponía incalculables cambios en la vida y los viajes de la frontera. El juego, el comercio y la compra de pieles, los negocios del almacén de Maxwell, fueron suspendidos por el momento.

Clint estaba vivamente interesado, con la diferencia de que no hacía preguntas. Iba de grupo en grupo escuchando. Todos los acarreadores estaban interesados por la perspectiva de doblar sus ganancias, y asustados por la probable necesidad de tener que cruzar los llanos sin soldados.

Couch estaba radiante. La tragedia de la guerra entre los yanquis y los rebeldes no parecía afectarle.

-Así tendremos más negocios y mejores -decía frotándose las nervudas manos -. Doblaremos nuestras caravanas, tomaremos dos o tres cañones y haremos correr a los pieles rojas.

-Pero, patrón-dijo, uno de los más jóvenes de sus hombres-. ¿No le parece a usted que a nosotros, les jóvenes, se nos presenta una elección difícil?

-¿Cuál?

-Si debemos alistarnos en el ejército, y en qué ejército. -No -contestó Couch con rapidez que probaba que esta pregunta ya se la había contestado él-. Nosotros, los acarreadores, tenemos un deber y una responsabilidad tan grande como la de los soldados. Si nosotros nos alistamos, ¿qué sería de los fuertes y de los establecimientos de por ahí? Hay muchos colonos que vienen al Oeste ahora. Si tienen que evacuar los fuertes, estos colonos no tendrán protección y serían exterminados por los indios... No te preocupes por cuál es tu deber, Bill, que ahora conviene perseverar en tu oficio.

Maxwell, acariciándose su sedosa barba, asintió con su hermosa cabeza.

-Muchachos, hay mucha razón en lo que dice Couch y creo que yo le apoyo sin reservas. De todas maneras, consideraremos la cuestión en todos sus aspectos. Por esta razón quiero ver a Kit Carson.

Más tarde Couch vio a Clint escuchando en un grupo frente al almacén.

-¿Qué hay, Búfalo? ¿Qué te pasa que estás tan serio?

Todo el mundo está muy serio ahora.

-Oye, veo que voy a tener que tratarte como a un hombre - declaró Couch -. Desde luego, ya lo eres por el tamaño, pero todavía te faltan algunos años para los veintiuno y hasta entonces, estás bajo mi tutela. ¿Sabes?

-Pero usted no me obligaría a obrar contra mis sentimientos - protestó Clint.

-No. Tu padre te dejó a mi cargo, pero si tú te insubordinas tendré que aguantarme. Sólo espero que atiendas los consejos de nosotros, los viejos. Maxwell piensa como yo; pregúntale, Búfalo.

-Ya lo he oído.

Librodot

-Puedes hacer mucho por la Unión, y aún mucho más por el Oeste, perseverando en tu oficio de acarreador siguió diciendo Couch con seriedad- Tengo varios miles de dólares tuyos, que en el próximo viaje depositaré a tu nombre en el Banco de Kansas City. Estos años serán prósperos para nosotros y algún día te podrás establecer como ranchero por aquí... Quédate con Jim Couch.

-Las dos cosas me atraen, tío Jim, pero supongo que debo quedarme con usted, puesto que era ésta la voluntad de mi padre-replicó Clint alejándose.

Sin embargo, no estaba completamente decidido. Clint tenía por la Unión un fuerte sentimiento patriótico. Su padre había previsto la lucha entre el Norte y el Sur. Con frecuencia había hablado de ella a Clint, y de su deber como nordista. No estaba del todo conforme con Couch y Maxwell en que su servicio como acarreador fuera tan importante y responsable como el del soldado. Pensaba hablar de ello con Kit Carson.

Anduvo un poco por el patio para alejarse de la multitud. Quería estar solo, y no se sintió solo hasta que no perdió de vista la casa, el campamento de los indios y la caravana. A este fin trepó por una colina y halló un lugar de descanso baja un cedro, que dominaba una gran extensión gris del rancho de Maxwell, hasta el país (blanco y negro, las maravillosas altiplanicies de Nuevo Méjico.

Al Norte veía las Montañas Rocosas coronadas de nieve, que en campos marmóreos descendían hasta el cinturón de bosques y cañones que bajaban hasta la llanura abierta. El soleado día de mayo era templado y agradable, pero un soplo del aire puro y frío de las montañas llegaba hasta Clint. Hasta entonces no tenía más experiencia de las montañas que verlas desde lejos y soñar con ellas.

Hacia el Sur y el Este, sobre las espesuras de pinos y cedros se extendía un vacío azul brumoso que era la distancia. Tenía la magia de las grandes llanuras. Por mucho que las Montañas Rocosas pudieran significar para Clint, nunca llegarían a eclipsar a las praderas. Pero aunque sentía la extraña y profunda atracción del país bajo y llano, no podía admitir que lo, amara.

Pero en este período de su vida apenas se daba cuenta de -que la vasta extensión de hierba gris, con sus lomas purpúreas y sus bosquecillos de cedros y algodoneros, hogar de búfalos y salvajes, le llamaba con inexplicable v tremendo poder. Aún sentía que podría renunciar a aquello por su país si éste le necesita a para luchar por él. No tenía hogar, no tenía parientes, excepto unos pocos en Illinois que no se portaron bien con sus padres. No tenía a nadie por quien trabajar, ni por quien vivir. ¡Si no se hubiera perdido la pequeña May Bell!

Clint tuvo que hacer un esfuerzo para salir de la triste y dulce reminiscencia, pero no aretes de haber tratado de imaginarse a May cómo hubiera sido en esta época: una muchacha de dieciséis años, probablemente la más bonita del mundo.

Pero si sobrevivía a la guerra, podría volver al Oeste, a seguir la vida de la frontera. Sobre este particular, tantas probabilidades tenía de que le mataran los rebeldes en el Este como los salvajes en el Oeste. Clint consideró la cuestión desde ambos puntos de vista. Sería horrible matar hombres blancos que no le habían causado ningún mal. Matar indios... el solo pensamiento encendía la sangre en sus venas. ¿Le sería imposible llegar a ser, como Maxwell, un amigo de todos los rojos? Pero ni la madre, ni el padre, ni la novia del gran ranchero habían sido asesinados por los Comanches.

Clint se fue extasiando en la contemplación del panorama. Gradualmente cesó de ponderar las espinosas cuestiones de la guerra, los acarreos, el Este y el Oeste, el trabajo que amaba y aquel que le repugnaba. Escuchó el murmullo del viento en las ramas del cedro sobre su cabeza, bajo y agradable, un sonido 'extraño, una música constante. Y mientras, contemplaba las montañas.

Cambiaban con el movimiento del sol y de, las nubes.

Ahora uno de los, nevados picos taladraba el azul del cielo, y otra vez una nube le envolvía hasta la primera franja de pinos Bellos barcos de sombra negra surcaban las vastas

laderas. Era para él un reino desconocido y bravío. Pero los cazadores y los indios penetraban en las profundidades del bosque y la cañada, de donde traían las pieles para el comercio.

Clint acabó siempre dando su preferencia a la llanura. A sus pies, el viento ondulaba la hierba gris y quemada; a lo lejos se elevaban las nubes de polvo amarillo. Eminencias grises, algunas desnudas y otras moteadas de cedros, redondas y oscuras colinas cubiertas de pinos rompían la monotonía más allá, un vasto valle entre las cordilleras, y después el fantasma azul de las lejanas llanuras; a cada lado las abruptas laderas, siempre subiendo, rojas, negras, amarillas y grises, y por fin la oscura púrpura que acababa bruscamente en las nevadas cúpulas.

Clint pasó allí varias horas sin llegar a ninguna decisión, excepto que el Oeste le había encadenado para toda su vida.

Volvió al rancho, llegando a él a mediodía, que era la hora de mayor actividad, en lo que se refería a movimiento de indos y blancos. El ancho camino que conducía de la casa al almacén, el patio, el ancho porche, estaban animados por indios, mejicanos y los visitantes de las caravanas. No eran difíciles de distinguir los de la caravana de Dagget, especialmente el contingente de tejanos, entre los que había mujeres y niños. Parecían despertar un universal interés, sobre todo entre los indios y los cazadores.

En el almacén parecía que el negocio era más movido que durante las, primeras horas. Un tejano rubio atrajo su atención a causa de su desmedida estatura, siete pies, de cabello claro y ojos azules, un soberbio ejemplar de colonizador del Estado de la Estrella Solitaria. Clint no era bajo, pero al lado de aquel gigante se sentía pequeño.

Dos niños de rizadas cabezas, de cinco y siete años de edad, estaban sentados sobre unos fardos con las manos y las bocas llenas de caramelos, indudablemente los primeros que comían desde hacía mucho tiempo. Estaban tan arrobadas que divirtieron y conmovieron a Clint, ¡Qué lejos de sus pensamientos estaban los peligros y las vicisitudes de la frontera l

-¡Hola, Juanito! -le dijo a uno al pasar, para hacerse amigo suyo. El niño le miró y le sonrió, pero no pudo hablar porque tenía la boca llena de caramelos.

Después Clint fue atraído con más que pasajero interés por dos mujeres jóvenes que estaban haciendo compras. Se detuvo para escuchar sus voces. Parecían alegres y felices por sentirse en seguridad en aquella maravillosa finca, y el duro trabaja de la colonización estaba en aquel momento muy apartado de sus mentes.

Pronto entraron más en la tienda, sin duda procedentes de la caravana -de tejanos. Clint no había visto nunca juntas tantas mujeres y muchachas al oeste de Kansas. Las contó. ¡Nueve! Le extrañó un poco darse cuenta de que le hubiera gustado hablar con ellas. Pero Clint era tímido. No podía aprovechar ni las más amistosas miradas. No dejó de comprender que él despertaba interés en ellas y lo atribuyó a sus vestidos de piel de gamo o el arma que llevaba en el cinturón,

Pronto, sin embargo, oyó a una de aquellas mujeres reírse y decirle a su compañera

-Uno de esos cazadores. Es un buen mozo.

Clint se sonrojó y se alejó. Le halagaba que le tuvieran por un cazador, pero el resto del cumplido le azoró y pensó que sería mejor marcharse del almacén.

Cuando se volvió para salir, un par de ojos oscuros y soñadores le hicieron estremecerse.

Una muchacha entraba acompañada de una señora de edad y de un robusto joven, otro tejano.

La muchacha pareció sobresaltarse también, quizá porque Clint estuvo a punto de tropezar con ella.

-Mire usted por donde va-dijo el tejano con el acento frío y lento que Clint conocía tan bien.

Murmuró una excusa y se apartó, pero no salió del almacén. Se entretuvo por allí y desde lejos volvió a mirar a aquella última novedad del grupo de tejanos. No se daba cuenta exacta de que algo extraño le invadía.

Miró otra vez a la joven. Llevaba un pequeño sombrerito sujeto por debajo de la barbilla y un vestido amplio y largo, que no podía ocultar del todo sus gracias. Tenía el cabello castaño y lustroso. No hacía compras, limitándose a acompañar a la otra mujer. El tejano estaba siempre cerca de ella con un aire de propietario que a Clint no le pareció del agrado de la muchacha.

El sol había dado a sus mejillas un color dorado matizado de rosa; su perfil era de delicado dibujo. Clint esperó que se volviera para poder ver de nuevo sus ojos. Ella estaba mirando a la gente que había a su alrededor y, a su tiempo, se volvió, ofreciendo a Clint una vista perfecta de su cara. No sólo era bella, sino que de una manera rara e increíble le parecía a Clint extrañamente familiar, como la de una muchacha que él hubiera visto en sueños.

Después de un momento, Clint decidió que era sentimentalismo y nada más. Hacía años que no hablaba con una muchacha. Se alejó otra vez, pero tenía la conciencia de que aquella cara le perseguía. Deseaba volverla a mirar con atención y de cerca. Esto enojaba a Clint, que, arguyendo consigo mismo, acabó desconcertado. ¿Qué era una muchacha bonita para él?

No se marchó inmediatamente, y cuando por instinto le dirigió otra mirada, había menos gente en la tienda y la joven le estaba mirando a él con los labios entreabiertos. Cogida in fraganti, sus mejillas adquirieron el tinte de sus labios y bajó los ojos. Pero rápidamente los volvió a levantar y no sonreía.

Clint perdió de una manera inexplicable su deseo de salir del almacén. Sus mocasines parecían llenos de plomo. Apartó la mirada para volver a fijarla en ella, como atraído por un imán. Ella le estaba aún mirando, pero ahora con aire diferente. Había perdido el color. Su mirada tenía una expresión extraña, perpleja, ansiosa y preocupada. Clint perdió el aliento. Algo hacía vibrar las cuerdas de su corazón. Aquella muchacha no le miraba como le habían mirado las demás.

Parecía disponerse a avanzar hacia Clint, pero su acompañante contuvo su impulso. Clint vio entonces que el tejano le hablaba con dureza y que con gesto desdeñoso parecía indicar a Clint. La muchacha no lo oía con ninguna suavidad. Levantó la cabeza con la barbilla temblando, y cualquiera que fuera su respuesta, a Clint le hubiera gustado oírla. En un instante le tomó una antipatía grande e injustificada al tejana Probablemente, la muchacha sería su hermana.

Clint reaccionó ante esta situación de una manera completamente incomprensible en él. Sabía lo que estaba haciendo cuando se adelantó hacia el grupo, pero del porqué no tenía ni la más ligera idea. Si aquella muchacha le volvía a mirar sería asombroso, y Clint sentía que no podría responder de las consecuencias.

Y ella le volvió a mirar. Clint estaba ahora bastante cerca para apreciar la atenta intensidad de su mirada.

En aquel momento, uno de los hombres de la caravana de Couch, Sam Black, pasó por su lado para salir del almacén. La joven se acercó a él. El tejano la cogió de un brazo.

-Suélteme - dijo ella con energía. Se libró de su mano y se acercó al carrero. Clint no oyó lo que le dijo, pero supuso que se refería a él, y todas sus nuevas sensaciones culminaron en una tremenda incertidumbre.

Black la escuchó y se volvió sonriendo hacia donde ella señalaba.

-¿Se refiere usted a aquel joven de la piel de gamo? - preguntó con una voz que se oyó en todo el local.

-Seguro que le conozco.

-¡Ja, ja! Pues no le he de conocer, si está en mi caravana. Ése es Búfalo Belmet.

La joven exhaló un pequeño grito que su mano llegó demasiado tarde para contener. Sus ojos se dilataron y se oscurecieron en una mirada que Clint no pudo comprender, pero que hizo dar un salto a su corazón.

Se acercó a Clint. Se acercó mucho, mucho, para mirarle con aquellos lustrosos ojos en los que brillaba la esperanza y el terror.

-¡Búfalo Belmet! ¿Quién es usted?

Librodot

-Búfalo es un apodo. Mi nombre es Clint - balbuceó.

Ella extendió una mano como para tocarle y convencerse de que era carne y hueso, pero la retiró, llevándosela a su propio pecho. El color huyó de sus mejillas, dejándolas tan blancas como una perla.

-Clint..., ¿no me conoces? -murmuró con voz trémula.

-¡Sus ojos! ¡Su voz! -balbuceó Clint, mirándola.

-¡Oh! ¡Te acuerdas! -gritó, y las lágrimas oscurecieron el éxtasis de sus ojos.

-Señorita..., se parece usted a alguien - dijo Clint con voz ronca-. Pero no puede ser...

-¡Sí! ¡Yo soy May Bell!

XI

Clint nunca supo cómo se encontró a May en sus brazos. Pero ya que estaba allí, la abrazó estrechamente, corazón contra corazón e inclinando su cara sobre la de ella. Primero tocó sus cabellos y luego su cara húmeda de lágrimas.

En sus propios ojos había algo que no le dejaba ver claro, pero la sentía colgando de sus hombros.

-¡Clint! ¡Clint! ¡Gracias a Dios! ¡Ya sabía yo que estabas vivo!

-¡Yo creía que tú estabas muerta! - contestó como en sueños.

-Pues soy la muchacha más viva que te puedas imaginar -murmuró ella contra su mejilla, y luego sus labios se apretaron con dulzura y temblaron en un beso.

A Clint le duró poco esta aventura. Una mano dura le cogió por los hombros y le separó con tanta violencia de la muchacha que, a no haberse apoyado sobre una pila de cajas, hubiera caído. En aquel instante desapareció lo que nublaba sus ojos.

El tejano era quien le había arrancado de May. Clint percibió la llama de unos ojos azules. Luego, aquella mano dura le dio un golpe en la boca haciéndole vacilar de nuevo. Clint se apoyó contra las cajas. El dolor, al añadirse a sus otras asombrosas sensaciones, nublaba sus facultades.

Un hombre de pesadas formas avanzó interponiéndose entre él y el tejano.

-¡Eh! ¿Por qué le pega usted a este muchacho? - gritó con voz fuerte y colérica.

Clint reconoció a Couch y, siguiendo a Couch, apareció en escena la elevada figura de Maxwell.

-Yo soy Maxwell - dijo con acento frío y cortante-. Este joven es mi huésped. Diga usted por qué le ha pegado.

El tejano ni se intimidó ni se impresionó. Sus ojos fríos se fijaron desdeñosos en los dos, hombres.

-Si les importa a ustedes algo..., le he acariciado la carita.

Pero Couch le interrumpió derribándole de un puñetazo. Y entonces fue cuando Couch vio a May por primera vez. Pálida, sus ojos dilatados pasaban de él a Clint y al caído tejano y luego otra vez a Clint. El gran local del almacén se había quedado silencioso, excepto por los pasos de los que se acercaban.

Couch miró a la joven y se inclinó para verla mejor.

-¿Ha sido por usted? - le preguntó señalando a Clint.

-Sí, señor-tartamudeó.

-¿No la, conozco yo? - preguntó, súbitamente excitado.

-Quizá sí - contestó ella-. Yo sí le conozco a usted, señor Couch.

-¡Por vida de...! -estalló Couch tomando las manos que ella le tendía -. También yo te conozco a ti. Tu voz coincide con tus ojos y yo nunca olvido a la gente... Tú eres aquella niña que hace años dejó mi caravana en Council Grove. La hija de Jim Bell.

-Sí, yo soy May Bell -repuso ella con una triste sonrisa.

-La pequeña May Bell vuelta a la vida, cuando todos creíamos que había muerto .o algo peor y que ha crecido y se ha hecho mujer, y una mujer muy bonita... Nunca me he alegrado tanto en mi vida.

Mientras tanto, el de Texas se había levantado. Era evidente que no le gustaba el giro de los acontecimientos. Maxwell se volvió a acercar a él.

-Aún no ha explicado usted su acción.

La hermosa cara del tejano tenía una expresión de extrema malignidad, la mayor parte de la cual parecía recaer sobre Clint. Se abrió paso por entre el círculo de espectadores y se alejó sin pronunciar una palabra.

-Maxwell, ésta es una de las magníficas sorpresas del Oeste - anunció acercando a la joven hacia el ranchero -. El padre de esta señorita se unió a mi caravana en Independence hace algunos años, al mismo tiempo que Clint y su padre. Bell nos dejó en Council Grove y poco después se volvió al Este. Su caravana fue exterminada hasta el último hombre y nos dijeron que a su hija se la habían llevado cautiva... Pero ahora nos la encontramos aquí.

Maxwell hizo a May un cortés saludo y estrechó sus manos con calor.

-Mucho me alegra conocerla, señorita. No son muchas las veces que la frontera nos da sorpresas tan agradables como ésta.

-Muchas gracias - contestó la joven con timidez.

-Búfalo, haz el favor del volver en ti -continuó Couch, y Clint, cambiando alternativamente del, rojo al blanco, se adelantó-. Supongo que May y tú os habéis visto y... y... -A Couch le fallaron las palabras adecuadas y Clint permanecía sin saber qué decir. Maxwell, comprendiendo, se echó a reír y puso un brazo sobre los hombros de Clint. May Bell vino en auxilio de todos.

-Yo vi primero a Clint fuera -empezó a explicar, tímida y sonrojada, pero valiente en su ansiedad de dejarle en buen lugar ante sus amigos-. No estaba segura... Luego le he vuelto a ver aquí, en el almacén, y le he reconocido, pero no me atrevía a dar crédito a mis ojos. Seguí mirando, y luego le pregunté a un carrero si le conocía. Me dijo que se llamaba Búfalo Belmet... Entonces corrí a Clint... y no sé lo que pasó..., pero Lee nos separó y le pegó a Clint.

-¡Ah! Ahora se empiezan a aclarar las cosas y siento haberle pegado a ese Lee... Pero, considerando... Y de todas maneras, yo no te había visto a ti. Si te hubiese visto, supongo que hubiera... Pero no. Él fe pegó a Búfalo y Búfalo es como un hijo para mi.

Era evidente que Couch no sabía qué hacer. El azoramiento de Clint llegaba casi a la vergüenza. La muchacha había palidecido otra vez, como respondiendo a la muda interrogación de los ojos de Clint. Maxwell vio la causa de la situación y se inclinó a May preguntando:

-Es natural que Búfalo y usted se alegrasen al verse. Pero, ¿tenía Lee algún derecho a separarla a usted y a pegarle a Clint?

-¡No! -Y en el mismo momento en que decía esta sola palabra, separó su mirada de Clint y una ola de escarlata invadió la palidez de su cara.

-¡Ajá! - suspiró Couch con gran satisfacción -. Puesto que eso ya está arreglado, dinos con quién estás ahora. -Con buenos amigos que lo han sido todo para mí. - Y May se volvió, buscándolos.

La multitud se agitó, alterándose la calma con que había estado escuchando. Una mujer gruesa y guapa, de cara sonriente, estaba evidentemente esperando este momento.

-Aquí estamos, May-dijo con afecto, empujando con el' codo a un hombre alto que estaba a su lado.

May se alejó del acarreador para entregarse al inequívoco abrazo de aquella mujer.

Librodot

-Éste es el señor Couch -empezó a decir May, radiante -, y su amigo el señor Maxwell, creo... v éste es Clint.

-Señores, yo soy Sarah Clement, y tengo un gran placer conociéndolos a ustedes... Jim Couch, he oído hablar de usted todos estos años; a usted también le conozco, Lew Maxwell... Y este muchacho, ¿es el compañera de juegos de May en las llanuras... Clint Belmet? - Le dio la mano a Clint, fijando en él la mirada penetrante de la mujer que conoce a los hombres -. No es usted el' muchacho de quien nos ha estado hablando todos estos años. Ahora es ya un hombre. Pero me gusta su cara.

Clint murmuró algo; nunca supo qué. Maxwell preguntó:

-¡Sarah Clement! ¿Es usted, por casualidad, parienta de un Hall Clement que sirvió conmigo en la guerra de Méjico y que después estuvo en la Guardia Montada de Texas?

El tejano de elevada estatura que estaba a su lado se adelantó, y echando hacia atrás su gran sombrero negro, dejó al descubierto un notable semblante que no era fácil de olvidar.

-¿Qué tal, capitán? –dijo atónitamente extendiendo un largo brazo.

-¡Por todo lo que hay sagrado! ¡Hall Clement! -exclamó Maxwell con voz sonora y cayó sobre Clement con una efusión extraordinaria en un occidental tan frío. El encuentro dejó admirados a los que miraban.

-Jim, Búfalo -dijo, Maxwell volviéndose a los otros con los ojos iluminados-. Os presento a mi viejo amigo Hall Clement. Y amigo de Kit Carson también, en los días de Texas. ¡Aquéllos eran tiempos! Señores, es demasiado bueno para ser cierto. Vengan todos a cenar conmigo. Daremos una fiesta.

-A mí no hay que decírmelo dos veces -tronó Couch, y volvió a posesionarse de la mano de May -. Perdona, pero me interesa mucho saber lo que te ocurrió.

-No hay mucho que contar. Cuando los indios nos atacaron era de noche. Yo corrí por el terraplén del río y me escondí entre unas matas... No me encontraron... Cuando llegó el día salí. El campo estaba en silencio, todos estaban muertos y los carros quemados... Vagué por allí medio loca hasta qué una caravana me recogió y me trajo a Texas... Y allí la gente ha sido buena conmigo... La señora Clement me dio un hogar, ha sido una madre para mí... fui a la escuela... y aquí estoy.

-¡Ajá! Si eso no es un cuento de hadas es que nunca he oído ninguno -replicó el acarreador-. Y ahora, una pregunta más: ¿quién es ese Lee?

-Se llama Murdock. Yo no me conocía en Texas. La señora Clement consideró su deber intervenir. -Couch, ese hombre se unió a nosotros en Pan Handle. No es un acarreador. Decía que iba al Oeste a comprar pieles. Como todos los hombres que se encuentran por el camino, nos habló mucho de sí mismo sin que nosotros le preguntáramos. Era buena compañía, y atento para las mujeres. A mí me gustaba y a May también, pero a Hall no. Le puede usted preguntar a él... Murdock se enamoro de May: que es lo mismo que les ocurría a todos los jóvenes, y estaba muy celoso. Con esto quedan explicadas sus acciones aquí.

Clint se halló caminando al lado de May, detrás de los mayores que, conducidos por Maxwell, se dirigían a la casa. Una vez fuera del almacén y libre de la curiosa multitud, Clint empezó a reponerse de la vergüenza y humillación.

May caminaba al lado de Clint, llegándole al hombro con la cabeza. Eso era lo que parecía más extraordinario. ¡Era tan pequeña y el retrato que de May Bell tenía en su memoria estaba tan lejos de la Mac Bell que hoy se encontraba...! La miró a hurtadillas, descubriendo que los ojos de ella se dirigían hacia delante. El color de sus mejillas era subido. Ella habló del tiempo, de los, indios que pasaban, del rancho del Oeste. Y él contestó sin saber lo que decía.

Eran, en realidad, extraños el uno al otro, y aunque en la viva emoción del momento del encuentro los unió el eslabón de su juventud, ahora estaban empezando a darse cuenta de, que no se conocían.

Clint, después de la primera mirada, aventuró otra. Ella retiró los ojos y la sangre invadió el color dorado de sus mejillas. Esto mitigó un poco la timidez de Clint, que empezó

a luchar con el caos de su mente. Había estado haciendo un pobre papel, cuando debía haber probado que era un acarreador y un llanero. Este argumento, sin embargo, no restableció del todo su equilibrio.

May había empezado a hablar con entusiasmo, pero o su reserva de conversación se había agotado o el entusiasmo había pasado. Clint se debatía en vano; no podía conversar. La llegada a la casa le salvó de algo desastroso.

-Sentémonos en el porche hasta que refresque -sugirió Maxwell.

Esto acabó, por el momento, con la tirantez entre May y Clint. Ella, con Hall Clement y su augusta esposa, se convirtieron en el' centro de toda atención. Maxwell estaba encantado con ellos. Era evidente que su encuentro despertaba en él reminiscencias que debían de estar llenas de placer, de emoción y quizá de dolores. Presentó 1'a familia Clement a los oficiales, cazadores, exploradores y hasta a algunos jefes indios.

¡Uno de éstos, el! Lobo Solitario de los Utes, un soberbio guerrero, siempre amigo de los blancos, se fijó con mucha dignidad en May. Maxwell habló con él en su lengua. El jefe levantó lentamente una mano con un gesto expresivo que no necesitaba palabras. Significaba: ¡Ay de mí! La injusticia que se hace al hombre rojo y el agravio que se hace al hombre blanco.

Lobo Solitario ofreció su mano a May, que, vacilante, colocó en ella la suya.

-¿Qué tal? - dijo con voz profunda y no desagradable. Era muy alto e inclinó su emplumada cabeza. Las pequeñas arrugas de su cara indicaban su edad.

May correspondió a su saludo. Era una prueba para ella, pero veía que aquel indio era un amigo de Maxwell y, sin duda, digno de respeto.

-¿Padre y madre muertos? - preguntó él.

-Sí.

-¿Cuántos años tú? -Dieciséis.

-¿Tú casada?

-¡Oh! No -replicó May, sacada por sorpresa de- su reserva.

-Hombre blanco, muy despacio. ¿Te gusta casarte gran jefe?

Maxwell inició la carcajada. La cara seria de Lobo Solitario no cambió, pero se veía claro que él también tenía cierto sentido humorista.

-¿Se me está usted declarando, Lobo Solitario? -preguntó May sonriendo llenó de confusión.

-Mí gusta mujer blanca.

-Gracias, pero tengo que decir que no.

-El jefe soltó su mano, habló con Maxwell en su lengua y luego pasó pisando lentamente con sus mocasines.

-Por fin se te ofrece un partido, May-dijo alegremente la señora Clement.

-Desde luego, ¿no hablaría en serio, señor Maxwell? - inquirió riendo May.

-Lobo Solitario hablaba en broma, pero con toda intención -replicó Maxwell -. Este viejo indio es el hombre de mejor humor. Si todos los demás fueran como él... Le ha hecho a usted un gran cumplido, señorita. Ha dicho que es usted muy bonita y que los muchachos blancos se pelearán por usted.

-Eso es adularme-dijo May.

-A mí se me antoja que Búfalo tendrá algo que decir sobre eso-dijo Couch llamando la alegre atención de los circunstantes sobre su pupilo.

Clint respondió a esto con un estremecimiento tan profundo que pareció dominar su confusión.

-Habla, muchacho-dijo Maxwell con tanto interés como espíritu burlón.

-Ya lo creo que tendré que decir. - Lo dijo deliberadamente y hasta consiguió echarle una mirada a May. Pero un instante después hubiera querido que la tierra se abriese bajo sus pies. y le tragase. No le fue necesario que tal cosa ocurriese, pues acto seguido cayó el ataque sobre May Bell, haciendo que su cara se volviese de un subido color de rosa.

Librodot

El espanto de Clint tuvo tiempo de desaparecer, y pronto empezó a ocurrírsele que había hecho muy bien en hablar, recordando que May había sido, no sólo su novia infantil, sino también su prometida esposa. Sin duda, ella tampoco lo había olvidado. Y en su dulce cara había dejado ver que recordaba. ¡Ninguna réplica viva l ¡Ninguna negativa burlona! Era fiel. Ella sufría ahora las bromas y se unía a la risa general a sus propias expensas. Pero nunca, ni por un momento, levantó sus ojos tímidos y velados hacia Clint, Su creciente confianza, su vanidosa seguridad, su extraño entusiasmo sufrieron un eclipse. Dos oficiales se acercaron al grupo y Maxwell los presentó. Uno de ellos era un joven teniente llamado Clayborn, de buena presencia y mejor humor, procedente de West Point, y un ávido admirador del bello sexo. Tenía muchas cualidades que Clint le envidiaba, especialmente su gracia, su distinción y la afabilidad de maneras que ningún llanero podía conseguir. A May Bell era indudable que le gustaba. Le prestó toda su atención, le sonrió, y escuchó su conversación en voz baja... cumplidos, quizá le hacía el amor, v ella bajaba los ojos y se sonrojaba más aún que se había sonrojado por Clint.

Y Clint fue presa de una nueva e insoportable variedad de sentimientos. Se dio cuenta de una cosa. May Bell no le pertenecía. Era posible para ella admirar, gustar, amar a cualquier otra persona. El solo pensamiento parecía un sacrilegio. ¡Desleal para May! Pero tenía la evidencia ante sus propios ojos. ¡Qué bella estaba! La nueva emoción de Clint dio lugar a un terrible deseo. Al fin y al cabo, él no había sido más que un compañero de juegos. Ella estaba muy por encima de él.

De súbito empezó el descenso de sus vanas aspiraciones, de sus enseñazas y se hundió en el precipicio. Caía a la profundidad desde las alturas. Se apartó del grupo, incapaz de sufrir por más tiempo la absorción de May en aquel joven y fascinador soldado. Se retiró al extremo más lejano del porche. Una profunda angustia invadió su pecho. ¿Qué le pasaba? La vieja v familiar angustia, la negra desesperanza del pasado volvía centuplicada, aumentada por aquel fiero y salvaje dolor.

Clint tendió la vista Por la llanura gris, por encima de la loma cubierta de cedros, ondulante a través del' negro paso entre las montañas, hasta el vacío purpúreo de la distancia. Allí los meses se habían multiplicado convirtiéndose en años. Y la belleza, la soledad, la majestad y la monotonía de las llanuras, los trabajos que en ellas había sufrido, le decían ahora que había llegado al mayor dolor y al más sublime de los goces de un hombre..., el amor de una mujer. Había amado a la pequeña May desde el momento en que la vio a la orilla de aquel arroyo; y en proporción con la lucha, el sufrimiento y el trabajo que los años habían aumentado, su amor había crecido,

La puesta del sol halló a Clint aún contemplando a través de la distancia gris el corazón de su enemigo. Couch le descubrió y le llevó al comedor.

Clint huía de la prueba, pero allí en la relativa oscuridad, en el rumor de muchas voces y en el mayor número de huéspedes hallaba alguna protección. No quería buscar a May porque estaría aún bajo el hechizo de aquel cautivador soldado, pero, como era inútil resistir, paseó sus ojos por la habitación. Los jefes, exploradores y cazadores estaban ya sentados, ocupando dos tercios de la larga mesa. Después venían los acarreadores, que eran una veintena o más. Cierto número de militares tenían los asientos juntos y esto llevo la mirada de Clint a la cabecera de la mesa y a la de los huéspedes de honor de Maxwell. Las varias señoras de la caravana de Dagget, incluso la señora Dagget, estaban a su izquierda. May ocupaba el lugar de preferencia a la derecha. Se había quitado el sombrero y estaba encantadora.

Con asombro vio Clint que el asiento al lado de May estaba desocupado. Sin duda se lo habían reservado al teniente Clayborn. Clint deseaba huir como un cobarde, pero Couch le obligaba a acercarse cada vez más.

-¡Borrico! Ese sitio es para ti-le dijo Couch dándole un empujón. Luego, Maxwell, que estaba de pie, le hizo sentarse junto a May. Como Clint no había perdido el sentido del todo, consiguió hacer lo que le indicaban, sin excesiva torpeza. Después metió las manos entre las rodillas y clavó los ojos en el plato.

Tenía la conciencia torturadora de la proximidad de May. Los asientos eran bancos y, debido al gran numero de comensales, se sentaban mas juntos que de ordinario. Clint sintió el codo de May que tocaba el suyo y el contacto le hizo estremecerse. Pensó que tendría que huir y hacer alguna cosa desesperada.

Las atenciones de May no mitigaban la agudeza de sus angustias. Le habló cuando se sentó a su lado. El tono era alegre, pero Clint no comprendió las palabras. Con el rabillo del ojo vio que le miraba con indiferencia primero, en seguida con interés y por fin con preocupación. Sin duda su cara le denunciaba. Siempre le había pasado igual.

-¿No es una maravilla, Clint? -le preguntó acercándose más a él.

Él asintió con la cabeza y murmuró algo incoherente.

-¡Estás pálido!

Clint apenas percibió su voz. Todo el mundo parecía estar hablando al mismo tiempo.

-No estás natural, Clint -siguió ella con dulce solicitud que no hizo más que aumentar su desesperación. No podía escaparse ahora -. ¿Qué te pasa?

-Que estoy malo.

-¡Oh! Clint, ¿ha sido por eso por lo que te has marchado?

-Sí.

-¿Qué sientes, Clint? -insistió ella-. ¿Qué haces de las manos? ¿De dónde te sientes mal?

Clint sacó una de las manos lo bastante para indicar que su enfermedad estaba situada más alta de lo que suelen estar los males comunes a la humanidad.

-Aquí... me siento muy mal.

En este momento, Maxwell dio un fuerte golpe en la mesa, que hizo callar todas las voces. Se levantó con el gesto alegre del anfitrión que se siente feliz al proporcionar un placer a sus invitados, pero con un aire digno y solemne que indicaba que aquellas reuniones en su mesa tenían un lugar en la historia de la frontera.

-Señoras y señores -comenzó a decir con su voz resonante-, esta noche nos sentamos ciento veinte a la mesa y esto es un record para mi rancho. Me siento alegre y orgulloso al daros a todos la bienvenida; al demostrar a los forasteros la hospitalidad del Oeste; al probar que no todos los indios son cazadores de cabelleras. Os doy la bienvenida por lo que significa vuestra presencia aquí... ¡La vanguardia de los colonizadores que han de poblar el Oeste! Nuestro bello, generoso y salvaje Oeste. Algún día, a pesar de sus duras pruebas, le amaréis como le amo yo.

Maxwell hizo una pausa como para dejar que lo dicho llegase mejor a la conciencia de sus huéspedes o para preparar el párrafo siguiente. La benevolencia resplandecía en su cara y los que estaban cerca de él, podían apreciar algo más profundo, el fantasma de un constante dolor bajo su benigna apariencia.

-Nuestro huésped de honor es la señorita May Bell, aquí a mi derecha -continuó-. Nació en Ohío y a los diez años de edad vino con sus padres a unirse a la caravana de Jim, Couch en Independence, en la primavera del año 1854. Dejaron esta caravana en Council Grove y se volvieron, sin duda desanimados por los peligros y terrores de la frontera... A la vuelta, May perdió a sus padres... La vieja historia de la frontera, sangrienta y terrible..., una matanza. Pero May se escondió entre unos matorrales a la orilla del río y escapó. Al día siguiente, emigrantes que se dirigían a Texas se la llevaron al gran Estado de la Estrella Solitaria. Allí tuvo la fortuna de caer en manos de Hall Clement, mi compañero en las llanuras durante mucho tiempo, buen soldado... Algunas veces parece que Dios nos olvida, pero no es así. Y de todas maneras, Dios no olvidó a la pequeña May Bell, que ha venido por fin al Oeste a unir su destino al nuestro. La señora Clement, que ha sido una madre para ella, ha venido también con otras mujeres de la gran raza tejana. Parece exageración decir que el Oeste nunca se colonizaría sin los tejanos; seguramente, a no haber sido por ellos, nunca hubiera pertenecido a la Unión. Y aquí he de decir, con sentimiento que, sin duda, todos vosotros compartís, que ha estallado la guerra entre el Norte y el Sur. Esto pasara pronto. Y el gran

Librodot

Oeste sentirá el ímpetu de un nuevo sentimiento y progreso. El Oeste necesita mujeres... mujeres valientes... No hay en la tierra hambre tan terrible y destructora como el hambre del hombre por la mujer.

Maxwell se detuvo otra vez, acariciándose la sedosa barba, mientras sus ojos se paseaban sobre sus huéspedes, desde -el último jefe sentado a los pies de la mesa, hasta la bella muchacha que tenía a su lado. Sonrió, y el pasado, lejano en el tiempo y -el espacio, dulce y lleno de ternura, brilló en aquella sonrisa.

-He dicho que el Oeste necesita mujeres. ¡Mujeres leales!

- ¡Cómo vibraba en su voz profunda el dolor de la palabra! -Mujeres que sepan luchar y perseverar... Creo que la pequeña May Bell será una de ellas. Cuando tenía diez años, en el viaje de aquella caravana de que os he hablado, prometió fidelidad a otro muchacho que se sentaba a su lado en el pescante de una galera... nuestro afortunado joven amigo, Búfalo Belmet, que era conocido en la frontera antes de cumplir los catorce años... Estos jóvenes amantes fueron separados, pero aunque ella creía que estaba muerto, permaneció fiel a su memoria... Y ahora se han encontrado de nuevo... ¿Puede haber nada más bello y esperanzador que esto? Señoras y señores, jefes, en la mesa de Maxwell no se bebe; yo propongo en lugar de un brindis una ovación a la pequeña May Bell.

La asamblea se levantó y prorrumpió en un clamoroso viva, reforzado por la nota aguda y salvaje del grito de los indios.

Clint, ciego y anonadado, había sentido el tirón que May le daba del brazo para levantarse a tiempo; y necesitó otro tirón más fuerte para volverse a sentar.

-Amigos -continuó Maxwell, que permanecía en pie-, tenemos esta noche un honor y un privilegio rara vez conseguido en esta frontera. Un ministro de Dios está entre nosotros... Padre Smith, ¿quiere usted bendecir la mesa?

El sacerdote que se levantó era tan robusto y viril como cualquiera de los demás. Todas las cabezas se inclinaron.

-¡Bendice, Señor, este nuestro pan¡ ¡Bendice, Señor, esta unión de soldados, exploradores y pieles rojas¡ ¡Bendice a los jóvenes que han elegido el Oeste para establecer sus hogares¡ ¡Bendice a la pequeña May Bell y al prometido que eligió en su infancia! Bendícelos y condúcelos más lejos en fidelidad, en esperanza, en la gloria del sueño del amor, en las duras pruebas de la vida en la frontera. ¡Amen¡

Durante esta plegaria, Clint se sintió arrancado de las opuestas emocionas que habían llegado a embotarlo. Por debajo de la mesa, May tomó una de sus crispadas manos y la apretó suavemente, apoyando su palma contra los nudillos calientes y agitados de él, con una ternura que ni aun su estupidez podía dejar de comprender.

Maxwell dio una palmada, la puerta se abrió, entró un regimiento de muchachos mejicanos que extendieron ante los comensales el sabroso y suculento festín. El apetito no cedía ante la alegría; a ambas cosas se abandonaron todos hasta el límite. Y Maxwell, a la cabecera de la mesa, observaba y escuchaba como un hombre cuyo corazón se ensanchaba en aquel día.

XII

Se fueron rezagando más y más detrás de los mayores. La hierba de la ladera brillaba como plata a la luz de la luna. Mas abajo chispeaban las hogueras del campamento y la caravana se destacaba como una línea pálida contra la masa oscura del bosque. Ladró un

perro, y desde la montaña un coyote le contestó con salvaje reto. Jack, que trotaba a los, talones de Clint, dio un gruñido de desaprobación.

En un punto áspero del camino, Clint cogió a May de la mano. Luego, aunque era lo que menos deseaba hacer, la soltó. No habían cambiado dos frases desde que se levantaron de la mesa de Maxwell. Algunas veces apenas podía Clint seguir el paso de May sin correr, otras tenía que detenerse a esperarla.

En el aire fresco y dulce flotaba un misterio. En el arroyo croaban las ranas de primavera. El olor del humo de la madera se mezclaba con la fragancia de la salvia. El viento suave susurraba entre las hojas de los árboles. La luna acababa de remontarse por encima del pica negro que parecía estar tan cerca y que, sin embargo, estaba tan lejos; a su luz, los potreros se veían blancos, bellos y solitarios.

Por fin Clint llegó al final de aquella tenaz complejidad que le tenía aturdido. Se sentía rebosar de un cúmulo de emociones, pensamientos y palabras que debían proporcionarle la libertad. Pero él no podía dársela.

Pasaba un carro tras otro. Un mejicano tocaba su guitarra y cantaba una lánguida canción española. Luego, con espanto de Clint, llegaron al campamento en que esperaba la familia Clement.

-Me alegro mucho de haberlos conocido a todos -decía Couch-. Y me alegro más de que piensen ustedes permanecer por aquí algún tiempo. Buenas noches. -Y viendo a Clint acercarse, añadió -: Búfalo, tú no tienes que apresurarte.

La joven se echó a reír como si comprendiera lo que Couch quería decir y le pareciese agradable.

-Buenas noches, señor Couch.

-Buenas noches, muchacha - replicó éste con una nota más profunda en su voz.

-La gente joven no tiene que correr-dijo la señora Clement.

-Tendréis muchas cosas de que hablar-agregó su marido -. Subid al pescante del carro. Couch nos ha dicho que acostumbrabais conducir y hablar durante todo el día. Puede ser que así se os desaten las lenguas y habléis hasta que se caiga la luna.

Más allá de las tiendas, debajo de un árbol gigantesco, estaba el carro que Clement había señalado.

-¿Quieres venir, May?-preguntó Clint con ansiedad.

-¿Es que crees que me voy a ir a 'a cama?

Echó a andar ligeramente delante de él en dirección al carro, y estaba trepando por la rueda con el sombrero colgado de sus hombros, cuando Clint llegó para tenderle una mano. Subió de un salo a sentarse a su lado. Estaba alto el asiento y el follaje proyectaba sobre él una sombra atravesada por los rayos de la luna.

Clint se inclinó para mirarla. Tenía desnuda la oscura cabeza, el cabello rebelde, los ojos radiantes e insondables a la luz de la luna. ¡Cuánto miedo le tenía!

-Bueno, Búfalo... - dijo ella con picardía.

-No te puede gustar ese apodo.

-Pues me gusta.

-¿Más que Clint?

-Es muy significativo. Couch me ha dicho que te lo puso Kit Carson.

-No. Fue Dick Curtis, otro explorador amigo de Kit. -Te has hecho un hombre en la frontera - dijo ella mirándole con gravedad.

-No he hecho más que conducir un carro.

-Te llamaré Búfalo... siempre.

-¿Siempre?

-¿No quieres... siempre?

-¡May! - murmuró él estremeciéndose -. ¡Se lo has contado!

-¿El qué? ¿A quién?

Librodot

-Le has hablado a Maxwell de nosotros..., del pescante del carro..., de nosotros, juntos como ahora... Nadie más lo sabe... Yo no lo había dicho nunca, ni aun a mi padre.

-Entonces, ¿no se te había olvidado?

-¡Nunca! ¡Nunca! ¡Ni una sola palabra de las que dijiste!

Su sinceridad la impresionó.

-...Sí, se lo he contado al señor Maxwell-contestó con gravedad.

-Pero, ¿cómo? ¿Por qué?

-A ese señor Maxwell se le escapan muy pocas cosas. Cuando el oficial del bigotito se sentó a mi lado, tú cambiaste'.

-¿Sí? ¡No es extraño!

-He conocido muchos soldados como él. Todos son iguales. Les hacen el amor a todas las mujeres que conocen. Tú estabas muy extraño. Ni siquiera intentaste hacerme el amor y por eso no rechacé al teniente Clayborn. Luego te marchaste y yo lo sentí. El señor Maxwell te había estado observando y te vio marchar. Con mucha cortesía me separó del teniente y me dijo que tú estabas ofendido; yo le contesté que lo sabía y que lo lamentaba. Luego me sentí atraída por él y empecé a hablar, hablar... Le hablé de los tiempos del pescante del carro y de que estábamos comprometidos... Él se alegró mucho y me apretó la mano hasta hacerme daño. ¡Oh! Clint, es decir, Búfalo, me costará mucho trabajo acostumbrarse a este nuevo nombre. Has sido Clint, Clint, desde que nos separamos... El señor Maxwell te quiere mucho. No me lo ha dicho, pero yo lo he conocido y le llena de una extraña alegría mi fidelidad hacia ti. Yo lo he sentido.

-Estuve a punto de morir cuando dijo eso de nosotros.

-Sí, ya recuerdo que sentías un dolor terrible. -Dejó escapar una pequeña carcajada -. ¡Y ya que creía que tenías un cólico!

-No era broma, May -dijo Clint moviendo la cabeza -. En mi cuerpo se han clavado flechas de los indios, pero no eran nada comparado con lo que he sentido en ese momento.

-¿Qué era, Búfalo?-preguntó ella acercándose a él un poco más.

-No lo sabía entonces, pero lo sé ahora. Tenía celos de aquel gallardo soldado. Un infierno ardía dentro de mí. He leído en la Biblia sobre los celos: «¿Qué puede resistir a los celos?»

-Búfalo Belmet, cuidado con darme nunca celos. Estoy empezando a conocerte. Al principio me pareciste un extraño, pero no has cambiado. Eres mayor y más tranquilo... y triste... ¡Pobre Clint!

Apoyó la cabeza sobre el hombro de él y Clint sintió lágrimas que caían en su mano.

-No llores -murmuró con ganas de llorar él también -. Ha sido muy duro, pero ahora, ahora...

-Ya nos tenemos el uno al otro -concluyó ella.

Clint tomó una mano de ella y la estrechó. La inmediata respuesta, cálida y firme, le animó a dominar su cobardía.

-¿Que estamos comprometidos, has dicho?

-¿Es que no lo dices tú también?

-¿Yo? Sí..., pero, May, hablemos en serio. La gente que está comprometida se casa, ¿verdad?

-Es la costumbre, a menos que el novio sea desleal. -replicó ella riendo y acercándose un poco más.

-¡Oh!

-Sigue, Clint. Creo que estás a punto de pedir mi mano.

-¿Te ríes? Estoy tratando de... de...

-Ya lo sé, querido Búfalo, siempre lo he sabido. Estabas tan lleno de cosas, que te faltaba estallar y, sin embargo, no podías decirlas.

-Pero ahora sí que diré alguna cosa... o me moriré.

-No te mueras.

-¡Me has llamado querido!

-Se me ha escapado. Pero la verdad es que te he llamado así, con el pensamiento, desde... desde que leí un libro lleno de esa palabra y me gustó.

-Entonces yo te llamaré también querida - le dijo en voz baja, asustado de su temeridad -. Y te he de decir otra cosa que nunca he dicha hasta ahora. Pero la he sentido desde hace mucho tiempo, aunque no lo he sabido hasta esta tarde... ¡Bendito sea ese militar!

-Estás hablando en charada, Búfalo.

-¿No sabes descifrar charadas? - preguntó él deslizando su brazo alrededor de la delgada cintura.

-No - murmuró ella.

-Quisiera poderte decir lo que sentía. Estaba mirando a lo lejos, hacía la inmensidad azul de las Grandes Llanuras, y me parecía que todos los trabajos, las ansias, los temores, el martirio del sol y del frío, la mordedura de las flechas de los indios, la agonía de mis desgracias, todo eso estalló con el dolor de lo que estaba ocurriendo... Fue entonces, May, cuando descubrí que te amaba.

-¡Oh! ¡Clint! ¡Búfalo! - murmuró alzando la cara. La luz de la luna la mostró extasiada y adorable, los ojos como la noche.

-Te amo, May, y este sentimiento es muy diferente del terrible dolor que sentía al cenar.

Con la mano izquierda se quitó una cadenilla del cuello; de ella colgaba una cosa brillante.

-¡Un anillo!

-Es todo lo que tengo de mi madre. Mi padre se lo dio cuando era joven... Después era demasiado pequeño para ella. Pero a ti te servirá. Veamos.

Ella tendió una mano pequeña que temblaba y él trató de deslizar el anillo en un dedo.

-No, en ése no... En el tercero... ¡Oh! Entra bien. Lo conservaré toda la vida, Clint.

Quedaron por algún tiempo silenciosos. Ella, recostada ahora contra su pecho, la cabeza contra su mejilla, el pelo rozando sus labios.

La luna se elevaba en el cielo; reinaba el silencio de la noche. Las hogueras del campamento se apagaron. Los últimos carreros habían buscado ya sus mantas. Los coyotes habían cesado en sus aullidos. Los caballos ya no agitaban los cascabeles.

-¡Qué terrible ha sido nuestra encuentro en el almacén, May!

-Terriblemente bueno.

-¿No te has quedado petrificado de vergüenza?

-¿Yo? ¡Fue glorioso! Tan... bueno hasta que Lee Murdock nos separó y te pegó.

-¡Ah! Me pegó. Se me había olvidado - dijo Clint, pensativo.

-Al principio me gustaba; después, cuando empezó a tomarse libertades, me gustó menos, y ahora le odio.

-¿Qué libertades?-preguntó Clint con violencia.

-No importa cuáles. No hizo más que probar y yo le abofeteé hasta que me dolieron las manos... No te pongas en su camino, Clint. No se detendría en nada. Clement sabe algo de él que no quiere decirnos ni a su mujer ni a mí. Me alegraría de no volver a ver más a Murdock. -Pero, ¿dejarás de verle? -preguntó Clint.

-Creo que deja aquí la caravana. Tiene mucho dinero para comprar pieles.

-Me alegro. Olvidémosle... A él, pero no a nuestro encuentro. ¿Te acuerdas, May, de lo que hiciste? -¿Cuándo?

-En el almacén, cuando aquel carrero te dijo que yo era Búfalo Belmet.

-¡Ah! Creo que corrí hacia ti, ¿no?

-¿Correr? Volabas... Es el momento más glorioso que yo he vivido... hasta aquel momento.

-Y luego creo que corrí a tus brazos.

-Eso es.

-Bien, tú los tenías abiertos. ¿Qué quieres que hiciera una pobre y desgraciada muchacha?

-Yo no sé cómo ocurrió, pero al momento te encontré allí.

-Y entonces me abrazaste, ¿o te abracé yo? Uno de los dos abrazó; a mí me duelen las costillas. -Entonces debí ser yo, pues el tío Jim dice que no sé la fuerza que tengo.

-Yo te derribé el sombrero.

-Sí.

-Y te metí la mano entre los cabellos.

-Sí.

-Y luego, delante de toda aquella gente, te besé con la mayor desvergüenza.

-No con desvergüenza, pues estabas tan roja como el fuego.

-Pues no tenía vergüenza, ni me habría importado nada con tal de que tú me hubieras devuelto el beso..., pero no me besaste. Búfalo, no me besaste y ya nunca te volveré a besar.

-A eso es a lo, que iba ahora, May.

-Ya veo... Te acostumbré mal en las praderas cuando tenía diez años. Yo fui la que te hice el amor. Ahora, si quieres conseguir algo tendrás que aplicarte para compensarme...

Clint apretó su boca contra sus labios húmedos. Cuando se enderezó de aquel contacto, ella estaba en sus brazos, ávida y rendida, despierta a la gloria y al fuego del amor, y demasiado sincera para negarlo.

-Me parece, Búfalo, que tendré que retirar mis palabras --murmuró, levantando los brazos.

A una hora tardía de la noche, cuando Clint regresaba lentamente- a la casa del rancho, le parecía que la luna, la noche, la tierra, el universo, habían sido creados para él, y que él los aceptaba humilde y, reverente. Todo lo que había sufrido perdía su extremada crueldad a la luz del amor, del amor que él sentía y del que sentían por él.

Permaneció sentado a la puerta de la cabaña de adobe, detrás de la casa grande. Hasta los perros del corral estaban tranquilos como sus hermanos de la llanura. El rancho de Maxwell estaba envuelto por el manto de plata de la luna, misteriosa y bella. Pero Clint no podía pensar. Sólo soñaba con los dulces besos de May. Mañana, quizá, tendría que enfrentarse con la realidad de sus nuevas responsabilidades. El sueño era una cosa que no necesitaría en un largo rato. Y, por consiguiente, llegó tarde a almorzar a la mañana siguiente, haciendo con ello reír a Maxwell.

-Búfalo, si te quedas por la noche hasta tarde, entreteniendo a las señoras, nunca llegarás a ser un buen explorador.

-Me molestaría mucho no ser un buen explorador - replicó Clint-, pero la noche ha valido la pena. -Así parece. Bueno; ven a mi oficina esta mañana. Quiero charlar un poco contigo.

Clint, sabiendo que se trataría de algo reservado, se interesó tanto que muy temprano acudió a la cita. Maxwell estaba aún ocupado con los acarreadores. Cuando despachó sus negocios, empujó una silla hacia Clint, y también una caja de cigarros, que retiró al momento.

-Se me había olvidado que no fumas, Búfalo. No necesito preguntar si te has arreglado con May.

-No, señor. Pero es ella la que lo ha arreglado todo.

-Entonces, ¿marcha todo bien?

-Nunca hubiera soñado con ser tan feliz.

-Couch me ha dicha tu edad, pero se me ha olvidado.

-Cerca de dieciocho años, señor Maxwell.

-Bien; en la frontera, los años no importan. Y May tiene dieciséis. Las muchachas aquí se casan pronto, lo cual es una buena cosa.

-¿Qué... qué... qué quiere usted decir?

-Que se me antoja que May y tú debíais casaros.

-¡Oh!- ¿Cu... cuán... cuándo?

Librodot

-Tan pronto como lo consientan los Clement. Ellos han adoptado a la muchacha y la consideran como suya. Yo persuadiré a Hall. De la señora no respondo.

-Mi tío, Jim Couch, tendrá algo que decir también. Es mi tutor hasta que cumpla los veintiún años.

-Ajá. Jim Couch está muy bien entre los jefes de caravana; pero se enfada de cuando en cuando por los retrasos en viajes importantes, y entonces se arriesga demasiado. Escucha lo que yo te digo, Búfalo: los huesos de Couch se quemarán un día en la pradera como los de otros tantos veteranos... Y el caso es que yo no quiero que hagas la desgracia de esa muchacha.

-Pero, señor Maxwell, yo no la haré desgraciada nunca. -No podrás evitarlo, si te matan.

-¡Si me matan!

-Eso es lo que digo. Búfalo, yo no voy a aconsejar a los acarreadores que se retiren, porque mi negocio depende de ellos. Si cesan las caravanas, estoy arruinado... Ahora, escucha esto confidencialmente. La guerra hará un infierno de esta frontera. Los acarreos serán diez veces más peligrosos que antes. Pronto llegará el día en que una pequeña caravana no podrá arriesgarse. En un año, quizás este mismo verano, todos los Apaches, Comanches, Kiowas y Pawnees estarán en pie de guerra. Ya empieza, además, a haber partidas de bandidos blancos.

-¿Me está usted aconsejando que deje el oficio? - preguntó Clint, aterrado.

-Sí. Por la mujer-dijo Maxwell apoyando la cabeza en las manos y dando sombra con ellas a sus ojos-. Te diré un secreto. Una vez yo amé a una muchacha como May, pero estuve lejos de ella demasiado tiempo. Ella creyó que había muerto, o juró que lo creía... Se casó con otro y la vida no ha vuelto a ser la misma para mí desde entonces. No quiero que tú te expongas a lo mismo con tu novia.

-Pero May será fiel -replicó Clint con pasión, como si el solo pensamiento fuera absurdo.

-Lo ha sido y lo sería algún tiempo, mientras sea tan joven. Pero una mujer bella como May no puede permanecer mucho tiempo soltera o, al menos, sin poseedor. ¡No mucho!

-Eso es terrible, señor Maxwell - murmuró Clint, aterrado.

-El hambre del hombre por la mujer es demasiado fuerte. Mira a los blancos que se casan con mujeres indias. Kit Carson se casó con una mestiza mejicana. Muy estimable, ciertamente. No hago más que ilustrar una idea... Búfalo, tú y May sois huérfanos. Estáis solos. Habéis sido mucho tiempo desgraciados; os amáis y debéis casaros.

-Sí, señor, pero, ¿cuándo? -Clint no tenía voluntad para luchar con esta gloriosa perspectiva.

-En seguida. Antes de que el padre Smith se marche. Está de camino para California. Y te aseguro que los curas no abundan mucho y que abundarán menos en los años que se preparan.

-¿A quién he de hablar primero?

-A May, desde luego. Y después, si ella consiente, puedes ir a Couch. Éste consentirá, con seguridad, pero se resistirá un poco a que dejes el oficio, y si te casas con May tienes que cuidar de ella; si esperas, tendrás que dejarla al amparo de Dios o de algún otro. Yo he tenido la norma de no albergar en mi rancho a una mujer blanca, pero tendría a May sólo por una razón. La guerra puede arruinarme aquí; o puedo vender el rancho... Guarda esto en tu cabeza, muchacho, que es para ti solo para quien hablo.

-Gracias. Ya lo comprendo, y estoy aturdido.

-Naturalmente, Búfalo. Pero yo conozco esta frontera; también la conoce Kit Carson. Éste vendrá hoy o mañana. Apostaría a que te aconsejo que te cases con May y te vayas a California.

-¿California? ¡Pero yo amo .as Grandes Llanuras!

-¡Ah! -Maxwell levantó las manos -. ¿Más que a May?

Librodot

--¡No! ¡No!

-Entonces ve y convéncela, si puedes, a ella y a los demás, y cásate antes de que sea demasiado tarde.

-¿Demasiado tarde para qué?

-Para casarte. Unos cuantos años más de caravana y serás un llanero. Entonces será demasiado tarde. La vida te reclamará. Kit Carson lo tuvo que dejar cuando apenas era tiempo. Curtis, Glade, Rockwell, todos vieron lo que venía. Jim Couch, Dagget y Grace se han quedado demasiado tiempo y nunca se retirarán; sus cabelleras adornarán la tienda de algún piel roja.

-¿Ha sido usted alguna vez llanero? -preguntó Clint.

-No. Pero he cruzado bastantes veces la pradera para sentir fascinación por las Grandes Llanuras, para comprenderlas. La mayor parte de los hombres nunca comprenden por que. Es su tremenda desnudez, la tierra sin fin, la eterna monotonía de la pradera y su extraña soledad; luego el campo, la guardia, la lucha... Todo eso convierte en hombre a un niño.

Clint se levantó, temblando en presencia de aquel hombre sabio y bueno.

-Señor Maxwell, seguiré su consejo hasta donde pueda. Doy gracias a Dios por darme amigos como usted y como Kit Carson. Pero hasta los veintiún años debo obedecer al tío Jim.

-Y así es justo. Admito que la dificultad aquí está en Jim. Pero tendrá que entenderse conmigo, con May y contigo. ¡Una buena combinación! Ahora corre, Búfalo, y consigue a May.

-Voy, pero estoy asustado.

-¿De quién? ¿De aquellos dulces ojos?

-Quizás es por ser tan... tan maravillosa... Me temo que tendré que rogarle... No estoy seguro de nada. Maxwell dejó su cigarro y miró a Clint casi sin esperanza.

-Te hiciste un nombre cuando eras un muchacho. El niño carrero te llamaban. Yo había oído hablar de ti mucho antes de verte. Ahora eres un hombre grande y fornido; dicen que has tenido tu parte de indios. ¡Ya eres un hombre! Ahora sal de aquí pronto y anda a mostrarle a May Bell que eres un hombre en amor.

-Sí... sí, señor... pero, ¿qué he de hacer? -tartamudeó Clint sintiéndose cogido entre dos fuerzas encontradas.

-Cógela sola, aunque tengas que esperar hasta la noche -dijo Maxwell con la luz del pasado brillando en sus oscuros ojos-. Cógela en tus brazos y levántala del suelo..., abrázala y bésala hasta que no tenga voluntad ni aliento para decir que no... ¿Puedes probar a hacer eso, Búfalo? ¿Qué te parece?

-Me hace sentirme muy débil... ¿Pero debo usar esa terrible treta cuando estay seguro de que dirá que sí a todo lo que pida?

-No lo creas, Búfalo. Las mujeres son raras y nunca se sabe lo que una muchacha puede hacer. Cambian de parecer como el viento. No es nada difícil que te la encuentres haciéndole ojos al teniente Clayborn o a ese Murdoc. Éste, sobre todo, es demasiado astuto y viejo para ella. Apártala de él. ¡Ten presente lo que te digo! Y ahora, vete, que hay gente que espera verme. No me puedo pasar el día tratando de tus amores.

Clint se marchó, y Maxwell le llamó otra vez -Clint, quisiera estar en tu lugar... Vuelve a decirme lo que ocurra.

Clint se alejó casi fuera de sí y se dirigió al patio, que estaba lleno de cazadores ociosos, indios y carreros, esperando que ocurriese algo. Casi tropezó con Couch, quien, evidentemente, subía al campamento.

¡Hola, tío Jim! ¿Qué le pasa a usted que está tan preocupado?

-Acabo de tener una discusión con Buell, el nuevo agente de Aull y Compañía. Tiene noventa carros de pieles que deben estar en Westport antes de fin de agosto, y jura que si no acepto este contrato y no empiezo a cargar en seguida no me dará otro cargamento de su Compañía.

-¿Y qué va usted a hacer? -preguntó Clint.

-No lo sé. Estoy en un aprieto.

-¿Qué piensa la gente?

-Todavía no saben nada.

-Pero, tío, no debe usted salir, a menos que tenga una escolta de soldados. Tendrá usted que esperar a que salga otra caravana para juntarse con ella.

-Ya lo sé. Pero Dagget dices que no podrá salir para Santa Fe en varias semanas, quizá seis. Y lo peor es, Búfalo, que Buell me ha ofrecido más dinero por tonelada, y una bonificación de quinientos dólares si llego a Westport el quince de agosto.

-Es una oferta tentadora, tío, pero espero que no la aceptará usted.

-¡Eh! No dices aceptaremos. Eso significa que tú no quieres venir.

-No, tío, no, quisiera.

-Pero supongo que harás lo que yo disponga-dijo Couch con aspereza-. Soy más que el jefe de tu tren; soy tu tutor.

Couch, que era por lo general el más amable y alegre de los hombres, se ponía testarudo cuando se enfadaba, y cuando bebía, casi taciturno. Y Clint temió que estuviera un poco bajo la influencia del alcohol.

-No le desobedeceré, tío.

-Me alegra oírtelo decir. Nunca me has desobedecido... Es un mal negocio, Búfalo. Acabas de encontrar a tu novia y Dios sabe cuánto me pesa separarte de ella... Mala suerte.

Sin una palabra más Couch se dirigió al almacén de Maxwell dejando a Clint más perplejo que nunca. Decidió que era mejor no apresurarse a ver a May, al menos hasta que hubiera pensado en el apuro del tío Jim. Los carreros iban a estar escasos a pesar del salario más alto. Couch necesitaría todos los conductores.

Pero el momentáneo obstáculo a las boyantes esperanzas y encantados sueños de Clint no duró mucho. Para atenuar su gozo de aquel día se precisaba más que apuros, indias y caravanas. De súbito se le ocurrió la excelente idea de entrar en el almacén a comprar para May una caja de caramelos nuevos que habían llegado en la caravana de Dagget. Y de acuerdo con esta idea, volvió a cruzar el corral.

¡Y cuál no sería su asombro y consternación cuando á1 levantar la cabeza se encontró frente a May Bell y el teniente Clayborn que salían del almacén 1 Ella no le vio en seguida, porque estaba mirando al soldado. Sus ojos brillantes, sus labios entreabiertos, su sonrisa dirigida a aquel oficial fueron una puñalada para Clint. Ella llevaba en la mano una de las cajas de caramelos que él había pensado comprarle.

Luego May le vio, y los brillantes ojos, los labios y la sonrisa que dirigió a Clint centuplicaron su belleza y su dulzura.

Clint lo observó y comprendió su tontería, y se sintió invadido por una ola de felicidad ante la luz de aquella cara que era para él; pero ni esto ni nada le impidió saludar con mucha tiesura y entrar corriendo en- el establecimiento.

XIII

Clint atravesó la tienda sin ver a los parroquianos ni a los dependientes, y tropezando con sacos y paquetes salió por la puerta trasera lleno de rabia contra sí mismo, contra

May, contra aquel conquistador teniente y contra el mundo entero.

Atravesó las casas de los mejicanos, los establos y los corrales, sólo para volver otra vez al almacén. Su cólera se convirtió en mortificación, que duró todo un largo paseo, al final del cual el remordimiento empezó a asomar entre sus opuestas emociones. Pero era

demasiado tarde para amortiguar el fuego de los celos. Se paseó, se sentó sobre una caja, se apoyó contra una barandilla, observando como un indio desde la colina.

De repente su maltrecho corazón dio un gran salto. May salía de casa de Maxwell acompañada sólo de la señora Clement. El fascinador teniente no se mostraba en ningún punto del horizonte, por cuya razón pensó Clint que pedía permitirle seguir viviendo, pues había hecho en lo más íntimo de su alma el sombrío juramento de matar a aquel soldado cualquier día.

May y la señora Clement entraron en el almacén. Clint no perdió el tiempo y las siguió, encontrando al objeto de sus pasos de pie y un poco apartada de la señora Clement, que estaba haciendo algunas compras. Clint ensayó un aire superior, no sin algún recelo, y se acercó a la joven.

-Buenos días, señor Belmet - le dijo muy tiesa, cuando la alcanzó.

-Buenos días - replicó Clint con aspereza y cada vez menos seguro de sí mismo. Había visto a aquella joven sólo durante parte de un día y una noche y no había mostrado el carácter que brillaba en sus oscuros ojos. -¿No te he visto ya antes? - preguntó ella.

-No estoy muy seguro. De todas maneras, no cuando te he visto yo a ti. Creo que no me hubieras visto ni con un anteojo.

-Sí, parecías entonces muy pequeño. Si estás comprando algo; no quiero detenerte.

-He entrado aquí para verte.

-Con ésta son dos veces las que entras aquí. Estás atareado esta mañana.

Clint la miró con los ojos llameantes, completamente incapaz de contender con ella, pero consciente de que estaba en desgracia. Esto aumentó su resentimiento.

-Toma un caramelo - le dijo ella ofreciéndole la caja.

Clint repitió la razón que le impulsara a entrar en el almacén y ella replicó, con un recuerdo del acento indolente y meridional que había adquirido, que ya estaba allí y que podía empezar a decir lo que deseaba.

-¿Te ha comprado los caramelo, ese oficialillo? - inquirió Clint.

-Sí. Es muy amable. Tengo otra caja en mi tienda que me ha dejado allí Murdock. También es muy atento - replico ella con un tono y un aire que desconcertaron completamente a Clint. Una mancha roja le apareció en cada mejilla.

-No quiero que... - estalló Clint. El súbito relámpago que apareció en los ojos de May le detuvo. -Clint, ¿has venido a excusarte o a tratar de asustarme?

-¡Excusarme! ¿Yo? ¿De qué?

-Te has portado groseramente, que es lo más suave que te puedo decir.

-¿Qué he hecho?

-Te has encontrado conmigo frente a frente - dijo ella con calor - y me has mirado como si me hubieras cogido haciendo algo deshonroso. Ni has hablado ni has mirado al teniente Clayborn, y cuando te he llamado ni siquiera has vuelto la cabeza... has estado descortés conmigo e insultante con él.

-No estamos de acuerdo. Te he cogido coqueteando.

-¡Coqueteando! ¿Cómo te atreves...?

A Clint le pareció que estaba adorable, con la cara tan pálida como una perla, los ojos negros brillando con el fuego de la pasión. Vio adónde le había conducido su humor violento y se sentía a la vez angustiado- y furioso.

-¿No estabas coqueteando? - demandó.

-Si lo crees así, no me dignaré negarlo - contestó ella con altivez.

-Le estabas mirando a la cara sonriendo, como si te estuvieras muriendo porque él te viera y creyese...

-Todo eso es falso - interrumpió ella cuando él empezó a tartamudear vergonzosamente.

-Yo te vi.

-Clint, ¿crees de verdad que yo estaba coqueteando con ese militar? - May hablaba apresuradamente y con un rubor empezando a aparecer en sus pálidas mejillas.

Librodot

-Sí - afirmó él, obstinado aún en medio de su espanto.

-Muy bien; te diré entonces lo que ha ocurrido -dijo ella con desdén -. Encontré al teniente Clayborn aquí en el almacén. Tuvo la galantería de comprarme una caja de caramelos. La puso en mis manos. ¿Podía dejarla caer al suelo? Yo no se la pedí, ni la quería, pero desde que me conociste he vivido con una familia distinguida. Me han educado y soy una señorita, de manera que tuve que tomar el obsequio y darle las gracias... Y si estaba sonriendo cuando me hablaba es porque me daba la enhorabuena por estar comprometida contigo. Lo había oído decir en la mesa de Maxwell. Me estaba diciendo que te habías hecho un nombre en la frontera y que eres un espléndido muchacho. ¡Ahí tienes! Por eso es por lo que sonreía tan contenta, ¡salvaje cazador de búfalos!

-¡Oh! ¡May! - exclamó Clint lleno de vergüenza y dolor.

Pero a ella no la afectó y se volvió para dejarle; él la cogió del brazo y empezó a suplicarle su perdón en voz baja.

-¡Sí, no faltaba más! - contestó ella con un tono que indicaba que no estaba dispuesta a conceder nada parecido.

-Escucha - siguió él cogiéndola de la manga del vestido-. Maxwell me había excitado, enloquecido de alegría sobre una cosa... que no te puedo decir ahora. Luego me encontró al tío Jim, que tenía malas noticias que darme. Además creo que estaba un poco bebido... De manera que cuando te vi estaba trastornado y creí... creí...

-Ya me los has dicho. Creíste que estaba coqueteando con el teniente Clayborn. Bien, Clint Belmet, ninguna mujer de este mundo está más lejos de ser desleal que yo... Pero la próxima vez que me veas con él o con Lee Murdock, ¡ten cuidado!

-¡No digas eso, May! -imploró Clint. -Coquetearé todo lo que pueda con... con el primero que se presente.

-Me matarás - murmuró Clint doblándose como si otra vez le hubiera herido el puñal de los celos.

-¡Bah! Me gustaría ver lo que haces. -Los ojos oscuros de ella se fijaron en Clint con aire de duda. -¿Qué hago? Le haré daño a alguien - rugió la cólera que empezaba a surgir de nuevo del caos de sus sentimientos.

-¿Sí?

-Sí. Estamos en la frontera. Y tú eres mi novia.

-Lo era - contestó ella casi con tristeza

-¿Te volverás atrás, May?

Ella se ablandó ante su insistencia, aunque siguió con el mismo tono.

-No, no te dejaré - dijo lentamente -. Pero necesitas una lección.

-Ya tengo bastante.

No, necesitas una de verdad. Me has llamado coqueta sin ninguna razón... A mí, que te he amado tanto. Si supieras cómo me han perseguido los jóvenes de Texas, te morirías de vergüenza.

-No quiero saberlo. Ya tengo bastante vergüenza ahora.

-¡Vergüenza! Estás igual de terco y altivo - replicó ella con desdén-. Estoy disgustada contigo, y ofendida. Tardaré mucho tiempo en poderme casar contigo. ¿Vas a hacer lo mismo que ahora cada vez que un joven me mire a la cara?

-Me parece que sí - contestó francamente Clint.

-Pues van a ser unas relaciones muy divertidas.

-Divertidas o no, así tendrán que ser. Supongo que no podré impedir que te miren los demás. ¡Eres tan bonita!

-¿Sí? - gritó ella con alegría infantil-. Nunca me lo habías dicho hasta ahora.

-Ten un poco de benevolencia. Sólo he pasado unas horas contigo. Pero eres mi novia v no voy a consentir que le hagas ojos a nadie.,

-¿Qué quieres decir hacer ojos?

-Mirar como estabas mirando al teniente.

Librodot

-Clint, ¿es que no puedes distinguir entre la función natural de los ojos de una mujer y la coquetería deliberada?

-Creo que no puedo, cuando las dos cosas son naturales.

-¿Quieres decir que soy una coqueta?

-No quiero decir eso. La verdad es que no sé lo que quiero decir... Tú eres la primera novia que he tenido... Y mi amigo Maxwell me ha dicho que nunca se sabe lo que hará una mujer.

-Que no se te olvide, Búfalo - replicó May, y parecía que trataba de contener la risa.

-¿Pero qué es lo que puedo creer? - protestó Clint, desesperado.

-Puedes creer lo que mejor te parezca - contestó ella con orgullo, y le dejó.

Clint no se atrevió a seguir su primer impulso, que fue seguirla a toda costa. Si lo hacía no conseguiría más que seguir incurriendo en su desagrado. Ya la había hecho el blanco de la murmuración de carreros y soldados; quizás hasta los indios, como Lobo Solitario, se reían de él.

Mientras se mantuvo firme su voluntad, se volvió a su alojamiento y se arrojó en un rincón sobre sus mantas. Allí se abandonó a su dolor y pasó una hora lamentable. Podía tener cerca de seis pies de estatura y el aspecto de un hombre, pero en lo que se refería al amor de una muchacha tenía la experiencia de un niño.

Cuando se hubo reducido a la humildad y a la razón, o algo parecido, consideró la cosa serenamente. En un día se había descubierto a sí mismo. Amaba a aquella muchacha con toda su alma; pero le era completamente extraña. Lo cierto era que no conocía ni a una sola muchacha y que no había hablado con ninguna desde hacía años. Y May era la única a quien realmente había querido desde su infancia. Pero ella no sólo había cambiado: había mejorado de manera asombrosa, en encantos, educación, ingenia y carácter. Estaba, al parecer, muy por encima de él. ¡Salvaje cazador de búfalos! Así le había llamado quizás enojada, quizás en broma, pero le había herido profundamente. Nunca antes se había avergonzado de su sobrenombre de Búfalo; nunca había pensado que el caravanero fuera vulgar y ordinario, a la par con el grasiento cazador. Se había imaginado al acarreador como un corazón fuerte, batidor abnegado en el camino del, colonizador. Aquella gente con quien May había vivido y alternado procedía de las mejores familias del Sur. Seis años de escuela y trato habían hecho de la niña de diez años una señorita de calidad. Se preguntaba si podría vivir en aquel rudo Oeste. Su lealtad le aseguraba que podría. ¡Pero no por uno como él! Le atormentaba horriblemente tener que confesar esta amarga verdad.

Y, sin embargo, sabía que le quería, o al menos, quería a aquel muchacho que muchos años antes conociera a la orilla de un arroyo y con el cual se prometiera en el pescante de una galera cruzando las Grandes Llanuras. Quizás había perdurado en ella el encanto novelesco de la aventura, creciendo a medida que ella crecía y se desarrollaba, alcanzando su culminación en el encuentro, para hundirse cuando él se manifestó inferior al ideal de ella. Había esperado demasiado de un muchacho sin padres, sin educación, sin más hogar que el fuego de un campamento.

Clint lo pensó todo. Se había portado como un celoso patán. Ella era una señorita adorable a quien él había tratado con rudeza. Ella le había dado sus besos -cuyo recuerdo le hacía moverse de un lado para otro, débil y con el corazón agitado- y sólo por eso él debía haber caído de rodillas, lleno de gratitud y reverencia. Pero en lugar de esto, había dudado de ella y la había insultado. Para bien de ella, su verdadero carácter había salido a la luz. ¡Desgraciado de él, que no era para ella digno compañero!

En su simplicidad, Clint sólo veía que May había creado un sueño a su alrededor y que la realidad lo había destruido como una pompa de jarrón. Reconocía su amor hacia él y no lo creía cosa de escasa importancia. Pero no era digno de él y no sabría conservarlo. Su orgullo, una característica que no creía poseer, sangraba.

Sonó a su puerta el pisar de unas pesadas botas y luego una llamada. Se levantó y abrió. Couch estaba allí, sombrío y preocupado, con fuego en los ojos, pero tranquilo y sobrio.

-Te he estado buscando por todas partes, Búfalo - dijo.

-Me he encontrado muy mal, tío Jim, y he creído que era mejor que me acostase un rato.

-Espero que no estarás enfermo...

-Sí, lo estaba... He regañado con mi novia.

-Bien, no me sorprende. La he visto hace un poco con aquel teniente y ahora mismo con Murdock. Es una muchacha muy bonita y eso no se les puede reprochar a ellos. Búfalo, esa muchacha hará un infierno de fa frontera.

-¡Ajá! Ya ha encendido un infierno en mí.

-Bueno, no lo tomes muy en serio. Es joven y alegre. Respondería de que es buena, Búfalo.

-Gracias, tío.

-Y ahora que pienso en ello, te querría decir que yo recuerdo de algo a ese Murdock. Yo le he visto en alguna parte o he oído hablar de él, y no muy bien. Pero no puedo precisar dónde ni cómo. He meditado sobre ello. Ya me acordaré.

-No me interesa. Espero que no será por eso por lo que me estaba usted buscando.

-No, ¡qué más quisiera yo! No me he atrevido a perder el contrato de Aull. He firmado; la gente se está preparando a toda prisa. Nos marchamos mañana, antes de salir el sol.

-¿Sin tropa ni escolta?

-¡Sí! No hay medio de conseguir un soldado. -¿Cuántos carros?

-Ciento ocho hasta ahora; quizá lleguen algunos más, pero no pasaremos de ser una pequeña caravana. Kit Carson está aquí. Se ha enfadado y me ha dicho que no me vaya Yo le he dicho que no tenía más remedio, y entonces él me ha contestado: «Pero no te llevarás a Búfalo.

-Parece que Carson y Maxwell se interesan mucho por mí, tío.

-Te quieren mucho los dos, y con razón. Maxwell nunca ha tenido hijos. Carson tiene un hijo mestizo. -Los dos son excelentes amigos. Yo quiero imitarlos. Pero me temo que sólo sea un sueño mi pretensión de llegar a ser como ellos.

-Tú serías un gran llanero, Búfalo. Y esto me recuerda lo que tenía que decir. Creo que he estado áspero y rudo contigo hoy. Lo siento. He venido a decirte que te puedes quedar aquí con Maxwell y dejar el oficio de carrero. Maxwell te dará un empleo. Yo le entregaré a él tu dinero. Te puedes casar con tu novia. Es una muchacha de altos vuelos, orgullosa y enérgica, pero yo creo que podrás con ella. Tendrás que dominar tu blandura y ser un hombre en toda regla. Bien puedes hacerlo... Dios sabe, Clint, que te echaré de menos, además de necesitarte mucho. Nunca he tenido hijos y tú has llegado a serlo para mí... Y te quiero demasiado para obstruirte el camino de la felicidad... Y esto es todo, Búfala.

-Iré con usted, tío Jim. - Su voz tembló y se volvió de espaldas.

¿Qué?

-Que estaré dispuesto a salir al amanecer.

-Búfalo, ¿no faltas a lo que le hayas prometido a Maxwell?

-No.

-Pero, ¿y tu novia, Búfalo? ¿Te portas bien con ella? Tío, May es demasiado para mí, de vuelos muy altos, como usted ha dicho.

-Mira, Búfalo...

Clint le interrumpió con calor y, por primera vez en sus años de intimidad, juró rotundamente delante de él. Couch respiró fuerte, como si le hubiesen pegado un golpe, y luego se apresuró 'a marcharse.

La suerte estaba echada para Clint y no podía volverse atrás. El corazón le golpeaba el pecho como un tambor, como comprimido por los dolores que llevaba dentro. Una altiva exaltación mezclada con una sombría conformidad. Una negra desesperación asomaba a su mente, pero esto era sólo su blandura. ¡El le demostraría a su tío Jim... l Y las palabras burlonas volvían a su memoria «Salvaje cazador de búfalos.»

Librodot

Hizo apresuradamente su equipaje y lo llevó dando la vuelta a la casa principal, y, cruzando a través de los pastos, llegó al campamento de Couch, donde lo depositó. Los hombres trabajaban como negros, demasiado excitados y atareados para cuidarse de él. Los indios observaban el movimiento interesados y especulativos. Las hogueras estaban encendidas. A Clint le sorprendió descubrir que el crepúsculo estuviese tan cerca.

¡No hay tiempo como el presente! Iría al campo de los Clement a decirles adiós. Cuando corría a través de la arboleda, decidió enviar recado a Maxwell dándole las gracias por su hospitalidad y despidiéndose. ¿Qué pensaría de él el bondadoso ranchero? ¡Y el gran Kit Carson! No se atrevía a enfrentarse con ellos. Quizá dentro de algunos años, si escapaba a la suerte de la mayor parte de los llaneros, les diría cómo y por qué había dejado de corresponder a sus esperanzas.

El campamento de Dagget estaba al otro lado del estrecho valle, en la parte superior y más cerca de la casa de Maxwell. Los campamentos individuales hallábanse pintorescamente esparcidos por entre los árboles. Los carros estaban por todas partes. Un carrero dirigió a Clint al campamento de Dagget. Sólo la había visto a la luz de la luna, pero en seguida recordó el lugar, sobre todo, por su aislamiento.

El sol doraba el paso entre las montañas, y hacia el Este colgaba como un manto una oscuridad gris sobre el vacío donde el camino de las caravanas serpenteaba entrando en las Grandes Llanuras.

La vista del carro de carga bajo el algodonero gigante donde May pasara con él tan extáticas horas - ¿había sido anoche? -estremecía y hería a Clint alternativamente.

Veía y olía humo de leña. Varias tiendas y carros estaban agrupados entre los sauces. Entró en el bosquecillo para encontrar a Clement y a su mujer al lado del fuego. Clint había interrumpido un coloquio, a juzgar por su sobresalto, pero rápidamente observó que era más que bien venido.

-¿Dónde has estada todo el día? -le preguntó Clement ofreciéndole la mano y sometiéndole a un atento escrutinio.

-Ya era tiempo de que te acercaras por aquí, muchacho -dijo la señora Clement moviendo significativamente la cabeza.

-He pasado un mal día -dijo Clint abordando la cuestión directamente, duro como era para él -. El tío Jim se está preparando para partir al rayar el día y yo me voy con él.

-¡Oh, no! -exclamó la señora Clement observando también su cara, que, como siempre, le denunciaba.

-He visto a Maxwell y me ha dicho muchas cosas de ti -continuó tranquilamente Hall Clement-. Estoy seguro de que no tenía idea de que pensases dejarnos... Algo te ha ocurrido.

-Sí. Lo siento -respondió Clint, abatido a su preocupación y sentimiento, y sonrió, como si así pudiera ayudarlos a adivinar sus desgracias.

-Es May. ¡La pícara! - declaró la mujer volviéndose a su marido-. Ya te decía yo que pasaba algo raro. ¡Pasarse todo el día charlando con unos y con otros, cuándo anoche se anunciaron sus esponsales.

-No la reproche usted, por favor, señora Clement -rogó, Clint-. Yo la he ofendido... la he insultado... la he decepcionado,

La señora Clement rezongó algo ininteligible.

-¿Dónde está May? -preguntó Clint, nervioso-. Quiero excusarme con ella y decirle adiós.

-Yo esperaría un poco - le aconsejó Clement, frío y tranquilo según la manera de los tejanos-. Siéntate y hablaremos.

-No; tengo que acabar de una vez.

-Clint. Ha estado paseando con Murdock arriba y abajo durante una hora o más -dijo Clement-. Se me antoja que te estaba esperando, pero tú has venido por ese lado. Creo que llegas en mala oportunidad, Por todos conceptos. Está hoy de mal humor. Nunca la he visto

Librodot

así. A mí no me gusta Murdock y le he dicho que, puesto que su compromiso contigo era ya conocido, no debía pasar más tiempo con él. Creí que me comía.

-Creo que esto hace las cosas más fáciles - replicó Clint -. Les doy las gracias a ustedes dos por sus buenos deseos... Adiós. Ya no nos volveremos a ver.

Y los dejó de pie, asustados y tristes, dirigiéndose hacia algo blanco y dorado que brillaba a través de los sauces. Cuando se acercó vio que lo blanco era el vestido de May y el oro el último resplandor del sol poniente.

Estaba sentada en un estribo del carro de carga y a su lado, de pie, inclinado atentamente hacia ella, estaba Murdock. Clint adivinó por instinto que May le había estado viendo todo el tiempo. Todas las líneas de su graciosa forma estaban animadas por el instinto del combate... El lugar estaba bien resguardado de la vista de los demás campamentos por un círculo de árboles y jarales.

Una emoción profunda y cálida se burlaba de la negra angustia con que Clint se adelantó hacia May. ¡Qué repugnante falsedad había en alguna parte! ¿Estaba en él? ¡Qué irreal el cuadro de ella allí sentada! Había cumplido exactamente su amenaza. Quizá se había alegrado de verse obligada a darle una lección.

Clint se detuvo ante ella, con la cabeza cubierta, sin confusión ni embarazo. Antes de que hablase, ella leyó en su aspecto algo que no esperaba. A Clint le proporcionó esto una melancólica satisfacción.

La miró fijo a los ojos oscuros, que reflejaban la dorada luz del sol y cambiaban ensanchándose y dilatándose bajo los suyos.

-Usted perdone, señorita Bell -empezó tan frío como el más frío de los tejanos que ella hubiera podido conocer-. No quisiera interrumpir sus coqueteos, pero me voy mañana al amanecer y quisiera decirle adiós.

Se levantó de súbito, con la cara tan blanca como el vestido.

- ¡Oh, Clint!... ¡No!... ¡No!

Nunca pudo saberse hasta qué punto ablandaron a Clint el amor y el dolor de su ruego, pues Murdock le dio una bofetada.

Clint no se alteró. Aquel segundo golpe de tal procedencia le fue agradable.

-Es usted un salvaje cazador de búfalos, llamando coqueta a una señorita -rugió Murdock con una voz robusta que indicaba el placer con que aprovechaba aquella oportunidad. Expresaba tanta satisfacción como desprecio. Pero, aunque era tejano, había menospreciado a Clint.

-Murdock, ¿tiene por casualidad un arma encima? - preguntó Clint con fiereza.

-No - replicó Murdock, sorprendido, y al gritar May, él se enderezó.

Rápidamente, Clint descargó un puñetazo como un mazazo. El golpe fue acompañada por el crujir de los dientes de Murdock. No cayó. Fue aplastado contra el suelo como por el golpe de una maza v debió quedar sin sentido antes de llegar al suelo. No se movió. El que había dicho que Clint no conocía su propia fuerza, no podría volver a decir lo mismo.

Clint colocó el puño grande y apretado ante los asombrados ojos de May.

-Maxwell me hizo la indicación de que me creías blando, y creo que este amigo tuyo también.

Ella hizo una muda negación. Temblaba, pálida como la muerte, aterrada ante el efecto de su deliberada ofensa. Demasiado asustada ante lo repentino de la catástrofe para expresar lo que estaba claro... su dolor, su amor, su pánico. Estaba claro hasta para Clint, presa de la primera rabia del hombre.

-¿Le has matado? - tartamudeó, mostrando con mano trémula al caído, aunque sus ojos parecían fijos en Clint.

No tuvo una contestación para ella. Decir adiós a aquella delicada y blanca criatura era insufrible. Tenía desnudos el cuello y los bláncos brazos. Su hermosura le torturaba. Nunca había visto un vestido como aquél. ¡Y se lo había puesto para Murdock! «¡No puedes decir lo que hará una mujer! » ¡Cómo asustaban a Clint estas palabras! Odiaba a Maxwell. May Bell

Librodot

no era para él, pero la poseería por un salvaje y terrible momento. ¿Estaba loco al imaginar una temblorosa respuesta a sus besos? Implacable, apretó los labios contra su boca, sus mejillas, sus ojos, y luego la boca otra vez, consciente de la torturadora dulzura que trataba en vano de recoger y retener, consciente de que éste era el adiós a la belleza, el amor, a la mujer, al sueño de una juventud bravía y llena de esperanza.

Su locura fue tan breve como violenta. Extenuado y vacilante la soltó, la vio caer de rodillas con los grandes ojos fijos en él. Se echó hacia atrás con un grito inarticulado y extendió su blanca forma sobre la hierba.

Clint se alejó corriendo por entre los árboles, a través del valle, más allá de la caravana de carros, a la soledad y a la noche.

En el melancólico amanecer, Clint Belmet, armado como todos los sombríos carreros, conducía un carro por el camino de las Grandes Llanuras.

XIV

Estamos en junio, en la pradera, sobre la pendiente de Colorado, con la masa purpúrea de las montañas esfumándose detrás y la vasta llanura abierta delante. Capullos de primavera florecen entre la hierba ondulante. La caravana está a salvo, fuera de los pasos y barrancos, en el descenso. Hasta los caballos parecen darse cuenta. Por fin los lentos bueyes avanzan más aprisa.

La caravana Couch encontró muchos soldados en movimiento en aquella parte del país. La guerra era la causa de esta inusitada circunstancia. El gobernador de Colorado había enviado un regimiento entero a Nuevo Méjico a luchar contra la Confederación. La caravana se apresuró a salir de Fort Larned a causa de lo congestionado que éste estaba y de la escasez de pastos. A los pocos días de marcha, dos compañías de soldados de Nebraska, de camino para Fort Union, acamparon con la caravana. No conocían el país, pero llevaban varios guías, uno de ellos famoso en las llanuras y conocido sólo por el sobrenombre de «e1 Viejo Bill». Era, cuando las circunstancias se lo permitían, un narrador de historias, ?o cual le valía el descanso en sus tareas exploratorias y algunos tragos.

Clint Belmet rara vez se alejaba en aquellas noches de los círculos formados en torno de las hogueras del campamento. Estaba serio y silencioso, pero escuchaba las historias, los cantares y la conversación de los soldados y los carreros. La larga y solitaria marcha de diez horas diarias, siempre le dejaba la necesidad de oír voces y risas humanas.

-Una vez, en el año cincuenta y cuatro, o en el cincuenta y dos, estaba yo cazando para una caravana y tenía un compañero llamado Frenshy - empezó «el Viejo Bill», cuando consiguieron ponerle charlatán -. Estábamos en el Cimarrón y la caza era muy escasa. Cabalgamos casi todo el día sin ver ni un búfalo. Mediaba la tarde cuando nos dirigimos de vuelta al campamento y Frenshy cayó en su vieja costumbre de gastar municiones. Le gustaba tirar y tiraba muy bien, pero siempre le ganaba. En aquella época mataba yo conejos con bala y a la carrera. Empezamos a bromear y luego a apostar, y gastamos todas nuestras municiones menos tres cargas. Estábamos ya cerca del campo cuando se nos presentó un viejo búfalo que salía de un agujero. En menos que canta un gallo le metimos en el cuerpo las tres cargas que nos quedaban.

»- ¡Ya has errado! - dijo Frenshy, y yo juré que no. De todas maneras, el búfalo seguía en pie, y cuando nos acercamos vimos que sangraba de mala manera, pero el maldito no caía. Frenshy se apeó, del caballo y sacó el cuchillo diciendo: «Le voy a dar la puntilla.»

»El toro se acostó como si se acomodase y Frenshy se inclinó para apuntillarle Pero apenas le tocó se armó la gorda. El toro se levantó corriendo. No sé si sabréis que un viejo búfalo se puede mover como un relámpago cuando quiere. Éste quería y se lanzó sobre Frenshy y en tres saltos se le puso casi encima.

»-¡Tira! ¡Tira! - gritaba Frenshy, y yo le contesté que no -podía tirar porque no tenía con qué. Frenshy esquivó al bicho y se cogió a su cola gritando como un condenado.

»-¡Mátale! - gritaba Frenshy, loco de miedo. Pero yo no podía hacer nada más que reír. El animal empezó a dar vueltas cada vez más de prisa, hasta que Frenshy empezó a volar por los aires, siendo despedido a más de cuarenta pies de distancia. Afortunadamente para mi compañero, el' búfalo estaba ya agotado v cayó. Frenshy se le acercó con mucha precaución v le dio por fin la puntilla. Luego, amenazándome con el cuchillo, me gritó

»-... ¡Serías capaz de reírte sobre mi cadáver.

»-Yo no podía hacer nada, Frenshy, y estabas tan gracioso y tan asustado...

»-Asustado? -dijo él-. Sólo tenía miedo de arrancarle la cola.

Cuando cesó la risa, uno de los oyentes le dio un trago de la botella y le hizo una indicación para que contara otra anécdota. No se lo hizo repetir.

-En el cincuenta y ocho me encontré en un caso peliagudo. Una banda de Comanches estaba de correrías. Todos vosotros conocéis el río Cowe. En la ribera, muy rica, de ese río habían establecido ranchos muchos colonos. Los Comanches asesinaron hasta el' último de ellos, las mujeres y los niños también. No recuerdo cuántos eran, aunque vi todas sus cabelleras. Una era de una niña, larga y dorada, que causaba lástima... Alguien denunció la fechoría al capitán Howard del Fuerte Zarah, y éste ordenó al teniente Stevens y a sesenta soldados que siguieran el' rastro de los Comanches. Yo salí con ellos, pues conocía el país palmo a palmo. Tomamos el rastro de los pieles rojas a veinte millas de distancia, atravesamos la curva del Arkansas, seguimos el Cowe unas veinte millas y, por fin, desde una loma vimos treinta cabañas de indios. Stevens me envió delante solo para tratar de descubrir la' manera de acercarnos al poblado. Había entre ellos y nosotros una espesa arboleda y tuve que arrastrarme a gatas. Volví con el informe de que me comprometía a llevar a los soldados hasta las chozas de los indios. Atamos nuestros caballos, dejamos diez hombres de guardia y nos fuimos tranquilos y en silencio hasta el campo. Fue entonces cuando vi las cabelleras colgando; una de ellas era la de color de oro, que nos aseguró que aquellos Comanches habían asesinado a los colonos.

»Como los indios estaban todos en sus chozas, nos acercamos y gritamos, y cada vez que salía un Comanche, nosotros lo cazábamos. Todos tenían armas y dispararon muchas veces, pero sólo hirieron a dos de nosotros y éstos no de gravedad. Matamos a veintidós antes de que se rindiesen y cogimos catorce prisioneros, cuyas manos atamos. El teniente les dejó decir adiós a sus familias; luego los sacamos del campo, los pusimos en fila y los fusilamos. Éstos eran los últimos bravos Comanches. Nos pareció duro, pero teníamos que acordarnos de los pobres colonos. Ésta era la única ley posible. Recobramos todo lo robado: unos ochenta caballos y más de trescientas cabezas de ganado.

-Asesinatos en masa por ambas partes - comentó Couch moviendo la cabeza con aire de duda.

-Bill, me parece que no has hecho ningún bien en todos tus años de vida en la frontera - añadió otro de los oyentes, pesimista.

El «Viejo Bill» se indignó tanto que fueron necesarios varios toques a la botella para que volviera a empezar, 'y esta vez, indudablemente, inspirado para un relato homérico.

-En el cincuenta y cuatro cazaba yo en el Medicine Bow. Éramos ocho v creo que valíamos casi tanto como un regimiento de soldados. Aquel invierno recogimos una buena provisión de pieles de nutria, castor y visón, que sabíamos que valían mucho dinero. Nos dirigimos hacia el Sur y el río Kansas, cargando las pieles en nuestros caballos y haciendo nosotros el camino a pie. En julio habíamos andado ya más de seiscientas millas. Y, compañeros, no os engaño si digo que en aquel viaje vimos a más de diez millones de búfalos.

Librodot

Vimos rebaños de cincuenta millas de largo y no sé cuántas de ancho. Lo calculábamos por el tiempo que tardaban en pasar. Poco a poco llegamos a la tierra de los Pawnees, que eran, en mi opinión, los peores pieles rojas de aquellos tiempos. Un día acampamos temprano en Point of Rocks. Cenamos pronto y nos sentamos a fumar y a descansar, cuando oímos un tiro. Podéis imaginar cuán pronto nos levantamos y cogimos nuestras armas.

»Dimos en seguida con una pequeña caravana, que trataba de formar en círculo sus carros, con unos sesenta Pawnees dando vueltas alrededor. Disparaban flechas sobre los bueyes para espantarlos y así poder dominar mejor a los hombres. Corrimos y matamos a seis Pawnees a la primera descarga. Entonces sólo teníamos armas que se cargaban por la boca, pero casi todos poseíamos además pistolas, y en unos diez minutos o así tendimos a veinti-nueve salvajes. El resto renunció y se escapó.

»Era una caravana de mejicanos que llevaba provisiones a Mora, el rancho del coronel St. Vrain. Los salvamos de una matanza. Fuimos a los Pawnees caídos y les arrancamos a todos la cabellera hallando a tres que aún estaban vivos. Rematamos a dos y vimos que los Pawnees volvían a escape. Yo grité para que nos guareciéramos en los carros y corrí, pero me llevé al tercer indio y le metí en un carro. Nunca he sabido por qué hice aquello. Es curioso. Los Pawnees nos dieron unas cuantas vueltas y cuando vieron que ya nos habíamos llevado todas las cabelleras, se marcharon definitivamente.

»El indio que yo había recogido era un muchacho de buen aspecto y de unos dieciocho años de edad. Extendió una mano con la palma hacia arriba, queriendo decir que era amigo.

»-¡Eh, rojillo! -le dije-. ¿Conque eres amigo? Pues tienes un bonito modo de demostrarlo.

»Me indicó que me acercase, y yo lo hice, puesto que no tenía ningún arma encima, y me dijo: «Mí quiere ir a casa padre, madre.» Hablaba un inglés tolerable. Luego se desmayó; tenía una herida en el cuello, pero la bala no le había tocado ninguna arteria. Mis hombres vinieron a ver lo que yo hacía y Hawkins dijo: «No parece que tienes mucha prisa en despachar a ese piel roja. » Y o le contesté que no pensaba despacharle y que deseaba' que le considerasen como de mi propiedad particular. Todos se echaron a reír y convinieron en dejármelo con mucho gusto. Le lavé la herida e hice que un mejicano me buscase hierbas balsámicas y le puse un vendaje. A la mañana siguiente mi enferma estaba mejor y le cargué en uno de los carros que iban a Fort Bent. Llegamos allí en siete días. Mi paciente mejoraba mucho y estaba muy agradecido a lo que hacía por él. No tenía la mirada fija y maligna común a todos los pieles rojas. Yo sentí curiosidad y cuando llegamos al fuerte le hice algunas preguntas.

»-¿Cómo te llamas?

»-Jim Pez Blanco - me dijo.

»-¿Dónde vives?

»-En Big Walnut.

»-¿Eres un Pawnee?

»Negó con la cabeza, pero no me dijo a qué tribu pertenecía. Luego le pregunté si hacía la guerra junto con los Pawnees. Él me dijo que había ido a ver a su novia y que había caído entre los Pawnees, que le habían obligado a ir con ellos, pegándole y dándole patadas. No tenía armas ni quería combatir a los mejicanos. Le llamaron mujer. Bien, yo creí lo que el mozo contaba y pagué a un médico del fuerte para que le curase. Cuando le dije adiós, deseándole buena suerte, me cogió la mano y me preguntó

»-¿Cómo te llamas?

»-El «Viejo Bill» - le contesté. El apretó mi mano contra su pecho y me dijo que se acordaría del «Viejo Bill»... Nosotros vendimos nuestras pieles y volvimos por más. En aquella época cazaba yo mucho. Cuatro años después de aquello, en la primavera del cincuenta y nueve, yo estaba con otros tres cazadores trabajando en las montañas del Paso del Ratón. Estábamos acampados en el río Timpas; teníamos cuatro mulas muy cargadas. Aquella noche fuimos atacados por un puñado de indios y tuvimos que correr. Yo recibí un tiro en

Librodot

una pierna, pero conseguí seguir corriendo hasta que una flecha en el cogote me hizo caer sin sentido. Cuando recobré el conocimiento estaba en un lugar oscuro y difícil de apreciar. Estaba más débil que un gato y no podía mover ni una mano. Alguien levantó una manta y dejó entrar alguna luz. Vi un indio y una india que tenían las manos con las palmas vueltas hacia arriba y conocí que estaba entre amigos. La mujer me dio a beber una cosa horrible. Me volví a dormir y al despertar me encontré mejor y reconocí en el indio a joven que yo había salvado.

»-¿Me conoces? -preguntó Jim Pez Blanco.

»Le hice comprender que le conocía. Su madre entró con algo para comer y beber. Me cuidaron durante cinco semanas; ¡me reponía muy despacio. Aquella vieja me salvó la vida. Jim me dijo que estaba acampado en el río Coon, a unas veinte millas de Fort Larned.

» Jim -le dije-. Ve al' fuerte y di que vengan a buscarme.

-No -me contestó él, muy serio -. Mi gente desconfía de mí. Espera, cuando estés fuerte yo te llevaré. »Tres semanas más pasé en aquella choza antes de poder andar. Jim me había dicho que ningún otro indio, además de su madre, sabía que yo estaba allí. Una noche me sacó y al día siguiente estábamos en Fort Larned las últimas millas me tuvo que llevar a cuestas. Al despedirnos me dijo: «Yo recuerdo «Viejo Bill » . . . Y no le he vuelto a ver más.

-Bill - dijo uno de los carreros -. Estoy pensando si no serás el embustero más grande de estas llanuras.

-Es la pura verdad - protestó Bill -. Y me creáis o no, no he vuelto a disparar contra un indio desde entonces. En el Paso del Cimarrón, uno de los guías de Couch descubrió mulas en un cañón y sospechó una emboscada de los salvajes que hubieran robado el ganado. Un reconocimiento probó que las mulas estaban a cargo de veintiún soldados que habían acampado allí para pasar la noche. Los hombres de Couch los tomaron, naturalmente, por tropas de la Unión, pero cuando les hicieron una visita resultó que eran rebeldes.

Couch discutió con algunos de sus hombres que querían sorprender a los soldados y matarlos.

-No; eso es muy de piel roja, para convenirme - dijo el jefe del tren -. Que cada uno lleve un arma escondida en el bolsillo y vamos allá como de visita.

Sus hombres fueron por grupos al otro campamento, y cuando la mayor parte de los rebeldes estaban alrededor del fuego, Couch dio la orden y los sorprendidos soldados estaban prisioneros antes de darse cuenta de lo que ocurría.

-Nos habéis cogido - dijo el jefe rebelde.

El plan de Couch era llevarse con la suya a la caravana prisionera, una tarea que de ninguna manera facilitaba su viaje a Westport. Por suerte, llegó un regimiento de soldados de la Unión, a quienes los rebeldes fueron entregados.

Algunos días después, acampados en el río Ash, se despertó Clint a las tres de la mañana y echó de menos a Jack. Esta rara ocurrencia estaba siempre preñada de alarma. Clint corrió descalzo a decírselo a Couch, que estaba

de guardia con diez hombres. Despertaron a todos los demás y se apercibieron a rechazar un ataque. Al amanecer, Jack no había vuelto aún, y Clint quiso salir a buscarle, pero el jefe se lo prohíbo. A la hora del almuerzo volvió Jack meneando la cola y^ seguido de un hombre, evidentemente un caravanero. Llevaba un arma.

Couch fijó en el extraño una mirada desconfiada. Un hombre a pie en aquel país era un bandido o un viajero desgraciado.

-Buenos días. Venga usted a tomar un bocado con nosotros - fue el saludo de Couch -. Y díganos quién es. -Me llamo Asher - dijo enjugándose la sudorosa frente -. Conductor de camino para Baruth. Estábamos en un campamento a ocho millas por encima de vosotros, una caravana de cincuenta y uno... Esta mañana me levanté para cazar conejos a la luz de la luna. Cuando volvía al campamento oí tiros y gritos. Me acerqué para mirar desde el otro lado del río... Pronto cesaron los tiros, pero siguieron los gritos. Los carros empezaron a

Librodot

arder. Luego vi al grupo de indios que los habían incendiado. Me escondí en la hierba, seguro de que los salvajes habían matado a todos mis compañeros. Cuando se alejaron, yo eché a andar por el arroyo abajo hasta que encontré a este perro que estaba rastreando a los indios. Él me ha traído aquí.

Era la misma vieja historia de las llanuras. Pero sus variaciones eran tan infinitas como su poder de hacer palidecer las mejillas del más curioso de los llaneros.

-¿Cuántos hombres ha dicho usted? - preguntó Couch rompiendo el primero aquel siniestro silencio.

-Cincuenta y uno en total... Y si yo no hubiera estado desvelado v hubiese salido a cazar, no quedaría ninguno para contarlo.

-¿Había mujeres y niños?

-No, gracias a Dios.

-Lo mismo que aquí. Bueno, Asher, supongo que no tendrá usted! ninguna gana de comer, pero puesto que hay que seguir viviendo, lo mismo que todos nosotros, siéntese y tome un bocado.

Al día siguiente, la caravana llegó hasta la Roca del Pawnee, uno de los campamentos favoritos de Clint en todo el camine.

El río Arkansas hacía allí una gran curva que encerraba más de un millón de acres de terreno llano, donde siempre había búfalos rumiando. Era el coto de caza favorito de todas las tribus de las praderas; muchos de sus combates se libraban en aquel lugar.

Una tribu de Cheyennes llegó a la vista del campamento. Estaban trasladando su poblado, una operación que Clint había observado ya antes y que era muy interesante.

Cuando una tribu de indios levantaba su campo, las mujeres hacían todo el trabajo. Desmontaban las tiendas de piel y las cargaban sobre los caballos con palos atados a cada lado. Cuando estaban listos para la marcha, soltaban la yegua del cascabel.

La yegua del cascabel, un animalito que acompañaba a todas las bandas de indios viajeros, era no sólo el animal más raquítico entre su ganado, sino que estaba adiestrada para mezclarse a las caravanas y espantar a sus ganados y conducirlos a ríos o cañadas donde los indios los recogían.

Cuando los caballos habían consumido la hierba alrededor de un campamento de indios, éstos se trasladaban a otro lugar. Eran, por consiguiente, de costumbres nómadas y seguían a los búfalos.

Los hombres de Couch observaron que la yegua del cascabel debía haberse alejado de la caravana. Los caballos iban cargados con las tiendas y cestas con niños indios, a veces dos o tres en una cesta. Tenían asimismo numerosos perros, algunos de los cuales llevaban también pequeños enseres de la misma manera que los caballos. A Clint se le antojó que aquellos perros tenían algo de lobo gris.

Los Cheyennes llegaron frente al campamento de Couch y se detuvieron a la vista. La yegua del' cascabel, fiel a su educación, cruzó chapoteando el arroyo, pero cuando Couch ordenó a sus hombres que se formasen en semicírculo con las armas preparadas, varios indios salieron y obligaron a volver a la yegua. Los guerreros desmontaron y se sentaron con las Piernas cruzadas a fumar mientras sus mujeres levantaban las tiendas, extendían las mantas, recogían leña, preparaban la comida y se la servían a sus señores. Todo esto ocurría a plena vista, a menos de un tiro de piedra de donde Clint estaba sentado mirando.

Pero la caravana no fue molestada y siguió hasta el pequeño Arkansas, donde desgraciadamente tuvo que detenerse una noche en un lugar famoso por las emboscadas que en él se preparaban. Pawnees, Cheyennes, Comanches, Arapahoes y Apaches habían atacado allí a muchas caravanas; una y otra de estas tribus nunca dejaba pasar a una caravana pequeña sin un combate.

Couch tomó aquí extraordinarias precauciones, formando un apretado círculo, colocando el cañón en la posición más favorable y treinta hombres de guardia repartidos alrededor del círculo.

Clint, con su perro Jack, hizo la guardia con Couch, que era siempre la más importante, la hora que precede al amanecer, cuando empieza a asomar la luz por el Este. Estaban situados cerca del cañón. Clint, Couch y otro centinela paseaban arriba y abajo, haciendo su guardia, con el perro a los talones. La noche era brumosa y cálida; la lluvia amenazaba.

De pronto Jack empezó a levantar la nariz y a ventear el aire..., un signo seguro de que había indios cerca.

-Estábamos haciendo este viaje con demasiada suerte - gruñó Couch -. Me parece que ahora tenemos la tormenta encima.

Ataron al perro a la rueda de un carro, pero el animal se puso tan inquieto y receloso que Couch dio la vuelta al campamento despertando a todos los hombres. Cuando volvió al lado del cañón, que cubría un hueco dejado entre los carros, Jack empezó a gruñir con fiereza.

-¡Atención todo el mundo! -gritó Couch encendiendo la mecha.

-¡Ya vienen! - gritó un guía desde lo alto de un carro.

El infierno cayó de súbito sobre ellos. Por fin había sido Couch sorprendido, Sus hombres estaban despiertos, pero no todos en línea, y cuando el horrible estruendo de los gritos de los indios rasgó el espacio, sólo abrió fuego una tercera parte de la caravana.

Clint se metió debajo de un carro con el arma preparada, el cabello erizado, la piel apretada y fría y la sangre agolpándose a su corazón. El ruido de los tiros y aullidos era ensordecedor. Rojos relámpagos iluminaban la oscuridad de la noche, en la cual se movían sombras rápidas y salvajes.

Clint sintió un soplo de viento, un golpe... ¡Luego, la oscuridad!

Cuando abrió los ojos, yacía en un lecho en una habitación extraña. Podía mirar por una ventana. La nieve blanqueaba un tejado. ¡Invierno! Debía de estar soñando. Sentía algo anormal en la cabeza y el cuerpo como de plomo. Nada de lo que veía le era familiar. Pero pensaba que ninguna de las casas de los fuertes: en las llanuras tenían una cama y una habitación coma aquéllas. Levantó una mano para golpear en la pared. Oyó en seguida ruido de pasos... La puerta se abrió para dejar paso a una mujer que le miró con ojos rápidos y atentos.

-¿Dónde estoy? - preguntó, y le pareció que su voz sonaba muy lejos.,

-En Kansas City - le contestó alegremente, inclinándose sobre él para tocarle la cabeza y mirarle en los ojos-. ¿Quién es usted?

-Soy Clint Belmet..., todo lo que queda de Clint Belmet.

-¡Por fin ha recobrado usted la razón! -exclamó la mujer-. ¡Nunca lo hubiera creído! Pero el médico siempre ha sostenido que por fin se despejaría.

-¿Despejarme?-repitió sin comprender.

-Ha estado usted loco durante meses -replicó la mujer inclinándose más sobre él- Le llevaron a usted al hospital en agosto y el señor Couch le trajo a usted a mi casa a fines de septiembre. Ya hemos pasado Navidad ahora.

-¿Navidad?... ¿Y dónde estoy? ¿En Westport?

-Era Westport. Ahora es Kansas City. Estamos creciendo.

-¿Dónde está mi tío Jim?

-¿El, señor Couch? Se marchó a los seis días de llegar con una gran caravana, según dijo. Más de doscientos carros.

-¿Qué es lo que tengo? - siguió preguntando Clint, cada vez más débil.

-Tóquese aquí, joven. -Le cogió la mano y le hizo palparse la cabeza por encima de la sien, donde se sintió una profunda cicatriz, ya curada, pero aún sensible al tacto.

-Un balazo.

-No. Una flecha. La bala estaba en un hombro, y una mala herida ha sido; pero también está curada. Ya está usted, reponiéndose.

-¿Dónde está mi perro Jack?

Librodot

-El señor Couch me ha hablado de él. Debía de ser un perro maravilloso. Cuando le encontraron a usted, un indio le estaba sacando de debajo del carro y su perro luchaba con él. Le mató con: un cuchillo que, sin duda, pensaba utilizar para arrancarle a usted la cabellera. Mataron al indio. El señor Couch dice que el perro le salvó a usted' la vida.

-Mi perro... Jack -murmuró Clint como en sueños. No sentía nada, sino una triste aprensión de los hechos. En febrero, Clint pudo levantarse de la cama, andar por la habitación y poner de cuando en cuando un leño en la chimenea. El tiempo era frío. La señora Mellon había puesto un cómodo sillón frente a la chimenea, donde Clint pasaba las horas. Leía y dormía. Hacía sus comidas sentado en aquel mismo sillón con una tabla puesta sobre las rodillas. Sus delgadas manos le fascinaban, y como un niño tenía la costumbre de levantarlas para mirárselas. Día por día parecían llenársele y hacerse menos transparentes. El tío Jim había dicho una vez que las manos de Clint eran como martillos.

En marzo empezó a mejorar notablemente. El médico dijo que por fin había vencido la infección de la sangre producida por la herida de bala del hombro. Empezó a aumentársele el apetito, primero poco a poco y luego a .saltos.

Abril trajo mañanas soleadas, verde hierba, hojas y capullos de lila en el seto de frente a su ventana. Los pájaros cantaban. ¡La primavera! Pero la sangre de Clint Belmet no se agitaba gozosa. Ya no era un muchacho, y todo lo que hace a la vida digna de vivirse había pasado.

Cuando pudo salir de la casa, su lugar favorito era el muelle, donde pasaba horas sentado observando la turbia corriente, los vapores de ruedas pasar chapoteando y arrojando nubes de humo, los mozos trabajando en la carga y descarga. Luego pudo empezar a pasear por la orilla del río bajo los árboles y hallar un lugar tranquilo donde observar y descansar.

No había actividad en su mente. Algo le había embotado. Sin embargo, era lo bastante sensible para saberse el héroe de los muchachos de Westport. Los evitaba cuanto le era posible. Todos conocían su historia. ¡Búfalo Belmet l Si Clint hubiese matado tantos indios y pasado tantos peligros como le asignaban aquellos muchachos, hubiera sido cien veces un Kit Carson.

Empezó a acercarse el verano. Clint comenzó de nuevo a pescar, aunque sin el antiguo entusiasmo. Pero era placentero sentarse con la espalda apoyada en un árbol y mirar el sedal de su anzuelo, esperando el pez que nunca llegaba. ¡No es que esto le importase!

A fines de mayo salió la primera caravana para el Oeste. En junio salieron varias; todas numerosas, pues los indios se habían vuelto más feroces y persistentes en el ataque y la guerra no permitía las escoltas. Fue difícil para Clint escapar a la influencia de la terrible lucha entre el Norte y el Sur. Westport hervía en conversaciones sobre la guerra. Siempre había movimiento de soldados. A Clint le parecía que había en Westport gentes cuyas simpatías estaban más por el Sur que por el Norte. A veces escuchaba con disimulo la conversación reservada de los trabajadores negros.

En julio salieron más caravanas a cruzar la llanura. Clint nunca dejaba de estar presente a la hora de la partida, y nunca vio a los bueyes moverse y a los grandes carros empezar a rodar sin sentir el ansia de acompañarlos. Algo le llamaba hacia el Oeste. El sentimiento crecía en él. Veía la larga línea de carros extenderse por millas a través de la pradera, la vasta llanura por todas partes, la hierba como un mar ondulante, los pájaros, los conejos, los antílopes, los venados, los enormes rebaños de búfalos, extensión gris inmensa, monótona, solitaria y grande. Con los ojos de la mente contemplaba siempre los áridos llanos, las lomas, las mesetas; la súbita y como mágica aparición de los salvajes guerreros de las praderas, desnudos y emplumados. Pensó en las tumbas que allí estaban de sus seres queridos, y en la tumba de sus esperanzas.

Aull y Compañía esperaban desde hacía días la primera caravana del Oeste. Diligencias de Council Grove y soldados que venían al Este desde los fuertes traían noticias de caravanas que nunca llegaban. Estaban preparadas para salir, pero quizá no habían salido... o quizás habían sido detenidas por el camino.

La primavera del año 1863 fue la más azarosa que experimentó el negocio de los acarreos. Si Aull y Compañía perdía las caravanas que esperaba, estaba arruinado, y otras Compañías de menor importancia estaban en situación no menos precaria. Todos los negocios que no estaban directamente relacionados con la guerra eran malos.

En la mañana del 16 de julio, un jinete destacado entró a galope en Kansas City y anunció a Aull v Compañía que la caravana de Nelson llegaría al río a cualquier hora de aquel mismo día, con ciento sesenta y nueve carros bien cargados, intactos, el personal y el ganado en buenas condiciones y cierto número de familias emigrantes que habían sido rescatadas en Point of Rocks.

El júbilo no quedó limitado a Aull y Compañía. Hubo general alegría y se renovaron las esperanzas de todos los que tenían algún interés en las caravanas.

Clint había estado seguro de que Couch llegaría antes que ninguna otra caravana. Nelson debía haberse aprovechado de una temprana primavera y, sin duda, había tenido suerte en el viaje.

La primera persona en Kansas City que vio la caravana de Nelson fue Clint Belmet. Su vista sacudió la extraña torpeza que había embotado durante meses las emociones de Clint. Temblaba como una hoja. El pasado parecía desdoblarse ante sus ojos; aquel _primer viaje de Independence, el arroyo, la pequeña May Bell, el asiento de la galera que ella compartía con él, los indios, la muerte de su madre y de su padre, y todos los cuadros terribles del pasado.

Clint estaba el primero en la multitud que dio la bienvenida a la caravana de Nelson. Los carros llenaron toda la gran plaza donde estaba el almacén de Aull y Compañía. Clint se mezcló con los alegres y sudorosos carrerros, cambiando una palabra aquí v allá con ellos. Hablaba un lenguaje que ellos comprendían. La caravana de Nelson había sido atacada dos veces. ¡Sin pérdidas! En Point of Rocks, cincuenta jinetes habían puesto en fuga a una banda de Pawnees que atacaban a los restos de un tren de emigrantes. Pawnees, Comanches y Apaches habían salido en pie de guerra de sus campos de invierno y estaban más, feroces que nunca. Y una nueva amenaza había surgido en las llanuras del Oeste. Criminales, desertores de ambos ejércitos, bandidos y ladrones mejicanos eran ahora tan de temer como los mismos indios. Una pequeña caravana podría escaparse, pero sólo tenía una probabilidad contra ciento. Si estos dos enemigos de los viajes se corrían hacia el Este hasta Council Grove, las líneas de diligencias tendrían que cesar en sus recorridos.

Aquella noche, en el almacén de Aull y Compañía, donde Clint era conocido, se encontró con el rubio y gigantesco Nelson, jefe de la primera caravana.

-¡Hola! ¿Conque es usted Búfalo Belmet? Ya he oído hablar de usted. Me alegro de estrechar su mano.

-¿Conoce usted a mi tío Jim Couch? - preguntó Clint con ansiedad.

-Seguro. Le vi en Fort Lamed en octubre pasado; me ha contado que le hirieron en aquella agarrada que tuvo con los Comanches... Bien, ¿de modo que ha salido usted de ella?

-Sí. Ya estoy casi bien otra vez.

-Me alegro muchísimo. Veamos: era... hace cerca de un año. El tiempo vuela. Bueno, me parece que pronto le volveremos a ver mirando a los llanos grises, ¿verdad?

-No lo sé, Nelson, quizá. Depende del tío Jim. ¿Puede usted darme noticias de él?

-Seguro. Estaba en Fort Larned en octubre pasado. Iba de viaje para Santa Fe y Las Vegas. Esperaba pasar el invierno, allí.

-¿No llegará pronto a Kansas City?

-Debe, y llegará. No se preocupe por ese viejo. Se arriesga, pero llega. Tiene el mejor equipo de combatientes de todo el Oeste. Ya quisiera tenerlos yo. Si viene mientras yo estoy cargando, le esperaré para salir juntos... Malos están los viajes en estos tiempos, Clint. La tensión en los hombres es mala. Vigilar todo el día y dormir con un ojo toda la noche es tan duro como la misma pelea. Acaba quebrándole a uno.

-¿Ha pasado usted por el rancho de Maxwell? - preguntó Clint vacilando.

Librodot

-No. He pasado el invierno en Fort Union. Buen invierno y pronta primavera. He oído hablar de Maxwell. No le va muy bien. El otoño pasado perdió cuarenta y siete carros de carga que le quemaron los Pawnees en Cow Creek, y creo que estaba corto de mercancías y que dependía mucho de aquella carga... Las desgracias nunca vienen solas... Corre el rumor de que Maxwell no resistirá la guerra. Es! rico en tierras y en ganado, pero si no puede comerciar tendrá que vender el rancho.

-Pero quien se lo comprase estaría en la misma situación...

-Eso creo yo - dijo Nelson riendo.

-¿Sabe usted algo de Dagget, que llevó una caravana a Maxwell en mayo, hace un año?

-Sí. Le mataron en una casa de juego en Las Vegas. Su caravana se desbandó y sus carreros se dispersaron por aquí y por allá. Couch cogió algunos de ellos.

Clint halló el hablar difícil, sentía la lengua gorda y la boca seca.

-Yo tenía algunos amigos entre la gente de Dagget -siguió diciendo Clint-. Tejanos. Se llamaban Clement, Hall Clement y...

-No, Búfalo - interrumpió Nelson- No conozco a nadie de ese nombre.

-Había uno entre los que viajaban con Dagget, tejano también, aunque no amigo mío. Se llamaba Lee Murdock... ¿Ha oído usted este nombre por ahí?

-¿Murdock? Me parece que sí, Búfalo. Ya lo tengo... seguro..., se llamaba Murdock, por lo menos, aunque no respondo del primer nombre. Tahúr; muy largo con sus armas v de muy mala fama. Procedía de Texas y, si no recuerdo mal, estaba en Fort Larned el invierno pasado.

-Gracias. Debe ser el mismo a que yo me refiero.

-No se lo hubiera dicho, a saber que no es amigo de usted. Tan pronto como descarguemos saldremos a acampar fuera de la ciudad, a los pastos de Jone. Venga usted a verme. Será usted bien recibido en la cena... Tengo todavía algunos filetes de búfalo. ¿Eh? Ya se ríe. Apuesto diez dólares a que se le está haciendo la boca agua.

-Me parece que sí-admitió Clint.

-Cuando uno come por algún tiempo carne de, búfalo no vuelve a querer otra. Es lo mismo que la nostalgia de las praderas.

Clint anduvo por allí algún tiempo, absorto en pensamientos y sentires que eran como sueñas vagamente recordados. Había esperado más noticias que las referentes a su tío Jim' Couch. Pero no dejaba llegar esto a su conciencia. Volvió a su habitación, se paseó por ella y se arrojó por fin sobre la cama. El modo que tenía de crujir atestiguaba cómo aumentaba su peso. Extendió su mano derecha ante sus ojos. Ya no era la mano de un esqueleto. El color seguía blanco, pero la carne había vuelto. Podría conducir un carro mañana. Las dos pequeñas cicatrices de sus nudillos se destacaban lívidas, dos señales permanentes dejadas allí por los dientes de Lee Murdock. Una agitación de la sangre, un calor, acompañó al recuerdo del' puñetazo que le había dado el tejano. El pasado, pálido y esfumado, empezaba a cobrar color y vida.

XV

Jim Couch, con media caravana, llegó a altas horas de la noche del 2 de agosto. Clint no lo supo hasta la mañana siguiente, en que su patrona le informó de que Couch había mandado recado. Clint, sin esperar a almorzar, corrió hasta el almacén de Aull.

Era una caravana de triste aspecto, pero Joe Anderson, después de un alegre saludo, le aseguró que sólo tenían algunos hombres heridos y ninguno muerto, y que habían llegado con todo su valioso cargamento.

Librodot

Clint halló en Couch un jefe digno de tal compañía. Estaba sucio y barbudo y llevaba en 1'a cabeza una venda empapada en sangre seca. Cuando vio a Clint gritó:

-¡Búfalo! -y le cogió con sus duras manos-. ¡Cuánto me alegro!... Estás pálido y más viejo pero fuerte y bueno otra vez.

Clint respondió a su caluroso saludo y en seguida preguntó

-Tío, ¿tiene usted una carta para mí?

-No, lo siento -replicó Couch, pensativo.

-¿Ninguna noticia?

Muchas noticias. Me figuro cuáles querrás oír primero. En otoño pasado, cuando volvimos al rancho de Maxwell, tu novia se había ido. Los Clement estaban en Taos, y Maxwell me dijo que la última vez que había visto a May estaba bien. Pero se afectó mucho con tu marcha. Yo fui a Santa Fe y envié una carta a Clement.

No tuve contestación. Invernamos en Santa Fe y nos fuimos a Taos. Antes de salir me dijeron que los Clement se habían ido a California.

-¿Eso es todo? - inquirió Clint, entre ruinas de esperanzas de que hasta aquel momento no se diera cuenta.

-Todo sobre tu novia y creo que son buenas noticias. May Bell sintió mucho tu marcha y te estará esperando en alguna parte.

-¡Pero... California!

-Ha sido una excelente idea de Clement llevársela a la costa, por lo menos mientras dure esta guerra. Debes alegrarte, Búfalo. El camino de las llanuras es el camino del infierno.

-No había pensado en eso... ¿Ha ido aquel Murdock a California?

-No. Es un tahúr, o algo peor. Estuvo en Santa Fe algún tiempo intimo de Blackstone y su gente. Blackstone parece que tiene mucho dinero para beber y jugar, y podemos apostar a que no lo ha heredado de su papá. He oído rumores sobre él. Murdock es Una mala compañía.

-Eso es un consuelo -replicó Clint con una risa forzada-. Estaba terriblemente celoso de él'

-Tú eres un tonto. May, según Maxwell, estaba tan enamorada de ti que no podía sufrir ni una sola palabra de desaprobación.

-¿Ha dicho eso Maxwell? - Clint temblaba interiormente.

-Sí. Yo estuve en el rancho dos días y no sabía hablar más que de ti v de May. Estaba preocupado por vosotros... Y, a propósito, Maxwell está en una mala situación económica y quiere vender el rancho, pero todo el mundo en la frontera está lo mismo, y estará peor antes de que pueda mejorar.

-Anderson me ha dicho que tenía usted algunos hombres heridos.

-Sí, nueve, sin contarme a mí. Nos han atacado por el camino tres veces. La última en Point of Rocks, donde puse la cabeza delante de una onza de plomo. Una pulgada más abajo y hubiera mandado a tu tío al Paraíso de las Cacerías Eternas. Nos hubieran dejado allí, a no ser por el cañón. Ben Davis se encargó de él cuando yo caí y con dos tiros hizo correr a los Comanches como conejos. Tuvimos que dejar algunos carros, que han sido pérdida individual para sus dueños.

-¿Point of Rocks? Ése es un mal campo para nosotros, tío -dijo Clint recordando.

-Búfalo, cada vez que veo Point of Rocks aparecer en el horizonte, me dan escalofríos... Como si algo malo me fuera a ocurrir allí. Ésta ha sido la segunda vez.

-Cuidado con la tercera, tío.

-¡Ajá! También he pensado eso yo. Bien, no podemos evitar el Destino más que nuestros pensamientos raros... Puse tu dinero en un Banco aquí, ¿te lo ha comunicado alguien?

-Sí, y he pagado todas mis deudas. Me quedan unos dos mil dólares.

-Déjalos aquí y añade todo lo que tengas.

-Yo no gasto mucho. ¿Cuándo va usted a cargar otra vez?

Librodot

-En seguida. Tengo un gran contrato. Cargaré todos los carros que he traído y cincuenta más. Tendremos que tomar algunos carreros novatos. Pero tengo suerte. Una caravana del ejército está cargando aquí para Fort Larned. Haremos el viaje juntos.

-¿Podría usted utilizar a un viejo acarreador? - preguntó Clint con la mirada fija en el Oeste.

-¡Ja, ja! Quizá... Coge tus armas, Búfalo, y ven al campo. Necesitas que te dé un poco el sol antes de llegar al país de los indios. Te podrían tomar por un albino.

Con una caravana de ciento sesenta y nueve hombres, sin contar un regimiento de soldados con un convoy de provisiones, Jim Couch tema muy poco que temer de los salvajes en aquel viaje hacia el Oeste.

Siete partidas de indios, algunas de ellas grandes, observaron el paso de la caravana desde sus atalayas, sin un movimiento hostil. Pero su silenciosa vigilancia era siniestra. ¡Ay de las pequeñas caravanas!

Clint Belmet volvió a su antiguo oficio y con un mes de conducir, cortar leña y trabajar, volvió a estar curtido y fuerte otra vez. Sin embargo, ni siquiera Couch se daba cuenta de su creciente estado de esperanza y expectación. Mil veces, mientras conducía con los ojos fijos en el horizonte purpúreo, y por la noche escuchando el aullido de los coyotes, se repetía lo que Couch y Maxwell habían dicho de May Bell.

No podía persuadirse de que fuera verdad. Pero él se había precipitado, implacable, y demasiado celoso, cual un salvaje cazador de- búfalos. ¿Había sido injusto con May Bell ¿Había hecho mal, haciendo lo que él creía ser lo mejor? Sus dudas aumentaron. Pero aún le dolía el corazón con el recuerdo de su desdén en el almacén de Maxwell, y después aún con más encono, con la memoria de aquella dorada puesta de sol en que la había descubierto hablando con Lee Murdock. ¡Si el hubiera tenido más tiempo! Inútiles pesadumbres que se multiplicaban con las millas. Pero su esperanza ardía y le quemaba como un fuego constante. Era el mes de noviembre cuando la caravana de Couch llegó a Santa Fe, y estaba nevando. La caravana descargó y acampó para el invierno.

Clint abandonó la idea que acariciara durante todo el largo camino, de ir a visitar el rancho de Maxwell en la primera oportunidad que se le presentase, pues el coronel estaba ausente en el Este. Se había descubierto oro en su rancho y corría el rumor de que estaba tratando de venderlo o levantar capital para su explotación.

Al día siguiente fue a la ciudad a inquirir el paradero de los Clement. Era paciente y tenaz. Por fin le dirigieron a un comerciante de Taos que acababa de llegar de Santa Fe. Este hombre se llamaba Wright.

-Desde luego, conocí a Hall Clement -respondió al momento a la pregunta de Clint. Buen tejano..., no los hay mejores... Y siento mucho, Belmet, tenerte que decir que yo mismo ayudé a su entierro.

-¡'Ha muerto!

-Sí. Le mató un tahúr llamado Murdock. -¡Murdock! ¿Lee Murdock?

-Nunca oí su primer nombre; pero era tejano y conocía a los Clement. Estaba enamorado de su hija adoptiva... No he oído mucho más sobre el particular. Hall Clement fue el año pasado a California, dejando a su mujer y a su hija en Taos. La muchacha tenía alguna razón para no querer ir a California. Durante la ausencia de Clement, este Murdock persiguió a la muchacha tanto que le ocasionó una enfermedad. Cuando Clement volvió, buscó a Murdock y le pegó una soberana paliza,

Después se encontraron en una taberna y Murdock le mató de un tiro; dice que no yerra uno... Esto pasó el verano pasado. En agosto, la señora Clement y la joven salieron de Taos, vinieron aquí y se fueron en una caravana que salía para Kansas City.

-¡Agosto! ¿Qué caravana? ¿Quién era el jefe de ella?

-Bill Kelly. Dejó Taos en julio, llevándose mercancías mías. No he oído que ninguna otra caravana saliera en la misma época.

-¡Oh! ¡Perdimos aquella caravana! -gritó Clint dándose cuenta con terror -. Tomamos el camino seco, que el tío Jim conoce tan bien, el, atajo. Kelly iba por el otro camino.

Clint salió del hotel y volvió al campamento cabalgando furiosamente. Por unos pocos días, no había podido encontrarse con May Bell, pues recordó que cuando llegaron al cruce del camino, Couch había dicho que el rastro de la caravana de Kelly estaba fresco. Los carneros tienen en cuenta estas cosas.

El golpe y el' disgusto le parecieron insoportables a Clint hasta que se dio cuenta de que así May había escapado a la persecución de Murdock. En esto hallaba un poco de consuelo. Kelly tenía una caravana grande y lo podía resistir todo, menos un ataque concentrado de varias tribus. Casi con seguridad, May Bell estaría a salvo en Kansas City. Se le ocurrió que quizá tuvo noticias de su herida v tomó la primera caravana hacia el Este. ¡Si fuera verdad! Su corazón se ensanchó. Aquello significaba que le amaba a pesar de todo. La esperanza no se quería desvanecer.

-Sí, así tendrá que quedarse allí este invierno y esperar que yo vuelva el verano que viene - soliloquiaba Clint, persuadiéndose de que esto no era del todo improbable -. ¡Pero un largo invierno esperando! ¡Y el viaje en la primavera!

¿Cómo podría pasar el tiempo, las largas horas de espera, sin nada que hacer, pensando y añorando, sin estar seguro de nada?

De súbito pasó por su mente el recuerdo de Murdock, y con él la memoria excitante de las dos insultantes bofetadas que Murdock le había dado y del' puñetazo que él le había devuelto. A continuación pasaron por su cabeza los varios informes que había recibido de Murdock y, por último, lo que Wright añadiera a ellos. Clint podía imaginarse cómo Murdock, fracasado en su intento de ganar a May, la había molestado. No se detendría ante nada para conseguir sus propósitos, ya fuera el matrimonio u otra cualquier cosa. Hall Clement le pegó por algo.

Mataré a Murdock - decidió de repente. Y luego sintió recrudecerse la misma extraña y fría ferocidad que sintiera un momento antes de pegarle aquel puñetazo. La mortal resolución dio a Clint motivos para pensar. Se debía preparar para el inevitable encuentro con el tejano; y a este fin empezó a practicar con el revólver. Ya era el mejor tirador de revólver de la caravana de Couch. Con el rifle no estaba por encima del término medio, pero tenía el ojo rápido y el dedo sensible, el tino necesario para la precisión en los tiros. Mientras duró el buen tiempo, Clint se dedicó a la caza, más con la intención de ejercitarse con el revólver que por cobrar piezas. Después salía sobre la nieve a tirar al blanco.

Compró todas las municiones en el almacén de Santa Fe, en lo cual invirtió varios cientos de dólares. Los carreros dejaron de reírse de aquel juego. Couch estaba serio y movía su greñuda cabeza, peco no decía nada. Cuando Clint pudo acertar en todos los tiros a un pequeño bote de hojalata a cincuenta pies, empezó a pensar que estaba llegando a algo. Cuando tirándolo a lo alto logró meterle tres balas de cada cinco, ganó confianza en sí mismo.

En esta práctica incluía también la rapidez en requerir el arma. Kit Carson, que había matado más hombres que nadie en aquella época en la frontera, le dio a Clint una conferencia sobre el particular, que éste comprobó con infinito cuidado. De modo que pasó las horas de luz de aquel invierno en mantener una hoguera encendida, guisar, cortar leña y perfeccionarse en el uso del revólver. Mucho antes de que volviese la primavera, esperó que Murdock apareciese en Santa Fe. Pero el jugador estaba trabajando en los campamentos del ejército.

Pasó el invierno y llegó tardía la primavera, circunstancia que no contribuyó a poner a los acarreadores del mejor humor. Algunos años podían hacer dos viajes de ida y vuelta, pero esto era excepcional.

Couch no salió hasta primeros de junio; sin embargo, mandaba una caravana de doscientos sesenta y tres carros, la más grande que había conducido en su vida, y esto daba a todos algún consuelo y disminuía el riesgo.

Librodot

En el viaje, que hacía para Jim Couch el numero treinta y ocho, la caravana fue rodeada por cuatro diferentes partidas de indios; los primeros, Kiowas, y los últimos, Pawnees. Couch disparó su cañón en dos ocasiones, sin causar bajas, pero sí una precipitada fuga.

-Ja, ja l Corred diablos rojos -decía. Y una vez-: De todas maneras, me alegro de que no fueran Comanches. Esos malditos me han atacado más de una vez y son demasiado rápidos para poner el cañón en juego.

Clint llegó a Kansas City a últimos de agosto, feliz por fin con la seguridad de hallar a May Bell. Estaba tan seguro de esto que se compró un traje nuevo, zapatos, sombrero, camisa y corbata, y se compuso como nunca se compusiera en su vida. En efecto, pasó junto a Couch y Anderson, que no se dignaron reconocerle; esto le agradó y empezó a tener esperanza de causar una decidida impresión sobre May. Pero le asaltaron sus antiguas dudas. Resolvió, sin embargo, que cuando la hallase, si la hallaba, y le perdonaba, nunca más volvería a ofenderla mientras viviera.

Inmediatamente cayó sobre la pista de May y la señora Clement. Habían estado en el Hotel Occidental a últimos de otoño del año anterior, y a su vuelta de Texas, adonde habían ido embarcadas, pasaron algún tiempo en Kansas City. Le informaron de que la señora Clement tenía parientes allí. Pero las insistentes investigaciones de Clint resultaron inútiles, aunque dirigieron sus pasos en otra dirección. La señora Clement y May se habían ido a Council Grove en diligencia.

Esto trastornó a Clint. Sus esperanzas se hundían, dejando sitio a la consternación v a los recelos.

Clint sabía algo de las líneas de diligencias, aunque nunca viajara en ninguna. Había dos líneas, una de Fort Union a Santa Fe y otra de Fort Larned a Fort Lyon trescientas diez millas, y todo el viaje se hacía con las mismas mulas. Esta línea había sido últimamente suspendida; Clint lo recordaba porque había conocido a un hombre en Fort Larned que era conductor de una de estas diligencias y que le habló del viaje.

-Mis pasajeros tenían que dormir en el coche y hacerse sus comidas; lo pasaban bastante mal, pero cuando

se ponían demasiado enfadados con las molestias, yo gritaba: ¡Indios! , y en seguida se calmaban.

La línea a Council Grove corría aún con intermitencias. Clint tomó pasaje para el primer viaje al Oeste, un acto que no mereció la aprobación de Couch. Luego tuvo que esperar durante varios tediosos días. Pero ocurrió que llegó una diligencia con un conductor que había pasado muchos días en Council Grove, debido a una avería en el coche. Este hombre era inteligente y amable e informó a Clint de que, había hablado en Council Grove con todo el mundo y que la señora Clement y May no estaban allí, con toda seguridad. Por consiguiente, Clint renunció a su plan. No tardaría mucho en pasar por Council Grove con su caravana y entonces podría informarse.

Mientras tanto, reanudó sus pesquisas en Kansas City. En la oficina de Correos entabló amistad con un empleado que recordaba a May Bell.

-Vino hace un año a preguntar si tenía carta -dijo -, y después ha venido varias veces a lo mismo. Esperaba con impaciencia su carta. Tenía unos ojos grandes y bellos, como de terciopelo oscuro. Me dolía tener que mirar entre las cartas fingiendo que buscaba, cuando estaba seguro de que no había ninguna para ella. Era pálida, con labios como dos cerezas, pero triste. Debía de tener dieciocho o diecinueve años.

Clint dio las gracias al locuaz empleado y dejó la oficina. May Bell había estado recientemente en Kansas City esperando carta de él y se había ido. No había duda. Pero, ¿adónde? Parecía razonable que no hubiera emprendido el viaje de vuelta a través de las praderas; pero Clint temía que hubiera hecho esto precisamente. Había salido una caravana en julio y otra en agosto, las dos grandes y bien armadas. La única información que le pudo suministrar Aull y Compañía fue que la única caravana cargada con provisiones para el

Gobierno, se llevó a cinco o seis familias que fueron con ella para obtener protección. Todos los emigrantes se juntaban a las caravanas de carga o a los convoyes del ejército.

El siguiente viaje de Clint fue el más largo de los que llevaba hechos. Hacia el final hubiera disfrutado con alguna escaramuza con los indios y por primera vez Point of Rocks no le causó ninguna impresión, cruzando el Paso del Apache de retador talante.

En el camino principal de Fort Union, por debajo de su coincidencia con el atajo llamado el Sendero Seco, Clint vio un corto tren de carros de media milla escasa de largo, que se dirigía hacia el Este. Esto no era raro, salvo en aquellos últimos meses, en que una caravana corta se veía rara vez o nunca.

En el campamento, aquella noche Clint se acercó a su tío con una pregunta

-¿Ha visto usted esa caravana que iba hacia el Este por el Sendero Seco?

-Seguro que la he visto, Búfalo, y quienquiera que sea su jefe le he echado bastantes maldiciones -replicó Couch con fuego en los ojos-. ¡Treinta y ocho carros¡ Los he contado. Hay algunos que están más que locos.

Habían de pasar días antes de que llegase a ellos ninguna información sobre esta caravana.

A la llegada de Couch a Santa Fe, toda la población, desde el agente de Aull y Compañía hasta el último pastor mejicano, salió a recibir a la caravana, que, según informes, había sido casi completamente exterminada. Estos rumores corrían como el fuego de las praderas, a veces por misteriosos conductos. Rara vez, como en este caso, se informaba sin fundamento de un ataque de los indios. Todos los acarreadores y residentes en la línea eran propicios a tomar en serio cualquier mala noticia. Eran escépticos sobre las buenas.

-¿Y dónde diablos se decía que nos habían liquidado? -preguntó Couch con suprema repugnancia.

-En Point of Rocks - replicó Buell -. El mejicano no hablaba muy bien el inglés, pero el lugar se lo entendí perfectamente.

-¿Point of Rocks? ¿Qué mejicano ha traído la noticia?

-Llegó hace dos semanas.

-¿Solo?

-No. Con otros mejicanos y varios blancos. Viajaban de prisa con mulas de carga.

-¡Ajá! ¿Y de dónde procedían esas noticias sobre nosotros?

-De Fort Union.

-Pues eran un poco exageradas. Aquí estamos y no hemos perdido ni una cabellera ni un saco de judías...

Buell, me parece que no me gusta ese rumor. Puede ser honrado y puede no serlo.

Jim, venga usted con Belmet a mi oficina-replicó Buell con sobria significación, y cuando estuvieron los tres solos, siguió diciendo-: Yo tuve el mismo presentimiento, pero ahora que están ustedes aquí, tengo la seguridad de que hay algo raro.

-¿Cómo lo sabe usted?

-Cuando circuló la noticia, la señora Clement y su hija vinieron corriendo...

-¿Están aquí? -interrumpió Clint con violento sobresalto.

-Se han marchado.

-¿Se han marchado?

-Sí.

-¿Con aquella pequeña caravana que hemos visto en el Sendero Seco? Deben de haber salido de aquí hace diez u once días.

-Once. El veintitrés de octubre.

-¡Cielos! ¿Y salían para el Este tan tarde?

-No. Para Fort Larned, donde se decía que estaban los que quedaban de su caravana.

-Esto es muy extraño.

-Lo mismo empieza a parecerme a mí - contestó Buell con ansiedad y aire preocupado -. Traté de persuadir a la señora Clement de que no saliese. Ella no quería, pero su hija estaba

Librodot

terriblemente excitada y dijo que iría sola... Ofreció mil dólares a cualquiera que la llevase al Fuerte Larned. Había algunos carreras esperando la oportunidad de salir en lugar de invernar aquí; Blackstone estaba aquí con su equipo: diez o doce carros. Aceptó la oferta de los mil dólares y dijo que él sería el jefe de la caravana. La señora Clement no quiso dejar a su hija partir sola. Acababan de llegar con la caravana de Simpson que fue a Taos y a Las Vegas. Cargaron otra vez y se marcharon el mismo día.

-¡Jim Blackstone! ¿No he oído hablar de él ni de los suyos?

-No es un acarreador, eso es seguro. -¿Qué es, pues?

-Lo ha sido casi todo. Ahora compra pieles y les vende aguardiente a los Utes. Dicen que es muy amigo de los Kiowas también.

-¿Cuántos carros dice usted? -preguntó Couch.

-Unos treinta, con algunos hombres de los buenos... Davis, Hennesy, Blanck y Tode Williams, todos carreros. -Ya conozco a Tode. Creo que hará pareja con Blackstone cualquier día.

-Buell, ¿ha estado Lee Murdock este verano por aquí? - inquirió Clint hallando su voz otra vez.

-Sí; ha venido y se ha ido. No ha vuelto desde que mató a un jugador llamado Weddon. Murdock está en Fort Lamed.

¿Estará allí ahora?

-Probablemente. Larned es un lugar muy animado en invierno y todos los jugadores quieren estar allí, especialmente a principio de primavera, cuando bajan los cazadores de las montañas.

Clint se volvió a Couch.

-Tío, me voy a Fort Larned.

-¡Qué! ¡Ni pensarlo, Clint! Ni carreros ni nadie saldrá en esta estación.

-Me voy solo...

-Mira, Búfalo, tú...

-Me voy. No me importa que haya sido usted mi tutor. Ya tengo edad. Tengo que ir. Viajaré por la noche y me esconderé durante el día.

-Si no viene pronto la nieve, podrás hacerlo-dijo Couch, resignado.

-Lo haré, nieve o no nieve.

-Podrías perder el camino por la noche si nevase. Yo mismo no podría seguirlo.

-Iré de prisa y llegaré antes que la nieve. - Una vibración acerada sonaba en su voz.

La puesta del sol le halló saliendo de Santa Fe en un caballo grande y huesudo, con mantas y un pequeño paquete a la grupa. Había prescindido de un caballo de carga. Comería carne y frutas secas. Llevaba dos cantimploras, un rifle Colt y dos revólveres.

Clint tenía sólo un pensamiento inquebrantable: hallar a May Bell. Estaba por fin seguro de su paradero, de su amor y de su angustia y la encontraría o moriría en el intento.

Pronto le envolvió la noche, fría, estrellada y silenciosa. El ancho camino era tan frágil para sus penetrantes ojos como si brillara el sol. Corría poco riesgo de encontrar indios después del oscurecer. En la tierra blanda y pulverizada por innumerables ruedas y cascos, los de su caballo no hacían el menor ruido. Con su pasión aumentada por el ánimo que recibía de la fidelidad de May Bell, con todos sus sentidos alerta, las horas no eran nada. Conocía los abrevaderos y cerca de la mañana se detuvo en uno y dejó beber con moderación a su caballo. Al amanecer se detuvo en un bosquecillo de cedros; descargó y desensilló al animal y le ató con una larga cuerda donde la hierba era más espesa. Luego, sin encender fuego, hizo su frugal comida y después se escondió en un matorral y se durmió.

El sol había recorrido gran parte de su camino hacia occidente. Comió y bebió otra vez y salió del matorral. El caballo había pastado a su placer. Clint subió a una altura y dominó el país camino adelante. Búfalos, antílopes, venados, conejos, lobos y caballos salvajes cruzaron ante su vista, pero ningún indio. Tuvo que luchar con la tentación de cabalgar y arriesgar la última hora de luz, pero resistió. Había formado un plan y se ceñiría a él. Cuanto más lejos

Librodot

avanzaba por aquel camino, mayor debía ser la precaución. El Sendero Seco, tan poco frecuentado a últimos de verano, sería menos peligroso. Con el frío y tranquila crepúsculo reanudó la marcha.

XVI

La cuarta noche, al salir Clint al Sendero Seco, halló huellas de cascos y ruedas que borraban casi todas las de la caravana de Blackstone.

Pero Clint no pudo distinguir esto hasta que llegó la luz del día y pudo verlas con claridad. Estudió aquellas huellas y meditó profundamente sobre ellas, pero no se arriesgó por el sendero después de la salida del sol. Estuvo aquella mañana sentado durante largo rato pensando en esa circunstancia decididamente favorable: otra caravana -de no pequeño número, a juzgar por las señales que dejara en el camino, y no muchas horas después del paso de la de Blackstone.

En la noche de aquel día, la luna apareció por encima de una negra loma. Clint viajaba de prisa. Su incansable montura apenas necesitaba que la mantuviesen al trote. Hacia medianoche, en un lugar sombrío dominado por un risco bajo, el caballo se espantó y relinchó asustado. En el momento en que se detuvo, Clint percibió el olor de carne putrefacta. Conocía aquel hedor. Desmontó y, aguzando los ojos, avanzó con mucha precaución.

El tufo de piel quemada llegó a su nariz haciéndole estremecer. Los indios habían atacado la caravana de Blackstone o a la que le seguía, dejando en su camino la muerte y el fuego. Pronto llegó Clint a los esqueletos abrasados de los carros de carga y una humeante pila de pieles embaladas.

Veintidós carros en semicírculo. Ya estaba contada la historia. ¿Pero qué caravana? La cara y el pecho de Clint se empaparon en sudor frío.

Buscó alejándose del camino y guiado por el sentido del olfato y llegó a una espantosa fila de salvajes muertos, tan destrozados por las armas y los coyotes que apenas pudo identificarlos coma Kiowas.

-No les habían arrancado las cabelleras ni quitado los vestidos. Contó veintinueve cuerpos, que habían sido evidentemente arrastrados lejos del camino. Los acarreadores no los habían enterrado, lo cual era una prueba palpable de apresuramiento. También yacían alrededor los caballos muertos.

Clint no pudo hallar ni un solo cadáver de un blanco, ni señal de sepultura. Esta le animó, aunque sabía que, desde luego, los carreros hubieran enterrado sus muertos de tener tiempo para ello. Buscó por todas partes en un radio razonable.

Luego volvió a montar y siguió su camino, ahora alternando el trote con el trote largo. Cuando asomaron por el Este las primeras luces del alba, calculó que había andado treinta millas desde la parada de la medianoche.

En la gris penumbra se alejó del camino y halló un satisfactorio escondite donde abundaba la hierba pero faltaba el agua. Cuando se acostó le parecía tener un peso sobre el pecho y persistía la nebulosa condición de su mente. Aquella tarde, después de una inspección del país, salvaje, solitario y gris, encendió una pequeña hoguera y asó en ella trozos de búfalo, con lo cual y con galleta dura satisfizo su hambre.

Ya había empezado el crepúsculo cuando se aventuró de nuevo en el camino, pero lo veía distintamente. Por larga costumbre, sus ojos registraron el terreno hacia delante, a los lados y la espalda; por fin se fijaron en el sendero y su aspecto le hizo inmediatamente caer de rodillas para examinarlo con atención. Observó las huellas en todas direcciones y al final se levantó, temblando todos sus miembros al darse cuenta de que la segunda caravana, la que seguía las huellas de Blackstone, había cambiado de dirección. En la oscuridad de la noche

anterior, Clint había pasado una bifurcación por donde se desviaban los emigrantes que se dirigían a Texas. Aquella segunda caravana tenía forzosamente que, haber hecho esto. Tal cosa aumentó la perplejidad y los temores de Clint. No era un experto rastreador, pero los años que pasara contemplando el camino le habían enseñado mucho. Diez o doce carros tirados por caballos y algunos jinetes se habían dirigido al fuerte Lamed.

Clint tenía la prueba indiscutible de- que la pérdida de carros había sido de la caravana de Blackstone. Quizá la segunda nunca había alcanzado a la primera y el miedo mordía como un lobo las entrañas de Clint. No se atrevía a volver, ni aunque esto hubiera sido de algún provecho. Sólo podía suponer lo que había sucedido. Según lo que él sabía del viaje y de los ataques de los indios, las probabilidades estaban en favor de que los hombres de Blackstone hubieran rechazado a los Kiowas con más o menos pérdidas. Sin duda habían abandonado la mayor parte de los carros, que los Kiowas habían quemado. Si hubiera algún muerto blanco por el camino, estaría desnudo, mutilado y sin el' cuero cabelludo.

Después de aquel punto las noches fueron para Clint eternas y torturadoras. La nieve le cogió, pero pudo llegar a Fort Larned antes del rigor del invierno.

La aurora del último día le cogió a diez millas del fuerte, al que llegó hambriento, cansado .y huraño, duro y sombrío, lleno de infinito respeto hacia el caballo que le había traído.

Entró en el corral de Aull y Compañía v le dio a un muchacho mejicano un dólar para que cuidase de su caballo. Luego entró en el almacén donde era bien conocido. El agente Beekett levantó las manos al verle.

¡Búfalo Belmet! ¡Por fin ha caído Jim Couch!

-No; he venido de Santa Fe solo -repitió Clint.

-Solo.

Los clientes y empleados acudieron al grito de Beckett.

-Sí. Durmiendo de día y viajando de noche.

-¿No estabas con Blackstone? Nunca nos ha dicho que estuvieras con él.

-No. Dejé Santa Fe diez días o más después de Blackstone. Le seguía el rastro. En el Sendero Seco he descubierto que otra caravana había pasado por él. Vine por el atajo y no descubrí las señales de la segunda caravana hasta veinticuatro horas después. Luego he encontrado carros quemados, pieles y cadáveres de indios Kiowas. Veintinueve... Otra vez, por la noche, pasé por donde la segunda caravana se, ha desviado por el camino de Texas.

-Blackstone no debía de saber que iba una caravana tan cerca detrás de él', y si lo sabía no ha dado cuenta de ello. ¿Y por qué diablos le seguías tú solo?

Esta pregunta estranguló la voz en la garganta de Clint. Si May y la señora Clement estuvieran a salvo... si estuvieran en el fuerte, aquel agente no se habría asombrado de la llegada de Clint.

-Seguía a Blackstone - dijo con voz ronca - porque mi novia, May Bell, y la señora Clement estaban en su caravana.

-¡Debes estar equivocado! -exclamó Beckett.

-¡No! -gritó Clint con pasión.

-¡Pues no han venido! ¡No están aquí...! Y Blaskstone no ha dicho una palabra de que trajera mujeres consigo. Todo esto es muy extraño, Búfalo. Ven conmigo a ver al coronel.

-Todavía no. ¿Está ese Jim Blackstone en el fuerte?

-Sí. Se quedará con todos los suyos todo el invierno.

-¿Y Murdock? ¿Lee Murdock?

-También. Estaba aquí hace media hora. -¿Dónde los podré encontrar?

-Seguramente en el garito de Homer o en el hotel esperando la comida. Pero, di, Búfalo...

Clint salió dejando su rifle apoyado por la parte de dentro de la puerta. El' cansancio del largo viaje, '.as ansiedades, temores y esperanzas, la sucesión de emociones, se convirtieron en ceniza al fuego de la tremenda pasión que le consumía; y en su ánimo volvió al mismo

Librodot

estado originado por los meses de la invernada en el campamento de Santa Fe, cuando se adiestraba para el encuentro con Murdock, ahora inmediato.

En la plaza, frente al almacén de Aull, estaba el establecimiento de Homer, un edificio de ladrillo rojo, viejo y deteriorado, con las vigas al descubierto. Las letras de lo que había sido un rótulo blanco estaban medio borradas.

Clint empujó la doble puerta y entró. Había estado allí muchas veces. Los clientes de costumbre: indios inmóviles como estatuas, los jugadores en las mesas. Clint percibió todo esto de una rápida mirada.

Su aspecto debía de ser notable, pues el silencio empezó a la entrada, extendiéndose como una onda hasta el extremo opuesto del' largo local. Las pesadas botas de un carrero sonaron contra el pavimento al bajarse de la estufa.

-¡Búfalo Belmet! -gritó.

La figura de Clint atraía de ordinario la atención, pero ahora, blanco de polvo, sucio y desaliñado, con la cara negra y siniestra, podía haber detenido las miradas en la más salvaje de las tabernas de la frontera.

-Estoy buscando a Jim Blackstone y a Lee Murdock -anunció en voz alta.

Sus palabras retadoras llenaron el salón, salvo algún cuchicheo aquí y allá, el arrastre de alguna bota y una nerviosa tos. La presencia de Clint y sus cortantes palabras sólo tenían una interpretación posible.

Muchas caras se volvieron hacia una mesa cerca de la estufa, alrededor de la cual' había cuatro hombres sentados y tres de pie. Se interrumpió la partida de naipes. Lentamente se aproximó Clint hacia aquellos hombres, guiado por las caras vueltas en su dirección. Luego vio a Murdock, manipulando las cartas con inquietas manos, la afeitada y bien parecida cara, pálida, y los ojos brillantes. Le dijo algo en voz baja al hombre que tenía a su lado, un gigante con barbas y vestido de piel de gamo. Este individuo sólo movió los ojos. Detrás de esta mesa y en la misma línea que seguía Clint, todos los concurrentes se apartaron a cada lado. La razón era tan manifiesta como la rigidez de Murdock y Blackstone en sus sillas.

-Yo soy Blackstone. ¿Qué quiere usted? - preguntó el gigante, frío y tranquilo.

-¿Dónde están las dos mujeres que le contrataron a usted para que las trajera a Fort Larned? - demandó Clint colocándose de manera que tuvo a los siete hombres directamente enfrente.

-Supongo que las matarían o se las llevarían los Kiowas.

Clint leyó la falsedad en los ojos sombríos de aquel hombre. No hacía más que confirmar sus terribles sospechas. Pero pocos hombres pueden mentir con -Perfección frente a la muerte.

-Blackstone, en algo de lo que usted dice hay una mentira. ¿Por qué no dio usted cuenta de la pérdida de la señora Clement y la señorita May, que le pagaron a usted mil dólares por traerlas a Fort Larned?

-Bien, Belmet, cuando un hombre fracasa de mala manera, no le gusta confesarlo- contestó Blackstone disculpándose.

Por debajo de su barba se veía palidecer su tez curtida. Sus ojos se movían con la intención de un hombre acostumbrado a las crisis de la frontera.

-¡Ajá! ¿Por qué no dio usted cuenta aquí de que otra caravana que se dirigía a Texas le alcanzó a usted en el Sendero Seco? -Éste era un tiro al azar, pero hizo blanco.

-¿Quién diablos es usted para interrogarme? -gritó Blackstone, súbitamente inflamado por la pasión.

-Jefe -dijo uno de los hombres que estaban en pie, en voz rápida y baja- Es un conductor de Jim Couch y una mala pieza.

-Aquella muchacha era mi novia-rugió Clint-, y no tiene usted mucho tiempo para decirme dónde está. -¡Pues, hombre, no se lo puedo decir! -rezongó Blackstone con voz ronca y quizás hubiera algo de verdad en sus palabras esta vez -. Los Kiowas nos atacaron.

Librodot

Tuvimos que combatir y correr dejando atrás la mayor parte de nuestros hombres' y los carros.

-Blackstone, se sabe que está usted en buenas relaciones con los Kiowas. Y usted, Lee Murdock, se sabe que ha perseguido a May de un lugar a otro.

En la frontera, en aquella época, mucho menos que esta acusación era como un guante lanzado a la cara de un hombre. Cuando Blackstone requirió su arma, Clint ya tenía la suya en la mano. Pero el tercero de los hombres que estaba de pie, que debió de sacar el revólver con disimulo, disparó el primero y derribó a Clint.

Éste se levantó sobre la mano izquierda y disparó hiriendo al hombre que estaba delante del que había disparado primero, y cuando caía sobre la mesa, la segunda bala de Clint arrancó un aullido de dolor del cobarde que había usado a su camarada como escudo.

Luego tronó el arma de Blackstone y Murdock se levantó haciendo fuego rápidamente. Clint sintió la caliente rasgadura del plomo. Pero su puntería era certera. Murdock dejó caer su arma y cayó de espaldas. Blackstone se levantó de su silla disparando guarecido por la mesa. Pero era corpulento y el' segundo tiro de Clint, por debajo de la mesa, hizo blanco. Blackstone cayó.

Luego se apagaron en los oídos de Clint los aullidos y el correr de la excitada gente que llenaba la taberna y de sus ojos se borró la imagen de los caídos, la alargada habitación se nubló, todo se puso negro.

Antes de abrir los ojos percibió Clint el crepitar de un fuego de leña y el olor de alcohol o alguna otra medicina fuerte. Luego recordó el combate ,y al mismo tiempo sintió el dolor. Le costó un esfuerzo levantar sus pesados párpados.

Una alegre llama ardía en un hogar de piedra. La habitación era la única de una cabaña de adobe, con una ventana y dos puertas, la más pequeña de las cuales conducía a una cocina, donde un hombre trabajaba silbando. Las paredes de esta cabaña estaban cubiertas de pieles colgando en manojos, y sobre el suelo había montones de pieles de búfalo con el pelo hacia arriba. Al parecer, era el alojamiento de un cazador.

Clint sufría al mover el brazo lo más mínimo. Lo sentía tieso e inútil', pero el' otro lo podía mover libremente. Su cuerpo parecía un leño.

El hombre que silbaba y entró no era otro que Dick Curtis, el cazador de largos cabellos que había llevado a Clint a su primera cacería de búfalos.

-¡Hola, Dick! -dijo Clint débilmente.

-¡Hola, bribón! -exclamó Curtis con alegre ansiedad. - Búfalo, has estado delirando como un chino a quien Te atrancan la cabellera.

-¿Sí? ¿Sobre qué?

-Sobre tu novia, que te han robado los pieles rojas. A mí me han robado media docena de novias y no es cosa para volverse loco. ¿Estás volviendo a tus sentidos? -Me parece que sí, Dick. ¿Cómo estoy?

-Bastante bien para un hombre que ha digerido tanto plomo. El doctor Culberston dice que el Señor te debe reservar para las flechas de los indios, pues las balas no pueden matarte.

-¿He parado muchas con el cuerpo?

-¡Ninguna! Todas pasaron de un lado a otro, lo cual ha sido una suerte. Pero una que te dio en la cabeza te dejó tonto. Es curioso cómo esa bala te ha dado en la cicatriz de la cabeza.

-¿Saldré de ésta?

-Nadie, excepto yo y el doctor, lo hubiera creído nunca. Te has salvada en una tabla. Hace tres semanas que te dejó la fiebre y empezaste a reponerte, excepto el delirio. Me alegro que haya pasado; me daba escalofríos escucharte por la noche. Nunca en la vida he visto a un hombre tan loco por una mujer... Nadie lo hubiera sospechado en ti.

-Quizá no lo sé yo mismo. ¿Dónde estoy, Dick?

-En mi cabaña, calentito y cómodo, pasando el' invierno. Estamos en diciembre, cerca de Navidad o de Año Nuevo, no recuerdo bien. A mis socios y a mí nos han echado de las

montañas. He estado fuera dos años, pero hemos salvado nuestra provisión... ¿Tienes hambre, Búfalo?

-Si la tengo, no la siento.

-Te he estado alimentando lo mejor que he podido. Es sorprendente con lo poco que puede vivir un hombre cuando se ve precisado a ello. ¿Supongo que te gustará saber lo que le hiciste a la cuadrilla de Blackstone?

-No tengo mucho interés.

-Pues lo tendrás que oír, de todas maneras. Hemos estado una noche hablando de esa pelea, y pensando en cómo diablos has llegado a manejar un revólver como lo haces. Y un carrero, que había invernado con Couch en Santa Fe, nos lo dijo. Compraste todas las municiones que había en la ciudad. Nos dijo que tirabas botes de conserva al aire y los agujereabas; que él te había visto hacerlo.

-Sí; practiqué un poco,

-¡Ja, ja! Afortunadamente... Sentí mucho perderme aquella bronca, pero mi compañero, Sandy McClellan, lo vio y me lo contó. Ha habido muchas riñas más sangrientas que ésa en la frontera. Yo vi una en Fort Bent de dos contra nueve, y aquello sí que estuvo movido. Las balas zumbaban como un enjambre de abejas.

La memoria de Clint, así estimulada, sintió una aguda curiosidad que dejaba escapar con repugnancia.

-Sandy lo vio y dijo que fue bueno - siguió diciendo Curtis con satisfacción, arrastrando un banco cerca de la cama -. Cuando acusaste a Blackstone de estar en relaciones con los Kiowas y a Murdock de perseguir a tu novia, todo el mundo comprendió que los invitabas a sacar el revólver. Pero McGill había sacado el suyo por detrás de Red Hawkins y te tumbó de un balazo. Creemos que es el que tienes en el hombro. Desde el suelo agujereaste a Red y cuando éste cayó le diste a McGill en el mismo sitio, y por si te interesa te diré que ese sitio fue por encima del bolsillo del lado izquierdo del chaleco. Mientras tanto, Murdock saltó con su arma en la mano y Blackstone estaba tirando con la mano apoyada en la mesa. Tu tiro a Murdock fue bueno, lo mismo que todos los demás, pero la bala dio en su revólver y se desvió hacia arriba, dando a Murdock en el pómulo y dejándole allí un surco tan profundo como el Gran Camino del Oeste. Con esto te quitaste de delante a Murdock y Blackstone se metió debajo de la mesa. Tus dos tiros le dieron, pero las balas atravesaron antes las patas de la mesa y no le hicieron mucho daño. Al, día siguiente ya estaba levantado.

-¿Y Murdock? -preguntó Clint con un estremecimiento doloroso.

-Ése se libró por milagro. La bala se le llevó la mitad del, hueso de la mejilla. Se levantó al cabo de una semana, pero se ha quedado desfigurado de por vida. Ya le conocerás cuando lo veas.

-¿Se han ida de Fort Larned?

-Ja, ja. Se les dijo con cortesía que se marchasen y se fueron: Blackstone, quince de los suyos y Murdock. No he visto nunca una partida de hombres peor parada. Blackstone fue al coronel y, según me han dicho, tuvo que oír algunas preguntas que no pudo contestar. Se marcharon hacia el Sur. Naturalmente, todos hemos comentado mucho y hemos estado atando cabos. Blackstone tiene mala fama, pero no se sabía nada contra él hasta que tú le acusaste de estar en relaciones con los Kiowas. Murdock no era más que un jugador, aficionado a las mujeres, rojas o blancas, y un poco precipitado con su arma. Pero Blackstone puede ser de una de esas caravanas de bandidos que han surgido con la guerra. La semana pasada, Billy Weed, un cazador que vino por un poblado Kiowa del río Purgatorio. jura que ha visto allí a Blackstone y a otros blancos. Billy ha mirado desde lo alto de una loma y sin arriesgarse; ha sido guía y llanero de confianza. De modo que, fueran lo que fueran Blackstone y los suyos antes de esta faena de la caravana de Santa Fe, ahora son proscritos.

-¿Se ha sabido algo de aquella caravana de Texas? - preguntó Clint.

-Ni una palabra, como es de suponer. Ningún piel roja nos va a traer el recado, eso lo puedes imaginar.

-¿Y qué es lo que se piensa de la señora Clement y de May Bell?-preguntó Clint luchando por ser coherente -. Salieron de Santa Fe con Blackstone. Buell y otros las vieron salir.

-Bien, no es difícil' aceptar en eso la palabra de Blackstone -replicó Curtis pensativo -, Desde luego, es un embustero y no sabemos lo bajo que puede haber caído. Pero tú viste los carros quemados y los Kiowas muertos, y nosotros sabemos que Blackstone llegó aquí con hombres heridos.

-No se da usted cuenta de la cuestión, Dick. Alguien ahuyentó a los Kiowas. Ellos nunca dejan sus muertos y Blackstone no fue, seguramente. Él mismo huyó... Tengo el presentimiento de que aquella segunda caravana llegó a tiempo de batir a los Kiowas, quizá mientras estaban quemando los carros, o cuando los veintidós acarreadores de Santa Fe estaban combatiendo... Si Blackstone es amigo de los Kiowas, se puede asegurar que él condujo la caravana a una emboscada y la segunda caravana hizo el combate.

-Hay mucho que pensar sobre lo que dices, Búfalo. Nadie más parece haber caído en ello hasta ahora... ¿Dónde están los veintidós acarreadores que no vinieron con Blackstone?

-Muertos y enterrados o incorporados a la otra caravana. Porque, Dick, fue un blanco el que dispuso que los Kiowas muertos fueran arrastrados lejos del camino. El tío Jim siempre lo hace. Detiene el tren para apartar un muerto del camino o enterrarle, si tiene tiempo.

-¡Ajá! No eres un mal calculador, Búfalo... ¿Y crees que hay alguna probabilidad de que la señora Clement y tu novia se hayan ido con la caravana de Texas?

-No me atrevo a decir que lo creo..., tengo sólo la esperanza.

Pero una esperanza muy débil, Búfalo. Tú ya conoces esa maldita frontera. Mejor es que renuncies a ella ahora, pues de otro modo sufrirás y vivirás de esperanzas para morir desesperado cuando lo descubras. Supongo que esto será el verano que viene. Alguien nos dará noticias de esa segunda caravana.

A su tiempo se repuso Clint y dividió sus largas horas entre el hotel, el almacén de Aull y la cabaña de Curtis. La vida era lenta en invierno, excepto para la cofradía de jugadores. Clint sintió algunas veces el deseo de beber y de jugar, para sustraer su mente a los pensamientos negros. Jugaba a las damas y se sentaba ante una estufa o una hoguera, leyendo y releyendo todo lo que había legible, y paseando cuando el tiempo lo permitía. No tenía que trabajar ni siquiera para cortar leña, pues Curtis la había, comprado ya cortada. Pero los días, tediosos en el pasar, se acumulaban rápidamente en lo pretérito.

A primeros de abril, los cazadores y los indios empezaron a bajar de las montañas con sus pieles para comerciar y vender. Clint obtuvo crédito por el dinero que tenía depositado en Kansas City y compró un cargamento de pieles escogidas que, si alguna vez conseguía llevarlas a una ciudad, le valdrían cuatro veces más de lo que le costaron.

Desde esta época, los días ya no fueron tan insufribles y se hicieron más fáciles de pasar. En mayo, el tiempo era agradable y se estaba ya en primavera; pronto llegaría la primera caravana del Oeste. Clint sabía cuál se- ría ésta.

Jim Couch fue el primero, pero no llegó hasta junio. Ocurrió que el locuaz Dick Curtis, que siempre consideraba a Clint como su protegido, vio a Jim Couch antes que él. '

Sin embargo, tuvo que repetir su versión de su solitario viaje y su combate en la taberna de Horner. El viejo conductor de caravanas lo tomó todo como cosa natural y corriente. Al encontrarse a Clint le dio un abrazo de oso, pero no gastó palabras de alabanza, como era su costumbre desde que Clint se hiciera un hombre.

-Es duro creer que un blanco lleve a sus semejantes a una emboscada para que los asesinen los pieles rojas -dijo-. Blackstone es, desde luego, un mal hombre, pero dejémosle el beneficio de la duda. Pronto lo descubriremos.

Couch permaneció en Fort Larned dos días, añadiendo cincuenta carros de pieles a su caravana, que ya era grande. El doctor Culberston, médico militar del fuerte, aconsejó a Couch que persuadiese a Clint para que descansase algunos meses más. Una de las balas le había herido un pulmón. La herida ya había cicatrizado, pero era prudente dejar pasar más

tiempo. Clint aceptó este consejo sin ningún comentario. Le convenía quedarse en el fuerte hasta el viaje de vuelta de Couch en el próximo octubre; quería interrogar a acarreadores y soldadas, hasta a los indios, que llegasen al fuerte desde el Sur y el Oeste.

Couch había visto los restos de los carros quemados en el Sendero Seco y los esqueletos de los caballos, pero nada que le mostrase que habían muerto indios en aquel encuentro. Los Kiowas habían vuelto para llevarse a sus compañeros.

Por una vez vio Clint. alejarse a Couch sin sufrir ningún deseo de acompañarle. Desde entonces, el amanecer de cada nuevo día era bien venido para Clint, pues podía ser el que le trajera nuevas de alguna especie. Hacia fines de junio, tiempo para que la primera caravana del Este llegase, una compañía de soldados que había estado en el río Pecos entró en Fort Larned A unas cien millas al Sur del Sendero Seco habían hallado señales evidentes de la matanza de -una caravana de regular tamaño. Sólo quedaban los aros de hierro de las ruedas de los carros y negros montones de ceniza. Yacían esparcidos treinta esqueletos de los que fueron hombres blancos, y algunos huesos arrancados por los chacales. Ninguna prueba vieron que indicase la fecha exacta de la matanza, pero el capitán King, viejo llanero, dijo que tenía que haberse efectuada menos de un año antes, porque él había estado por aquel camino con soldados de Fort Union,

Murió la última tenaz esperanza de Clint. Amarga como la hiel y, sin embargo, un consuelo. Creyó que aquélla era la caravana cuyos movimientos tuvieran tan vital importancia para él. La frontera había cobrado sus derechos en dos mujeres más. Clint podía contar centenares de casos iguales; su madre fue la primera en su experiencia. ¡Cuánto tiempo, hacía! Ahora era ya un hombre. La última era May Bell. ¡La madre y la novia! May y la señora Clement no eran mejor que las demás que hallaron sus tumbas solitarias en las praderas. La diferencia era para Clint.

Poco después de dejar el fuerte aquellos soldados de Nuevo Méjico, entró en él la primera caravana del Este. Un ojo experimentado como el de Clint no necesitaba más de una mirada para ver la que había encontrado por el camino aquella caravana. El asta emplumada de una flecha clavada en un carro causó un fiero estremecimiento en la espina de Clint. Era el primer carro que entraba. Clint no miró más, sino que se dirigió al almacén para recoger los periódicos del Este.

Dick Curtis llegó con un Daily Times de Kansas City y un Globe Democrat de San Luis.

-Vamos a casa, compadre-le dijo alegremente-, porque si no, pronto estaremos borrachos. Los periódicos están llenos de noticias de guerra. Los rebeldes están derrotados y algunos de por aquí lo tomarán muy a pecho.

Clint no precisó una segunda invitación. Se apoderó de uno de los periódicos y fue leyendo mientras caminaban. Curtis, que descifraba con dificultad, pero que mostraba su educación con orgullo, leía en voz alta. Una vez en la cabaña, se absorbieron en las noticias de dos meses atrás.

-¡La guerra debe haberse acabado! -dijo Curtis por décima vez.

-Debía usted decir gracias a Dios -respondió Clint-. Y cállese, haga el favor, que yo sé leer.

Necesitaron horas, pero los dos hombres leyeron los periódicos sin dejar ni una palabra. Clint, profundamente impresionado por las noticias que anunciaban el próximo fin de la guerra que arruinara el Sur y quebrantara al Norte, guardaba silencio como era su costumbre cuando estaba conmovido. Curtis, sin embargo, tenía que hablar,

y viendo que no causaba ninguna impresión en Clint, salió de la cabaña.

Clint oyó que alguien preguntaba

-¿Está aquí Clint Belmet?

-Sí, pero nadie le conoce por ese nombre. Se ama Búfalo. Dentro está.

Librodot

El visitante se acercó y llamó a la puerta. Clint se levantó y salió a la vista con precaución. No se fiaba de los extraños. A la puerta estaba un robusto correo, de ruda faz y rojas barbas, con ojos azules y francos.

-¡Hola! Yo soy Clint Belmet. ¿Para qué me busca usted?

-Tengo una carta para usted. El empleado de Correos me la dio, y me dijo que si no le encontraba por el camino se la dejase a Buell en Santa Fe. Me alegro infinito desprenderme de ella. Hemos tenido dos agarradas con los indios y estaba muy preocupada pensando qué sería de la carta si me pegaban un tiro.

-Gracias - dijo Clint con voz ronca, alargando una mano grande que temblaba. ¡Una carta para él

-Yo soy Paul Davis. He sido carrero de Jim Waters... Ahí la tiene usted.

Desenvolvió la carta de un papel sucio y arrugado y se la entregó a Clint. Volvió a hablar alegremente, pero Clint no oyó la que dijo ni le vio cuando se marchaba. Tenía en la mano un sobre grueso y sucio. Una carta... ¿De quién? La letra igual y clara le miraba desde el papel. La marca de Correos estaba borrada. Sacó el cuchillo y abrió el sobre. Dentro había otro, muy ajustado, limpio y blanco. Un perfume dulce y débil llegó al olfato de Clint. Le produjo una sacudida. Pero sus sentidos le engañaban. ¡Cuántas veces hieren terriblemente las cosas pequeñas! Rápidamente abrió el segundo sobre queriendo matar las ilusiones que se burlaban de él. Un puñado de pequeñas hojas cubiertas de menuda escritura. Con ansia buscó la última, y allí, -en medio de la página, en una letra insegura que denotaba cansancio, leyó

«Tuya siempre y fielmente, May.»

-¡Dios me ayude! - gimió Clint entrando vacilante en la cabaña. Se dejó caer en el tosco sillón, mirando sin ver las cenizas grises del hogar. El horror le invadía. Aquella carta era vieja, tenía meses, años, y adivinaba que seria la muerte para él. Miraba fascinado el exterior del sobre. Atestiguaba, muda pero evidente, que había cruzado una y otra vez las Grandes Llanuras. ¡Debía haberlas cruzado hasta en, su propia caravana! Desesperado, se obligó a leerla.

«RANCHO MAXWELL.

»Queridísimo Clint:

» ¡Oh! ¿Por qué te has marchado sin dejarme siquiera lugar a que me explicara? Tan pronto como me pude levantar corrí detrás de ti, llamándote en la oscuridad. Me encontraron luego perdida en el bosque.

»Esta mañana, antes de que saliera el sol, ya te habías ido. ¡Te habías ido con la caravana! ¿Cómo has podido partir sin verme? Yo creí que eras un muchacho violento y celoso. Creí que volverías a pedirme perdón. ¡Pero no has vuelto 1 Y se me parte el alma. Nos vamos a Santa Fe y pasarán meses antes de que pueda verte. Pero te enviaré esta carta que aseguran que te seguirá con un mes de retraso. Ruego a Dios que te quedes en Kansas City lo suficiente para recibirla.

»Clint, aunque ya no tiene importancia, debo explicarte que ofendiste mis sentimientos en el almacén de Maxwell. ¡Cómo, pudiste ser tan rudo y tan áspero conmigo! ¡Aunque estuvieras celoso! Esta prueba de cuán profundamente me amabas me enajenaba. Pero yo no soy una coqueta. Te he amado desde que tenía diez años, cada vez más a medida que pasaban los días. Nunca me dormía sin rezar por ti. Tú no lo sabías esto..., pero yo sí... Ayer despertaste en mí un demonio, un demonio que ni yo misma sabía que hubiera en mí. Te quería dar una lección, aunque tuviera que rebajarme para ello.

»Quería que me vieras con Lee Murdock. Estaba loca por hacerlo y no tenía idea de tu estado de ánimo. Quería hacerte en extremo desgraciado y luego, cuando estuvieras suficientemente castigado, amarte, más aún que la noche pasada sobre el pescante del carro. ¡Oh, Clint! ... Pero en el momento en que viniste hacia mí comprendí mi equivocación. No te había tomado por un hombre. Y cuando dijiste que venías a decirme adiós, se heló mi pobre

Librodot

corazón. Y cuando le preguntaste a Murdock si tenía un arma, casi me desmayé. Entonces comprendí, ¿pero qué podía hacer? Estaba paralizada. Estabas tan severo, tan blanco y tan terrible... Si hubiera podido moverme habría caído a tus pies... ¡Luego le pegaste! Se quedó tendido en la hierba, ensangrentado e inmóvil. No me importaba. Aquello no me dolía. Creo que sentí una extraña y cálida alegría, algo nuevo y salvaje en mí... satisfacción.

»No sé lo que hice ni lo que dije. Luego me abrazaste como un salvaje. ¡Oh!... Lo que estoy escribiendo ahora no lo hubiera podido escribir nunca si tú no hubieses hecho aquello. Me asustaste..., me dejaste sin fuerzas. Te devolví el primer beso. Te lo devolví, Clint. Pero sin nada del amor que después se despertó en mí. Toda mi vida acariciaré aquellos terribles momentos. ¡Te amo... te amo! La admiración infantil, el afecto de la muchacha se han quemado en la llama del amor de la mujer. Y crece cuando escribo. Pero puedo sufrir esta agonía con tal de que tú lo sepas.

»No te reprocho ahora, pero me juzgaste mal. Escuchaste a nuestro buen amigo Maxwell, que se cree entiende a las mujeres. No esperaste a saber la verdad. El teniente Claybom era simpático y divertido, aunque un poco demasiado seguro de la conquista. Pero mi corazón era tuyo, Clint. Es tuyo. Y a Lee Murdock le temía y le despreciaba. Nunca me permitía estar sola con él, a menos que hubiera alguien cerca. Estas acciones naturales de una joven son ininteligibles para ti. Ya se lo he confiado al señor Clement y le he rogado que me proteja mientras este Murdock esté con nosotros. En el momento en que leas esta carta sabrás lo que yo te hubiera dicho anoche colgada de tu cuello, ¡si no hubieses sido un tan salvaje cazador de búfalos! Pero el insulto de Murdock me reveló que estaba orgullosa de mi salvaje cazador de búfalos. Amo este glorioso Oeste, aunque me asusta. Le seré fiel a 61 y a ti. No me asustará ni el trabajo, ni la soledad, ni el peligro. Pero tiene que ser contigo para que pueda resistirlo.

»El señor Maxwell me ha dicho que eres un llanero por naturaleza, como Kit Carson. Si no fuera por hombres así, nunca habría colonias en el Oeste. Es una profesión noble y heroica. No te pediré que la sacrifiques por mí. Pero estoy esperando a mi llanero.

»Clint en lo hondo de mi corazón vive la seguridad de tu amor y tu perdón. El muchacho que conocí no puede haberse convertido en un hombre duro y cruel en el amor y el olvido. Pero estoy enferma desde que te has ido, fría de espanto y tortura, angustiada por el anhelo que tú no quisiste esperar.

»Vuelve a mí pronto. Recuerda cada milla del largo, largo camino, de la ondulada pradera que contemplamos juntos cogidos de la mano; recuerda que te ama con toda el alma de una mujer que está sola.

»Tuya siempre y fielmente.

MAY. »

XVII

La esperanza de los acarreadores de que el fin de la guerra mejoraría su condición y disminuiría sus terribles riesgos no se confirmó. En 1866, ja hez de los dos ejércitos se había esparcido por la frontera, convirtiéndose en criminales del peor tipo, tan malos como los peores salvajes.

Charley Bent se convirtió en el jefe de una de las más implacables y sanguinarias bandas que asolaron el Gran Camino.

Clint Belmet había oído hablar de Charley muchas veces. Su nombre circulaba por todos los campamentos de la frontera, y después de ofrecer el Gobierno una recompensa por su captura, muerto o vivo, su historia se hizo conocida.

Era hijo de un colono que vivía en la frontera y que se casó a la manera india con una mujer Cheyenne. Había enviado a su hijo mestizo a San Luis para que entrase en la escuela y se educase como un blanco. Charley Bent volvió a su padre a los veintiún años de edad. Mientras tanto, su madre había muerto. Bent tenía un establecimiento mercantil que puso bajo la administración de su hijo. El viejo colono se quería retirar. Un día de primavera al cabo de una temporada de buenas ventas, Charley se escapó con todo el dinero.

Bent no volvió a ver a su hijo. Charley hablaba correctamente las lenguas indias. Viajó por todas partes. Volvió de una larga estancia en Texas con el nombre de Lee Murdock, por el cual fue conocido hasta después de su reyerta con Clint en la taberna de Horner, en Fort Larned. Esto hizo que la frontera fijase en él sus penetrantes ojos y le proscribiese.

Había estado haciendo un doble papel. Jugaba entre los blancos durante los inviernos y en verano se ponía al frente de una partida de sesenta y cinco hombres entre indios y blancos. Los rumores afiliaban a Blackstone y a los suyos con Bent, o Murdock, pero hasta 1868 no se tuvieron pruebas de la certeza de esta conjetura.

Esta sanguinaria banda de malvados sólo atacaba diligencias y pequeñas caravanas, y asesinaba a todo el que iba en ellas, menos a las mujeres jóvenes que tenían la desgracia de caer en sus manos y que eran conducidas a las montañas para no volverse a saber de ellas. El ganado y las mercancías de estas caravanas eran cambiados a los indios por pieles.

A últimos del verano de 1865, informaron a Fort Larned de que la caravana que había rechazado un ataque de los Kiowas en el Sendero Seco fue más tarde, en su camino hacia el Sur, asaltada por la banda de Charley y asesinada toda ella, menos dos mujeres que se llevaron cautivas.

Un Ute amigo le contó esta historia a un cazador que la trajo a Fort Larned. Como los Utes y los Kiowas estaban en buenas relaciones, la información tuvo crédito; y en el corazón de Clint Belmet prendió un fuego de odio inquebrantable.

En 1866, después del descubrimiento de oro en el rancho de Maxwell, una Compañía del Este le compró todas sus propiedades a un precio fabuloso. El coronel se fue al Este y Clint no le volvió a ver. Corrieron rumores de que el oro del rancho fue un fracaso y que la Compañía se encontró con un enorme rancho que no sabía cómo administrar.

La fatalidad extendía ciertamente su sombra ante Point of Rocks, donde Jim- Couch había sufrido dos ataques, y que el viejo llanero temía cada vez más. Llegó el tercer ataque por sorpresa, y antes de que el famoso cañón pudiera entrar en fuego. Cayó en el acto de dispararlo. Clint Belmet tomó la mecha en su mano crispada y descargó el cañón, cambiando el curso de la batalla. Couch, Sanderson y Hoyle quedaron enterrados a la sombra de Point of Rocks, al lado de otros carreros de su intrépida raza.

Búfalo Belmet se hizo cargo de la caravana. Los mejores acarreadores querían trabajar a sus órdenes. Un jefe sin miedo y una fuerza poderosa eran ahora necesarios.

En el otoño de 1867, la caravana de Belmet, dirigiéndose al Oeste, hacia Fort Lamed, se encontró con la división del general Custer, y viajó con ella hasta el fuerte.

Esta división de Custer era el espectáculo más impresionante que Clint había visto en su vida. Llevaba quinientos carros y cuatro mil soldados. Fue una vista que nunca olvidó.

En el fuerte se enteraron de la razón de este ejército. El general Custer se preparaba para su campaña de invierno de 1867 y 1868 contra las tribus aliadas desde Fort Larned hasta Fort Riley y el río Wichita, en el territorio indio.

Ninguna parte de las Grandes Llanuras estaba libre de las incursiones de los indios y la consternación se extendió a los campamentos del Gobierno y, de allí, a Wáshington. Los comandantes de los diferentes puestos habían sido prevenidos de lo que se preparaba por los exploradores, pero eran impotentes. Sin soldados ni provisiones no podían ni siquiera dejar sus fuertes, y a no haber sido por los acarreadores, a quienes los indios no podían intimidar lo

Librodot

hubieran pasado peor. El envío del general Custer era el primer movimiento del Gobierno contra estas tribus.

En el fuerte, el general Custer hizo llamar a Clint Belmet. Era un hombre aún joven, con el pelo amarillo y de atrayente personalidad.

-Me ha sido usted recomendado, Belmet-dijo-. Necesitaré guías en esta campaña, ¿quiere usted unirse a mis fuerzas?

-Gracias, general, pero no puedo. Necesitaré un mes o más para llevar mi caravana a Santa Fe. Entonces tendremos el invierno encima y no podré salir de allí hasta la primavera.

-¿Estará usted aquí en mayo?

-Si hace buen tiempo, sí, y de todas maneras, en junio.

-Haga" el favor de considerar mi proposición. En la primavera no sería aún demasiado tarde.

-Así lo haré, y aceptaría si pudiera encontrar un jefe para mi gente.

-Le quedaré muy agradecido. Necesito hombres que conozcan el país, a los indios y a esos renegados rebeldes que llevan a los salvajes al asesinato y al pillaje. Tengo informes de los comandantes de los puestos, pero pocas noticias directas de conocedores como usted, gente que esté en contacto con el país. ¿Me quiere usted' decir su opinión de la fuerza con que tengo que luchar?

-Por el momento, nada de gran importancia - replicó Clint, pensativo -. Todavía no se han conjurado muchas tribus. Yo aconsejaría que se quebrantase su fuerza antes de que se efectuase esa conjuración. Los jefes renegados como Murdock (se llama en realidad Charley Bent) son como antorchas en la hierba seca de las praderas.

-¿Bent? Tengo un informe sobre él. ¿Sabe usted por dónde está?

-Por el Cimarrón, en alguna parte.

-Se podría aplacar a alguno de esos jefes indios v persuadirle de que firmase tratados?

-Lo han hecho en el pasado. Pero son cada día más desconfiados v rencorosos y tienen razón. Yo no quiero a los indios. He perdido a mi padre, a mi madre y a mi tío, todos a manos de los indios. No les reprocho. Esta es una confesión dura. Le diré qué es lo que hace rencorosos a los indios. En la primavera pasada, una pequeña caravana de veintidós carros salió de aquí, esperando estar en el Paso de Cimarrón en tres días. Algunos Kiowas llegaron al campamento, dieciséis en total, que tenían hambre. Esos viajeros, que no eran acarreadores, se negaron a darles de comer. Los Kiowas se alejaron y uno de los conductores disparó sobre un indio por fa espalda y le mató. Los Kiowas se detuvieron, recogieron a su compañero muerto y se fueron sin decir una palabra. Aquella noche, un gran número de ellos asolaron el campamento, mataron a la gente, quemaron los carros y se llevaron el ganado. Seis días después algunos cazadores que bajaban de las montañas hallaron loas aros de fas ruedas de los carros y veintidós hombres mutilados. Vinieron corriendo aquí, a Larned, a dar cuenta de la matanza. El coronel envió un destacamento de soldados, pero los Kiowas no pudieron ser hallados.

-Bien, Belmet, ése es el otro aspecto de la cuestión, y un aspecto muy negro -replicó Custer con tristeza.

-General, mi opinión, que he adquirido de mi tío Jim Couch y Kit Carson es que el gran peligro consiste en que se puedan unir las tribus del Norte y las del Sur de las Grandes Llanuras. Los Sioux son poderosos y hay rumores, rumores indios tal' vez, pero más de tener en cuenta por esto mismo.

Clint fue a Santa Fe con su caravana, pasó el invierno allí v emprendió el viaje de vuelta en la primavera. Custer estaba aún fuera en su campaña, que, según las murmuraciones del' fuerte, no había tenido un éxito muy señalado.

Cuando Clint llegó a Kansas City, se enteró de una coca que le recordó su conversación con el general Custer. El Gobierno había hecho un tratado con los indios Nez Percé del Noroeste, concediéndoles para siempre la propiedad del' valle Walla Walla. Los indios cumplieron su compromiso. Pero los blancos se metieron en el valle, y el Gobierno ignoró

Librodot

sus incursiones. Los Nez Percé se levantaron en guerra causando grandes pérdidas en vidas v haciendas. Y por fin los blancos ganaron fa posesión del valle con la protección militar.

Belmet comprendió que era inútil' esquivar la verdad. El Gobierno, el ejército, los buscadores de oro, los colonos y hasta cierta punto los acarreadores, habían tratado mal y sin escrúpulos a los pieles rojas.

Aquel mismo invierno, aunque Clint no la supo hasta fa primavera siguiente, el' Gobierno votó una cantidad' de cuatrocientos mil dólares para tratar con tres tribus indias, los Cheyennes, Aranahoes y Kiowas. El Congreso no mantuvo el acuerdo. Lo que fuese del dinero, nunca se supo en la frontera. Estas tres tribus, después de esperar meses y meses, haciendo ruego tras ruego al' Gobierno por medio de los puestos militares, se levantaron en guerra v sembraron la muerte y la destrucción en quinientas millas a la redonda.

Clint Belmet vio lo peor de los años 1868 v 1869 en el Gran Camino. Durante estos años, el Gobierno reforzó todos los puestos de Nuevo Méjico. El' movimiento de caravanas cuadruplicó, viajando grandes trenes en ambas direcciones. Belmet llegó a ser uno de los jefes famosos, y el nombre de Búfalo, familiar en todo camino.

Había acumulado una considerable cantidad de dinero, pues invirtió el suyo y el' de Jim Couch, que vino a parar a sus manos, en pieles, haciendo así que el negocio le dejase beneficios de dos maneras.

El cañón de Couch lanzó sus metrallazos muchas veces después de la muerte de su dueño. Belmet tenía una caravana que constituía una magnífica unidad de combate, pero el' cañón los había sacado de más de un apuro. Ninguno de los indios, salvo los Comanches, podrían resistir la descarga de un cañón. El estampido parecía hundir su coraje tanto como la metralla. Belmet se había asegurado los servicios de un ex artillero, un irlandés pequeño, de cabellos rojos, llamado Benny Ireland. No temía ni al mismo diablo y le gustaba el combate. Su gran inconveniente era la impaciencia, que se manifestaba en su costumbre de gritarles a los indios, cuando los demás estaban escondidos esperando el ataque por sorpresa

-¡Venid, rojillos, que yo os haré mitas!

Los principales factores del éxito de Belmet en el acarreo de cargamentos grandes y valiosos eran los hombres endurecidos y experimentados que llevaba y el hecho de que no conducía más que caravanas grandes. Había llegado, además, a sentir el olor de los indios casi tan bien como su perro Jack, a quien nunca olvidó. Estaba siempre dispuesto a un combate con los indios en lugar de evitarlos.

Había otras buenas razones para que Búfalo Belmet fuese menos molestado que otros caravaneros. Invariablemente recordaba el consejo de Kit Carson y los proceda mientes de Maxwell para con los indios. Belmet nunca provocaba un combate; nunca dejaba marcharse a los indios hambrientos; sus tratos con ellos eran siempre estrictamente honrados.

Era indiscutible que algunas de las caravanas invitaban al desastre. La de, Kelly, compuesta de doscientos cuarenta hombres, una compañía fuerte, dejó Taos a fines de verano del año 1869. En Lower Springs, a unos cinco días al sur de Fort Lamed, una pequeña banda de Comanches llegó al campamento pidiendo azúcar y café. No eran más de cuarenta y algunos de ellos enfermos. Los cameros les enseñaron no sólo café y azúcar, sino también otras apetitosas viandas, pero al mismo tiempo les hicieron burla, se negaron a darles de comer y requiriendo sus armas les ordenaron que se alejaran.

Los indios se fueron. Y aquella gran caravana, segura por el número de sus hombres, prestó poca atención al incidente. Antes del' amanecer, una gran fuerza de Comanches había espantado sus ganados. Los recobraron, pero se dejaron a ocho camaradas muertos y trajeron diecisiete heridos. Desde entonces tuvieron que luchar día v noche con los Comanches durante ciento quince millas. Tuvieron ciento tres bueyes y treinta caballos muertos. Hubieron de abandonar veintisiete carros, y sus bajas ascendieron a ochenta y tres muertos y setenta heridos.

En su viaje al Oeste en la primavera de aquel año, Belmet se unió a John Hatcher, cuya caravana contenía cuarenta carros y unos cincuenta hombres. Hatcher se había criado entre

los Shawnees de Kansas. Probablemente era el mejor combatiente de las praderas, según los veteranos. Jim Barlow, que se había unido a Belmet en Kansas City, tenía sesenta y ocho carros y setenta y dos hombres. Estas dos caravanas, añadidas a los setenta y cuatro carros y ochenta y un hombres de Clint y al famoso cañón de Couch, constituían una fuerza formidable.

Más allá de Fort Lamed esperaban un ataque a cada milla del camino. Era inminente.

Mientras acampaban, el tercer día de camino, vieron una banda de blancos que conducían algunos caballos de sobra sin carga alguna. Belmet y Hatcher clavaron sus ojos de halcón en estos jinetes.

-Veo que llevan dos heridos -dijo Hatcher -. ¿Qué opina usted, Búfalo?

-Bandidos -declaró Belmet -. Me parece que voy a detener a esa gente, Jim.

-No, señor. No lo haga - contestó el más viejo-. No podemos buscarnos molestias. Desde luego, tienen muy mal aspecto. Los, seis caballos que se llevan son caballos de diligencia, si yo entiendo algo de caballos. Pero no tenemos ningún derecho a detenerlos. ¿Suponer que son personas decentes? Juraría que no lo son, pero no podemos arriesgarnos.

A la mañana siguiente, la caravana de Hatcher, que iba delante, se detuvo a esperar a la de Belmet.

A un lado del camino había una diligencia abandonada y ocho cadáveres alrededor. La caja fuerte había sido forzada y su contenida robado, lo mismo que los sacos del correo. Todos los cuernos estaban acribillados a balazos. El conductor tenía nueve heridas.

-Búfalo, siento no haberle dejado detener a los bandidos ayer-dijo Hatcher-. Toda lo que podemos hacer ahora es enterrar a esta pobre gente y dar cuenta en el fuerte del" asesinato.

Belmet denunció el desastre a loas oficiales del ejército, que inmediatamente enviaron tropas en persecución de los ladrones. Volvieron a los tres días, estando Belmet aún en el fuerte. Traían tres prisioneros. En el punto de cita de los bandidos habían matado a diez de ellos, recuperado cuarenta v cinco caballos v dieciocho mil' setecientos cuarenta dólares en oro, plata v papel.

Clint obtuvo permiso para interrogar a los bandidos v estuvo a punta de llegar tarde, pues cuando los alcanzó va tenían todos la cuerda al cuello. Hubiera sido difícil hallar tres tinos más endurecidos. El primero se rió de la pregunta de Belmet, el secundo le maldijo, pero el tercero, un joven de poco más de veinte años, replicó:

-Seguro que conozco a Lee Murdock, pera ése no es su verdadero nombre. Sáqueme usted de esta corbata que me han puesto y le diré dónde está.

El capitán Duncan, encargado de la ejecución, dijo secamente

-Lo siento, Belmet, pero no puede ser. ¡Arriba con ellos! Y los tres ladrones fueron colgados casi antes de que Clint pudiera volver la espalda. Volvió a su caravana con la cabeza inclinada v la mente en el pasado. Algún día se encontraría a Lee Murdock. Aquello debía estar escrito en su destino sobre las praderas. Clint había jurado que no cesaría en sus viajes por las llanuras hasta que encontrase a Murdock v a Blackstone, o supiese con seguridad que habían recibida su justo castigo.

En el camino a Santa Fe, las caravanas se vieron detenidas por chubascos v fuertes tormentas de invierno. Por fin Clint v Hatcher decidieron tomar el camino del rancho de Maxwell y evitar aquel' áspero viaje. Este rodeo significaba muchas más millas, pero al final llegarían a Santa Fe al' mismo- tiempo que si siguieran el camino principal.

La carretera no había sido utilizada en años. Las hierbas habían crecido en ella, y durante aquellas millas, que Clint conocía tan bien, su mente estuvo embargada por el recuerdo melancólico del Pasado.

Las caravanas llegaron al rancho y plantaron su campo en el bello bosque de algodoneros. Las hojas se empezaban a volver doradas.

El rancho de Maxwell' había vuelto al estado salvaje. En lugar de los caballas v el ganado, sólo búfalos y venados se veían en los anchos pastos grises. Clint trepó por la

Librodot

pradera, pensando en 1'o que había oído sobre las operaciones de la Compañía de San Luis que comprara el rancho Maxwell. Había tomado todo el ganado, pero su objeto al comprar era explotar las minas de oro. Medio millón de dólares se había gastado allí. Se había cavado un canal de cuarenta millas de largo para llevar una corriente de agua a las excavaciones. Pero la Compañía no encontró oro y se arruinó.

Clint inspeccionó la casa. ¡Qué cambio! Sólo unos pocos años habían derribado las cercas, las ventanas eran agujeros vacíos, las puertas habían desaparecido y las paredes estaban en ruinas. No se veía alma viviente. Las habitaciones estaban desnudas, frías v tristes. Los indios habían hecho pinturas sobre el yeso. El comedor, que un día fuera la Meca de todos los cazadores, acarreadores, soldados y viajeros, era ahora guarida de lobos. ¡Montones de huesos y de excrementos de lobo! Para Clint Belmet el comedor de Maxwell estaba encantada.

Después de cenar fue por el borde del bosquecillo hasta el lugar en donde había estada el campamento de Couch. Podría haber ido hasta él con los ojos vendados. El bosque en esta parte estaba relativamente solitario, pues los acarreadores no habían llevado tan lejos. Detrás del grupo de sauces, precisamente el mismo, estaba el corpulento árbol bajo el cual se situó el carro de Couch. Las hojas susurraban en lo alto. Un dorado resplandor, reflejo del sol poniente, alumbraba los árboles.

Clint tenía la frente y las manos húmedas. Se dejó caer en la hierba y apoyó la espalda contra un tronco. El carro había estado allí. Recordó que el alto asiento en que él había descansado con May Bell estaba debajo de acuella rama. Allí la había tenido en sus brazos, había besado sus dulces labios y ella le había devuelto su beso. Allí mismo la lanza del carro había descansado sobre la hierba. May Bell se había sentado allí, con un diablo picaresco en sus ojos oscuros. Pero él no la había comprendido. Él no había hecha más que torturar su juventud. Allí Murdock le había mirado con frialdad y desprecio, y allí, cerca de la mano de Clint, había caído sin sentido y con la boca ensangrentada.

Pero aquel relámpago de recuerdos no sobrevivió. Clint estaba solo en el lugar de sus sueñas. Y sus ojos se nublaban. Los duros años pasadas desde aquella hora inolvidable no habían matado la dulzura de su memoria. Nunca, sin embargo, desde que leyera la terrible carta de May, se había permitido esta debilidad. No solamente vivía para la venganza, sino que la búsqueda de Murdock y Blackstone daba calor y vitalidad a sus viajes por el viejo camino.

Pero ahora parecía que sólo hubiera transcurrido una noche. Se había hecho un hombre duro e implacable, que sobrevivía por la fuerza de su inteligencia, su valor y fiereza. Pero en aquel lugar parecía estallar su corazón, y lágrimas lentas y saladas quemaban sus ojos. Sentimiento, remordimiento y plegarias eran inútiles. El hierro de las praderas se había clavado profundamente en su alma. Pero el! amor vivía allí todavía escondido, inquebrantable como los fuegos del sol.

El dorado resplandor palidecía y se ocultaba. Empezaba el' crepúsculo silencioso. A lo lejos aulló un lobo como si lamentase la vuelta del' hombre blanco. La hierba era verde, las hojas bellas, los sauces brillaban y el arroyo murmuraba a su espalda. Pero algo se había alejado de la tierra. El viejo árbol mostraba las señales de las tormentas. Había perdido algo.

Clint conocía demasiado el horror de la vida de la frontera para lamentar su destino como algo más amargo que había sido para muchos otros. Esta presunción hubiera sido ignorancia y locura. Pero creía que ninguno había disfrutado de bendición mayor que el amor que May Bell pusiera en él, ni conocido a una mujer tan adorable y dulce como ella. Y que ningún hombre podía haber tan desgraciado y estúpido, tan precipitada y celoso que destruyese él' mismo a la mujer que le amaba. Pero los golpes brutales que le había asestado la frontera no eran peores que los que asestara sobre miles de otros hombres, mucho más dignos que él. ¿No gemía en cada paso del camino el trabajo de un acarreador? ¡Cuántas tumbas solitarias bajo la ondulante hierbal

Quince años hacía ahora que Clint empuñaba las, riendas a través de la pradera. Pocos llaneros habían sobrevivido tantos años. El sueño que una vez acariciara, de dejar el viaje por la llanura y retirarse a un vallecito, cerca de un fuerte o ciudad, había sido una loca quimera que sólo volvía en agitadas pesadillas.

A su llegada a Santa Fe fue, con sorpresa por su parte, saludado como un espectro.

-¿Búfalo Belmet? - exclamó Buell sin querer dar crédito a sus ojos.

-Pues claro, Búfalo Belmet - replicó con impaciencia.

-¡Pero si estabas muerto!

-No del todo.

Buell estaba tan asombrado que se olvidó de estrechar su mano, aunque dio abundantes pruebas de que su alegría igualaba a su asombro.

-Hace años que no has estado en Santa Fe y todos te hemos llorado por muerto. Yo hablé con un hombre que había visto tu cadáver en Kansas City, y otro que había visto tu sepultura en no sé qué sitio del camino.

-Supongo que vería la del tío Couch. No, mi sepultura no la han cavado aún, que yo sepa -contestó Clint, y luego una vieja pregunta apareció en su pensamiento-. ¿Ha visto usted, a Murdock y a Blackstone desde que yo me fui de aquí?

-Muchas veces. Ahora sólo vienen cuando no hay por alrededor ni caravanas ni soldados. Los tienen atendidos los indios.

-¡Ajá! Deben tener un escondite en estas montañas. -En verano. En invierno ya no vienen nunca.

XVIII

Clint Belmet había pasado sus quince inviernos en la frontera estudiando, leyendo, cazando, practicando con sus armas, haciendo alguna labor manual, curtiendo pieles y otras casas -de menor importancia.

Este invierno lo pasó ante el fuego, observando las llamas, el resplandor opalino, las rojas pavesas, pensando y lamentando. Después de su visita al rancho Maxwell comprendía que no volvería a ser el mismo que había sido.

Pero aunque el dolor hacía los días largos, no los podía detener. Y el invierno pasó. Y vino la primavera con sus actividades, sus preparativos y la inminencia del peligro. Los exploradores y los cazadores predecían el verano más sangriento que jamás se había conocido en la frontera.

La caravana de Barlow partió la primera en dirección a Fort Lyon. Belmet y Hatcher volvieron a juntar sus fuerzas, sumando en este, viaje ciento cuarenta y tres carros. Pesadamente cargados y cortos de municiones emprendieron este viaje con sus jefes llenos de aprensión. Señales de caballos indios llenaban el camino, pero ningún otro signo de pieles rojas fue observado.

-Supongo que esto lo pagaremos más tarde - dijo Hatcher.

-Me está pareciendo a mí demasiado bueno-añadió Belmet

Llegaron a Fort Larned sin haber experimentado el menor contratiempo, aparte el cansancio de los bueyes. Aquí, antes de comenzar el largo viaje a través de las llanuras, era imprescindible un descanso y aligerar la carga. Fort Larned estaba extraordinariamente lleno de vendedores y compradores de pieles, y de ociosos. Añadida a éstos la población regular de soldados, mejicanos, indios. y blancos, resultaba una ciudad movida y llena de color.

Entró renqueando la primera caravana del Este y los acarreadores levantaron las manos al cielo cuando les preguntaron sobre el viaje.

Clint vio a un joven pálido, de unos dieciséis años, que parecía muy impresionado por el movimiento del fuerte. Los carreros se estaban lavando para comer, pero este joven se sentó, abrió su caja y sacando de ella un acordeón empezó a tocar, perdiéndose, al parecer, en su música. Clint se decidió a hablarle.

-Toca usted muy bien este instrumento. ¿Ha tocado mucho durante el viaje?

-Todo el tiempo, para no oír los gritos de los pieles rojas - contestó el músico.

Clint deseó que Hatcher hubiera estado presente para oír aquella contestación.

-Yo soy Búfalo Belmet -dijo Clint, interesado-. ¿Cómo se llama usted?

-George - fue la humilde respuesta.

-¡Qué tipo tan raro para viajar por el Oeste entre tribus salvajes y hombres endurecidos!

-¿De dónde viene usted?

-De La Crosse, Wisconsin.

-¿Viene usted solo al Oeste?

-Ahora estoy solo.

-¡Ah! ¿Dónde están sus padres?

-Enterrados por el camino - replicó el joven con extraña calma.

Clint sufrió una sacudida. Los nuevos acarreadores, colonos, viajeros y aventureros seguían viniendo al Oeste como un arroyo sin fin. ¡Cuánto tiempo había pasado desde que él era así! Pero luego reflexionó que él a los doce años era conductor de un carro, y a la edad de aquel joven, un endurecido luchador.

-Lo siento, George. La frontera es un mal lugar. Ya sé lo que usted siente. 'Cuénteme cómo ha ocurrido. -Teníamos varios vecinos que querían venir a Kansas. Mi gente no tenía muchas ganas de moverse. Nos iba bien en la hacienda, pero convencieron a mi padre, y mi padre convenció a mi madre. Cargamos carros y partimos. Hacía frío y mi madre enfermó. El Mississipí estaba helado y lo tuvimos que atravesar sobre el hielo; yo la pasé andando y me senté en un leño a tocar el acordeón. Los seis carros empezaron a cruzarlo; el nuestro era el último y el más pesado. Una de las ruedas rompió él hielo, y nuestros caballos, asustados y luchando, lo rompieron también y se hundieron en el río, arrojando a mi padre y a mi madre en el agua fría. Los demás los sacaron, pero sus vestidos se habían helado sobre ellos antes de que llegasen adonde yo estaba. Encendimos fuego y acampamos allí. Perdimos todo lo que poseíamos. A mí me quedó este instrumento... Mi madre murió aquella noche... Mi padre se afectó mucho..., le oía llorar por la noche en el carro... Y murió a los tres días. Los vecinos que nos habían convencido de que viniéramos me abandonaron en Kansas City. Yo no tenía ni un céntimo y tocaba el acordeón para ganar algo que comer, y los acarreadores me trajeron con ellos.

-¡Bien! ¡Bien! ¡Eso es una historia! -dijo Clint, perplejo y conmovido-. Venga usted! a comer conmigo, George.

Después Clint obtuvo para el muchacho un empleo en el almacén de Aull y trató de darle algunos consejos, como hiciera con él! Kit Carson. Pero George no parecía comprender el significado de la frontera.

Aquella noche estaba Clint tostándose las piernas ante una hoguera del campamento; la mayor parte de sus hombres estaba en el fuerte jugando, bebiendo o charlando. La noche de principios de verano era bastante fría en aquella altura. Fuera, en la oscuridad, aullaban los coyotes. El viento agitaba las rojas pavesas. Clint extendió sus grandes manos hacia el calor. Mañana al amanecer saldrían las caravanas. ¿Por qué sentía un extraño presentimiento?

El paso de un pie calzado con mocasín le sacó de sus meditaciones. Un indio envuelto en una manta salió de la oscuridad y se sentó junto al fuego. Clint le saludó y le dio tabaco. Al inclinarse hacia el reconoció en el indio a un Kiowa llamado Jim Pez Blanco, un proscrito de su tribu a causa de su amistad con los blancos. Era el mismo que en 1854 salvara la vida al notable guía y cazador Jim Baker. Clint había oído a Baker contar la historia. Él había salvado al indio de sus compañeros. Jim vivía en una cabaña en las afueras del poblado y Clint nunca pasaba por el fuerte sin acordarse de él. Seguramente en este viaje no lo hubiera

Librodot

hecho así, pues su mente estaba ocupada, y sin duda Jim venía a recordarle esta omisión. Clint ¡de después a su equipaje y sacó de él azúcar, café, tabaco y un trozo de carne de búfalo, algo ya un poco difícil de conseguir, y lo dejó al lado del indio.

-Ahí tienes, Jim -le dijo alegremente.

El Kiowa hizo un gesto expresivo que decía mejor que cualquier palabra que no había venido a pedir a su amigo blanco. Luego acabó de fumar y miró con desconfianza a su alrededor; sus ojos negros e inescrutables taladraban la noche como una hoja de acero. Su mano delgada y nerviosa se apretó sobre el brazo de Clint.

-Amigo blanco tomar soldados -dijo en voz baja y gutural, pero en inglés coherente, y con su otra mano señaló hacia el Oeste-. Blackstone viene-su mano indicó un encuentro en algún lugar que había en su mente -. Charley Bent viene - y sus dedos trazaron una línea imaginaria en otra dirección -. Muchos Kiowas. Todos encuentran en Point of Rocks.

Y el indio se levantó y se perdió en la oscuridad.

-¡Jim! -llamó Belmet tan pronto como pudo recobrar el aliento. Pero no obtuvo respuesta.

Era un proceder por demás extraordinario. Su importancia excitó a Clint en extremo. No tenía la menor duda de que con aquellas pocas palabras Jim Pez Blanco había salvado de una matanza a su caravana y a la de Hatcher. En la sangrienta frontera se encontraba un indio aquí y allá que cuidaba de que las deudas quedasen saldadas. Había millares que devolvían golpe por golpe, pero con los indios como Jim Pez Blanco, era doloroso para Clint el matar a un piel roja si no era en el calor del combate y por instinto de conservación.

Después de un momento de rápido pensar, Clint se levantó y, al moverse, puso el pie sobre los sacos de, azúcar y café que Jim Pez Blanco no se había dignado aceptar. Si Clint hubiera necesitado una prueba más impresionante, estaba allí. Corrió hacia el fuerte en busca de Hatcher. Un acarreador le dijo que el otro jefe de la caravana estaba en la taberna de Honer jugando a las cartas. Clint fue allí y le encontró.

-Deje usted eso, Hatcher -y a esta orden. Hatcher se levantó de un salto, dejando a los otros jugadores tiesos en sus asientos.

-¿Qué diablos pasa?

-Venga usted fuera.

Cuando estuvieron fuera en la oscuridad, Clint cogió el nervudo brazo de su compañero y murmuró -Hatcher, tenemos preparada una emboscada en Point of Rocks. Jim Blackstone viene por un lado y Charley Bent, con los Kiowas, por otro.

-¡No se nos llevara el diablo! Ya me extrañaba a mí que el fuerte estuviera tan lleno de Kiowas. ¿No lo había usted notado?

-Sí. Pero estaban comerciando. Yo mismo- le he comprado a un indio todas sus pieles... Pero, pensando en ello, la verdad es que hay muchos.

-Detrás de esto está la astucia de un blanco. ¿Quién se lo ha dicho

-No importa quién. Ya tenemos el aviso. ¿Qué hacemos?

-¡Seguir l No podemos detenernos. Ni por todos tos indios y rebeldes del mundo.

-Yo no he pensado en detenernos. Pero podríamos hacer algún plan.

-Pidámosle una escolta al coronel. Se va a caer sentado, pero probemos.

-Muy bien. Pero déjeme usted hablar a mí.

Pronto los recibió el coronel Bailey, casi nuevo en el extremo Oeste. Escuchó fríamente a Clint, fumando un cigarrillo, y luego dijo riendo.

-¿Pero qué es lo que les pasa a ustedes, los viejos exploradores? Sería más propio que yo les pidiese que escoltasen a algunos de mis soldados.

-Bien, coronel, pensando, en ello, quizá tenga usted razón - dijo Hatcher cuando salían.

Fuera, se puso a maldecir. Clint guardó silencio. Algunos de los oficiales del ejército eran una rémora para las caravanas.

-¿Qué hacemos? - preguntó Hatcher -. ¿No hacer casa de este aviso? Yo he tenido algunos que no resultaron ciertos.

-Sobre éste podríamos apostar cualquier cosa. Pensemos qué es lo que pretenden... ¡Point of Rocks otra vez! Es el peor de los lugares del camino... Los centinelas indios nos pueden ver desde las montañas cuando estemos aún a un día de distancia. Pueden hacerles señales a sus fuerzas de abajo.

-Hombre prevenido vale por dos. Tenemos unos hombres duros y curtidos. Quedémonos otro día; reclutemos más gente, carguemos más armas y municiones.

-No. Así nos venderíamos. No le diremos nada a la gente hasta que lleguemos a Sand Creek, el primer campamento. Luego seguiremos adelante como de costumbre hasta el Llano de los Algodoneros, que es la última aguada de este lado de Point of Rocks, pero en lugar de acampar seguiremos toda la noche y pasaremos por Point of Rocks de noche en lugar de por el día.

-¡Ah! ¿Quiere usted sorprenderlos a ellos en lugar de dejar que ellos nos sorprendan a nosotros?

-Sí. Será una jornada de treinta millas, pero podemos hacerla.

-Duro para el ganado, pero me adhiero a su parecer. Consultémoslo con la almohada.

Por lo que a Clint se refería, el sueño no mejoró en nada las circunstancias. Pero a la luz del día, ninguna aventura tiene el aspecto siniestro que le presta la negrura y el misterio de la noche.

Al amanecer salieron las caravanas de Fort Lamed, lo mismo que un viaje ordinario. Hicieron dieciocho millas, durante las cuales Clint se puso con frecuencia de pie en el pescante para otear la llanura, especialmente hacia atrás, con el anteojo de Couch, que siempre llevaba. Vio búfalos, pero no indios.

Después de cenar reunió Clint a sus hombres en un solo grupo y sin denunciar el origen de sus noticias les dio a conocer la extraordinaria amenaza que pesaba sobre aquel particular viaje.

-Todos recordáis - concluyó - el carro de rifles y municiones que yo compré en Kansas City el otoño pasado para comerciar con los cazadores en Fort Lamed. Recogí lo que quedó, unos sesenta rifles y cinco mil cartuchos. Están en el carro blanco, inmediatamente detrás del mío. Quiero que cada uno de vosotros tenga un rifle de repuesto y municiones, y que lo tengáis a mano día y noche.

-Búfalo, podemos tener un buen combate, pero no nos pueden vencer-dijo Henry Wells, el veterano más viejo de entre ellos. Otros viejos llaneros expresaron la confianza que tenían en su número y equipo. El artillero Ireland juró que su cañón valía por cien hombres.

-Tengo un plan para salir de la emboscada de Point of Rocks - continuó Clint -. Mientras, caminemos despacio y dejando descansar el ganado, y que cada uno se convierta en un centinela.

Hatcher y Clint se reunieron después expresando su satisfacción por el modo con que sus hombres habían oído las amenazadoras noticias.

-Búfalo, llevamos el más valioso cargamento de pieles que jamás haya salido de Fort Lamed - dijo, Hatcher. -Así es, en verdad.

-¿Cree usted que Charley y Blackstone lo sabrán? -Con seguridad.

-Pero, ¿cómo?

-Algún, indio, y más probablemente algunos de los blancos que andaban por el fuerte. Vi muchos a quienes no conozco. Aventureros de mal cariz que no le pueden mirar a uno a los ojos... También llevo un correo importante y sesenta mil dólares para Aull y Compañía

-¡Hum! -exclamó Hatcher-. Si esta partida de bandidos nos llega a coger con los pantalones caídos, como pensaban, seguro que nos dan unos azotes. Se me antoja que le deberemos mucho a nuestro informador antes de que se acabe este viaje... Esto se está poniendo muy mal Búfala. Los pieles rojas no me importan mucho, pero cuando están dirigidos por gente de nuestro color e inflamados por el alcohol, la cosa cambia. Si salimos con bien, me parece que será ésta mi última caravana.

-¡Qué dice usted, Jim! - exclamó Clint, sorprendido.

-Que limpiar los caminos de ladrones es una tarea de soldados y no de acarreadores. El general Custer tiene las manos bien ocupadas con esas tribus del Sur. Si consigue dominar a los Sioux tendrá ya mucha suerte. ¿Y quién va a venir a limpiarnos de estos malhechores como Blackstone, Bent, Broom Field y Clanger y Dios sabe cuántos otros? Este juega del bandidaje es nuevo y provechoso.

-Tiene usted razón, Jira. Buell me dijo que Blackstone tiene sacos de oro. ¿De dónde los saca?

-Tengo idea de que algunos jefes de caravanas se ganan algo llevando pieles robadas a Kansas City. Conozco a uno de quien no me fiaría. Jim Blackstone ha sido acarreador. Me condujo a mí un carro en el cincuenta y ocho. A principios del sesenta era jefe de una caravana.

-Ya le conozco. El tío Couch nunca tuvo confianza en Blackstone.

-Tampoco yo. No habría uno solo de nuestros hombres que no se alegrase al verle con una cuerda al cuello. El hecho es, Búfalo, que la gente ha tomado la noticia muy en serio. Han visto con lo que tenemos que luchar los acarreadores. Ya eran bastante malos los indios. Si tuviéramos una agarrada o dos antes de llegar a Point of Rocks, la gente estaría de peor humor que un nido de serpientes.

A las quince millas de marcha del día siguiente, un destacamento de soldados estaba esperando la llegada de la gran caravana. Clint marchaba a la cabeza del semicírculo de carros de una milla-el camino hace una curva allí - y Hatcher cubría la marcha. Clint reconoció al sargento que se acercaba a su carro. Se llamaba Mac Millan.

-¡Hola, Belmet! -dijo -. Hemos tenido un mal encuentro con algunos Pawnees. Dividí a mis hombres, y envié a unos por un lado mientras nosotros íbamos por otro. Hemos tenido una escaramuza y estoy preocupado por Nelson y diez soldados que han ido con él... Baje usted y venga al río conmigo.

Clint tomó su anteojo y bajó al lado del sargento. Hatcher vino galopando por la llanura. A unos cientos de metros de distancia, una línea de matorrales y árboles raquíticos señalaba la cresta de un considerable declive. Mac Millan y Hatcher desmontaron. Una ancha hondonada se abría con un arroya serpenteando por el fondo entre sauces y algodoneros.

-Belmet, yo he perdido mi anteojo; échele usted una ojeada con el suyo a aquel grupo de caballos -dijo el sargento señalando.

A lo lejos, al lado del río, a una milla o más de distancia, un grupo de caballos era conducido por indios montados. Clint enfocó su anteojo v casi al instante exclamó:

-Pawnees que se llevan caballos del ejército. Veo la marca.

El sargento empezó a lanzar maldiciones.

-...Déjeme mirar. Sí, nuestra marca... Son nuestros caballos... Belmet, ¿quiere usted ayudarme a rodear a ese grupo de Pawnees?

-Por mí, sí. ¿Qué dice usted, Jim?-preguntó volviéndose a Hatcher.

-¿Que qué digo? Que sí, desde luego. ¿Cuántos hombres necesita usted, sargento?

-Tomen cada uno de ustedes diez hombres escogidos y montados, que pronto los acorralaremos.

Volvieron a la fila de carros, donde fue difícil decidir quiénes irían, puesto que todos querían. Por fin, Hatcher eligió sus diez hombres y dijo que él se quedaría con la caravana. Clint tomó los suyos y a los pocos minutos todos los destacados estaban al borde de la colina mirando a los Pawnees! entre el follaje.

-Belmet, vaya usted por aquí y sígalos - dirigió Mac Millan -. Ya daré una vuelta con mis hombres y les saldré par delante. Cuando nos vean lucharán o se volverán. Si hay lucha, corra usted a ella; pero si se vuelven, deténgalos. Que no se escape ni uno. Vamos tras esta partida desde hace varias semanas. Han estado por el valle asesinando colonos.

-¿Cuánto tiempo necesita usted para pasar delante de ellos? -preguntó. Clint.

-Usted siga adelante y no se preocupe por nosotros. Clint condujo a sus hombres a un sendero que bajaba. Era en extremo pendiente, pero de tierra blanda en la que los caballos se

deslizaban sin peligro, ruido ni polvo. Una vez en el! valle, pronto encontró Clint el rastro de los Pawnees y lo siguió. En menas de una hora los perseguidores avistaron a los indios, siendo evidente que los caballos robados eran difíciles de manejar. Mac Millan y sus soldados aparecieron sobre un elevado terraplén enfrente, a menos de media milla delante de los Pawnees. Éstos se detuvieron indecisos, pero cuando vieron a los soldados bajar por fa ladera y meterse en el río; volvieron grupas.

Casi al instante sus certeros ajos descubrieron a los carreros que venían a galope. Se dirigieron al río, dejando los caballos robados. Pero las riberas eran demasiado elevadas y pendientes y desistieron de la idea. En este momento los soldados aparecieron detrás de ellos y los Pawnees carearon con un salvaje grito de guerra.

Clint sintió el choque y la quemadura de una bala en su brazo derecho. Se le cayó débilmente y dejó escapar el rifle. Deteniendo su caballo, desmontó v sacó el revólver con la mano izquierda. Mató a dos Pawnees e hirió a un, tercero antes de que torciesen hacia la izquierda con la esperanza de perderse en el espeso bosque. Pero los soldados ya estaban sobre ellos, y los acarreadores corriéndose por su flanco. Clint vio un breve combate - a la carrera, pera a corta distancia-que acabó tan súbitamente como comenzara.

Examinó su herida y halló que no era nada de cuidado, salva que sangraba profusamente; se la vendó con el pañuelo y se dirigió con su caballo hacia los suyos.

-Observo que está usted sangrando, Búfalo -dijo Henry Wells -. ¿Algún hueso roto?

-No. No es nada... ¿Y ustedes? ¿Dónde están los soldados?

-Han ido detrás de sus caballos. Hay treinta pieles rojas muertos y nueve prisioneros. El sargento Mac Millan ha dejado orden de alinearlos y fusilarlos.

-Que lo hagan ellos eso, - replicó con voz aguda Clint-. ¿Cuántos heridos tenemos nosotros?

-Seis, y ninguno de cuidado, excepto Heddon, que tiene un agujero muy feo en una cadera. Pero no estoy seguro de que 1'e hayan roto el hueso.

Clint contempló a los nueve estoicos Pawnees desarmados y custodiados. Guardaban un sombrío silencio. Todos aquellos salvajes de las llanuras eran místicos. Habían luchado y habían sido vencidos; estaban dispuestos a cumplir el destino que ellos les tenían reservado a sus enemigos, blancos.

Clint puso su brazo en un cabestrillo y examinó la herida de Heddon, que era dolorosa, pero no grave. Algunos de los acarreadores, con cuerdas, arrastraban a los indios muertos hasta el río y los arrojaban a él, donde se hundían y se perdían de vista. El ojo adiestrado de Clint percibió señales de vida en más de uno de ellos.

Cuando acababa este desagradable trabajo, volvió el sargento Mac Millan con sus caballos. Tres de sus soldados estaban heridos. El daño pequeño sufrido por los blancos atestiguaba la ventaja del ataque por sorpresa.

-¿No dejé orden de, que se fusilase a los nueve prisioneros? -preguntó Mac Millan.

-Creo que alguien lo ha dicho, pero yo no tomo órdenes de usted-contestó tranquilamente Clint -. No hemos hecho más que ayudarle.

-Sí; y les estoy muy agradecido. Creí que quizá pudiera dejarles esa tarea a algunos de sus hombres. Todos ustedes tienen fama de sanguinarios.

-Quizá la merezcamos, sargento. Pero esa fama no nos gusta.

-¡Poned los indios en fila! -gritó Mac Millan a sus soldados.

No hubo necesidad de arrastrar hasta la orilla del río a los indios condenados. Clint fijó en ellos la vista. Había presenciado con frecuencia esta operación; había participado alguna vez en esta clase de justicia, pero siempre le parecía lamentable. ¡Qué magnífico coraje mostraban aquellos Pawnees! -¡Listos! ¡Apunten! ¡Fuego!

Algunos cayeron de espaldas al agua, con la cara sin expresión. El resto se derrumbó para ser empujados al río por los soldados.

Librodot

Cedió la tensión en todos. Algunos se sentaron; otros miraron a sus heridos; otros atendieron a las armas y a las sillas. Mac Millan consultó a uno de sus hombres sobre los caballos recobrados.

El ojo de Clint percibió a tres Pawnees que se arrastraban fuera. del río por la otra orilla. Uno estaba herido, pues necesitaba ayuda. Los otros dos se habrían, probablemente, fingido muertos, siendo arrojados al río sin lesión alguna. Clint no los denunció.

Pero de súbito los vio uno de los soldados y gritó

-¡Mirad! ¡Tres indios vivos! - Y empezó a disparar. Las balas pasaron muy lejos del blanco.

-Sam, no le aciertas ni a un rebaño de búfalos -gritó otro soldado, y abrió el fuego. Varios otros hicieron lo mismo, como si estuvieran jugando. El primer Pawnee soltó a su herido compañero y, saltando sobre la arena, se perdió entre los sauces y escapó. Pero el otro no quiso dejarle. El valiente Pawnee había sacado a su hermano casi fuera del agua, cuando de repente le soltó y se irguió. Por un momento dirigió su cara oscura y altiva hacia sus enemigos. Estaba muerto, pera no vencido. Cayó en la arena. El indio herido había sido tocado otra vez. Su cabeza cayó sobre su pecho y sus hombros se pegaron un momento a la arena; luego se hundió poco a poco en el río y desapareció.

-Adiós, sargento - dijo Hatcher -. Cosas del oficio. Y la caravana reanudó su marcha hacia el Este, haciendo diez millas más en aquel' día, la mayor parte descendiendo, hasta Branch Creek, un punto rara vez usado por las caravanas. El agua era mala. Aparte esto, sin embargo, el campamento resultó cómodo. A la mañana siguiente, a la salida del sol, Henry Wells informó a Clint: -Señales de humo hacia el, Sur.

Clint realizó una larga observación con el anteojo y luego envió a buscar a Hatcher.

-Bien, sí, es verdad - dijo éste -. Almorzaremos y nos iremos.

Antes de mediodía, uno de los exploradores que cabalgaba a una milla o dos por delante, volvió al galope.

-Indios vienen.

-¿Por dónde?

-Por el camino.

-¿Cuántos? -Muchos; quinientos quizá.

-¿Comanches?

-No puedo asegurarlo.

Clint se volvió y gritó con voz estentórea

-¡Indios! ¡Nos batiremos en marcha! ¡Vienen! ¡Pasar la voz!

Luego se dirigió al explorador

-Vaya usted a Ben Ireland y a Copsy y dígales que preparen el cañón. Que disparen un par de veces como puedan y que, luego elijan un buen puñado de indios para blanco.

Clint dejó su revólver sobre el asiento, a su lado, y colocó sus dos rifles en el mismo sitio; luego avivó a sus caballos.

Siguió adelante, sus ojos de halcón fijos en la línea del horizonte, donde el camino amarillo la dividía. Hennesy, el conductor que venía detrás de- él, cantaba con toda la fuerza de sus pulmones. Clint se volvió un momento a mirar. Los huecos entre carro y carro se estrechaban, acomodándose los caballos al paso más lento de los bueyes. Pero todos se movían con presteza.

Una larga línea ondulada apareció en la pradera. Clint no había visto nada igual y experimentó una sombría emoción. La línea de! jinetes salió de la hierba y se acercó como el viento. Clint no recordaba haber sido atacado por tan gran número, pero con satisfacción vio que no eran Comanches, sino una banda mezclada con Arapahoes y Cheyennes. Avanzaron galopando en una línea bella y brillante, y a menos de trescientos metros se dividieron a ambos lados del camino y volvieron para ponerse a nivel de la caravana. Estaban fuera del alcance de los rifles, pero empezaron a disparar sobre los carros.

Clint tuvo que volver la cabeza para verlos. En esta clase de combate, los indios se mantenían siempre paralelos a la caravana, llegando hasta ella los más audaces jinetes, y agrupándose donde conseguían detener a un carro. Clint vio cómo ocurría esto. Los conductores empezaron a disparar, indicando que en algún punto los indios habían entrado dentro del radio de alcance de los rifles. Un grupo de salvajes había cerrado la caravana. Dos carros estaban detenidos, Clint vio a un conductor caer del pescante y al otro correr. El carro siguiente continuó en orden. No hubo confusión. Los carneros se movían activamente haciendo un fuego graneado por ambos lados.

¡Bum! ¡El cañón! Clint se alegró al oírle y seguramente a todos los demás les pasó lo mismo. El cañón había sido montado en un carro con Ireland de encargado y Copsy de ayudante, y dos conductores guiando los cuatro caballos. Clint no pudo, ver si la primera descarga del cañón había sido efectiva. Probablemente no había causado más efecto que atenuar el valor de los salvajes asaltantes. En dos minutos justos volvió a cargar Ireland, según dedujo Clint por el segundo cañonazo.

El fuego se fue corriendo hacia atrás a lo largo dé la caravana, hasta el' extremo de Hatcher. Esta clase de combate era menos peligroso para los acarreadores, excepto cuando los indios se decidían a cargar en masa.

Clint había avanzado una milla cuando los indios volvieron a la carga, más cerca, cabalgando más de prisa, disparando con más frecuencia y acercándose más atrevidos a la caravana. Empezó a aumentar el número de los indios caídos; los carneros no., gastaban municiones en balde. Sentados sobre las riendas, disparaban mientras caminaban sus caballos. Cayó una yunta de bueyes. Clint vio al conductor saltar, disparar y correr al carro inmediato, que se apartó y volvió al camino con poca pérdida de tiempo.

¡Bum! Rugió el cañón de Ben Ireland. Un grupo de indios que se acercaba al carro detenido osciló como sacudido por un fuerte viento y se deshizo. Caballos sin jinetes escaparon desbocados por la pradera.

El terrible estruendo de los aullidos de las indios, que sólo dominaba el estampido del cañón, ganaba la cabeza de la caravana. Clint conducía mirando hacia atrás. De repente se metió las riendas anudadas bajo una pierna y requirió uno de sus rifles. El carro que hacía octavo, detrás del suyo, había sido detenido; una yunta de bueyes y el conductor habían desaparecido. El noveno, tratando de salvar el octavo, se detuvo con caballos muertos; los carreras echaron a correr. Los indios se concentraron allí, moviendo los caballos de un lado para otro.

Clint detuvo sus caballos y empezó a disparar a un lado y a otro. Su acción detuvo la cabeza de la caravana.

Los siete carneros que venían detrás de él y los de los carros caídos siguieron su ejemplo y abrieron un fuego mortífero. Desde una docena de carros más atrás se hicieron asimismo fuertes descargas sobre los jinetes que se agrupaban. A cada lado de la caravana, los indios aumentaban en valor y fiereza, locos en su sed de sangre, osados hasta la destrucción. Si derribaban algunas yuntas más, habrían roto el orden de la caravana.

Clint derribó a un indio o a un caballo con cada uno de sus siete tiros, y esto con un brazo en cabestrillo. Volvió a cargar, aunque tenía otro rifle a su lado. Guardaba éste para el combate a poca distancia. Cuando volvió a mirar, los indios se habían agrupado a cada lado de la caravana, frente a la brecha abierta en ella. El carro del cañón, fuera del camino, venía al galope de sus cuatro caballos, un carnero conduciendo, el otro disparando. Copsy disparando también y Ben Ireland atendiendo el cañón. Los indios, frenéticos ante la oportunidad, aumentaban su número en aquel punto. Estaban dispuestos a arriesgarse a entrar por el! hueco y rendir a Clint y a los otros siete carros.

A cincuenta metros del grupo mayor, al lado derecho de la caravana, se detuvo el carro de Ireland. Clint vio una llama roja y una lengua de humo. ¡Bum! Tronó el cañón, y como espigas ante la guadaña, cayeron indios y caballos Todos los salvajes que quedaban en el lado derecho de la caravana huyeron como ante el fuego de la pradera. Los del lado izquierdo se

alejaron, pero continuaron corriendo y disparando. Su dorada oportunidad se les había escapado. Los carros avanzaban corriendo de dos en fondo, esperando la orden de formar el círculo. Pero Clint no la dio, y cuando llegó Hatcher, los indios ya habían hecho un rodeo para unirse a sus fugitivos camaradas. Se detuvieron lejos, una masa oscura y agitada, a consultar, pera no renovaron el ataque.

Rápidas manos cortaron las, correas de los caballos muertos y engancharon los carros unos a otros. Los hombres muertos fueron recogidos. Seis muertos y cuatro heridos. Benny Ireland tenía un agujero en el antebrazo.

-¡Eh! Patrón, ¿qué le ha parecido el último tiro? - preguntó a gritos.

Cincuenta y tres indios y casi otros tantos caballos habían caído bajo la terrible carga de metralla. Ireland se ganó muchas aclamaciones.

-¡Adelante! -gritó Belmet,

Otra vez los jefes de la caravana -se pusieron en movimiento, los carros se alinearon, y pronto toda la hilera de carros avanzaba en orden por el amarillo camino. Chirriaban las ruedas, crujían los arreos, los bueyes y los caballos se tranquilizaban, y los carreros conducían hacia el amplio y purpúreo horizonte.

XIX

El búfalo detuvo la marcha. El inmenso rebaño emigrando hacia ell Norte rodeo la caravana, la cortó por varias partes y por fin la obligó a detenerse.

Los acarreadores se apresuraron a aprovecharse de la oportunidad. La carne de búfalo era su plato favorito, y la tendrían de cena aquella noche, si podían llegar a un campamento. Mediada la tarde, el rebaño se aclaró.

Clint Belmet nunca se cansaba de mirar a los búfalos. La impresionante vista de su primer toro, el frío de su medula cuando Dick Curtis le dijo al oído que disparase sobre el monstruo, el tremendo culatazo que le dejó tendido, y la emoción de ver a la enorme bestia negra y lanuda en el suelo, eran impresiones juveniles que no se habían atenuado con los años y volvían siempre que veía búfalos. ¡El estruendo atronador de sus pezuñas! ¡El sudario de blanco polvo de la pradera! Los búfalos, ahora tan numerosos como las hierbas de la llanura, sólo serían un recuerdo algún día. Clint lo comprendía así.

El viaje a través de la pradera tenía problemas menores que los ataques de los indios, pero, a pesar de eso, importantes. No podía, de ninguna manera, llevarse agua para hombres y animales. Y después de una larga jornada de polvo y de sol, el ganado necesitaba beber, de modo que cuando obstáculos como los rebaños de búfalos causaban dilaciones, la cosa era seria.

Aquella noche la caravana llevaba ocho horas de retraso y tuvo que detenerse en otra de las aguadas poco frecuentadas. En este caso particular el retraso fue afortunado, pues a la mañana siguiente, cuando ya hacía tiempo que emprendieron la marcha, encontraron un grupo de Pawnees que les dejaran después de un cañonazo de Ireland. En el campamento ordinario, a algunas millas de distancia, los exploradores hallaron señales indudables de que los Pawnees los habían estado esperando emboscados.

Cuando se le dio la noticia a Hatcher, éste levantó las manos al cielo maldiciendo.

Parece que todos los indios de las praderas están esperando a esta caravana.

Clint se inclinó a .la- misma opinión. El humor de la gente se hacía más sombrío, lacónico y retador a medida que aumentaban los peligros y los contratiempos. Durante años

se habían jactado de la suerte que esperaban algún día en el viejo camino, y en este caso particular, el amanecer de tal día no estaba lejos.

A la mañana siguiente bajaban las últimas ondulaciones del país antes de entrar en la vasta llanura de la pradera propiamente dicha. Los ríos surcaban la región, y de sus frondosas riberas se alzaban sobre el verde pálido delgadas columnas de humo. No vieron ningún indio, pero Clint y Hatcher opinaban que muchos pares de ojos negros y salvajes observaban la caravana desde las lomas.

Esta parte de las grandes llanuras había siempre impresionado singularmente a Clint Belmet. Era la extensión más bella y salvaje entre las Montañas Rocosas y el Missouri. Clint se acercaba a las solitarias tumbas de su madre, su padre, el tío Couch y Tom Sidel, el único amigo íntimo de sus días juveniles, el muchacho que salvara su vida.

A mediodía del siguiente, significativo por no haberse visto indio alguno, sabiendo que estaban cerca, los ojos penetrantes de Clint distinguieron la masa purpúrea y gris de Point of Rocks. Su forma particular hacía que fuera una señal familiar para todas los que conocían el país.

Al sur de la caravana, la llanura descendía en escarpas, algunas accidentadas y cubiertas de maleza, otras grises hasta la pradera azul. Cada milla o cada dos, una, cañada se abría en esta vasta ladera y una línea de verdes sauces y algodoneros serpenteaba hasta perderse en el llano. Hacia el Norte, la última cadena de montañas fundía su gris y rosa en la distancia, que era como un mar o un desierto.

Desde la presente posición, la caravana tardaría día y medio de cómodo viaje en llegar a Point of Rocks. Los ojos de los indios debían de haber descubierto ya la caravana y deducido que su próximo campamento sería en Alder Creek.

El anteojo de Belmet localizó al fin lo que hacía tiempo estaba buscando. Desde una elevada loma se elevaban, flotando por encima de los matorrales, nubecillas redondas de humo oscuro. Brotaban con singular regularidad. Belmet apretó los dientes. Sabía que un astuto indio estaba en pie al lado de un fuego cubierto con una manta que levantaba a intervalos regulares para dejar escapar el humo. Algunas millas más lejos otros ojos indios, tan agudos como los, del buitre de las praderas, veían, aquellas señales y sabían que la caravana pasaba por determinado punto.

-Jim Pez Blanco me dijo la verdad -murmuró Clint con gratitud hacia el' proscrito amigo de los blancos-. Cren que acamparemos en Point of Rocks mañana por la noche. ¡Y antes de romper el día...! Bien, haremos nosotros también un poco de emboscada por nuestra cuenta.

Belmet envió un recado a lo largo de toda la línea de carros, diciéndoles a todos las señales que había visto y que la orden era conducir despacio hasta el anochecer y luego con rapidez hasta Point of Rocks. Hatcher envió recado a Belmet diciendo que había visto a un vigía indio a caballo en un claro de la montaña. La conclusión del mensaje de Hatcher era

-Tendremos jaleo, y hemos de llegar a Point of Rocks antes de que amanezca.

Hacia la puesta del sol, una luz clara y maravillosa alumbró las praderas, un resplandor bello y transparente, incoloro y magnificador, que gradualmente se teñía de oro. Aún tardó una hora en ocultarse el sol. Los robustos caballos tiraban con la cabeza inclinada; los pacientes bueyes avanzaban inclinando sus yugos de un lado y de otro; las ruedas rodaban adelante, adelante.

Por el Este, sobre la suave ondulación de la pradera de brillante hierba, se elevaba el montículo Point of Rocks. Clint veía su propia sombra prolongándose ante sí, grotesca y siniestra. Las escarpas se perdían por el! Sur en una oscuridad dorada.

¡Ni una señal de vida! Los pájaros y las bestias de la pradera estaban ocultos. Sobre las llanuras se cernía la soledad y la melancolía, con una paz que era sólo una ilusión. El sol se ocultó por detrás de la caravana; por el Este, la tierra y el cielo se juntaban en una línea de oro y rosa; luego palideció y por fin la oscuridad cayó sobre la inmensidad del llano.

Pero la muerte se ocultaba allí, como la distancia árida y vacía, ahora gris y pálida, con manchas de sombra saliendo de las hondonadas. ¡Las Grandes Llanuras! Nunca las había visto Clint Belmet tan vastas, tan claras, tan increíblemente viejas. Explanada tras explanada elevándose hacia las cordilleras, grises y frías, con su eterna monotonía ineludible y tremenda.

Durante quince años había contemplado Clint este fenómeno de la transformación de la pradera: el oro tornándose gris, y el gris en plomo, por el misterio transparente de la noche sobre: el mar de hierba. Pero esta vez parecía más potente el designio de la Naturaleza y más triviales los esfuerzos del hombre.

A las tres de la mañana, Belmet y Hatcher entraron con sus caravanas en los oscuros pastos al pie de Point of Rocks, completando la jornada más larga que ninguna de las que habían hecho jamás. Los bueyes la resistieron, pero los caballos estaban exhaustos. Se formó un doble círculo de carros, con dos estrechas salidas, una frente a otra, dejando sólo unos pocos acres de hierba dentro. Se dio de comer grano a los caballos, siempre reservado para los casos, extremos. Los bueyes se dejaron sueltos dentro del corral. Se despacharon exploradores por todos lados y Clint Belmet fue con Henry Wells a echar una mirada al río. Todo estaba oscuro en la arboleda de la conjunción de las dos corrientes, y a lo largo de cada una de ellas. Pero ni a Belmet ni a Wells les gustaba aquella oscuridad. Esperaron afinando los oídos, tratando de sorprender ruido de perros o de caballos indios. Un lobo solitario aulló y una lechuza lanzó su grito fúnebre. El viento murmuraba en las hojas de los algodoneros, mezclándose al -susurrar del agua de la corriente.

Amaneció. Los; venados se metieron entre las espesuras. Los búfalos, cruzaron los arroyos para subir al llano. Wells se volvió adonde Belmet estaba sentado. -Búfalo, si hubiera pieles rojas escondidos entre los árboles, los venados no harían lo que hacen. Tampoco lo harían los búfalos. Además oiríamos los caballos desde una milla y los indios ya estarían levantados.

-Les hemos, ganado el, terreno hasta ahora, Henry - declaró Clint.

-Seguro. Volvamos a tomar un bocado.

No se encendieron hogueras. Comieron carne de, búfalo iría, bizcochos y café que llevaban preparado de antemano.

Hatcher bajó del punto más alto de Point of Rocks. -He dejado a Moore arriba con el anteojo. Les podremos ver venir por los dos arroyos desde muchas millas de distancia; pero no hay nada aún.

El segundo explorador volvió tarde. Se había alejado a diez millas al, Norte.

-He visto algo moviéndose en la pradera, pero no puedo decir si eran indios o búfalos - dijo.

-Si el ganado se pudiera mover aún, podríamos salir de ésta - observó Hatcher.

-No llegaríamos muy lejos - protestó Wells.

-Pero ¿es que nos vamos a saltar un combate? - preguntó Ireland.

-Búfalo, voy a preguntar a todos los hombres, uno por uno, qué les parece tratar de seguir - dijo Hatcher.

-Es inútil, Jim -declaró Belmet-. Los caballos están muy mal; se nos irían cayendo por el camino. No llegaríamos muy lejos: sin que nos alcanzasen los indios y entonces estaríamos peor que aquí.

-Tiene razón - apoyó Wells, y la opinión del viejo llanero era de peso.

-Consultaré opiniones, de todas maneras - insistió Hatcher sombríamente.

Henry Wells mostró una sorpresa que no manifestó en palabras. Jim Hatcher nunca se había aferrado a una decisión como ésta. Tampoco expresó Clint lo que pensaba, sabiendo que su mente estaba oprimida por una sensación de catástrofe. A su juicio, no se podían mover en absoluto en veinticuatro horas por lo menos.

-Te diré, Búfalo -continuó diciendo Henry Wells -. No es seguro que nos ataquen aquí.

Librodot

-Espero que no nos ataquen, pero me temo que nos atacarán. Henry, si Blackstone y Murdock son los jefes de los Kiowas, tenemos que sorprenderlos nosotros a ellos o morir.

-¿Blackstone y Murdock? ¿Charley Bent, quieres decir? ¿Quién diablos te ha dicho que eran ellos los que dirigían este negocio? ¡Y los Kiowas también! ¿Tienes alguna noticia?

-Sí. Jim Pez Blanco me 1o dijo. Ya le conoces. No hables de él, pero, di a la gente a quién tienen que esperar.

-¡Poder de Dios! Esos bandidos nunca han- atacado una caravana sin asesinar a todos sus componentes. Por eso nunca hay pruebas contra ellos. Se llevan los carros, matan a la gente y la entierran lejos del camino.

-Sí, Henry. Las caravanas desaparecen. Antes eran sólo ataque de indios, carros quemados y hombres desnudos y mutilados... Si Blackstone y Bent nos vencen, nadie sabrá lo que ha sido de nosotros y del cargamento más valioso que hemos transportado en la vida.

-¡Blackstone y Bent no nos vencerán!

-Eso digo yo. Ve y dile a la gente quién sospechamos que anda detrás de nosotros.

A los pocos momentos, el campamento zumbaba como una colmena de abejas irritadas.

Clint subió a la cúspide de la eminencia rocosa y relevó al hombre que estaba de guardia.

-Muchos venados, búfalos y coyotes, pero ningún indio - informó éste entregando el anteojo.

-Supongo que tardarán todo el día en llegar aquí, si vienen - se dijo Belmet. Se sentó a estudiar el terreno en la conjunción de los dos ríos y en los valles poco profundos que se extendían del Sur al Este. Con su anteojo podía dominar cinco millas del' camina del Sur y quizás otras tres hacia el Este. Era lógico suponer que si los indios pensaban preparar una emboscada en Point of Rocks, vendrían por uno de estos dos caminos, pues si se acercaban por la carretera se exponían a ser descubiertos, y por el Norte no había agua cerca para acampar; además, las escarpas con sus accidentadas cañadas estaban por el sur.

-Si los vemos nosotros primero, han perdido la partida - murmuró Belmet.

Había tiempo de sobra para formar un plan y ponerlo en práctica antes de que los indios apareciesen por alguno de los dos senderos. Sin duda haban acampado al borde de uno de aquellos arroyos y estaban ahora sobre la marcha. La posibilidad de que no vinieran le parecía a Clint muy remota. Hubiera apostado cualquier cosa sobre la veracidad y exactitud de Jim Pez Blanco. El Kiowa lo sabía. Uno de sus parientes de la tribu o un Pawnee borracho había revelado al astuto desterrado el secreto de un plan largamente concertado, cuyos detalles nacieran en el sutil ingenio de los renegados. Luego, la presencia de indios a todo lo largo del camino, la hora y el lugar, parecían presagios fatales.

Blackstone y Murdock habían de encontrar su fin sangriento más tarde o más temprano. Ningún criminal de su calaña podía sobrevivir mucho tiempo en la frontera en este período. Durante la, guerra, el escenario de las Grandes Llanuras se había preparado para un drama que ahora se representaba. Clint reflexionó que en los dos últimos años se habían destruido más caravanas que antes en diez años. Trató de recordar el número de caravanas que habían sido asesinadas o quebrantadas, que se habían desvanecido o perdido, pero cuando llegó a treinta y tres renunció, asustado. ¿Sería ésta la última caravana que Búfalo Belmet conduciría a través de las praderas? El valor, la altivez y la razón unidas lo negaban, pero tenía en contra un vago presagio que insinuaba que Point of Rocks sería el final de su oficio de acarreador. Trataba de alejar de sí esta sombra, pero constantemente volvía. Como Hatcher, adivinaba sucesos sombríos.

A cada momento levantaba el anteojo y oteaba la distancia posible desde la bifurcación del río hacia el Sur, y luego hacia el Este. Cien veces o más escudriñó los valles y a la siguiente todo su ser se estremeció en una vibrante agitación de su sangre. Una gran banda oscura de guerreros montados había entrado en el valle gris de la derecha.

Bajó saltando de las rocas al campamento.

Librodot

-¡Ya vienen! ¡Muchos! Por el arroyo de la derecha, a unas cinco millas... Hatcher, tome usted setenta y cinco hombres y el cañón. Crucen el río. Pongan el cañón a este lado de los algodoneros y esconda sus hombres en el bosque. Se detendrán allí para esperar la noche. ¡Pero ustedes no esperen! Cuando estén todos agrupados, ¡tiren! Tiren sin salir de sus escondites... Ireland, usted y Copsy, al cañón, con otro hombre para que los ayude. Elija su primer tiro y que sea bueno. Luego cargue como un diablo y siga tirando.

-Eso me parece bien - replicó Hatcher, con una pálida llama ardiendo en sus ojos -. ¿Qué haréis vosotros?

-Yo tomaré veinticinco hombres y me iré por la izquierda, pues si Blackstone tenía que encontrarse aquí con Bent y sus Kiowas, bajará por este lado. Si tarda en venir y os oímos tirar volveremos corriendo.

-Muy bien. Pero venid por detrás de nosotros y siguiendo el río - dijo Hatcher -. Así quedarán cuarenta y pico de hombres guardando los carros. Pero ¿y si otro grupo de indios viniera escondiéndose por este lado?

-Pueden venir, desde luego, pero el esconderse no les serviría de nada. Se les vería desde mucho antes de llegar siquiera cerca. Y, además, supongo que nuestro combate a través del río será corto y vivo.

Hatcher puso pronto a sus hombres en movimiento; veinte o más arrastraron el cañón como si fuera un juguete.

-Wells, usted hágase cargo de los hombres que quedan aquí -continuó Clint-. Tenga usted un centinela en lo alto, pero cuidadosamente escondido.

Hatcher, con dos revólveres en su pesado cinturón y un rifle Colt en cada mano, se acercó a Clint para cambiar una última palabra.

-Búfalo, si me ocurre algo, para usted es el dinero que llevo encima.

-Lo mismo en mi caso, si usted sale con bien y yo no - replicó Clint.

-No tenemos a nadie. Muchas veces me he preguntado para qué ahorraba dinero. ¡Para dejar las llanuras y descansar! ¡Por Dios, que me parece que he esperado demasiado tiempo!

¡Qué tremenda impresión de tragedia había en las sencillas palabras de Hatcher! Y Clint sentía que su estado de ánimo era muy parecido al del viejo acarreador. Aquellos primeros llaneros acostumbraban darle poca importancia al trabajo, a la lucha, a la sangre y a la muerte. Habían emprendido una tarea casi imposible: transportar a través de las Grandes Llanuras provisiones para los fuertes y centros comerciales, y volver cargados con las valiosas pieles. En los comienzos de este negocio, los indios estaban más inclinados a comerciar que a luchar. Pero la injusticia, el engaño, la ruptura de tratados, el asesinato por nada, la matanza de sus búfalos, y por fin un ejército de soldados enviado contra ellos, los había convertido en enemigos duros e implacables. El blanco vencería al final debido a su número, a sus armas mejores y a su espíritu característico; pero antes de ese día serían muchas las caravanas quemadas en la pradera, y muchos los valientes que morderían el polvo.

La cólera mortal de Clint Belmet se concentraba sobe los bandidos renegados como Blackstone y Charly Bent. Este último, especialmente, era el Simón Girty de las llanuras. Los indos eran sencillos, fáciles de excitar y mas fáciles de conducir. Cualquiera que fuera el crimen del colonizador contra ellos, y era grande, el del renegado era atroz e imperdonable. Bent había empujado muchas veces a los demonios rojos a la destrucción de una caravana sin riesgo personal para él. Clint creía que esta vez Bent, o Lee Murdock, que es como siempre pensaba en él, se había excedido y si venía a Point of Rocks se estaba acercando a su fin. Setenta y cinco carreros mandados por un viejo llanero, armado cada uno con dos rifles de siete tiros, dos revólveres de seis, provistos de abundantes municiones y dotados, por fin, del mortífero cañón, emboscados en un espeso bosque, destruirían cualquier partida de indios.

Los hombres de Hatcher desaparecieron entre los sauces que bordeaban la margen derecha del arroyo. Los de Clint los esperaban. No se atrevía a demorar su partida muebo más, pero quería esperar hasta el último momento por si acaso el centinela de lo alto de la

Librodot

roca veía indios c la partida de Blackstone viniendo por el Este. Se estaba apretando el cinturón cuando Stevens bajó por la ladera corriendo haciendo rodar las piedras. Con una mano llevaba en alto el anteojo de Clint y con la otra se agarraba a la maleza para ayudarse en el descenso. Cuando llegó abajo y miró a Clint con ojos brillantes, apenas hubo necesidad de palabras.

-Hombres blancos vienen por la izquierda - jadeó -. Dieciocho cabalgando de dos en fondo.

-¿A qué distancia?

-A menos de dos millas.

-Buen trabajo, Stevens. Vuelve arriba y escóndete. No dejes de mirar a todo alrededor.

Clint, con un rifle en cada mano, se reunió a los, suyos.

-Gente blanca viene por la izquierda. Dieciocho marchando de dos en fondo. Deben de ser Blackstone y su cuadrilla. Vamos.

Los veinticinco acarreadores vadearon el río detrás de Clint y le siguieron por la arena de- la orilla un cuarto de milla. Luego Clint se alejó de la margen del río y se metió en un bosque de sauces, denso y enmarañado. En las crecidas, el río inundaba aquella explanada de arena, que formaba una punta en la conjunción de los dos ríos. Luego se elevaba un poco y empezaban los algodoneros. Al llegar a un bien trillado sendero, Clint se detuvo para esperar a que sus hombres se agrupasen a su alrededor.

-Iremos hasta el primer espacio abierto y nos emboscaremos a los dos lados del camino -dijo Clint -. Si mis cálculos son exactos, esa gente llegará aquí antes que los indios. Lo que necesitamos es capturarlos sin un solo tiro; atarlos y luego volver corriendo a ayudar a Hatcher.

-Jim Blackstone será difícil de detener. La captura para él significa la cuerda-dijo uno de los carreros. -Cuento con la sorpresa. El peor de estos bandidos dudará un momento si tiene un rifle Arresto en el estómago. No les daremos tiempo.

A poca distancia, un espacio oval por cuyo centro pasaba el camino, le pareció a Clint el punto ideal para sorprender a los bandidos. En todo el contorno los matorrales eran altos y espesos.

-Aquí -ordenó-. Extendeos doce hombres a cada lado, separados a la distancia de un caballo uno de otro. No moverse hasta que yo grite; entonces saltad cada uno con un rifle. Si alguno se mueve, fuego; si no, obedeced mis órdenes.

En silencio desaparecieron los hombres en la verde espesura. Era un escondite perfecto. Clint fue el último en meterse entre las jaras en la parte anterior del claro. Por entre el follaje podía ver hasta el punto en que entraba en él el camino. Apretó los dientes. De una manera o de otra, Blackstone hallaría allí su justo castigo. Clint se daba cuenta de que si Murdock acompañaba a Blackstone, la cosa tendría un aspecto diferente. Murdock nunca levantaría las manos. Tenía ahora treinta años de edad y era un renegado desde hacía seis a siete, el más valiente y salvaje de los malhechores de la frontera. En caso de que Murdock acompañase a Blackstone, cuya circunstancia dudaba Belmet, lo único que cabía hacer era matarle primero y gritar después. Un hombre que cae muerto del caballo no haría sacar al instante las armas a sus compañeros. Clint contaba con la sorpresa.

Se arrodilló sobre una pierna, comprobando con cuidado que estaba bien escondido. Apoyó un rifle contra un árbol y mantuvo el otro en posición con las dos manos, de manera que no tuviera que hacer más que un movimiento. Respiraba con dificultad y estaba empapado en sudor. En aquella hora torva había algo más que la propia defensa de un acarreador. En momentos de desesperación había decidido vivir con la esperanza de encontrar a Murdock cara a cara.

De repente oyó Clint pisadas de caballos en la tierra blanda. Una ligera vibración de su cuerpo acabó en una rigidez de hielo. En el camino más allá del claro, veía sombreros negros y caras de hombres blancos; después, pesados hombros; luego, las orejas de los caballos. Venían por el camino de dos en fondo, y muy juntos los caballos, lo cual era una circunstancia

Librodot

por demás afortunada. El jefe era un hombre gigantesco de espesas barbas, y antes de que saliese al claro, Clint le reconoció. La incertidumbre cesó entonces, y aun en el sombrío estado de su ánimo recordó al indio Jim Pez Blanco con apasionada gratitud.

Traían los caballos al paso. No tenían prisa. Hablaban sin reservas y uno de ellos dejó escapar una ruda risotada. Vestían de piel de gamo e iban armados hasta los dientes. Clint no había visto nunca una cuadrilla de aspecto tan siniestro. Era el compendio de la salvaje vida de la frontera en aquel período. Las voces borrosas se hicieron más claras y finalmente inteligibles.

-...aquí antes de tiempo - decía uno de ellos.

-Charley quería llegar aquí antes que los Comanches. La voz profunda y distinta de Blackstone hirió el corazón de Clint con fuerza más significativa aún que su presencia.

-¿Cómo diablos se han enterado todos de esta rica caravana?

-Aull ha estado reuniendo diez mil pieles de marta, nutria y zorra para la caravana de Búfalo Belmet.

-¡Ja! ¡Ja! .

-Puede ser que no te rías tanto si los Comanches no llegan también.

-¡Bah! ¿Qué son doscientas millas para ellos? Cuando los primeros caballos llegaron a menos de veinte pies, Clint se levantó rápidamente, apuntando con el rifle

- ¡Manos arriba!

La cabalgata se quedó helada. Los cascos de los caballos golpearon la tierra nerviosamente y se quedaron quietos también. La cara de Blackstone se puso de un blanco sucio bajo sus barbas.

-¡Manos arriba! ¡Manos arriba! - rugieron los acarreadores saliendo como espectros de entre el verdor. Un instante de parálisis; luego se levantaron las manos de todos. Era el instinto. La completa sorpresa paralizaba la razón. La sugestión fue todopoderosa.

Clint aprovechó el momento con la pasión del genio.

-Andy, coge todas las armas de tu lado. Sam, las del tuyo.

Los carreros se lanzaron a cumplir la orden, arrojando al suelo los rifles y revólveres. Las manos rígidas y levantadas empezaron a temblar. Blackstone bajó la suya a medias.

Clint dio dos rápidos pasos.

-¡Arriba!... ¡Te mato!

La vida de Blackstone estuvo por un momento pendiente de un hilo. Sus grandes y pálidos ojos mostraban una súbita furia. Su rifle y su revólver yacían en la arena. Había decidido demasiado tarde. Un infierno negro brillaba en su mirada.

-¡Arriba! ¡No te muevas! ¡Quieto ahí!... ¡Si pestañeas te saco las tripas! - Así gritaban los acarreadores terribles amenazando con los cañones de sus armas pegados a los bandidos.

-¡Abajo! - rugió Clint, y corrió a acercarse a Blackstone, clavándole en el estómago el cañón del rifle montado. Milagro fue que la violencia del golpe no disparase el arma. El jefe de los bandidos se apresuró a apearse del caballo.

Otros de su banda le imitaron. Algunos, demasiado lentos para el gusto de los coléricos carreros, fueron sumariamente arrancados de sus caballos. Uno cayó, dándose un golpe en la cabeza.

-Ponedlos en fila - siguió ordenando Clint, dándole a Blackstone otro golpe -. ¡En fila! ¡Vuélvete! Ahora, cuerdas. Dos que corten cuerdas. ¡De las sillas! ¡Pronto!

Veinte asaltantes con los rifles dispuestos, alinearon a golpes a la cuadrilla y luego se pusieron de guardia detrás de ellos. Los otros cinco, inspirados y salvajes, ataron a los bandidos de pies y manos y los arrojaron al suelo.

-¡Eh! ¡Belmet! ¿Qué es lo que pretendes?-demandó Blackstone con voz ronca.

-Me parece que, para ti, Fort Lamed.

Los postrados bandidos comenzaron a murmurar maldiciones. Empezaban a reponerse de su sorpresa.

-¡Nada de Fort Larned! -exclamó un sudoroso carrero.

¡Bum!

El trueno poderoso del cañón retumbó por los algodoneros, repetido por los ecos.

-¡Ahí va! - gritó uno -. Vamos, muchachos...

Una ensordecedora descarga de fusilería ahogó sus palabras. El bosque resonaba con los aullidos salvajes y broncos del combate. Una nota extraña y aguda se destacó. Los aullidos y los gritos se mezclaban.

Clint requirió su rifle y condujo a sus hombres en loca carrera a través del bosque. El tumulto se hacía tremendo a medida que se acercaba al lugar del combate. Gritó a los que le seguían que se inclinasen a la derecha, para llegar por detrás de las fuerzas de Hatcher. Le comprendieron, aunque apenas podían haberle oído. En pocos momentos llegó Clint al rastro que Hatcher había dejado y lo siguió. El fuego de rifle era ahora continuo, pero a pesar de él se oía el galopar de muchos caballos chocando entre sí en los jarales, los gritos roncos de hombres furiosos y el aullido agudo de los indios.

Clint sintió el silbido de una bala y se tendió en el suelo vara avanzar a rastras. Sus hombres le imitaron. ¡Bum!

Clint gritaba con su gente. Aquello era música para sus oídos. La metralla arrasaba el bosque. El humo se levantaba delante de ellos en espesas nubes. En la parte más lejana disminuía el tiroteo pero a la derecha de Clint aumentaba. Se había corrido demasiado a la izquierda y estaba en riesgo de llevar a su gente frente al fuego de Hatcher. El galopar y relinchar de caballos heridos y asustados llenaba el valle de terrible ruidos. Ya estaban cerca. Clint torció a la derecha, arrastrándose rápidamente, con un rifle en cada mano. FI trabajo era durísimo. Los acarreadores no estaban acostumbrados a correr v a arrastrarse de aquella manera.

¡Bum!

Ireland no perdía el tiempo; un cañonazo a cada dos minutos, el estruendo era atronador. Una tempestad de hierro destrozó árboles y matorrales.

Luego Clint se halló junto a los hombres de Hatcher, arrodillados detrás de los árboles, disparando, aullando y avanzando. El sudor llenaba de tal manera sus ojos, que no podía ver a los indios. Se tendió en el suelo para limpiárselos. Luego se levantó sobre una rodilla. Sus hombres empezaron a llegar. El estruendo había disminuido. El fuego cesó poco a poco. Gritos roncos substituyeron a los aullidos prolongados. La gente empezó a levantarse con el cabello revuelto, nerviosos, atrevidos e impacientes, como perros a punto de ser lanzados sobre una pista.

-¡Quietos! -gritó Hatcher desde alguna parte -. ¡Esperemos a que se aclare el humo!

Rápidamente el humo se elevó y se desvaneció. Por todas partes yacían caballos, algunos de ellos pataleando. Los indios yacían también por todas hartes, en filas, en montones y grupos; algunos estaban vivos.

-¿Ha llegado Búfalo? -preguntó Hatcher.

-Sí, pero tarde para ayudar-contestó Belmet. -No hemos necesitado ayuda. Supongo que vosotros iríais por el otro ramal del río y que habréis vuelto al oír los tiros.

-Sí. Pero antes hemos sorprendido a la cuadrilla de Blackstone.

-¡Por todos los Santos Apóstoles! -gritó Hatcher-. No hemos oído ningún tiro.

-No hemos tirado ni una vez. Stevens vio a Blackstone desde la roca. Corrimos y nos emboscamos en el camino.

Tenemos a Blackstone y a diecisiete hombres atados de pies y manos.

-¡Muy bien! Mande usted ahora algunos hombres a que guarden a los bandidos, pues no se sabe lo que puede ocurrir.

-Ande, toma algunos hombres y vuelve adonde hemos dejado a Blackstone-ordenó Clint.

Andy y los veinticinco hombres que habían hecho la captura salieron corriendo por entre los árboles. -¡Guardadlas hasta que yo vaya! -gritó Clint, pero si Andy le oyó no dio señales de ello.

-Búfalo, se quedará usted sorprendido y preocupado. Estos indios son Comanches.

-¡Comanches! - exclamó Clint.

-Seguro. Mírelo usted' mismo... No he visto nada como esto, Búfalo. Debían de venir trescientos. Como usted dijo, se metieron en este bosquecillo y cabalgaban muy apretados cuando Ireland les soltó el primer cañonazo. Lo menos tumbó a cien indios y caballos. Luego empezamos a tirar nosotros y fue todo como una seda. Estábamos escondidos y ellos no sabían adónde volverse. Todos nosotros habíamos disparado siete tiros antes de que Bent cargase otra vez. El segundo cañonazo decidió la cosa. El infierno andaba suelto; a todos los fregados que yo he visto los gana éste mil veces. El que no estaba herido pensaba en escapar y se atropellaban unos a otros queriendo volver al camino. Nosotros seguíamos soltándoles plomo; un grupo se enredó y se hizo un lío. Ireland disparó otra vez... Apuesto a que hemos matado a la mitad.

-¡Comanches! ¡Pero si esperábamos Kiowas!

-Eso es lo que me preocupa. Quizá tengamos que esperarlos todavía.

-Cuando Blackstone venía por el camino, oí a uno de sus hombres que decía: «Aquí antes de tiempo,»... Y Blackstone le contestó:

-« Charley quería llegar antes que los Comanches. »

-Quizá no tenemos tanta suerte como creíamos. Mejor es que activemos... ¡Eh! Mandad a todos los indios heridos al Paraíso de las Cacerías Eternas. Y que algunos vuelvan a pasar el cañón al otro lado del río.

Docenas de acarreadores corrieron, blandiendo sus rifles. Ireland y sus ayudantes cogieron las cuerdas del cañón.

-Venga, Búfalo. Quizás encontremos a algunos Kiowas y buscaremos entonces a Charley Bent.

Esto despertó en Clint un deseo más fuerte que la repugnancia que sentía. Fue testigo de una angustiosa escena que empequeñecía todas las de la misma índole en que había participado. Por cada tres o cuatro Comanches muertos había uno que daba señales de vida.

-¡Machacadlos a todos! -gritaba uno agitando su rifle. -

-¡Ja! Ja!

-Haciéndose el muerto, ¿eh? ¡Toma eso

Golpes sordos y el crujido de los cráneos resonaban por el bosque. Todos los carreros mostraban una alegría siniestra en aquel macabro trabajo. Los Comanches eran entre todos los salvajes de las praderas a los que más odiaban y temían.

-Buscad Kiowas - gritó Hatcher -. Y a un blanco pintado.

-Acabad con estos caballos - dispuso Clint.

-Sí, y contadlos mientras - añadió Hatcher.

Los caballos heridos tenían que ser rematados a tiros, clase de trabajo que no gustaba a los acarreadores. Algunos de ellos lo evitaban, pero otros sonreían mientras le rompían la cabeza a un indio o después de acabar con las torturas de un potro. Los Comanches eran los mejores jinetes de las praderas y los que poseían mejores caballos.

-Guardad todos los que estén sanos -ordenó Hatcher. Pero pocos restaban en el bosque que no estuvieran heridos, y los que quedaban no los pudieron coger. Clint miró tantas caras bronceadas sin reconocer a un Kiowa, que abandonó la tarea. Lee Murdock no había conducido aquella partida de indios, contra la caravana. Por consiguiente, había que esperarle. ¡Pero no por el Sur ni por el Este de Point of Rocks! Los Comanches fugitivos denunciarían que la caravana había llegado antes de tiempo y tomado la iniciativa. Era posible, pero no probable, que los Kiowas vinieran por el Norte o por el Oeste.

En un espacio de un par de acres, los acarreadores contaron cien Comanches muertos, Esta carnicería era resultado del primer cañonazo de Ireland y del' fuego de rifle que le-siguió inmediatamente. Ninguna fuerza hubiera podido resistir después de un primer golpe tan tremendo. Quizá muchos caballos heridos allí pudieron escaparse. Media docena de ellos, sin embargo, yacían en esta zona. Seis libras de metralla llenaban casi un cubo de balas, y fa

fuerte carga de pólvora la impulsaba de una manera terrible. Los árboles y los arbustos estaban acribillados; los salvajes que habían caído ante aquel terrible instrumento presentaban un espectáculo espantoso. Los cuerpos y la sangre enrojecían casi todo el espacio

Hatcher se encontró allí con Clint.

-Ha sido una carnicería... Creo que sería mejor que nos volviésemos a los carros.

-Si, pero tenemos aquí a la cuadrilla de Blackstone.

-O yo no conozco a los acarreadores o la cuadrilla de Blackstone nos dará ya muy poco que hacer.

Clint, sin contestar, salió corriendo por un atajo a través del llano. Cuando llegó al otro sendero vio donde los acarreadores habían dejado el cañón, pero ellos habían desaparecido. Clint corrió más de prisa y en una vuelta del camino llegó al claro. Un horrible espectáculo hirió sus oras. De todas las ramas bajas de los árboles colgaba urc o dos bandidos.

Algunos, fláccidos como sacos; otros, presa de horribles convulsiones, y otros, evidentemente recién colgados, pasando por espantosas contorsiones. Al mismo tiempo que veía todo esto, Clint oyó las voces de sus hombres por la izquierda.

-Andy, desátale los pies para que le veamos patalear corno a los demás-decía una voz ronca.

Entonces vio Clint a Blackstone de pie debajo de un árbol y con una cuerda al cuello, que, pasando por encima de una rama, venía a parar a las manos de una docena de carreros. Habían reservado a Blackstone para él último.

Clint gritó y se precipitó hacia ellos.

-¡Alto! Aquí está el jefe-dijo Andy.

La tensa cuerda se aflojó v todas las caras se volvieron hacia Clint y hacia Hatcher, que también se acercaba rápidamente con el resto de los carreros detrás.

-¿Quién ha mandado colgar a esta gente?-preguntó Clint al llegar.

-¿Y qué falta hacía que lo mandase nadie? -contestó Andy, fiero y excitado. En él hablaba la voluntad, la ley inexorable de la frontera. Clint comprendió cuán superflua había sido su pregunta.

Se adelantó hasta ponerse frente a Blackstone. El gigante barbudo estaba ceniciento bajo sus pelos, con los ojos sombríos y empapado en sudor, pero había aceptado su suerte. Largos años de indiferente conocimiento de lo que le esperaba a él y a los de su calaña habían endurecido sus nervios como el acero.

-¿Me conoces, Blackstone?

-Seguro. Ya he tenido el gusto de verte antes. Siento no poderte dar la mano, Búfalo.

Su voz era ronca, pero tranquila y no exenta de buen humor.

-Tenías que encontrarte con Murdock o Charley Bent aquí, hoy?

-Eso he oído de tu equipo de colgadores.

-Sabes perfectamente bien que es así -replicó Clint.

-Belmet, si sabes tanto, ¿por qué me preguntas a mí? -Tú misma te has denunciado. Te oí poco antes de salir yo de la maleza, que decías: « Charley pensaba llegar aquí antes que los Comanches. »

-Bien, si es así, no lo ha conseguido -dijo Blackstone con dureza.

-Blackstone, no estoy seguro de poder salvar tu vida -siguió diciendo Clint apresuradamente -, pero lo intentaré si me dices la verdad sobre algunas cosas.

El jefe de los bandidos conocía la frontera tan bien como Clint. Nada podía salvar su vida. El jefe de cualquier fuerte le mandaría colgar. Malvado como era, dio la impresión de que, aunque Clint hubiese tenido el poder de salvarle, él no vendería a su compañero.

-No, no contestaré a ninguna pregunta-contestó con violencia, brillando en sus ojos una intención siniestra-. Pero te diré algo por mi propia cuenta... Hace algunos años Murdock y yo nos llevamos a aquella muchacha, May, a las montañas donde nos escondimos. La tuvimos todo un invierno... Nos divertimos con ella. Luego...

Clint se lanzó de un salto sobre él para romperle la cabeza. En el mismo instante un carrero gritó:

-¡Arriba con él!

Una veintena de manos tiró de la cuerda y el cuerpo pesado de Blackstone subió ante la misma cara de Clint; escapó por poco de que el bandido le golpease la cara con una de sus pesadas botas.

Le mantuvieron a una altura de seis pies del suelo y todas las caras se volvieron hacia arriba, sonriendo, sudorosas, sangrientas, duras como la frontera, lacónicas en la contemplación de una justa sentencia.

-¡Maldita sea tu alma! -le gritó uno. -Patalea ahora.

Le habían desatado las piernas a Blackstone lo mismo que a los demás bandidos, y sólo una interpretación podía darse a este acto los carreras querían verle patalear. Y le vieron. Era un hombre corpulento, pesado y poderoso, en todo el' vigor de su vida; y, no importa cuál fuera el hierro de su voluntad y de su valor cuando el espíritu dominaba, su reacción muscular fue extraordinariamente violenta, grotesca y horrible. Agitó las dos piernas en ángulos rectos con golpes automáticos; luego, en todas direcciones, tan monstruosamente que la rama de la que estaba colgado se encorvó y su cuerpo empezó a balancearse.

-¡Eh! -gritó Hatcher desde el camino; y en su voz había una vibración de alarma -. Acabad con eso de una vez. Stevens está haciendo señas desde la roca. Tan seguro como que Dios ha hecho las hormigas, los Kiowas están a la vista.

Y Hatcher emprendió el camino con todos los espectadores detrás. Los ejecutadores ataron la cuerda a un tronco y requiriendo sus armas, maldiciendo y jurando, corrieron hacia el campamento.

Clint apoyó sobre la cuerda su mano temblorosa. Estaba bien atada y no se rompería. Luego tomó él a su vez el camino. Pero volvió la cabeza para mirar. Blackstone había perdido su energía. Ahora eran sólo estremecimientos del cuerpo. Tenía las piernas encogidas. Más allá pendían las diecisiete figuras fláccidas y oscuras, con los cuellos largos y los miembros colgantes, horriblemente expresivas.

Clint corrió detrás de los demás. Cuando llegó a terreno despejado vio a Stevens haciendo frenéticas señas desde lo alto de la roca. El centinela señalaba al Norte y su gesto inspiraba terror.

-Murdock y sus Kiowas -exclamó Clint apresurándose.

La mitad de los cien hombres había va cruzado el río gritando y llamando. Una veintena arrastraban el cañón. Corrían con él tropezando, chapoteando y cayendo. Los que iban detrás llevaban los rifles de los encargados del cañón. Y cuatro rifles para cada hombre son una carga. Los de las municiones también llevaban su carga, pero andaban de prisa.

Clint se metió en el río y empezó a vadearlo a saltos. De súbito se detuvo al final de uno. Hatcher, con la cabeza descubierta, sus blancas greñas al viento, haciendo portavoz con las manos, decía

-¡Venga, muchachos! ¡A ver ese cañón!

XX

Hatcher no habló hasta que los hombres con el cañón y las municiones llegaron a la otra orilla.

-Tomad aliento -ordenó.

-¿Qué pasa? - preguntó Belmet.

-Creo que Bent y sus Kiowas. ¿Tiene usted algún plan, Búfalo?

-Eso, según. No sabiendo y no teniendo tiempo, ¿cómo se puede hacer un plan? ¿Algunos tiros ya?

-No he oído ninguno. Me parece que aún no se han roto las hostilidades.

-¿Está el cañón cargado, Ireland?

-Seguro.

-Cogerse treinta hombres a cada cuerda -ordenó Clint-, y que los demás no se extiendan.

É1 abrió la marcha y los sudorosos carreros le siguieron con el cañón. Cuando salieron de los matorrales, la marcha fue más fácil. Clint dio la vuelta por la izquierda del promontorio, por donde el camino era mejor y menos rocoso. Creyó oír gritos.

A los pocos momentos daban la vuelta a la roca y aparecieron el campamento y los acarreadores. A trescientos metros de distancia, en la llanura, se movía de un lado para otro una fuerte banda de Kiowas. Iban desnudos y pintados; guerreros delgados, jóvenes y salvajes, magníficamente montados y armados. El ojo de halcón de Clint se fijó en un grupo formado alrededor de una figura central, notablemente distinta de los demás, aun a aquella distancia. El sol no se reflejaba en su cuerpo desnudo, que era oscuro en lugar de rojo; tampoco llevaba afeitada la cabeza.

-Bien, hemos llegada los primeros-dijo Hatcher -. Mal aspecto tiene esa partida, Búfalo; y no proceden como indios. Hay un cerebro blanco que los dirige.

-Charley Bent, o Lee Murdock, como yo le llamo.

-¡Ajá! Eso me pareció. Tan seguro como este mal día ha amanecido, que será el último de ese mestizo -contestó Hatcher con terrible pasión.

Los cuarenta y pisco de hombres que se habían quedado guardando el campamento les dieron la bienvenida a gritos.

-Tome usted el mando, Búfalo.

-¡Qué extraño y sombrío estaba el viejo llanero! -Y no olvide usted nuestro convenio.

-Jim, ponga cincuenta hombres entre las rocas, por encima de los carros. Espere; quizá son muchos. Con treinta bastan. Tienen lugar bastante para esconderse.

Los acarreadores no esperaron a que los eligiera Hatcher. Con un rifle en cada mano, una veintena o más corrieron a la rocosa y enmarañada ladera. Los que estaban libres del cañón corrieron a la puerta dejada entre dos carros. Los sesenta hombres de las cuerdas del cañón vinieron jadeando detrás.

El doble semicírculo de carros salía de las primeras rocas del Oeste y se extendía hasta la pared de roca cortada a pico del otro lado. Parecía una defensa inexpugnable contra la táctica ordinaria de los indios. Belmet colocó el cañón en el punto que mejor dominaba, que era al lado de la puerta. Podía, desde luego, ser trasladado de un lugar a otro. Los acarreadores se extendieron por el interior del círculo, y a los pocos momentos ya no se veía ninguno.

Ireland y Copsy permanecieron al lado del cañón, alegres e impacientes. Stevens se subió a la rueda del carro más próximo y fijó su anteojo en los Kiowas. Hatcher, Henry Wells, Andy Morgan y un negro, Jackson, rodearon a Clint. La mitad del gran corral oval se había cercado con cuerdas para los animales, que estaban agrupados, inquietos y hambrientos.

-Son dos veces más numerosos que nosotros - dijo Stevens contestando a una pregunta.

-Esta será buena-observó Wells.

-No me gusta el aspecto de esos indios de Bent - añadió Hatcher.

-Baja, Stevens, y déjame echar una ojeada - dijo Clint.

-Seguro que ahora vamos a aprender cómo trabaja Charley Bent una caravana -rezongó Andy Morgan moviendo su amarilla cabeza.

-Sí, puede que aprendamos, pero puede que no quedemos para contarlo- gruñó Hatcher.

Estas eran las últimas palabras que se 1e oiría pronunciar

Mientras tanto, Clint observaba por el anteojo. No pudo hacer un cálculo preciso de los inquietos Kiowas, pero su número pasaba con mucho de doscientos. Trató de fijar el anteojo en el jefe, pero estaba rodeado de sus rojos lugartenientes y un poco escondido. Más hizo un descubrimiento que había escapado a Stevens. Aquellos Kiowas estaban bajo la influencia del aguardiente. Los Kiowas ya eran bastante malos en estado normal..., pero estimulados y enloquecidos por el alcohol... Clint sintió que se le helaba la medula.

-Estos Kiowas están medio borrachos - anunció trágicamente.

El silencio absoluto con que estas palabras fueron recibidas atestiguaba su tremenda importancia. Aquellos demonios no se darían por vencidos mientras no se les pasase la borrachera.

Los Kiowas empezaron a alejarse hacia la derecha y hacia la izquierda. Los primeros no dieron vueltas ni hicieron gallardías en sus caballos. Toda la banda se extendía en una larga línea. Esto no era el círculo habitual, alrededor de la caravana, de todos los salvajes de las praderas. Aumentó la ansiedad y la perplejidad de Clint. Los jinetes continuaron extendiéndose hasta que la línea se perdió de vista por el Este. Los que se dirigían hacia la izquierda cabalgaban en grupos de dos y de tres, hasta que la línea por aquel lado estuvo casi al mismo nivel que el acantilado.

-Di algo, Búfalo - exclamó Henry Wells sabiendo que aquel silencio era de mal augurio.

-¡Conque ése es tu juego, Lee Murdock! - dijo Clint rechinando los clientes.

Luego bajó de un salto.

-Jackson, corre -ordenó-. Y diles a todos que los Kiowas están enloquecidos por la bebida. Que el plan de Murdock es entrar por asalto.

-¡Maldito mestizo! -rugió Andy Morgan.

El negro se alejó y su voz profunda sonó entre los carros.

-Bent ha calculado bien-dijo Clint-. En un combate a corta distancia no podemos emplear el cañón. Pero no sabe que tenemos dos rifles para cada hombre y un carro de municiones.

-Creo que será mejor que no nos alejemos de ese carro -sugirió Wells.

-Y del cañón. Porque tendremos que volverle -añadió Morgan.

-¡Atención!

-¡Ya vienen!

-¡Es el mestizo Charley Bent quien nos la había de hacer!

El estruendo de muchos cascos de caballos aumentó los excitados gritos de los carreros que estaban escondidos en la roca. Todo lo ahogó de repente un formidable clamor de guerra, agudo y continuo, prolongándose y aumentando terriblemente.

Una banda de pintados salvajes sobre caballos tan salvajes como ellos se cerró sobre la caravana. Rugió el cañón; tronaron los rifles. Pero el súbito claro en el torrente de demonios se cerró como por encanto y siguieron adelante, entrando como un alud por la puerta. Clint y sus compañeros recibieron la carga con fuego mortífero. Luego se escondieron bajo los carros para no ser arrollados.

Clint disparaba, desde detrás de la pesada rueda de un carro, cuidando de no perder sus tiros. Su ojo certero buscaba entre los cuerpos flexibles y pintados uno que fuera oscuro y no rojo. Por fin logró verle durante una fracción de segundo, en el centro de un grupo de guerreros, maravillosamente rápidos y bravíos. La puntería de Clint fue como el impulso sobrehumano de su pasión. Luego, a través del humo, vio agitarse a la horda de demonios. Entraban por la puerta pegados a los cuellos

de sus caballos. El estruendo de la batalla se extendía por todo el campamento, probando que los Kiowas no sólo entraban por la puerta, sino también por debajo y por encima de los carros,

Un infierno humeante envolvió a Clint Belmet El combate fue cuerpo a cuerpo, y por ser sangriento pareció durar enormemente. Pero quizá duró sólo unos momentos. Los

Librodot

caballos y los bueyes, aterrorizados, dando vueltas y revueltas alrededor del corral, sin poder salir por ninguna parte, prestaron a la batalla una terrible confusión y probablemente salvaron a los acarreadores del exterminio total. Los ágiles salvajes, a pie, saltaban de aquí para allá, por todas partes, y cuando uno caía bajo el golpe de un blanco, 'este caía a su vez bajo el tomahawk de otro indio. Los tiros de rifle eran pocos y muy espaciados, a menos que no se oyesen entre el ruido ensordecedor. El cañón no tronó más que una vez. Los carros ardían. En un extremo del óvalo, los salvajes apartaban carros para dejar salir al ganado bramando y relinchando.

Clint se movía a través del humo, blandiendo un rifle roto, tratando en el terrible laberinto de hallar compañeros para unirse a ellos. Un círculo de fuego rodeaba a los acarreadores. Aquí y allá, entre la niebla azul, grupos de blancos y salvajes contendían, disparando, pegando y luchando como bestias presas de la sed de sangre. Clint rompió la cabeza de un Kiowa que arrancaba el cuero cabelludo a un blanco, y derribó a dos que trataban de incendiar el carro de las municiones.

Una veintena o más de acarreadores, ensangrentados e indomables, con Clint Belmet a la cabeza, se agruparon para la última resistencia en el centro del corral. La marejada de la terrible contienda se había vuelto a su favor. Estaban espalda contra espalda, disparando sus últimas pocas balas. El humo se elevaba, negro y amarillo, por encima de las rugientes llamas. Un hedor de pieles quemadas llenaba el aire. Ya no sonaban más tiros en el macizo rocoso. El destacamento de acarreadores lo había abandonado o había sido exterminado.

Cerca de la puerta ardía un carro: el que contenía los barrilillos de pólvora para el cañón y las cajas de municiones para los rifles. Un resto de Kiowas permanecía allí, fascinado por la oportunidad de quemar los últimos carros. Algunos encendían antorchas en el fuego que consumía el carro de las municiones.

¡Una terrorífica lengua de fuego! ¡Un estampido atronador l El carro voló y una bóveda negra se extendió sobre el corral.

Cuando la nube de humo de la última explosión se desvaneció, los Kiowas que quedaban corrían por la llanura hacia sus caballos.

A Belmet le quedaban veintidós hombres, contándose él, todos heridos, pero ninguno queriendo admitir sus heridas como graves.

-Vamos a darle una vuelta al corral sin separarnos -dispuso Clint con voz ronca.

Hallaron a Copsy muerto debajo del cañón y a Ireland atravesado sobre la cureña, con la mecha apretada en su mano rígida. Henry Wells y otros dos estaban sin vida en medio de un círculo de Kiowas muertos. Jim Hatcher estaba debajo de un carro, tieso y frío. Había sido uno de los primeros en morir. Clint le cerró los abiertos ojos y cumplió la promesa que hiciera al viajero llanera. El cinturón de oro que Hatcher le había dicho que tomase era grueso y pesado. Años de ahorro, ¡para qué!

Montones de muertos y heridos por todos lados. Los heridos eran siempre indios. Una vez descubiertos, su último momento era breve.

Andy Morgan y Stevens, que caminaban un poco adelantados, sacaron a un indio de debajo de un carro.

-Ahora me toca a mí, Stevens -dijo irónicamente Andy levantando lentamente su rifle.

El indio tenía el cuerpo oscuro. ¡No rojo! Sólo era rojo por donde un torrente de sangre salía de una herida que tenía en el pecho. Sus ojos eran de tremenda penetración, pero no negros. En la cara tenía una terrible cicatriz.

-¡Alto, Andy! - exclamó Clint saltando a tiempo de detener el rifle.

- ¡Belmet! -dijo el hombre débilmente.

-Sí, yo soy Belmet - replicó Clint cayendo sobre una rodilla.

-¿Me conoces?

-Sí. Lee Murdock. -Ése no es mi verdadero nombre-fue su respuesta ansiosa y trágica en un hombre herido de muerte-. Soy Charley Bent.

Andy se arrodilló para levantarle la cabeza.

-¿Quieres un trago?- le preguntó ofreciéndole un frasco negro.

El renegado rehusó con un ligero gesto. Ya había acabado para él' la bebida.

-Belmet, si me haces un favor te diré una cosa.

-Te lo haré si puedo -replicó Clint, y la tensión horrible de las últimas horas cedió, dejándole otra vez humano.

-Mi anciano padre vive todavía - murmuró moribundo-. Henry Bent se llama. Está en Kansas City; hace un año que tuve noticias suyas. Cree que he dejado esta vida. No quiero que sepa nunca que no es verdad... ¿Quieres decírselo, o enviarle un recado?

-¡Pero será una mentira horrible! -exclamó Clint.

-Es muy viejo y no vivirá mucho -imploró el renegado-. ¡Me quería!

-¡Muy bien, lo haré!

El esfuerzo desapareció del hombre. La mano que tenía crispada sobre el pecho cayó inerte y la sangre volvió a brotar.

-May Bell... está en Las Cruces..., bien..., la misma. Te cree muerto.

Cerró la noche oscura y solitaria. Los coyotes empezaron con sus aullidos. Lentamente las hogueras se convirtieron en montones de cenizas.

Los caravaneros se vendaron sus heridas. Varios de ellos, buscando entre las rocas, hallaron a tres compañeros heridos, uno de los cuales murió en seguida. Algunos carros que estaban debajo del promontorio escaparon del fuego. Provistos de alimentos y mantas, los supervivientes se dirigieron al río, donde comieron v descansaron.

Clint y Andy Morgan, con otros dos hombres, salieron a buscar caballos. A medianoche habían conseguido capturar treinta, la mayor parte ensillados y dejados por Blackstone y sus bandidos. Se cargaron las mantas sobre algunos y provisiones sobre otros.

Belmet condujo este resto silencioso de una gran caravana hacia el Oeste, por el camino de Fort Larnet. Él y Hatcher habían fracasado en la conducción del cargamento más valioso que jamás saliera para el Este. Cabalgaron hasta el amanecer, se escondieron en un arroyo durante el día y cuando volvió la noche continuaron su viaje. Estoicos e indomables, sostenían el espíritu de la frontera; y con dos camaradas perdidos por el camino, y dos muriéndose, entraron por fin en Fort Larned.

XXI

Al día siguiente, Clint Belmet se unió a un convoy del ejército que se dirigía a Santa Fe, pero como viajero. Estaba lleno de golpes, de heridas de bala, de tomahawk, de cuchillo. Pero todas sus heridas nada significaban para él. Su voluntad era tan poderosa que podría obrar milagros.

El cruce del río Pecas fue para Clint causa de suprema alegría. Por alguna parte en Nuevo Méjico, al oeste del Pecas, estaba la pequeña ciudad de Las Cruces.

En Santa Fe se enteró de que su antiguo amigo y consejero, Kit Carson, se estaba muriendo en Taos. A pesar de estar endurecido por la simplicidad y fatalidad de la muerte en la frontera, la noticia le conmovió profundamente.

Fue a Taos, donde se enteró de que Carson había sido trasladado al puesto del ejército más próximo. Clint se apresuró a dirigirse a éi con la rapidez que su estado le permitía. Muchos años hacía que no había visitado Fort Lyon, pero recordaba el! país, el' puesto y hasta el médico militar que asistía al enfermo.

Conocí a Carson hace muchos años, cuando era yo aún un muchacho -explicó Clint -. Me quería mucho y me aconsejó cómo enfrentarme con la vida en la frontera. Me gustaría verle.

-Sí, Belmet -replicó el doctor -. Kit se alegrará de verle. Todo el que viene por el viejo sendero entra a ver a Kit Carson. Ahora se da cuenta de cómo se le quiere en todo el Oeste y piensa que éste es premio bastante a sus servicios. Pero yo soy uno que piensa de otra manera. Entre.

Clint fue introducido en una habitación, donde Carson yacía sobre un lecho de pieles de búfalo. ¡Qué enorme cambio en un hombre antes tan fuerte y viril! Estaba extenuado y encogido, y, los estragos del próximo fin se veían en su cara macilenta. ¡Pero no en aquellos ojos de águila!

Carson cesó de, hablar y se sentó. Sus ojos relampaguearon. El jefe indio que estaba junto a su lado pasó sus ojos sombríos de él- a Clint.

Los oficiales que estaban presentes se volvieron a ver quién había entrado.

-Kit, aquí hay un viejo amigo-dijo el doctor-. ¿Le conoce usted?

-¡Búfalo Belmet! ¡Venga esa mano!

No hacía falta más para mostrar el recuerdo de Carson v 1'a fama de Belmet en la frontera.

Quizá la calurosa acogida, tanto como la tragedia que tan ciertamente se presentía aquí, influyó mucho en las profundas emociones de Clint. De todas maneras, muy rara vez contestó a preguntas como respondió a las de Carson. Clint le contó sus últimas aventuras, especialmente el terrible combate en Point of Rocks, y el final de Jim Blackstone.

-Bien, ya te has paseado bastante por el viejo sendero, Búfalo. ¡El camino de los carros perdidos! ¿Adónde, vas ahora?

Entonces le contó la revelación hecha por Charley Bent antes de morir. Esta comunicación ejerció un efecto profundo sobre Kit Carson. Pareció desvanecerse. Entonces recordó Clint cuánto había amado Carson a su esposa mejicana.

-¿De manera que tu novia está viva? -dijo por fin, volviendo a sus ojos una bella luz -. La recuerdo... Era la pequeña May Bell. Yo estaba en el rancho de Maxwell cuando por poco no mataste a Charley Bent... Búfalo, todo está bien cuando acaba bien. No pierdas tiempo y anda con la pequeña May.

Tarde volvió Clint a Taos con la mente llena de recuerdos del gran veterano cuyos días estaban seguramente contados. Y pensó que sólo el Oeste de aquellos días podría darle la gloria por él merecida, pues todos los viejos llaneros y veteranos sabían que Kit Carson era el primero.

En Taos se incorporó a una caravana de camino para Las Vegas. Cuando llegó allí se sentía casi repuesto del todo. Se proveyó de caballos de silla y carga y, en compañía de tejanos y mejicanos que se dirigían al Sur, emprendió la última parte de su importante viaje. Estaba al Oeste de las Montañas Rocosas, lejos de la zona de malhechores que asaltaban caravanas y de salvajes que las quemasen o destrozasen.

Todo el día contemplaba Clint desde su caballo los variados aspectos del país, verde y florido o áspero y árido, según la presencia o la ausencia de agua.

Durante aquel viaje le parecía envejecer y rejuvenecerse a un tiempo, pero hacia el final la juventud triunfó. Volvió a vivir otra vez las horas preciosas pasadas con May Bell. ¡Qué pocas considerando las quince años pasados desde que la conociera al lado de aquel arroyo!

El verano alegraba el valle de Las Cruces. Estaba lejos, al Sur y cerca de- El Paso siendo en aquella época una ciudad que crecía rápidamente. Casas de adobe blancas y rojas brillaban entre el verdor. Huertas llanas y bien regadas se extendían hasta las montañas. ¡Lejos de los senderos de los indios!

Un mejicano tenía un almacén y una taberna. Allí Clint se aseó y se quitó la barba que tan fiero y sombrío aspecto le daba. ¿Le recordaría? ¿No podría él suavizar aquella cara endurecida y desconfiada?

La primera cosa que supo fue que Mall Bell vivía, en efecto, en Las Cruces con la señora Clement en un rancho que poseían en las afueras de la ciudad. Eran ricas y el ta-

Librodot

bernero bendecía a todos los santos porque ayudaban a los pobres y daban trabajo a los mejicanos.

Clint salió, y fue éste el paseo más triste y más feliz de su vida.

Si May le amaba aún, si había vivido esmerándole a pesar de todo, el futuro podría casi compensar el pasado. La casa blanca de adobe estaba a un lado del camino, en un bosque de algodoneros. Las señales de la influencia del Sur se veían por todas partes. La señora Clement, sin duda, no había olvidado a Texas.

Con el corazón en la garganta llamó Clint a la puerta abierta. Una mujer de agradable y triste rostro y cabellos grises apareció.

-¿No me conoce usted, señora Clement? - preguntó Clint Belmet.

-¡Sí! ¡Sí! - gritó -. Clint Belmet.

-Sí, Soy Clint... ¿Está ella aquí?

-Está, gracias a Dios... Bien. Fiel a usted, aunque le cree muerto. Yo siempre he creído que volvería usted a la vida. He visto tantas cosas extrañas en la frontera...

-¿Dónde está? -preguntó Clint con extraña calma.

-En el jardín. Le gusta arreglarlo y sembrar plantas.

-¿Dice usted que está bien?

-Sí, muy bien ahora. Durante mucho tiempo, después de nuestra terrible aventura en aquella caravana, estuvo enferma. Todo el año, en realidad, vivimos con el colono Bennet.

-¿Salieron ustedes de Santa Fe en una caravana mandada por Jim Blackstone?

-Sí, ¡el monstruo! No bien entramos en el Sendero Seco cuando los indios aparecieron y atacaron a los acarreadores que venían con nosotros. Blackstone v los suyos se pusieron de parte de los rojos. Todos hubiéramos perecido a no ser por una caravana de emigrantes de Texas. Ellos rechazaron a los indios. Blackstone huyó abandonando sus carros. Los emigrantes nos llevaron con ellos. Baxter, el jefe, era un viejo explorador. Sabía que nos seguían. Una noche nos llevó a un valle donde vivía un colono llamado Bennet, que era amigo de todos los indios. Bennet nos recogió y nos tuvo un año escondidas. Rara vez salíamos y siempre por la noche. Por fin pasó una gran caravana y nos fuimos con ella. Viajamos hasta Kansas City y volvimos a Santa Fe; otra vez nos cruzamos con usted nor el camino. Esto estuvo a punto de matar a la pobre May. Luego se anunció su muerte por segunda vez. Lo leímos en los periódicos de Kansas City. Volvimos a Texas, donde yo tenía algunas propiedades. Las vendí y fuimos a El Paso y finalmente vinimos aquí. A May le gusta el Oeste, pero no las llanuras.

-¡De modo que se volvió a cruzar conmigo en el camino! -suspiró Clint-. ¡La vida es cruel algunas veces! ¿Dice usted que está en el jardín?

-Venga -invitó dulcemente la señora Clement.

Le condujo a la espalda de la casa, donde los algodoneros dejaban caer su esponjosa semilla, la hierba verde brillaba, el agua murmuraba sin dejarse ver y los pájaros cantaban en los árboles.

-Allí está. ¿No sería mucho mejor que fuera yo primero a prepararla? -preguntó la señora Clement con ansiedad.

Clint vio algo azul que se movía en el jardín. Era una mujer de ligeras formas, inclinada sobre las plantas. Luego se enderezó. Un sombrero para el sol colgaba de sus hombros; Clint reconoció aquella cabeza oscura, olvidando al momento la agonía de todos aquellos años.

-Señora Clement, ¿dice usted que no... no me ha olvidado? -preguntó vacilando.

-Le cree a usted muerto, pero ningún ser viviente ha sido amado como le ama ella a usted.

-¡Oh!... No le hará mal entonces... Quiero ver su cara... cuando me vea.

La señora Clement apretó su mano y volvió en silencio a entrar en la casa.

Clint salió de debajo de los árboles y avanzó hasta el borde del jardín. Allí se detuvo, no por su voluntad, sino porque May se había vuelto hacia él. Caminaba entre las flores mirando hacia el suelo. Llevaba las mangas arremangadas y una azadilla en la mano.

Se acercaba tarareando una canción. Cuando levantó la cabeza los separaban menos de veinte cortos pasos. Un estremecimiento detuvo los suyos y la dejó como una estatua. Los grandes ojos negros removieron a Clint hasta el fondo de su ser. Trató de llamarla.

Ella dejó caer la azadilla. Se llevó las manos al pecho. Se tambaleó un poco, abriendo y cerrando los ojos. La voluntad fue más fuerte que el terror. Exhaló un grito salvaje y arrebatador y avanzó hacia él con los brazos extendidos, corriendo, iluminada por la luz gloriosa del reconocimiento.

-¡Clint! ¡Clint! ¡CLINT!

¡Puesta de sol! Sentados debajo de un algodonero de extraña semejanza con el gigante del valle del rancho de Maxwell, contemplaban el cielo del Oeste. La cabeza de ella apoyada sobre el hombro de él y las manos enlazadas.

-¡Dios es bueno! Ya había casi perdido la fe en El y en la, vida-dijo May.

-¿Cuándo nos casamos? - dijo él por décima vez.

-¿No volverás a cruzar otra vez las llanuras? -rogó ella-. No podría sufrirlo.

-Ya no volveré más allá. Le besó con gratitud.

-¡Ya sé lo que sientes! Yo tampoco olvidaré nunca la pradera, infinita y gris, tan lejana, tan solitaria y monótona, gris y terriblemente bella. ¡Oh! ¡Cuánto la he amado y odiado!

-Ya tengo bastante, May. Ya he hecho mi parte... ¿Te casarás conmigo?

-Sí, señor -replicó ella con timidez.

-¿Cuándo?

-Alguna vez. Esto es muy repentino.

-Pero mi amor por ti es tan viejo como el mundo. Y el mío por ti, Clint. Prométeme que nunca me volverás a dejar ni un solo minuto mientras vivamos.

-Lo prometo, May.

-¿No te acercarás más a centros comerciales, ni a fuertes, ni a rastros de indios, ni a bandidos?

-De ninguna manera.

-¡Oh! Ya puedes reírte. Clint, soy tan feliz que, me parece que me voy a morir. ¡Pellízcame! ¡Bésame! ¡Calmoso y frío llanero! Y perdóname otra vez aquella maldita y única debilidad de mi vida que te alejó del rancho de Maxwell.

-Te perdonaré cuando te cases conmigo. Ella guardó silencio por algunos momentos.

-Hay un cura católico en Las Cruces. ¿Te parece bien? ¿Sí?

-¿Esto último es pregunta o consentimiento?

-Las dos cosas... Pues, Clint, si el cura te parece bien a ti, nos podemos...

-¿Cuándo?

-Mañana lo más tarde -concluyó ella con alegría. Clint la, tomó en sus brazos como si no pensase volver a soltarla.

Pero ella se soltó a poco, sofocada.

¡Cielos! ¡Y te he dicho llanero y calmoso! Pues te lo debía de haber dicho antes. Escucha, Clint. Déjame estar seria un momento. Nos casaremos mañana. La nuestra es una `historia triste y extraña. Pero los dos somos todavía jóvenes. Los dos amamos el Oeste. Somos colonizadores y seremos, fieles a nuestra profesión. Instalémonos aquí, en este hermoso valle, y hagamos nuestro hogar junto a la señora Clement, que ha sido una madre para mí.

-Todo lo que tú quieras, May -replicó con tranquila alegría-. Tengo dinero para comprar un rancho y ganado. Mi dinero, el del tío Couch y el del pobre Jim Hatcher. Soy rico, May, y puedo ofrecerte todas las, comodidades.

-¡Qué maravilla de hombre! ¡Te tendré que conquistar un día para que me lleves a San Antonio! -gritó ella alegremente.

-No necesitas conquistarme. Sólo un beso.

-¡Toma! Ya está pagado.

Y se recostó en sus brazos. Empezó el crepúsculo. Las abejas cesaron en su zumbido. El cencerro de una vaca vibró musical en el aire. Un coyote aulló en la montaña. La luz dorada se desvaneció en el Oeste.

FIN